

# La Araña Blanca

Dramática historia de la ascensión  
a la pared norte del Eiger

Heinrich Harrer

Lectulandia

Montañero, escritor y deportista olímpico Heinrich Harrer fue miembro, junto con Anderl Heckmair, Fritz Kasperek y Ludwig Vörg, de la mítica cordada que completó en 1938 la codiciada primera ascensión a la pared norte del Eiger —conocida como la pared asesina—, en los Alpes berneses.

*La Araña Blanca* es una narración clásica de aquella gesta, contada con paralizante realismo y brío narrativo dignos del autor de *Siete años en el Tíbet*. Pero Harrer, además de alpinista que ofrece al público el relato de su propia escalada, asume también el papel de historiador, introduciéndonos con gran precisión técnica y ritmo trepidante, en la historia de los dramáticos intentos anteriores de escalar la temible pared. Éstos se desarrollaron en un ambiente de feroz competencia deportiva y desembocaron en una larga lista de víctimas. Entre ellas, tal vez el caso más trágico fuera el del joven Toni Kurz, quien agoniza durante largas horas colgado de una cuerda a pocos metros de un equipo de rescate, que no puede hacer nada por salvar su vida.

Finalmente se incorpora en esta edición una crónica de las más importantes actividades en la pared norte del Eiger, con aperturas de nuevas rutas, repeticiones invernales y actividades en solitario.

**Lectulandia**

Heinrich Harrer

# **La Araña Blanca**

**Dramática historia de ascensión a la Pared Norte del Eiger**

ePUB r1.2

akilino 22.09.13

Título original: *Die weisse Spinne. Dasgrosse Buch vom Eiger*  
Heinrich Harrer, 1999  
Traducción: Eduardo Verdugo-Raab  
Diseño portada: Jost von Allmem

Editor digital: akilino  
Segundo editor: JeSsE  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

Cuando a una persona se le concede la suerte de alcanzar una avanzada edad, se hacen indefectiblemente más numerosos aquellos acontecimientos que solemos recordar también en forma de aniversario. La primera escalada completa de la cara norte del Eiger —hace ya más de sesenta años— es para mí una de esas ocasiones. Lo celebro agradecido de poder disfrutar, aún hoy, de mis queridas montañas en plena salud y de ser partícipe de lo que ocurre en torno a ellas. Los recuerdos son algo muy hermoso y también —así me parece, al menos— algo que nos proporciona calma y reconciliación.

En esta renovada edición de *la Araña Blanca* deseo recordar los éxitos alcanzados y las tragedias ocurridas en esta excepcional montaña, cuya suerte no ha dejado de acompañarme y preocuparme durante sesenta años. Deseo, pues, recordarlos y relatarlos nuevamente.

El cronista apenas si puede hoy seguir el ritmo del desarrollo en torno al Eiger. Su pared norte es y seguirá siendo «La Pared de las Paredes», «La Pared» por excelencia, y la fascinación que irradia sigue intacta. Hay paredes más altas y más difíciles en las montañas de la Tierra, pero ninguna de ellas se encuentra como en un escenario, como es el caso de la Pared Norte del Eiger. Cualquiera puede allí, como si de un anfiteatro se tratase, tomar asiento para contemplar confortablemente con los prismáticos ese espectáculo natural que son los aludes de nieve mientras toma café y saborea un pastel. Incluso se puede observar a simple vista a los alpinistas en su escalada. El tren-cremallera lleva a los turistas hasta el mismo centro de la Pared Norte, donde podrán, a través de los enormes ventanales de la estación «Eigerwand» (Pared del Eiger) admirar las lisas rocas de los oscuros desplomes y los abruptos campos de hielo golpeados por la caída de piedras. Por ahí tienen que pasar los escaladores de la Pared Norte del Eiger, algo realmente incomprensible para el profano. Debo reconocer, sin embargo, que ahora, a mi avanzada edad, yo mismo recuerdo con bastante asombro, que también yo, hace ya más de sesenta años, escalé esos parajes durante varios días.

El desarrollo de las últimas décadas también ha hecho su entrada en la comarca de las tres cimas —Eiger, Mönch y Jungfrau—, propiciando una valoración completamente nueva. Esto es válido, sobre todo, para el municipio de Grindelwald. En los antiguos carteles publicitarios clásicos, que la Dirección de Turismo hace imprimir de cuando en cuando, nunca se ve el Eiger. La montaña emblemática ha sido siempre el Wetterhorn. El Eiger —Ogro— impone respeto y era sencillamente tabú. También los guías de montaña aconsejaban a sus hijos no recomendar el Eiger a los turistas. Querer escalarlo significa estar dispuesto al riesgo y eso sería perjudicial para la imagen de su profesión. Así pues, el Eiger siempre estaba presente, pero

nunca se hacía publicidad con él: ni estaba presente en carteles, ni en folletos. Y mucho menos su Pared Norte.

Esta actitud cambió paulatinamente, cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, algunos jóvenes guías de montaña de Grindelwald se pusieron en marcha hacia las montañas del mundo, y Edi Bohren y Fritz Imboden escalaron con éxito la Pared Norte en 1978. Finalmente fue Hansruedi Gertsch, guía de montaña diplomado de Grindelwald, quien superó sin problemas la Pared Norte en verano, en invierno, e incluso con un cliente. De esta manera quedó definitivamente rota la excomunión del Eiger. Desde 1990, los guías de montaña disponen de un chalet propio con mucho estilo en la Dorfstrasse, donde, bajo la dirección de Gertsch, se ofrece un variado programa. Su lema es: «Hacer una excursión o escalar la Pared Norte del Eiger no es lo importante. Lo que cuenta es lo que sentimos, lo que hacemos y lo que queremos».

Durante una estancia en Grindelwald en el invierno de 1998/1999 me dieron tanto ánimo, apoyo y ofrecimientos de ayuda que ahora se apilan nuevamente sobre mi escritorio documentos de los que deberé hacer una selección minuciosa, como ya ocurriera en 1957 cuando tuve que enfrentarme por primera vez a un montón de libros, revistas y recortes de periódico —unos dos mil en diferentes lenguas— que trataban sobre el tema Eiger. Había recibido numerosas cartas que eran, cada una de ellas, el documento concreto de una personalidad determinada. Mi amigo Kurt Maix, alpinista y excelente escritor de temas de montaña, fallecido entretanto desgraciadamente, me apoyaba en el trabajo. Pero aún hay muchos más a quienes debo estar agradecido. Se asemejan a aquellos porteadores y otros acompañantes de una expedición que montan los campamentos y realizan todo tipo de servicios para que el equipo de ascensión a la cumbre pueda realmente elevarse hasta la cima.

Con ocasión del sesenta aniversario de la primera ascensión tuve también la suerte de encontrarme con el más veterano de los guías de montaña, el más que centenario Samuel Brawand. Durante nuestra cena en el modesto *Berggasthof* éste puso de manifiesto en su acostumbrada forma viva de relatar que, mientras existiese la más mínima posibilidad de conseguirlo, todo guía de montaña invertiría toda su energía para salvar una vida humana. Pero no fueron los guías de montaña los que intentaron la primera escalada de la Pared Norte del Eiger. A su entender los peligros objetivos que presentaba esta parte eran demasiado importantes como para recomendar a alguien su ascensión.

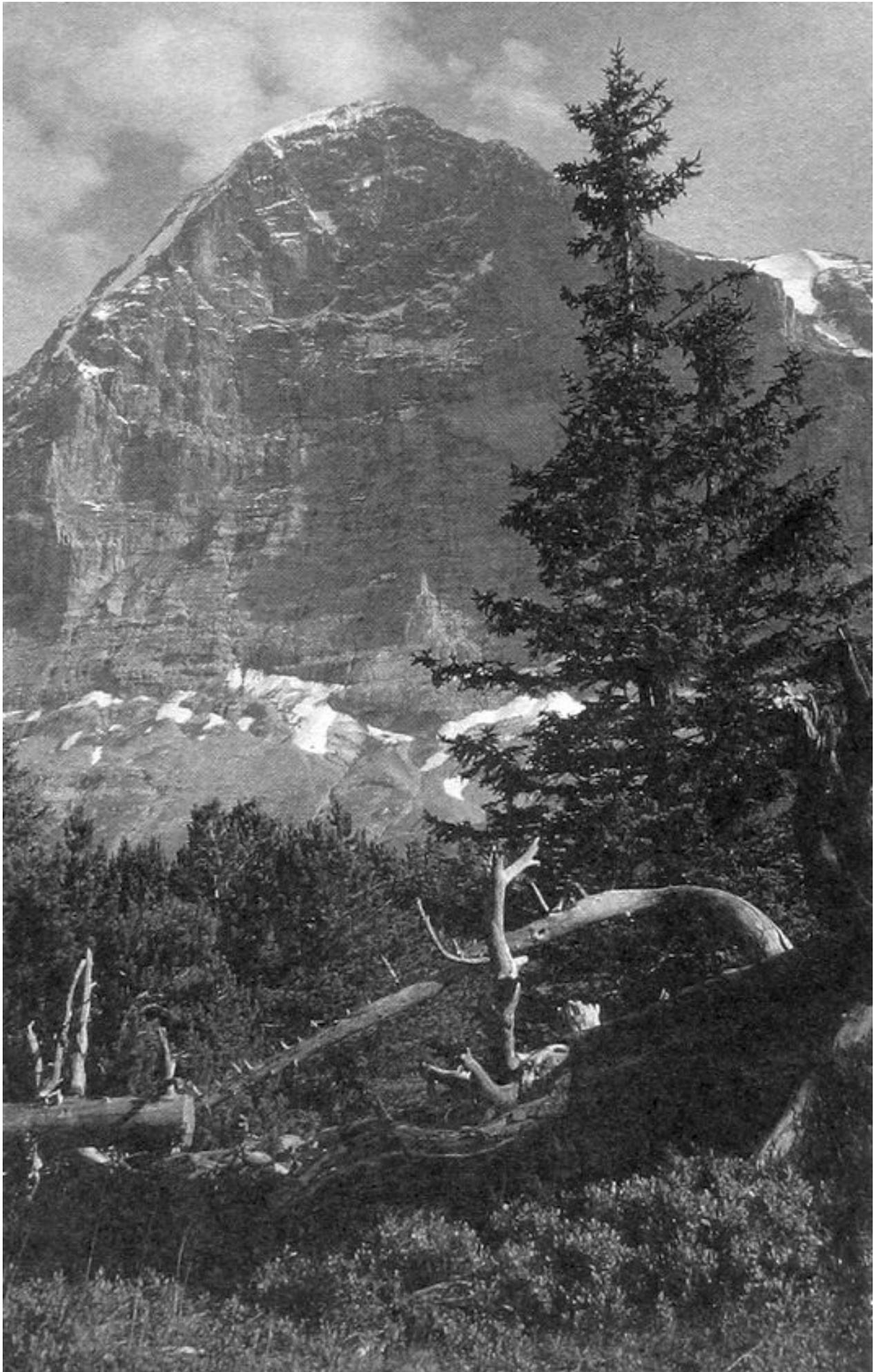
Cuando un turista sale de excursión con un guía de montaña, éste carga con toda la responsabilidad sobre aquéllos que han depositado su confianza en él. En cuanto se entra en la zona de roca, hielo y nieve, sólo uno lleva el mando: el guía de montaña. Peter Bohren, apodado *Gletschenvolf* (lobo del Glaciar) dijo una vez dirigiéndose al reverendo Wethered: «Señor, usted es un maestro en el valle. Aquí lo soy yo». Este poder de mando absoluto obliga al guía de montaña a ser responsable de lo que hace

o deja de hacer. Su meta siempre debe ser la de llevar a aquéllos que le han sido confiados sanos y salvos de vuelta al valle. Esta responsabilidad no puede tomarla el guía en una pared como la Pared Norte del Eiger.

Sami Brawand recordó entonces aquel 24 de julio de 1938 en el que nosotros, los cuatro primeros en escalarla, de noche y bajo una tormenta de nieve nos acercamos a la estación Eigergletscher. De repente encontramos a un muchacho delante de nosotros quien nos preguntó: «¿Venís de la Pared Norte?». Tras contestarle afirmativamente, bajó corriendo por el glaciar gritando una y otra vez: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!». Entonces vimos a una multitud de personas, guías de montaña, amigos y periodistas. Por primera vez nos dimos cuenta de que nos habían estado observando durante los últimos días. Así pues, toda esta gente, a pesar de que en la tarde del día anterior una tormenta había azotado la Pared Norte durante horas y algunas noticias ya nos daban por muertos, guardaba todavía fe y esperaba que regresásemos.

Durante la celebración del aniversario en 1998 se descubrió en la estación Eigerwand una placa conmemorativa con los nombres de quienes fueron los primeros en escalarla. Decenas de cámaras estaban dirigidas hacia mí y Heckmair, muchas más que en la celebración del cincuenta aniversario. Todo esto nos resultaba extraño y algo embarazoso. Pero esa fecha importante debía más bien servir para el reportaje posterior con todo lujo de detalles —planeado por la Televisión Suiza DRS para el verano— en el que los objetivos de las cámaras estarían dirigidos durante dos días completos hacia dos cordadas de escaladores. A causa del mal tiempo, sin embargo, tuvieron que aplazar ese proyecto hasta el verano de 1999.

Cuando se dan las condiciones necesarias para ello, tales como poseer la determinación, la condición física y el material necesarios, el recorrido de la vía clásica será algo normal, muy interesante e instructivo, aunque, eso sí, duro y largo. Yo, en todo caso, siempre me alegro cuando veo en televisión a esos jóvenes alpinistas con sus elegantes y rítmicos movimientos. Y cuando descendan por el glaciar, exclamaré: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!», como cuando nosotros fuimos recibidos con alegría y emoción tras haber escalado con maestría y éxito la Pared Norte del Eiger.



# **Alguna vez tiene que conseguirse**

## **La Araña Blanca**

Hace 140 años, en 1858, la cima del Eiger, de 3970 metros, situada en el Oberland Bernés, fue pisada por primera vez por el ser humano. Hace más de sesenta años, en 1938, su Pared Norte fue escalada por primera vez. El Eiger se hizo famoso a causa de esta Pared Norte y su nombre alcanzó más fama que el Monte Cervino o el Mont Blanc. Millones de lectores supieron de él a través de innumerables artículos periodísticos, libros y comentarios radiofónicos, convirtiéndose así en la esencia de ese sentimiento trágico-sensacional que el alpinismo ofrece al lector. Y millones de personas que nunca habían visto ni la montaña ni su pared norte se hicieron una imagen de él. Una imagen que, por fuerza, quedaba distorsionada.

Deseo, pues, ofrecer aquí una visión correcta, que pueda rectificar aquella imagen deforme. Y esa visión no será en ningún caso menos atractiva e interesante, pero, eso sí, su trama dramática reposará sobre la verdad, sobre hechos reales, y no sólo en la fantasía del que escribe.

La verdadera historia de la escalada de la Pared Norte del Eiger es más terrible, más grandiosa de lo que los hombres puedan inventar jamás. Yo pertenezco a aquel grupo de cuatro que, hace ya más de sesenta años, en julio de 1938, por primera vez escalaron con éxito la Pared Norte del Eiger. Su recuerdo me ha acompañado hasta hoy y no ha quedado borrado ni por las grandes vivencias que experimenté en el Tíbet, ni tampoco por mi expedición a Nueva Guinea, la más difícil.

No creo que ninguno de los que entonces escalamos los 1800 metros de esa fortaleza de hielo y roca hayamos temido por nuestra vida, pero, tras nuestro regreso, experimentamos más conscientemente esa sensación de la gracia de vivir. Y desde la escalada de la Gran Pared Norte, esa sensación consciente ya nunca más me ha abandonado. Quizás el recuerdo de esa escalada me haya dado con frecuencia la fuerza, paciencia y confianza necesarias para resolver situaciones que creía peligrosas y sin salida, incluso cuando todas las circunstancias externas parecían sin esperanza. Creer en uno mismo es un bien valiosísimo, que no se recibe como regalo. Quien menos lo posee es aquel que está cegado por la arrogancia.

En la Araña de la Pared Norte viví situaciones límite cuando sobre nuestras

cabezas se precipitaron aludes que parecían no tener fin. Esta parte de la pared del Eiger recibe su nombre por su semejanza con una araña gigante. Pocas veces se ha encontrado un nombre proveniente de la imagen externa que describa al mismo tiempo fielmente la esencia de lo así llamado. La araña de la pared del Eiger es blanca. Su cuerpo está compuesto de hielo, hielo perpetuo, nieve perpetua. Sus largas patas de cien metros son también blancas. Hielo, muchísimo hielo, que se alarga partiendo de la terriblemente vertical zona de nieve primavera a través de surcos, fisuras y grietas. Hacia arriba, hacia abajo. Hacia la derecha, hacia la izquierda. En todas direcciones, hacia todas las vías de escape.

Todos los escaladores que eligen su camino a través de la Pared Norte tienen que atravesarla. No es posible evitarla. También los mejores y los más rápidos han tenido que superar la prueba más dura en la Araña. Uno de ellos, alguna vez, comparó toda la pared del Eiger con una gigantesca tela de araña que conduce a sus víctimas hacia la propia araña: esta comparación es incorrecta, exagerada y despierta escalofríos baratos. Ni esta pared salvaje ni la hermosa montaña merecen tal trato. Tampoco los alpinistas. Los alpinistas no son ni moscas ni bichos que se dirigen, tambaleantes, hacia su perdición, sino hombres y mujeres con juicio y valentía.

Y sí, la Araña Blanca me parece, no obstante, algo así como un símbolo de la pared del Eiger. Sus peligros debe superarlos el escalador en el último tercio de la pared, cuando se encuentra cansado, tras muchos días y horas de agotadora escalada, y debilitado ya por el frío vivac. Pero quien allí se encuentra cansado no puede descansar.

Quien desee escapar a la cadena de aludes, tendrá que reconocer que no hay escapatoria de esa arriesgada zona vertical y deberá saber administrar sus fuerzas con paciencia e inteligencia. Por encima de la Araña empiezan las heladas Fisuras de Salida desplomadas. Allí también se necesitará la fuerza. Quien allí cambie la paciencia y la astucia por la prisa accionada por el miedo, se convertirá realmente en una mosca moviéndose nerviosamente en la tela de araña hasta quedar atrapada.

La Araña Blanca no sólo es la piedra de toque de la maestría técnica de un escalador, sino que lo es también del carácter de éste. En años posteriores, cada vez que me parecía que el destino me cortaba el paso con telas de araña indestructibles, me acordaba siempre de la Araña Blanca. Y siempre, incluso allí donde aparentemente no había salida alguna, confirmaron su eficacia —también en la vida cotidiana— los medios y valores que me abrieron el camino de salida de la Pared Norte del Eiger: reflexión, paciencia y valentía consciente.

Al decir esto se me ocurre una frase de Schopenhauer: «De la misma manera que el montañero sólo al llegar a la altura prevista percibe y reconoce en su dimensión el camino recorrido, también nosotros sólo al final de un periodo de nuestra vida reconocemos el valor de éste».

La Pared Norte, mi recorrido por la Araña Blanca, fue para mí simultáneamente camino y periodo de vida. Esto, sin embargo, no lo comprobé sino mucho más tarde. Hoy no existe para mí la menor duda sobre el valor que representa ese difícil camino (para muchos en apariencia también incomprensiblemente peligroso) en esa montaña para la vida posterior de un ser humano.

No creo en un destino ciego al que estemos sometidos, ni tampoco puedo estar completamente de acuerdo con la frase de Schopenhauer: «El destino mezcla las cartas y nosotros jugamos». También nosotros mezclamos las cartas, estoy convencido. Más bien es como lo describió el ateniense Menandro hace más de dos mil años: «La forma y condición de una persona forman su destino; y lo que éste llama destino no es sino la predisposición de su carácter». La pared de la Araña Blanca me hizo reconocer por primera vez esta verdad. Quizá teníamos los cuatro esa feliz predisposición de carácter que fue la base de nuestro éxito. Entrenamiento, preparación esmerada y equipamiento sólo fueron nuestra necesaria aportación complementaria.

La Pared Norte del Eiger fue descrita en toda su braveza natural por primera vez en la literatura alpina por A. W. Moore en su hermosa obra *The Alps in 1864*. Moore, sus guías de montaña y sus acompañantes —entre los que se encontraba una mujer, *Miss Walker*— subieron el 25 de julio de 1864 un trecho por encima de la arista noroeste, desde donde pudieron ver sin trabas la falla de la Pared Norte. Moore escribió entonces lo siguiente: «De los miles de personas que cada año caminan bajo la sombra de este grandioso muro —superior en altura e inclinación a la pared norte del Wetterhorn— todas quedan profundamente impresionadas por la braveza natural de esta falla. Pero por muy impresionante que sea la vista que de esos precipicios rocosos se abre desde abajo, nadie que no los haya visto desde arriba podrá hacerse una idea correcta de ellos. Ni siquiera en el Delfinado he visto una falla tan abrupta y lisa. Las piedras que caen del borde de la arista se precipitan al vacío durante cientos de metros sin golpear ni una sola vez en sitio alguno. Es casi desconcertante que la cara oeste de esta maciza montaña rocosa pueda ascenderse con relativa facilidad, mientras que su Pared Norte cae tan abruptamente hacia las profundidades, como si toda la montaña estuviera cortada. Lisa y absolutamente inescalable...».

Se ha criticado que precisamente durante la escalada de la pared del Eiger —y los intentos infructuosos— la ética de la escalada resultó maltratada debido a que la Pared Norte se convirtió en una especie de anfiteatro, de escenario natural sobre el que se podían contemplar cada uno de los movimientos de los actores. Parece ser que el aplauso que se da a los que se han visto coronados por el éxito cuando, felizmente, descienden, no es sino un signo exterior de la decadencia interna...

Hoy día, sin embargo, los alpinistas profesionales llegan al punto de ataque acompañados por equipos de filmación y los valores se han desplazado.

La mayoría de los alpinistas lo deploran. Ellos sólo desean tranquilidad y no quieren ser observados. Sienten nostalgia del tiempo de sus abuelos, cuando nadie les prestaba atención.

El Eiger fue coronado por primera vez el 11 de agosto de 1858. Hoy lo sabemos con certeza. Pero cuando quise encontrar algún reportaje sobre esta memorable primera ascensión en las viejas ediciones de época del *Alpine Journal*, no tuve éxito. Tan sólo una escueta nota: un cierto *Mister* Harrington o Harington, acompañado por algunos guías, parecía haber alcanzado la cima por primera vez. En ningún otro sitio se menciona el nombre Harrington. Esto no es de extrañar, pues el primero en ascender a la cima no se llamaba Harrington sino Barrington, Mr. Charles Barrington.

Veinticinco años después de aquella primera ascensión escribió Charles Barrington el reportaje, largamente esperado, en forma de carta dirigida al redactor del *Alpine Journal*. En ella se relata que Mr. Barrington —que no era miembro del *Alpine Club*, fundado un año antes— se había trasladado a Grindelwald a principios de agosto de 1858, habiendo contratado allí a dos guías de renombre: Christian Almer y Peter Bohren, el mencionado ya *Lobo del Glaciar*. El 6 de agosto ascendieron Strahlegg y el 9 de agosto el Jungfrau, partiendo de la Faulberghöhle. Al atardecer descendieron a Grindelwald. Una quemadura de piel producida por el glaciar debió haber estropeado bastante la cara de Barrington, ya que éste describe con mucho humor cómo pasó aquella noche: «*Sleeping with a beefsteak on my face...*» (Durmiendo con un filete de vaca sobre la cara...).

El joven Mr. Charles no parecía estar muy contento de sus logros alpinos. ¿Qué se podría emprender aún?, se preguntó obviamente con esa generosidad de un hombre que, si bien no tiene ni diez céntimos en la bolsa, desea informarse de lo que cuesta el mundo. Un buen consejo es barato, pero su puesta en práctica es cara. «Haga Vd. el Cervino. O el Eiger. Ambos están aún por conquistar», le aconsejaron. Las reflexiones de Barrington fueron más o menos las siguientes: el Cervino está allá lejos, en el Valais, y cuesta seguramente mucho más. El Eiger está aquí, delante de mis narices, y mi dinero alcanza para subirlo. Así pues me subo al Eiger.

A la medianoche del 10 de agosto llegan Charles y sus guías a Wengern Alp. Charles se tira sobre un sofá y duerme tres horas. El 11 de agosto de 1858, a las tres de la mañana, Barrington, Almer y Bohren abandonan la casa y emprenden la marcha en dirección del Eiger. En cuanto alcanzan la zona de rocas, toma el mando —según su propia descripción— Barrington. Gracias al gusto por la escalada del joven Charles, no ascienden por la vía normal utilizada en la actualidad, sino casi sobre el filo de la arista noroeste, alcanzando la cima poco antes del mediodía. Para el descenso tomaron el corredor y caminaron a lo largo de la falda, por donde hoy discurre el itinerario normal. Naturalmente aún hubo varios lances arriesgados que sortear. El grupo estuvo a punto de ser arrastrado dos veces por aludes. Pero sólo

«estuvo a punto de», y así, cuatro horas más tarde los tres ya se encontraban a salvo en Wengern Alp. Barrington escribió como colofón: «Así terminó mi primera y última visita a los Alpes. Dado que no disponía de dinero suficiente para intentar también el Monte Cervino, regresé a casa. Si no hubiese estado en tan buena forma física como mi antiguo caballo *Sir Robert Peel*, con el que gané el Gran Premio Nacional Irlandés, no habría visto ni la mitad de mi trayecto...».

La historia del Eiger forma parte de la historia del alpinismo, y comienza con Charles Barrington, quien con esa inocente impetuosidad inquebrantable alcanzó la cima, porque el Cervino le resultaba demasiado caro. Un año más tarde encontramos en la zona del Eiger a uno de los alpinistas de más fino sentido, Leslie Stephen, quien en 1859 —junto a George y William Mathews y tres guías— alcanzó el Eigerjoch.

En 1874 fue escalada la arista suroeste y en 1876 la arista sur del Eiger. En 1885 el austríaco Moritz von Kuffner, en compañía de los guías de Valais J. M. Biner, Alexander Burgener y un pastor alpino, consiguió efectuar el primer descenso por la Arista Mittellegi, bajando en rápel por el gran resalte de la parte superior de la arista.

En 1912 empieza el triunfo de la técnica: finalizan las obras del ferrocarril del Jungfrau. El trayecto transcurre durante muchos kilómetros a través de la montaña, a través del cuerpo de roca del Eiger. Tan sólo dos aperturas conducen al exterior de la Pared Norte. Estas aperturas jugarán un papel importante en las tragedias ocurridas posteriormente.

En 1921, por fin, se logra la cima por la Arista Mittellegi. De nuevo son tres guías de Grindelwald —Fritz Amatter, Samuel Brawand y Fritz Steuri sénior— quienes acompañan a un cliente: el jovencísimo japonés Yuko Maki. Éste, 35 años más tarde, conducirá una expedición hasta la octava montaña más elevada de la Tierra, el Manaslu, de 8128 metros. Yukio Maki, si se puede decir, crea así por primera vez un enlace entre el Eiger y el Himalaya. Más tarde nos parecerá normal que los nombres de muchos escaladores de la Pared Norte del Eiger también sean también nombrados una y otra vez en el contexto de la lucha por las más altas cumbres del mundo.

En 1932 se realiza en el Eiger la última gran escalada completa al estilo clásico. El Dr. Hans Lauper y Alfred Zürcher —ambos excelentes alpinistas suizos—, acompañados de los mundialmente conocidos guías del Valais Joseph Knubel y Alexander Graven, alcanzaron la cima del Eiger por la cara noreste.

Todas las caras de la poderosa montaña han sido, pues, escaladas. Todas excepto una: la absolutamente inescalable, la imposible, «La Pared», la primera en recibir y atrapar las tormentas que se acercan, poderosas, por el norte y noroeste; esa pared sobre la que la Araña Blanca parece estar esperando, aferrada a la roca, extendiendo sus patas de varios cientos de metros de longitud.

¿Esperando?

No, la Araña no espera. Los hombres esperan. La juventud espera. Esperan su

hora. Ya no hay ningún Cervino que se pueda escalar por primera vez, ninguna de aquellas cimas vírgenes que los pioneros de la «edad de oro» podían escoger a placer. Tampoco hay ya «grandes paredes». En 1931 los hermanos Schmid subieron al Cervino por su cara norte, y en 1935 fue escalada también la cara norte de las Grandes Jorasses por Peters y Maier. Pero, ¿y la pared del Eiger, la pared de la Araña Blanca? ¿Es realmente imposible escalarla? ¿No habrá quizás una vía?

La respuesta sólo la puede dar alguien que lo haya intentado. Alguna vez tendrán que llegar los primeros en atreverse.

Llegaron en el verano de 1935.

## Intentos en la Pared Norte del Eiger

No sólo la juventud tiene la lengua suelta. También las grandes masas del público pronuncian con facilidad y rapidez veredictos sobre acontecimientos y cosas que no comprenden o no pueden comprender. La ciencia moderna y la psicología además proporcionan términos especializados necesarios en que se deben basar la crítica y los criterios. «Sobrecompensación de complejos de inferioridad», «autoafirmación de personas que, por lo demás, han fracasado en la vida», «pseudoheroísmo», «neurosis de querer destacar»... Podríamos seguir con esta lista de términos a lo largo de páginas y páginas, intentando de este modo caracterizar y estigmatizar el sentido o falta de sentido del alpinismo en su versión extrema.

¿Pero puede creerse sinceramente que, por ejemplo, Fridtjof Nansen emprendiera la travesía del hielo de Groenlandia en esquís simplemente porque tenía complejos de inferioridad? ¿O que este gran investigador y héroe de la paz noruego realizara esa espectacular hazaña únicamente para servir a la ciencia? Lo sedujo la gran aventura, el perpetuo deseo del hombre creativo de penetrar en nuevos territorios, de adquirir nuevos conocimientos, también sobre sí mismo. Ésta es la chispa de ignición, ese manantial secreto de energía vital que nos capacita para realizar empresas fuera de lo común. ¿Cordura o locura? ¿Quién puede enjuiciarlo? ¿A quién le está permitido pronunciar un veredicto al respecto? Cuando la aventura vivida y superada trae consigo un éxito tangible y comprensible para el público, éste no se queda corto en sus aplausos y está dispuesto de muy buen grado a poner bajo los focos y a colocar sobre el pedestal reservado para héroes a quien al principio había despreciado, tachado de ridículo y acusado de irreflexión. Tanto el desprecio como la glorificación del héroe representan actitudes igualmente poco saludables, y ambas pueden traer desgracia. Pero, desde que existe el ser humano, los hombres intrépidos y emprendedores siempre han tenido que llevar a la práctica sus inusuales empresas balanceándose entre los extremos, siempre entre la burla, el desprecio y el reconocimiento y la admiración.

En lo que respecta a los alpinistas se suma un aspecto particular: a la escalada de la Pared del Eiger resulta imposible atribuirle —ni con el mejor de los deseos— algún tipo de beneficio general para la humanidad: representa un puro éxito personal de los propios escaladores. ¿Se trata entonces de hacerse famoso a través de la «terrorífica» pared? ¿Autoafirmarse? Un alpinista que escala la pared del Eiger tiene que haber demostrado y confirmado su valía cien veces con anterioridad. Dejemos, pues, a la valentía y al gusto por la aventura su derecho a existir, aunque no encontremos ninguna razón material para ello.

Ocupémonos ahora de aquellos dos hombres que, a mediados de agosto de 1935,

se hospedaron en una borda de montaña cerca de Alpiglen, aquellos dos primeros hombres que osaron lanzar el primer ataque a la Gran Pared: Max Sedelmayr y Karl Mehringer. Son musculosos y están perfectamente entrenados, dos hombres de aspecto abierto y rasgos nítidos. En la vida cotidiana no habrían llamado la atención o, como mucho, la habrían llamado por ser algo más sencillos, tranquilos y simpáticos que la mayoría. Por su tranquilidad y serenidad se podía reconocer en ellos a personas que también en la vida cotidiana están en su lugar, que no necesitan autoafirmarse mediante alguna proeza extraordinaria y «peligrosa», ni tampoco esperan el aplauso de la multitud.

Ya la manera en que Sedelmayr y Mehringer realizan la inspección de la pared ofrece una muestra válida de su carácter. Silenciosos y sin llamar la atención llegaron a la montaña. Conocían la magnitud de la empresa y se dedicaron concienzudamente a su preparación. Los trabajos preliminares, sin embargo, ya los habían efectuado mucho antes: actitud mental, entrenamiento durante años y evaluación de la propia capacidad de rendimiento. No tenían fama mundial y tan sólo un estrecho círculo de alpinistas los conocía. Y estos severísimos críticos —pertenecientes ellos mismos a la élite del alpinismo— sabían que Sedelmayr y Mehringer formaban parte de los mejores, los más prudentes y tenaces alpinistas, cien veces experimentados en las más difíciles expediciones.

Incluso cuando se alquila una vaquería alpina como alojamiento, en un importante centro turístico es imposible mantener los planes en secreto. La noticia, sencillamente, se cuela: «Allí hay dos que quieren hacerse la pared del Eiger». Y no faltan las personas bienpensantes ni las voces de aviso. Pero, ¿para qué tantos avisos y consejos, cuando nadie conoce aún verdaderamente la pared? Sólo se conoce su aspecto, que cambia permanentemente. Hielo, roca, nieve... Aludes, caída de piedras en cadena. Es una cara sin piedad, sin amabilidad. Tan sólo se puede advertir diciendo: «No vayáis a la pared. Es espantosa».

Todavía no había estado nadie en la pared. Sedelmayr y Mehringer son los primeros y se han preparado como nunca antes para una expedición alpina. Saben que aquí no se trata de una primera ascensión difícil cualquiera, sino de una expedición hacia la verticalidad, una expedición a dos, una cordada clásica. ¿Cuánto tiempo durará? ¿Dos, tres días? ¿Quizá más tiempo? Los dos meten víveres para seis días. Su material es también el mejor que se consigue en esa época, aunque todavía no saben realmente lo que más necesitarán en la pared. ¿Será una pared de hielo o de roca? Incluso una observación minuciosa con los prismáticos no da una respuesta clara a esta cuestión, pues la pared del Eiger cambia la fisonomía diariamente, incluso hora por hora. Pero siempre permanece grandiosamente intratable e inaccesible. Todas las experiencias acumuladas en otras montañas parecen no servir de nada aquí. La experiencia necesaria para atacar esta pared gigantesca sólo se puede ganar en ella.

Los dos muniqueses saben que la meteorología es decisiva. Pero también se dan cuenta de que ese famoso periodo de buen tiempo, al que se debe esperar según los estrictos fundamentos del alpinismo, no tiene ninguna validez en la Pared Norte del Eiger. Puede hacer buen tiempo en los alrededores, pero el Eiger y su Pared Norte tienen su meteorología propia. Se tratará, quizá, únicamente de una sola nube que se queda colgada de esa gigantesca pileta vertical, cóncava, de la pared. Pero esa nube va a desencadenar una tormenta de granizo, nieve y viento huracanado, mientras que en Grindelwald los turistas se tuestan al sol, confortablemente tendidos en sus tumbonas. Cualquier cambio de tiempo proveniente de las tierras bajas libra su primera gran batalla sobre la pared. Pero también aquellas nubes que, en su camino hacia las montañas, ya han vertido sobre su recorrido buena parte de su carga de lluvia, se unen nuevamente en la pared del Eiger, creando una fuerza poderosísima, para dar allí su última y desesperada batalla, y luego partir, ya convertidas en inofensivos retazos de niebla, a circundar otras cumbres. O bien —debido a la interacción entre el frío aprisionado en la pared y el aire alrededor calentado por los rayos solares— se forma sobre la propia pared una nube preñada de energía, que fustigará sus flancos con lluvia, hielo y nieve.

Todo esto lo ven los dos hombres que ya han encontrado una vía —sin duda la única posible— para subir la pared. El punto más bajo de la pared se encuentra a 2100 metros. Los primeros 700 metros no parecen ser demasiado difíciles, a pesar de la verticalidad y de la amenaza de aludes y caída de piedras. Más arriba se pueden apreciar con los prismáticos algunos agujeros en la roca: son los ventanales de la estación Eigerwand del ferrocarril del Jungfrau, línea que traza sus cerradas curvas durante kilómetros y kilómetros por el interior de la montaña. Unos 400 metros más hacia el oeste, hay asimismo un boquete del túnel de mina por el que se tiraban al vacío los escombros producidos durante su construcción.

Bien es verdad que se podría ascender en tren hasta la estación Eigerwand o hasta el ventanal 3,8 e iniciar desde allí la escalada. Pero entonces también daría igual subir a la cima del Eiger por la vía normal y limitarse a contemplar la pared. No, el ferrocarril de la montaña es para los turistas. Para los hombres de montaña sólo cuenta una escalada alpina intachable partiendo del punto más bajo hasta su alta cima de 3970 metros.

Durante días y días Sedelmayr y Mehringer observan la Pared Norte, llevan el material hasta el punto de ataque y, con los prismáticos delante de los ojos, pasan horas y horas allí tendidos sobre el suelo. Por encima del ventanal de la estación de la pared se yergue, recto como el hilo de una plomada, un resalte de roca de unos 100 metros. ¿Será practicable? Esto sólo se podrá decidir estando allí. Por encima del resalte se ve centellear un nevero: la primera zona de hielo... ¿Qué altura podrá tener? ¿Qué grado de inclinación? Desde abajo resulta muy difícil calcularlo.

Por encima de ella, otro resalte. Luego otra zona amplísima de hielo y nieve. Al subir, habría que atravesarla en diagonal, hacia la izquierda. Después hay un tercer nevero. La roca y el hielo muestran allí una extraña formación: se parece a un enorme halcón que avanza con las alas desplegadas. Allí habrá que escalar hasta el pico de ese «halcón», que no es sino una afilada arista —a la que más tarde se dará el nombre de la Plancha— que se apoya allí, recta como una plomada, a la pared de la cima. ¿Podrán superar todos estos obstáculos? Partiendo de esta arista deberán atravesar un nevero de hielo (el Tercer Nevero) en diagonal hacia la izquierda. Y al final se extiende hasta la Arista Mittellegi una rampa muy empinada en diagonal hacia la izquierda. ¿Se podrá escalar esa rampa hasta el final? ¿Se podrá avanzar, una vez en ella, a la derecha hacia ese gran nevero que, cual una araña gigante, extiende hacia todos lados finos surcos de hielo y nieve sobre ese precipicio de 1500 metros de profundidad? Y por último: ¿se podrá, una vez en la Araña, progresar a través de esos surcos y grietas hasta llegar al Nevero Cimero?

En la noche del 20 al 21 de agosto de 1935, Max Sedelmayr y Karl Mehringer abandonan su alojamiento de la vaquería alpina de Alpigen. A las dos de mañana del 21 de agosto —es un miércoles— comienzan el ataque de la pared. En cuanto se hace de día la gente se agolpa ya alrededor de los telescopios de Kleine Scheidegg y de Grindelwald. Allí observan durante toda la jornada a esos resueltos muniquestes y las críticas de los sabihondos se apagan ante el asombro y el reconocimiento que originan. Ambos escalan excelentemente, a pesar de la verticalidad del terreno y de sus pesadas mochilas. Se puede observar claramente cómo se aseguran recíprocamente y también cómo, en los pasajes más difíciles, suben ellos primero y luego izan sus mochilas. No dan ningún paso sin reflexión, todos sus movimientos están estudiados. Incluso los guías de montaña, que observan todo críticamente y con desconfianza, tienen que admitir que se trata de verdaderos maestros.

La vía de ascenso de los dos escaladores es ideal: exactamente en la vertical de la cima. Apenas si se toman un descanso. Como una máquina que funciona sin fallos, un largo de cuerda tras otro, con técnica cercana a la perfección, Sedelmayr y Mehringer van ganando altura. Y cuando llega el crepúsculo ya han superado la parte inferior de la pared. Entonces vivaquean a 2900 metros, 800 metros por encima del punto inicial de ataque, más alto incluso que los ventanales de la estación Eigerwand, cuyas luces, vistas desde abajo, brillan como estrellas.

Es jueves por la mañana. Ahora los escépticos ya también están convencidos de que la escalada será un éxito. Algunos hacen incluso apuestas de que los dos muniquestes, ese mismo día, esa misma tarde ya, alcanzarán la cima. Pero la pared es engañosa. La cima aún está muy lejos y el camino hacia ella es desconocido y complicado. Sedelmayr y Mehringer alcanzan la siguiente zona de la pared que, a la vista de las dificultades que presenta, se la situaría mejor en una torre de los

Dolomitas que aquí, en la terrible pared del Eiger. Los dos hombres se ayudan y se aseguran mutuamente y no se imaginan que los están observando: sus pensamientos se encuentran lejos, muy lejos del resto de los humanos. No porque se crean superiores, sino porque la montaña los ha capturado por completo y también porque tienen que vencer esa zona empleando para ello cada fibra de su ser. Están, pues, inmersos ya en ese estado de vigilia que adoptan los hombres cuando se ven en peligro. Desde arriba caen piedras y pedazos de hielo que, dada la inclinación de la roca, vuelan muy por encima de sus cabezas. Tras un intenso trabajo de muchas horas, dejan tras de sí el resalte de la pared. Pero la tarde ya ha comenzado y las horas restantes les alcanzan justo para superar el Primer Nevero, que tan ridículamente corto parece desde abajo. Una y otra vez se ve cómo levantan las mochilas por encima de sus cabezas o cómo intentan resguardarse de alguna manera, pues la montaña les envía sus proyectiles.

Vivaquean en el límite superior del Primer Nevero. Desde abajo no se ve si disponen de sitio para sentarse. En todo caso la posibilidad de tenderse está descartada. Parece como si estuvieran pegados a la pared. Será una larga noche, pero el tiempo sigue siendo favorable.

La gente observa a Sedelmayr y Mehringer durante todo el viernes. Se tiene la impresión de que apenas ganan altura. La transición entre el Primer y el Segundo Nevero parece muy difícil. La enorme superficie de esta zona se hace evidente por los puntos que hay sobre ella —que son los dos hombres— y las cortas distancias visibles entre ellos —que son nada menos que largos de cuerda de treinta metros. Una y otra vez se quedan parados, sin duda, para protegerse de la caída de hielo y rocas. Con frecuencia tienen que emplear mucho tiempo en izar las mochilas después de subir ellos. Las horas pasan como si fueran minutos. Van ganando altura, pero infinitamente despacio. Se mueven hacia el borde izquierdo del Segundo Nevero. ¿Dónde harán vivac? Imposible verlo: una cortina de niebla desciende ya por la montaña, separando ambos mundos.

Por la noche cambia el tiempo. La tempestad sopla sobre las aristas, la lluvia cae espesa sobre el valle y en las alturas lanza copos de nieve y granizo sobre las pendientes de la montaña. Al principio sólo es una tormenta. Pero el estruendo de los truenos se mezcla con el golpeo y el martilleo de la caída de hielo y piedras. El ruido desencadenado en la pared es tan intenso que incluso perturba el sueño de los pacíficos turistas en Alpiglen y en Kleine Scheidegg.

Ese tiempo terrible dura todo el sábado. Al martilleo de la caída de piedras se suma ahora el estrépito y bramido de los aludes. El frío es intensísimo. Durante la noche se han medido en Kleine Scheidegg ocho grados bajo cero. ¡Qué frío debe hacer en la pared! ¿Seguirán los dos aún en vida? Algunos así lo creen, a pesar del pronóstico en contra. Pero nadie puede imaginarse la desesperada lucha de Sedelmayr

y Mehringer.

La cortina de nubes no se abre ni un minuto. Y así llega la nueva y mortífera noche del quinto día en la pared.

Domingo 25 de agosto. ¿Quién se atreve todavía a creer que los muniqueses siguen con vida? Hacia el mediodía se rompe por poco tiempo la capa de niebla. Uno que se había apresurado a poner los ojos en los prismáticos no puede creer lo que ve. Pero realmente no hay duda ya y entonces grita: «¡Los puedo ver! ¡Todavía viven! ¡Y se mueven! ¡Y siguen subiendo!».

Y es cierto, se pueden ver los puntos moviéndose lentamente hacia arriba sobre el liso nevero vertical que va hasta la arista de la Plancha. Todavía viven, al quinto día en la pared, tras cuatro vivacs, a pesar del frío, de la tempestad, de los aludes. Viven y además siguen ascendiendo.

La esperanza crece. ¡Desproporcionado optimismo! ¡Parece que los muchachos lo van a conseguir, pues de otro modo ya se habrían dado la vuelta! Pero los guías que han crecido en el Eiger permanecen mudos. No se dice que se da a alguien por perdido, pero los guías y los alpinistas saben por qué los dos no se han dado la vuelta: los aludes y la caída de piedras han convertido a la pared en una verdadera trampa. A esto hay que añadir la dificultad de las rocas ahora cubiertas de hielo y nieve y con torrentes. La única esperanza es seguir avanzando. Los expertos saben que no existe otra posibilidad.

Y los dos siguen escalando hacia la arista vertical de la Plancha.

Entonces la cortina de niebla se cierra, ocultando así a los ojos de los hombres el último acto de la primera tragedia de la pared del Eiger.

Tempestades que golpean la roca horizontalmente con torbellinos de nieve, aludes que retumban, torrentes a los que se une el *stacatto* de la caída de piedras: ésta es la melodía de la pared del Eiger.

El martes 27 de agosto llegan a la montaña amigos muniqueses de los dos escaladores. Entre ellos están el hermano de Sedelmayr y Gramminger, quien más tarde alcanzará renombre mundial como especialista de salvamento en montaña. Los amigos lo intentan todo para llevar ayuda, pero no hay nada que salvar. Nada se puede ver ya. Ni desde cima, ni desde las torres de la arista oeste, ni tampoco desde abajo. No se ve ni se oye nada. Ninguna voz humana interrumpe ya la melodía propia del Eiger. Es imposible atacar ahora la pared desde abajo e inimaginable llevar ayuda alguna desde arriba. El hermano y los amigos —los mejores y más experimentados alpinistas— se encuentran impotentes ante el poder desatado de la naturaleza.

Aviones militares suizos intentan en los días siguientes sobrevolar la pared, pero no consiguen descubrir ni el menor rastro de los desaparecidos. Semanas más tarde, el 19 de septiembre, cuando por fin mejora el tiempo, llega Ernst Udet, el más acreditado piloto de Alemania. Es una extraña providencia del destino, pues en 1928

el Dr. Arnolf Fanck había introducido a Udet en la técnica de vuelo en montaña durante el rodaje de la película *Die weisse Hollé vom Piz Palü* (El infierno blanco del Piz Palü). Entonces todo había sido como un juego: Udet tenía que acercarse en avión lo más posible a la pared de hielo para encontrar a unas personas que se habían equivocado al escalar y dirigir las tareas de salvamento. Pero ahora se trataba de una realidad trágica. Y ya no estaba en juego salvar a alguien, sino tan sólo encontrar los cuerpos. Fritz Steuri, extraordinario guía de montaña y esquiador de Grindelwald, se encargó de acompañar a Udet en esa temeraria empresa. Se acercaron hasta unos veinte metros de la pared y allí descubrieron a uno de los desaparecidos — ¿Sedelmayr o Mehringer?— metido hasta las rodillas en la nieve, congelado de pie en el último vivac en el extremo de la Plancha. Desde entonces ese lugar se llama el Vivac de la Muerte.

Así pues, dos hombres quedaron para siempre en la pared. Pero la valentía no se había extinguido, como tampoco el deseo de penetrar en lo desconocido. Se decidió buscar los cadáveres y, de ser posible, rescatarlos el año siguiente.

## «Ya no puedo más...»

Albert von Allmen tiene una cara intemporal. Puede aparentar unos treinta y cinco o unos cincuenta y cinco años. Es un hecho frecuente en los alpinistas, hombres de la montaña, cuyos rasgos están marcados por el viento y las tempestades: en su juventud parecen más viejos y en la vejez más jóvenes.

La montaña siempre ha sido el maestro severo y el amigo de confianza de Allmen, aunque su profesión lo lleve más bien *por dentro* de la montaña que *por su superficie*. Albert es guardavía del ferrocarril del Jungfrau. Es, pues, responsable de vigilar las vías que atraviesan el interior del Eiger. Pero la verdad es que a él le interesa todo lo que ocurre en el exterior. Bien es cierto que no comprende totalmente a los jóvenes que allá fuera intentan atravesar la terrible pared del Eiger de abajo arriba, pero aunque los considera algo locos su corazón está con ellos. Von Allmen tiene ojos bondadosos, rodeados de numerosas arrugas pequeñas, que no sólo delatan preocupaciones y vida dura de montaña, sino también el placer de reír.

El 21 de julio de 1936, Albert se dirige al boquete del túnel situado en el kilómetro 3,8. Es martes y, ya desde el sábado 18 de julio, cuatro alpinistas se encuentran en la pared: dos austríacos, Edi Rainer y Willi Angerer, y dos bávaros, Anderl Hinterstoisser y Toni Kurz. Especialmente el alegre Toni Kurz se ha ganado el cariño de todos. Y no sólo porque es guía profesional de montaña, sino porque cuando Toni ríe es como si todo el mundo se riera con él.

Todos son jóvenes: el de más edad, Angerer, tiene veintisiete años, y Kurz y Hinterstoisser sólo tienen veintitrés. Han escalado la pared muy alto, casi tanto como los dos del año pasado, Sedelmayr y Mehringer. Aquéllos nunca regresaron, pero estos cuatro regresarán, pues lo observado en los últimos días da pie a tener fundadas esperanzas de que esta vez todo terminará sin catástrofes.

Una forma tan extraordinaria de escalar no se ha visto por aquí todavía. Bien es cierto que parece ser que uno de ellos —supuestamente Angerer— ha sido alcanzado por una piedra y que por esa razón el grupo se movía más despacio desde hace dos días y habían decidido regresar. La visión de ese descenso sobre los neveros sometidos a caídas de piedras y aludes resultaba espantosa. Pero valientemente y sin vacilaciones, aunque muy despacio, eso sí, los cuatro seguían descendiendo, acercándose ya a esa zona de escalada más sencilla que les traería la salvación. Los tres hombres aún sanos se esforzaban por cuidar al que, de toda evidencia, estaba herido.

Albert von Allmen piensa en los turistas domingueros y excursionistas que en la estación de Eigerwand se acercan al borde de los ventanales para observar esa horrorosa profundidad e incalculable altura de la pared del Eiger. Más abajo, en Kleine Scheidegg y en Grindelwald, la gente no despegaba los ojos de los prismáticos

y catalejos.

Tienen que volver, piensa Albert von Allmen. Sus sentimientos, de todo corazón, acompañan a esos muchachos, a esos cuatro jóvenes de la pared. Por eso permanece atento a cómo se encuentran.

Allmen abre el grueso cerrojo de la pesada puerta de madera que cierra el boquete del túnel y sale al exterior. Cientos de veces ha salido ya por aquí y la visión de la pared le resulta conocida. Pero hoy le parece especialmente espantosa, quizá porque sabe que hay personas en ella. La roca está vidriosa, recubierta de hielo. Aquí y allá escucha el ruido de piedras al caer. Algunos de estos proyectiles descienden veloces por los aires cientos de metros en caída libre con un maléfico zumbido. Luego, de nuevo, se desploma la nieve, los aludes: verdaderas cataratas de hielo y nieve. La idea de que hay seres humanos en este infierno vertical es agobiante. ¿Seguirán aún con vida?

Von Allmen grita, luego escucha y repite nuevamente su llamada. La respuesta que recibe es nítida y alegre. Cuatro voces jóvenes responden cantando a la tirolesa. Albert no puede ver a los cuatro, pero por el sonido no deben encontrarse a mucho más de 100 o 150 metros por encima de él. Bien es cierto que a él le resulta incomprensible cómo pueden descender por esas rocas verticales o desplomadas cubiertas de hielo y marcadas por la caída de rocas. Pero esos locos muchachos han mostrado ya muchas veces que es realmente posible escalar incluso en lugares imposibles. Y sobre todo —lo más importante— llega esa llamada proveniente de arriba que da alegría: «¡Bajamos en línea directa. Todos estamos bien!».

Todos están bien. El corazón del guardavía, de alegría, bate más rápido. «¡Os voy a hacer un té!»», responde. Contento y con sonrisa de satisfacción regresa al interior por la puerta del túnel, entra en su barraca y pone a calentar una enorme olla de agua. En sus pensamientos ya ve cómo llegan esos cuatro jóvenes. Agotados, quizás con heridas abiertas por las piedras, con algunas congelaciones, pero vivos y felices. Y él irá a su encuentro con ese té humeante. Y es que no hay otra bebida mejor que el té cuando se está agotado y transido de frío. Es un elixir de vida. Lo único fastidioso es que se necesite tanto tiempo hasta que el agua empiece a hervir y los jóvenes van a llegar enseguida.

Hace ya buen rato que el té está preparado, pero los jóvenes no llegan. Albert von Allmen reduce al mínimo la llama bajo esa bebida dorada, para que se mantenga caliente y no se consuma.

Los jóvenes no llegan, y el guardavía tiene mucho tiempo para reflexionar sobre todo ello...

En realidad no se puede reprochar a las personas ávidas de sensaciones que se agolpen alrededor de los prismáticos y telescopios, pues las escaladas a la pared del Eiger se han convertido en un asunto público. Los periódicos y la radio se han

apoderado del «Caso Pared del Eiger». Algunos de los reportajes son buenos y parecen haber salido del alma de los alpinistas. Otros, sin embargo, no muestran ningún conocimiento especializado sobre el tema.

El año 1936 empezó de manera terrible. Al principio llegó el grupo de Múnich de Albert Herbst y Hans Teufel, quienes se presentaron en Kleine Scheidegg a finales de mayo. ¿Para buscar, quizás, a los muertos del año pasado? Seguro que también habían pensado en eso, pero su meta secreta era sin duda la escalada de la pared. Eran unos alpinistas excelentes, ciertamente. Pero tal vez les faltara esa gran calma y serenidad que caracteriza al maestro consumado.

No perecieron en la pared del Eiger, pues habían comprobado que hubiera sido un suicidio iniciar una escalada de esa pared gigantesca, cuando todavía reinaban allí unas condiciones casi invernales. Pero la espera se les hizo insoportable.

Según el calendario ya era verano, pero las tormentas y la nieve seguían cayendo. Teufel y Herbst decidieron, como entrenamiento preparatorio, subir la pared norte del Schneehorn, una pared pura de hielo y nieve, no escalada hasta entonces. Las condiciones eran todo menos favorables, pues la nieve fresca todavía no se había fundido con la vieja. No obstante, los dos iniciaron la escalada de la pared y llegaron hasta justo debajo de la cornisa de nieve de la cima, donde tuvieron que vivaquear. Aguantaron bien ese vivac a la intemperie, y pisaron la cumbre al día siguiente.

Todo parecía estar en orden, pero durante el descenso por una ladera de nieve se desató un alud que arrastró a ambos 200 metros. Teufel chocó contra el borde de una grieta del glaciar rompiéndose la nuca. Herbst salió con vida del accidente. Un maléfico comienzo...

Algunos días más tarde llegan dos austríacos, Angerer y Rainer, y colocan su tienda en Kleine Scheidegg. Son alpinistas experimentados, pero sobre todo unos magníficos escaladores. Y como tales son también maestros en encontrar caminos por terreno de roca vertical. Recuerdan lo difícil que fue vencer el pilar situado por debajo del Primer Nevero y cómo Sedelmayr y Mehringer se desgastaron allí completamente. Tiene que haber una vía más a la derecha: a través de los que más tarde se llamarían Primer Pilar y Pilar Descompuesto, en la proximidad del inescalable Rote Fluh, Muro Rojo, vertical como una plomada y completamente liso. Debajo de éste se debería encontrar un paso transversal que conduzca hasta el Primer Nevero. Pero, ¿será realmente posible realizar en ese punto de la pared una travesía?

El día lunes 6 de julio Angerer y Rainer atacan la pared por el nuevo itinerario que han ideado.

¿Qué aspecto presenta la pared en ese momento? Othmar Gurtner, el gran alpinista suizo y editor alpino, escribe al respecto el 8 de julio en la revista deportiva *Sport*:

Un tiempo caprichosamente cambiante ha impedido en las últimas semanas el progreso de fusión de la nieve. Frecuentes nevadas y días fríos y ásperos han conservado la nieve en polvo en las zonas de sombra a partir de los 2500 metros... Un estudio exhaustivo de las condiciones de la pared del Eiger, llega a la —engañoso— conclusión siguiente: las zonas bajas de la Pared Norte e incluso los dos neveros situados por encima de la estación de ferrocarril Eigerwand invitan, debido a su gruesa capa de nieve, a la escalada en el frío de la madrugada, siendo posible, en ese tipo de nieve, avanzar rápidamente sin usar el piolet. Pero a esa nieve le falta aún la fusión, es decir la sólida cohesión con la nieve vieja, comportándose, pues, como nieve típica de invierno a causa de la parca exposición al sol en la pared del Eiger. Más arriba, en la propia estructura casi vertical de la cima, la nieve polvo está pegada a las rocas como por golpe de escoba. Entremedio brilla el hielo... Este hielo tiene su origen en el agua de deshielo que cae del techo de la montaña. Mientras este hielo cuelgue de la estructura de la cima, toda la pared del Eiger estará fuertemente amenazada de caída de seracs. Además, en estos momentos se puede constatar la existencia de verdaderos «arroyos» y de numerosos agujeros por impacto en la nieve, muy cercanos unos de otros. La pared se encuentra ahora en ese estado entre el verano y el invierno que produce espanto...

Angerer y Rainer han estudiado la posibilidad de realizar una travesía por la parte inferior de la pared; vivaquearon por debajo del Muro Rojo y descendieron al día siguiente, 7 de julio. Alcanzan su campamento completamente mojados y cansados, pero sanos y salvos. «Regresaremos en cuanto las condiciones sean más favorables», dicen.

Ya los periódicos husmean nuevas sensaciones, y sus lectores, claro está, tienen derecho a ser informados con exactitud de lo que está sucediendo en el Eiger, ahora que los intentos de escalada se han convertido en el punto de atención del público. Los reportajes se parecen casi a los boletines del Estado Mayor del Ejército, a informes bélicos, y sus titulares así lo muestran: «En combate contra la pared del Eiger», «Encuentro de acróbatas en la pared del Eiger», «Nueva vida en la pared del Eiger», «Tregua en el Eiger», «El cerco se estrecha», «Rechazado el primer ataque». Y, a veces, se atreven incluso a hacer un juego de palabras y hablan de la «Pared asesina del Eiger»<sup>[1]</sup>.

Pero, naturalmente, en los periódicos del 7 y 8 de julio el tono es de alegría general por el regreso, sanos y salvos, de Rainer y Angerer. Bien es cierto que todos los movimientos y palabras de ambos hombres son desmenuzados e interpretados a placer, pero los alpinistas sólo quieren tranquilidad, y, puesto que no se la conceden, ellos se defienden a su manera utilizando algunas palabras que suenan exageradas. «¡Volveremos!». Qué arrogancia, después de ese vivac espantoso, descrito en muchos periódicos como una lucha a vida o muerte. Y Angerer y Rainer se burlan diciendo: «No, no, el vivac no fue tan espantoso. ¡Si sólo nos mojamos un poquito!».

Por esa época aparece un artículo bienintencionado en el periódico *Bund*, de Berna, en el que se podía leer: «Quien haya conocido a estos dos muchachos amables y agradables les ha de desear sinceramente que esa aventura termine bien».

Pero ni la burla ni la seriedad pueden detener los sucesos, y así, el 18 de julio de

1936 las dos cordadas, Angerer-Rainer y Hinterstoisser-Kurz, inician el ataque a la pared. Por separado, al principio. A la altura en la que los dos austríacos habían vivaqueado la vez anterior se unen los cuatro. Forman un equipo. Se trata de una empresa audaz y poco común, pero no pensada a la ligera.

Una vez pasada la Fisura Difícil situada por debajo del Muro Rojo, es Andreas Hinterstoisser el primero en conseguir la travesía hasta el Primer Nevero, haciéndolo casi conforme a las reglas, con ayuda de una cuerda. Esta técnica para realizar travesía con un péndulo colgado de la cuerda, la había inventado y ejecutado el magistral escalador de roca Hans Dülfer ya antes de la Primera Guerra Mundial, durante la escalada de la pared este del Fleischbank y de la pared oeste del Totenkirchl, demostrando así que, con ayuda de una cuerda, se podían salvar zonas aparentemente inescalables. En aquella época apareció una broma sobre esta técnica de Dülfer: «Se avanza hasta donde se pueda, y cuando cualquier avance es ya definitivamente imposible, se hace una travesía y se sigue avanzando».

Andreas Hinterstoisser lleva a cabo una travesía de ese tipo en la pared del Eiger, dando así el paso clave de la vía. Cuando han pasado todos, retira la cuerda de la travesía, y al hacer esto retira también la llave de la puerta de retorno —quedando ya clausurada—, esa puerta necesaria en caso de verse obligados a volver atrás... Pero, ¿quién piensa en volver atrás?

Los cuatro hombres son observados con prismáticos, y los espectadores olvidan las críticas anteponiendo ahora elogios y admiración por la rapidez y seguridad con que las dos cordadas superan el vertical Primer Nevero, siguen ascendiendo y llegan luego a esa gran pendiente que es la barrera entre el Primer y el Segundo Nevero. Esas rocas tienen forzosamente que ser difíciles, eso ya se sabe desde el intento del grupo Sedelmayr-Mehring.

Pero de repente algo parece haber ocurrido. La segunda cordada —la de Rainer y Angerer— sólo avanza ahora con lentitud e inseguridad detrás de la primera. Hinterstoisser y Kurz se acercan ya a las rocas por encima del Muro Rojo, mientras que los dos otros permanecen parados largo rato. Enseguida se puede apreciar que uno de ellos se apoya en su compañero. ¿Habrá ocurrido algún accidente?

Nunca se sabrá lo que sucedió exactamente, pero, al parecer, Angerer había sido golpeado por una roca y Rainer intentaba ayudar a su amigo. Más tarde vemos que Hinterstoisser y Kurz tiran una cuerda desde donde se encuentran, un lugar al abrigo de la caída de piedras, seguramente. Juntos consiguen subir a Angerer. Rainer sube luego rápidamente sin utilizar la cuerda para asegurarse.

Ese pequeño nido de roca sobre el Muro Rojo es el primer vivac de los cuatro hombres. ¡Es increíble la altura que han alcanzado esos alpinistas! ¡Ya han dejado más de la mitad de la pared por debajo de ellos!

Domingo 19 de julio.

Los prismáticos allá abajo están de nuevo sitiados. Cuando los cuatro hombres abandonan su vivac ya son las siete de la mañana. ¿Cómo se encuentra el herido? Bien, por lo visto, pues no vuelven atrás sino que avanzan escalando sobre el enorme Segundo Nevero. No obstante lo hacen con más lentitud que el primer día. ¿Están todos cansados o sólo se encuentra mal el herido? Lo que sí es evidente es que los cuatro forman ahora una única cordada.

El tiempo no es bueno, pero tampoco especialmente malo. Para las condiciones generalmente dominantes en el Eiger es incluso soportable. Ese domingo la cordada alcanza la Plancha. Angerer, Rainer, Hinterstoisser y Kurz se asientan en su segundo vivac a la intemperie, por debajo del Vivac de la Muerte de Sedelmayr y Mehringer. El rendimiento del día ha sido bueno, pero no lo suficiente para asegurar el avance definitivo hasta la cima el día siguiente. ¿Cómo será la noche? ¿En qué estado está Angerer y los demás?

Los espectadores allá abajo, en el valle, no saben nada. Se retiran, pues, los curiosos, los reporteros, los guías de montaña, los alpinistas. Mañana ya se verá.

Lunes 20 de julio.

De nuevo dan las siete antes de que en el campamento de altura se pueda apreciar movimiento. Es un sitio diminuto en el que apenas caben los cuatro sentados.

Los primeros en comenzar la escalada por la inclinada roca que lleva hasta el Vivac de la Muerte son de nuevo Kurz y Hinterstoisser. Treinta minutos más tarde se quedan parados. Los otros no los siguen. Lo que hayan podido hablar entre ellos, no se sabe. En cualquier caso la decisión es amarga y decisiva para los primeros y de vital necesidad para los segundos. Al parecer Angerer ya no está en condiciones de proseguir la escalada.

De repente se ve bajar al grupo de Hinterstoisser hacia el vivac. Allí se quedan largo tiempo. Después inician todos el descenso. La vida humana es más importante que la escalada de la pared.

Descienden con relativa rapidez el Segundo Nevero, pero el descenso en rápel hacia el Primer Nevero —pasando por el resalte de roca— se prolonga durante horas, y cuando lo alcanzan, cae ya la noche. Los cuatro se asientan a la intemperie cerca del lugar en que Sedelmayr y Mehringer habían vivaqueado por segunda vez. Todos y cada uno de los hilos de la ropa que envuelve sus cuerpos deben de estar empapados. Este tercer vivac les va a robar energía, pero deben conservar alguna para el cuarto. La altitud que han perdido hoy es escasa, tan sólo 300 metros. La pared se hunde todavía 900 metros por debajo de ellos, pero cuando dejen tras ellos la travesía y la Fisura Difícil, ya no quedará lejos el valle salvador. Además, conocen bien ese terreno.

La travesía...

Es la meta más importante de este nuevo día, martes 21 de julio. Los cuatro

parecen haber resistido relativamente bien el tercer vivac, pues se les ve descender por el Primer Nevero con bastante celeridad hasta el lugar en que desemboca la travesía. Pero en ese momento los espectadores sólo ven a tres hombres. ¿Se habrá caído uno?

Hay bancos de niebla alrededor de la pared. Se levanta una tormenta. El ruido de las piedras al caer se vuelve más intenso y aludes de nieve polvo barren la ladera por la que todavía ayer pasaba el itinerario de descenso. Cuando los cuatro dejen tras de sí la travesía, se habrá acabado también el peligro más agudo debido a la caída de piedras. ¿Pero dónde está el cuarto escalador?

Cuando el telón de nubes se abre nuevamente, la gente puede ver otra vez a cuatro hombres a través de los prismáticos. Angerer parece estar fuera de combate, pues no participa activamente en el intento de superar la travesía. Esa tarea parece haberla asumido, sobre todo, sólo uno de ellos. Debe tratarse seguramente de Anderl Hinterstoisser, el primero en superar el paso clave. Pero allí ya no hay cuerda y las rocas no parecen ahora estar en condiciones para la escalada libre.

El tiempo está cambiando con rapidez y empeora ostensiblemente. La lluvia que ha estado rociando permanentemente las rocas debe haberse convertido en hielo, y los especialistas empiezan ya a presentir la tragedia, el camino de retorno ha quedado cortado. Nadie puede ya avanzar sobre esa roca cubierta de hielo, ni siquiera alguien como Andreas Hinterstoisser. Los hombres pasan todas las preciosas horas de la mañana en peligrosísimos e increíblemente agotadores intentos. Y luego llega su última decisión desesperada: el descenso vertical por encima del resalte —de unos 200 metros de profundidad— cuyo desplome en algunos sitios es impresionante.

La vía elegida pasa exactamente por el centro de la línea de caída de piedras y de aludes. Sedelmayr y Mehringer, en su intento, habían necesitado un día completo para escalar en ascensión ese resalte con buen tiempo y rocas secas. Ahora, sin embargo, se ha desatado el infierno sobre la montaña. Pero no hay otra salida.

Los hombres preparan las cuerdas para el rápel volado. Éste es el momento en que oyen la llamada de Albert von Allmen.

¿Un grito cercano? ¡Entonces ya nada puede salir mal!, pensarían, La voz de un ser humano da realmente fuerzas y coraje e incluso presta el convencimiento de que el puente hacia la vida está tendido. Y los escaladores, a pesar de ser conscientes del peligro y de su complicada situación, contestan cantando a la tirolesa: «¡Todos bien!». Nada más. Ningún grito de socorro, ni siquiera una mínima referencia al terrible peligro.

Todos bien...

Albert von Allmen está enfadado. ¿Cuánto tiempo más tiene que mantener caliente el té? Su enfado se transforma luego en preocupación, pues ya han transcurrido dos horas desde su corto diálogo con los alpinistas y todavía no hay

señales de ellos en el boquete del túnel. ¿Lo habrán sobrepasado? ¿No habrán visto la cinta que indica la abertura?

El guardavía se acerca de nuevo a la puerta. El aspecto que ofrece ahora la pared es espantoso. La visibilidad es escasa y la niebla esparce sus vapores por doquier. Las piedras en caída libre y los aludes emiten sonidos en una lengua despiadada. Albert lanza de nuevo un grito. Y llega una respuesta, una respuesta terrible que nada tiene que ver con el alegre gorgojeo tirolés. Uno de ellos grita, sólo uno, el último... Toni Kurz.

Toni Kurz es un joven alpinista, valiente y correoso, sobre cuya cuna se alzaba el Watzmann. Es un hombre que ha rescatado a muchos que se encontraban en peligro en la montaña, alguien que nunca hasta ahora había pedido socorro. Pero es él quien grita o, más bien, los gritos salen de él: es la vida la que grita pidiendo desesperadamente su derecho:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mis compañeros están todos muertos y sólo yo sigo aún en vida! ¡Socorro!

La tormenta, los aludes, la caída de piedras, todo esto impide una buena comunicación. Albert von Allmen no puede socorrerlo solo.

—¡Ya vamos! —grita entonces.

Regresa apresuradamente al interior de la galería y llama por teléfono:

—Aquí la estación Eigergletscher. Allmen al aparato. En la pared ha sucedido algo terrible. Sólo uno está aún vivo y lo tenemos que rescatar. ¿Hay algún guía de montaña ahí, con vosotros?

—Sí, hay algunos guías aquí: Hans Schlunegger, Christian y Adolf Rubi de Wengen.

¡Y enseguida se ponen en marcha! Lo hacen en contra de las órdenes recibidas; en contra, incluso, de todos los preceptos. El sentimiento de humanidad triunfa, pues, sobre las imposiciones.

Debemos decir aquí que el Jefe de los Guías de Montaña de Grindelwald, Bohren, preocupado por los guías que tenía a su cargo, había enviado a la Comisión de Jefes en Berna y al Comité Central del Club Alpino Suizo, la misiva siguiente, publicada también en el diario *Echo von Grindelwald*:

Vemos con preocupación los intentos de escalada de la pared del Eiger, que son una expresión clara de cómo ha cambiado la mentalidad en el deporte de montaña. Es de suponer que aquellos turistas que se lanzan a uno de esos intentos son conscientes de los peligros a los que se exponen. Nadie debe esperar, sin embargo, que los guías de montaña sean luego enviados a prestar ayuda en condiciones desfavorables en caso de un eventual nuevo accidente en la Pared Norte del Eiger... Sería injusto empujar forzosamente a nuestros guías a exponerse a aquellos peligros acrobáticos para salvar a personas que han elegido libremente correr con tal riesgo.

Esta es la posición del Jefe de los Guías de Montaña. Así pues, nadie les habría

podido echar en cara a los guías que se encontraban en la Estación Eigergletscher y habían recibido la noticia del accidente que se hubieran negado a dar ni siquiera un paso sobre la pared ante esas terribles condiciones climatológicas.

Pero aún sigue vivo un escalador, sólo uno ya... Y lo quieren salvar.

El ferrocarril del Jungfrau pone enseguida a su disposición un tren. Los guías suben con él hasta el boquete del túnel situado en el kilómetro 3,8 y salen a la pared resplandeciente de hielo. La nieve les cae sobre la cara, pero avanzan decididamente en diagonal hacia arriba sobre esas viras engañosamente resbaladizas, hasta llegar a unos 100 metros por debajo de Toni Kurz, quien cuelga de un anillo de cuerda.

Desesperación y júbilo suenan en su voz, sorprendentemente clara aún, al oír a sus salvadores:

—Sólo yo sigo vivo. Hinterstoisser ha caído hasta el pie de la pared y Rainer ha sido arrastrado por una cuerda hasta un mosquetón y ha quedado allí, congelado. Y Angerer cuelga por debajo de mí, también muerto, ahorcado por la cuerda al caer...

—Te vamos a ayudar.

—Sí, claro —grita Toni—, pero tenéis que venir por arriba, después de subir la fisura que hay a mi derecha. Allí hay todavía pitones clavados desde nuestra ascensión. Después, con sólo tres rápeles, llegaréis hasta aquí.

—¡Imposible, nadie puede subir hasta allí con esta capa de hielo!

—¡Pero viniendo por abajo no podéis salvarme! —grita Toni.

El día se acerca ya a su fin. Los guías tienen que apresurarse para alcanzar el boquete del túnel antes de la caída de la noche. Entonces gritan:

—¿Puedes aguantar una noche más?

—¡No, no, no! —suena desde arriba la respuesta desesperada a través de la niebla y la tormenta.

Esos gritos se les clavan a los guías en el corazón. Ya no los olvidarán jamás. Pero ahora, de noche, es imposible intentar ayudarlo, en esa pared, con ese tiempo.

—¡Volvemos mañana al alba! ¡Aguanta!

Y durante largo rato siguen oyendo los gritos de Toni Kurz.

Este joven guía de Berchtesgaden cree no poder resistir la noche. Pero la vida en su interior es todavía más fuerte, y resiste colgado de un anillo de cuerda, azotado por la tormenta, bajo el estrépito de las piedras que se desploman, bajo ese horrible frío, tan tremendo, que hace que se hiele inmediatamente el vapor que produce el calor del cuerpo. De las púas de los crampones ajustados a las botas cuelgan témpanos de hielo de veinte centímetros. Toni pierde el guante de la mano izquierda. Se le congelan los dedos, luego la mano, convirtiéndose en una masa informe incapaz de movimiento alguno. Pero cuando despunta la mañana todavía hay vida en este hombre martirizado. Incluso es clara su voz, cuando los guías regresan.

A Schlunegger y los hermanos Rubi se ha unido Arnold Glatthard. Los cuatro

quieren ahora empezar la lucha contra la despiadada pared para salvar la vida de ese joven colega y compañero de Baviera.

Las rocas se encuentran terriblemente cubiertas de hielo, y sigue pareciendo imposible escalarlas en ascensión. Toni Kurz les insiste nuevamente:

—Sólo podéis salvarme viniendo por arriba. Tenéis que subir hasta la fisura.

Pero a estos guías de primera clase, crecidos dentro de una gran tradición, maestros en la montaña, pero poco conocedores de las técnicas modernas de escalada, ese lugar les habría causado problemas incluso con buen tiempo. Allí habrían necesitado esa «técnica de acróbata», en contra de la cual había abogado Bohren, el Jefe de Guías.

Los cuatro guías consiguen escalar hasta llegar a unos cuarenta metros del sitio donde Toni Kurz pende de una cuerda. Desde allí no lo pueden ver, pues en ese lugar el desplome se abomba enormemente sobre el vacío. Si Kurz tuviera otra cuerda para descender por ella, estaría salvado. Pero, ¿cómo podría hacerlo? Los intentos mediante envío de cohetes fracasan: la cuerda sube sobrepasando incluso a Kurz, pero muy al exterior. Sólo hay una última posibilidad:

—¿Puedes hacer bajar tú mismo un cordino para que podamos amarrarle una cuerda, clavos y lo que necesites?

—No tengo ningún cordino —responde.

—Baja entonces todo lo que puedas. Haz que caiga el fallecido Angerer, luego sube nuevamente y corta la cuerda por arriba. Después deshaces el trenzado del trozo de cuerda que has conseguido, anudas las partes unas a otras y luego lo dejas caer hacia nosotros.

Como respuesta oyen una voz como un gemido:

—Lo voy a intentar.

Después de un tiempo empiezan a oírse golpes de piolet. Es increíble que Kurz pueda sujetarse, con una mano congelada y la otra manejando el piolet. Por fin consigue cortar la cuerda, pero Angerer no cae al vacío, pues está congelado y pegado a la roca por el hielo. Casi en estado sonámbulo, obedeciendo ya solamente a la voluntad de vivir, Kurz sube nuevamente y corta la cuerda por arriba. De esta manera consigue unos ocho metros de cuerda, rígida a causa del hielo. Entonces comienza ese trabajo inconcebible que es destrenzar la cuerda. Cualquier alpinista sabe lo difícil que es esto incluso en tierra firme y con las dos manos sanas. Toni Kurz está colgado entre el cielo y la Tierra, en una pared cubierta de hielo, amenazado por la caída de piedras, alcanzado a veces por desprendimientos de nieve. Trabaja con una mano y los dientes durante cinco largas horas...

Una vez se desata un gran alud que casi alcanza a los guías. Muy cerca de la cabeza de Schlunegger pasa un bloque enorme, y seguidamente un cuerpo en vuelo: ¿Toni?

No, no es Toni. Es Angerer, cuyo cadáver se ha despegado de la roca helada.

Esas horas son espantosas para Toni Kurz, que lucha por su vida, y espantosas para los guías, que no pueden ayudar convenientemente y que tienen que esperar hasta que llegue el momento en el que Kurz consiga lo increíble.

Luego el cordel desciende hasta los rescatadores, quienes anudan a él una cuerda, clavos, mosquetones y martillo. Lentamente desaparecen estos objetos de la vista de los guías. Toni Kurz está ya al límite de sus fuerzas. Le resulta casi imposible izar esos objetos, pero lo consigue. La cuerda resulta ser demasiado corta y los guías anudan otra a ella. El nudo pende a la vista, pero inalcanzable allí fuera, debajo del gran desplome.

De nuevo transcurre una hora. Toni puede ahora por fin empezar el descenso sentado en un anillo de cuerda que está enganchado a la cuerda con un mosquetón. Centímetro a centímetro va descendiendo: diez metros, quince, veinte... treinta metros, treinta y cinco. Ahora ya se pueden ver sus piernas colgando por debajo del desplome.

En ese momento choca el nudo que une las cuerdas con el mosquetón del asiento de descenso de Toni: el nudo es demasiado grueso y no lo puede hacer pasar por el mosquetón. Toni suelta quejidos.

—Inténtalo, inténtalo —le dan ánimos desesperadamente los rescatadores al agotado escalador. Toni murmura algo para sí y lo intenta otra vez con todas sus fuerzas, que ya son escasas, que ya se han acabado. Increíble ha sido el esfuerzo realizado por este hombre. Su voluntad de vivir se había tensado hasta el extremo máximo y el descenso por medio de ese seguro sistema de rápel de Comici había relajado esa tensión. Ahora ya iba hacia su salvación, ya iba a terminar la lucha, ya los rescatadores estaban allí...

Pero ahora ese nudo, sólo un nudo, pero un nudo intraspasable.

—Inténtalo otra vez, va a funcionar —le requieren.

El requerimiento de los guías suena a desesperación, como una última rebelión contra el Destino, una última llamada a las fuerzas aún en reserva contra ese último obstáculo, el definitivo. Toni se inclina e intenta ayudarse de nuevo con los dientes. Rígido e inútil cuelga de su cuerpo su brazo izquierdo congelado, que ya tampoco posee ninguna fuerza de reserva más.

Toni murmura cosas ininteligibles. Su hermosa cara de hombre joven está hinchada y ha adquirido un color rojiazul debido a las congelaciones y al agotador esfuerzo. Sus labios se mueven. ¿Querrá decir algo?

Ahora habla claramente:

—No puedo más.

Su cuerpo se vuelca hacia adelante. En su asiento de descenso, ya casi al alcance de los guías, allá afuera, balanceándose sobre el abismo, un cuerpo inerte cuelga

ahora libremente...

Nunca se sabrá cómo se desarrolló realmente el accidente en toda su amplitud, qué ocurrió exactamente mientras el guardavías von Allmen estaba preparando el té: nada de esto se podrá comprobar jamás. Tan sólo podremos imaginárnoslo. El hecho de que Andreas Hinterstoisser no estuviera encordado al caer al abismo permite suponer que el hombre técnicamente mejor preparado de los cuatro estaba buscando un lugar especialmente adecuado para colocar los clavos de rápel. A tenor de las informaciones fragmentarias e inconexas de Toni Kurz, no es posible afirmar que Hinterstoisser fuera alcanzado por una piedra en ese intento, que todos fueran víctimas de la caída de piedras —que los habría lanzado al vacío— o bien que los demás intentaran retener a Anderl en su caída, resultando arrastrados ellos mismos hacia el abismo. Este joven de Berchtesgaden tuvo que emplear todas sus fuerzas en su propio rescate y no podía malgastar pensamientos o palabras en informar adecuadamente. De toda evidencia los tres escaladores estaban encordados; la cuerda pasaba por un mosquetón que a su vez estaba sujeto a un clavo. La caída provocó que Rainer fuera arrastrado hasta el clavo, donde quedó imposibilitado de todo movimiento. Se pudo comprobar que el herido que se podía observar desde abajo no era otro sino Angerer, por los restos de vendaje en la cabeza de su cadáver, recuperado más tarde. La tragedia de Sedelmayr y Mehringer se había desarrollado a cubierto de las miradas, por detrás de las nubes de la montaña. La gente sólo podía suponer lo que allí estaba pasando. Toni Kurz, sin embargo, acabó su vida ante los ojos de sus rescatadores. Ésta es la razón por la que la catástrofe de 1936 resultase tan cercana, tan inmediata, tan estremecedora que nunca podrá caer en el olvido.

Arnold Glatthard, ese guía callado y tímido, comentó: «Fue el momento más triste de mi vida».

En relación con las primeras tragedias de la Pared Norte del Eiger se han inventado y escrito muchas cosas que envenenaron el ambiente y complicaron el entendimiento recíproco. Pero los verdaderos escaladores —independientemente de si aprobaban o condenaban la empresa de conquistar la pared del Eiger— se expresaron todos en el mismo sentido, empleando una lengua de comprensión, de humanidad, de respeto ante los muertos.

Como final de este informe sobre la tragedia de 1936, deseo incluir aquí las palabras de Sir Arnold Lunn, enemigo de cualquier tipo de apasionamiento o de falso ensalzamiento heroico. En su libro *A Century of Mountaineering* escribió lo siguiente en relación con la muerte de Toni Kurz: «Su corazón valiente aguantó los espantos de la tormenta, de la soledad y de la calamidad; espantos estos que prácticamente ningún otro escalador ha sufrido en tal amplitud. Estaba colgado de ese anillo de cuerda, azotado por la tormenta, pero decidido a no entregarse. Y Toni Kurz no se entregó: falleció. En la historia del montañismo apenas existen informes sobre mayor

tenacidad y sufrimiento heroico...».

## «Simples témpanos de hielo...»

La pared del Eiger se encuentra todavía bajo el dominio de la nieve. Nieva como si este lugar fuera una última fortaleza del invierno contra la que la primavera y el verano lanzan ataques inútilmente. Pero a las cabañas alpinas, a los mesones de Alpighlen y de Kleine Scheidegg ya han llegado los nuevos candidatos a escalar la pared del Eiger. Las tiendas de campaña parecen brotar de la tierra y se escucha, sobre todo, el idioma alemán de los bávaros y austríacos, pero también el italiano y el alemán de Suiza.

El antiguo maestro y actual decano de los guías de montaña, el diputado suizo Samuel Brawand, eleva su voz aleccionadora. Brawand conoce el Eiger especialmente bien, y nosotros ya nos hemos encontrado con él con ocasión de la primera ascensión a la Arista Mittellegi.

En una entrevista al diario *Neue Zürcher Zeitung* Brawand declara:

Es un hecho que hay de nuevo varias cordadas que se interesan por la Pared Norte del Eiger. Hasta hoy, tenemos noticias de cuatro grupos...

El diario *Neue Zürcher Zeitung* me pide información sobre la postura oficial del equipo de rescate en caso de una nueva escalada de la pared. Hasta hoy ni la Jefatura local ni la Sección del Club Alpino Suizo han hablado seriamente sobre esta cuestión. En mi opinión, carece de sentido tomar decisiones al respecto. Si la Jefatura decidiera no rescatar a nadie que entre en la Pared Norte del Eiger —lo que quizás podría muy bien autorizar el gobierno suizo en Berna—, ¿qué se alcanzaría con ello? ¿Podría tener tal decisión un efecto intimidatorio? Yo no lo creo, pues al que ataca la Pared Norte del Eiger le da igual que lo dejen allá arriba como cadáver o que rescaten su cuerpo más tarde. La decisión sería más absurda aún si se amenazara con no rescatar tampoco a los que se encontraran en peligro virtual. Cuando los escaladores que estén allá arriba pidan ayuda y los guías puedan ofrecérsela, siempre lo harán. Únicamente dejarán de hacerlo si el peligro es tan grande que, ya de entrada, cualquier intento de rescate parece abocado al fracaso.

En su día el gobierno suizo en Berna decretó una prohibición de escalar la Pared Norte del Eiger. Esa prohibición fue revocada después, y con mucha razón. Primero, porque no podía surtir efecto, ya que las penas previstas eran muy ligeras, y segundo, porque no es posible prohibir ninguna forma de suicidio.

Una tarea importante en contra de esa fiebre por la Pared Norte recae sobre la prensa escrita, pues ésta no debería de ningún modo intentar apagar la sed sensacionalista del público. Desgraciadamente se han publicado fotografías de lo más irrespetuoso. Definitivamente existen en el mundo tareas más elevadas que la conquista de la pared del Eiger. Yo, que colaboré en las primeras escaladas, sé bien que la consecución de este propósito sería una gran fuente de satisfacción, pero también sabemos que eso únicamente es una etapa en el desarrollo del ser humano...

Las palabras pronunciadas aquí por Samuel Brawand están llenas de comprensión destinada a establecer un puente entre persona y persona, palabras que advierten sin condenar. Pero incluso a este alpinista experimentado el intento de escalar la pared del Eiger le parece todavía una forma de suicidio especialmente complicada y de alto

precio. Habla de la gran satisfacción que produce ser el primero en completar una escalada de esta categoría. Existen, sin embargo, mecanismos inconcebibles e imponderables que conducen hacia lo extraordinario. El bacilo del Eiger está ahí y ha contagiado ya a los escaladores: es el deseo de vivir la gran aventura lo que atrae a la juventud una y otra vez hacia su órbita y le da fuerza.

La Pared Norte, sin embargo, habrá perdido su fama de inescalable tras la primera escalada de la pared íntegra. No será por ello menos hermosa, portentosa y peligrosa, pues su condición es tal, que toda cordada tiene siempre que dar lo mejor de sí misma, lo mejor que los hombres en la montaña son capaces de dar de sí mismos. Por ello cualquier escalada de la pared del Eiger será siempre igual a la primera, pero la fiebre habrá desaparecido y nadie más hablara ya de ese bacilo. La denominación «Pared Norte del Eiger» se habrá convertido entonces en patrimonio intelectual de la Humanidad. Patrimonio intelectual y nada más, pues las montañas no pueden ser ni sometidas ni dominadas: tan sólo ascendidas. «Sometimiento» y «dominación» son hoy día expresiones falsas y presuntuosas muy manidas, repetidas sin reflexión innumerables veces, para describir los éxitos de escalada. Y un bastión de la naturaleza como el Eiger es aún menos susceptible de ser «conquistado», a no ser que se construya un teleférico desde Alpiglen hasta la cima del Eiger. Pero entonces eso ya no sería una conquista, sino una aniquilación pura y simple de la pared del Eiger en sentido puramente alpinista.

Las opiniones expresadas por Samuel Brawand denotan el cambio que ya se está produciendo, un cambio en el que la razón y la lógica triunfan sobre las pasiones, ya que no sólo había una «Fiebre del Eiger», sino también una «Anti fiebre del Eiger» que, como mínimo, perturbaba el orden tanto como esos muchachos sencillos y valerosos que se habían quedado para siempre en la pared. La discusión ya no portaba sobre los principios, sino sobre seres humanos, sobre la vida humana...

Observado bajo ese punto de vista de un cambio moral, el año 1937 fue especialmente interesante, aunque tampoco trajera todavía el éxito propiamente dicho. Aquí debemos hacer mención de la disposición del Consejo de Ministros de Berna referente a la pared del Eiger, publicada a principios de julio:

Como complemento del párrafo 25 del Reglamento de los guías de montaña y porteadores del Cantón de Berna de 30 de julio de 1914 se dispone que:

En caso de accidentes en la Pared Norte del Eiger, se deja a discreción de los jefes de las secciones de rescate emprender acciones de rescate.

Las cordadas que tengan intención de escalar la Pared Norte del Eiger deberán ser advertidas expresamente por las estaciones de rescate y sus jefes antes de iniciar la escalada, de que en caso de accidente no se ordenará ningún intento de rescate<sup>[2]</sup>.

El Representante del Gobierno en Interlaken deberá informar de esta disposición a los Jefes de Zona para que éstos la trasladen a las estaciones de rescate y a los guías.

En nombre del Consejo de Ministros, el Presidente: Joss.

En esos primeros días de julio del año 1937 hay ya algunas cordadas preparadas para iniciar el ataque o, al menos, atreverse a intentarlo. Dos muy buenos escaladores del País de los Grisones se han retirado ya a la vista de las pésimas condiciones. Un grupo italiano permanece aún: Giuseppe Piravano de Bérgamo —quien tiene fama de ser uno de los mejores escaladores italianos de hielo— y Bruno Detassis, el más renombrado escalador de roca perteneciente al atrevido Grupo Brenta de Trento. Ambos son guías. Otro grupo que se entrena en los alrededores es la cordada de Wollenweber, Zimmermann y Lohner, de los cuáles los dos primeros ya habían estado el año anterior entre los candidatos a la escalada de la Gran Pared. «Asimismo dos muniquestes más han instalado su tienda cerca de Alpighlen», informa el diario *Neue Zürcher Zeitung*, «alejados y sin llamar la atención, se niegan por lo pronto a revelar sus nombres». Los dos «muniquestes» son, en realidad, originarios de Bayrisch-Zell, y uno de ellos no es nada menos que Andreas Heckmair, también guía.

Todos estos hombres conforman un magnífico grupo, unido tan sólo por esa meta común, ya que, por lo demás, cada equipo opera por separado, tiene sus propias ideas, su planificación y sus métodos de entrenamiento.

Naturalmente existe una silenciosa rivalidad entre las diferentes cordadas, una rivalidad a la vez personal y nacional, si bien ésta última sólo juega un papel insignificante en la lucha por la pared del Eiger. Siempre se ha achacado a los alpinistas italianos un chovinismo especial, pero no hay que olvidar un hecho: los italianos representan una nación joven, de ardorosa ambición y patriotismo exultante que, a veces, sobrepasa los límites. Su actividad montañera a mayor escala empezó en aquellos años, tan sólo unas décadas tras unirse como nación dentro de un Estado propio en la segunda mitad del siglo XIX. La dramática lucha por escalar el Cervino, por ejemplo, implicó no sólo una pugna entre Whymper y Carrel, sino que se convirtió en un asunto de trascendencia nacional. *Il Cervino* o *Matterhorn*, ésa era la cuestión, y el viejo tirador de precisión Carrel quería conquistar el Cervino desde Breuil, su valle natal, para sus compatriotas. Se pensaba, pues, menos en la montaña y más en la bandera puesta sobre su cima. Recordemos el triunfo de Whymper, al alcanzar la cima antes que los italianos e izar su bandera, que no era sino la camisa, bañada de sudor, del guía Croz de Chamonix. Recordemos también como el triunfante británico instó a Croz a que le ayudase, «por amor de Dios», a tirar piedras contra la Arista Tyndall para que Carrel y los escaladores italianos se dieran cuenta de que llegaban demasiado tarde y que habían sido vencidos... ¿Una rivalidad personal, una pugna por ser los primeros en realizar una escalada? Este comportamiento es tan antiguo como el montañismo: el sonido triunfante de trompetas de los comienzos del alpinismo —la primera escalada del Mont Blanc en el

año 1786— ya se vio acompañada entonces por las disonancias de la envidia humana. Jacques Balmat nunca quiso compartir su fama con su acompañante, Paccard. Siempre ha existido —y sigue existiendo hasta hoy— una gran rivalidad entre los guías de diferentes nacionalidades e incluso de diferentes valles.

Echemos un vistazo a la historia del Eiger. En 1859 el Eigerjoch fue alcanzado por primera vez por los ingleses Leslie Stephen y los hermanos Mathews, acompañados de sus guías. Leslie Stephen, uno de los personajes más distinguidos de la «época dorada» del alpinismo, que solía poner sus éxitos detrás de los de sus guías, describe esa «rivalidad entre guías» en su libro lleno de deferente humor, titulado *Playground of Europe*.

En los años treinta fueron los italianos, en especial los escaladores de roca, quienes avanzaron hasta la élite del alpinismo mundial. Al respecto mencionaremos aquí brevemente que las expediciones de Luis Amadeo de Saboya, Duque de los Abruzos, realizadas a finales del siglo XIX, superaron en audacia y organización a todas las expediciones similares de otras naciones.

Pero volvamos ahora a nuestra cordada italiana acampada ante el Eiger. El primer miércoles del mes de julio de 1937 inician la ascensión de la pared noreste del Eiger por la vía *Lauper*, una ascensión grandiosa al estilo clásico. Es un itinerario para maestros y virtuosos abierto por el Dr. Hans Lauper y Alfred Zürchen, completado por primera vez en 1932 en compañía de importantes guías del Valais: Alexander Graven y Joseph Knubel.

La vía *Lauper* es ciertamente, para los mejores, para los mejor entrenados, para los maestros, una vía de preparación para el ataque de la Pared Norte del Eiger. Los demás, sin embargo, deberán primero adquirir suficiente experiencia montañera para escalar el itinerario *Lauper*. Quien no sepa manejar el piolet con la naturalidad con la que un campesino de montaña maneja su guadaña en las empinadas laderas, quien no sepa golpear con precisión milimétrica el hielo con el piolet, empleando la fuerza y el ángulo correctos, deberá sacarse de la cabeza la vía *Lauper* como «itinerario introductorio». Incluso en nuestra época del tornillo de hielo y del martillo-piolet, el criterio absoluto para el escalador de hielo sigue siendo el piolet. No se puede ni se debe intentar cambiar de dirección la rueda del progreso, pero todo escalador tendrá que aprender a tallar peldaños como lo sabían hacer los viejos guías con sus poco manejables hachas de hielo, habiendo conseguido tal maestría en esta técnica que se opusieron durante mucho tiempo a la utilización de crampones modernos.

Así pues, los dos guías italianos iniciaron la vía *Lauper* que, osada y vertical, se eleva cubierta por el *hoiisch*, el hielo de altura, con un caparazón de placas cristalinas y barreras amenazadoras. Los escaladores desean conocer la montaña por todas sus caras. Al principio no tenían previsto escalar toda la vía *Lauper*, sólo deseaban reconocerla. Ésta era una idea novedosa en la pugna por la pared del Eiger, una idea

futurista, una idea de guía de montaña: Giuseppe y Bruno no sólo deseaban escalar la pared del Eiger, sino que querían además poder guiar posteriormente a clientes a través de ella. Y en caso de que tal objetivo se revelase complicado, peligroso e imposible, renunciarían totalmente a la empresa.

Aunque finalmente los intentos y reconocimientos de estos dos alpinistas resultaran ser negativos, la idea, sin embargo, merece ser analizada con atención. No sólo era nueva, sino también francamente revolucionaria. El gremio de guías de montaña suizos, por su parte, se aferraba todavía a sus grandes y bellas tradiciones. Su posición en lo referente a la pared del Eiger apenas se diferenciaba de la del viejo guía de Bertechgaden y primer escalador de la cara oeste del Watzmann, Johann Grill-Kederbacher, quien ya en 1883 fue a la pared del Eiger con la intención de escalarla. Kederbacher dijo entonces: «Imposible». Los guías suizos de 1937 repitieron su opinión: «Imposible». Pero entonces llegan los italianos Bruno y Giuseppe con la intención de subir la Pared Norte del Eiger para guiar a clientes a través de ella...

Así pues, un miércoles inician la escalada de la vía *Lauper*. El jueves no se pudo ver nada de ellos, debido al mal tiempo. Pequeñas avalanchas y aludes medianamente grandes barrían la vía. Ello fue motivo suficiente para que un reportero se precipitase a enviar un telegrama al diario *Neue Zürcher Zeitung*. «Supuesta caída de los dos candidatos italianos». Esta noticia circuló por muchos diarios. Algún que otro sabelotodo y otros perfectos desconocedores basaron en esa noticia la opinión de que Piravano y Detassis habían iniciado su empresa imprudentemente y mal equipados, e incluso censuraban al «mejor escalador de hielo» de Italia.

Pero, ¿qué pasó en realidad?

Las placas y viras de la parte inferior de la pared eran engañosas, se encontraban nevadas y resbaladizas. Giuseppe y Bruno avanzaban lentamente, cumpliendo todas las normas de precaución. Levantaron un vivac por encima de la primera falla, en un lugar al que, en su día, el fuerte y potente grupo de Lauper había llegado ya por la mañana, porque aquel día las condiciones meteorológicas eran extraordinariamente favorables. Al día siguiente los italianos continuaron la escalada por encima del gigantesco techo de la montaña. Entonces se produjo el accidente: una avalancha barrió de su sitio a Piravano, que subía en cabeza en ese momento. Bruno le aseguró mediante una clavija de hielo, consiguiendo retener a su compañero, pero sin poder evitar que Giuseppe se hiriera gravemente en una pierna. Piravano no podía seguir escalando de primero y ni siquiera moverse sin ayuda: el extraordinario especialista en hielo había quedado fuera de combate. El orgullo y el honor profesional les prohibían enviar una bengala. El descenso resultaba asimismo imposible, pues el peligro de aludes y las grietas de la roca cubiertas de nieve no permitían la retirada. Una travesía hacia el refugio Mittellegi quedaba también descartada. Por otra parte,

Piravano tenía forzosamente que estar asegurado desde arriba, por lo que no podían atravesar horizontalmente. El trayecto de la parte superior de la vía *Lauper*, de roca, produciría, sin duda alguna, grandes dolores al herido. Y así Bruno Detassis tomó la decisión de ascender en línea recta la espantosa pendiente de hielo —más empinada que el tejado de una catedral gótica— para, mediante aseguramiento vertical, llevar a su amigo herido hasta la parte superior de la Arista Mittellegi.

Y su plan tuvo éxito. Fue realmente una gran gesta llena de compañerismo por parte del escalador trentino. Muertos de cansancio, los dos lograron llegar al atardecer al refugio Mittellegi, situado, cual nido de águilas, junto a esa arista azotada por las tempestades.

El viernes 8 de julio, Piravano y Detassis, que tan valientemente habían luchado hasta lograr llegar al refugio salvador sin pedir ayuda, fueron acompañados hasta el seguro valle por sus colegas suizos Peter Inäbnit y Peter Kaufmann, quienes se refirieron a los italianos con gran admiración.

Desgraciadamente había muchos periódicos que no percibían todavía el gran cambio que se estaba produciendo en 1937, y continuaban sirviendo a sus lectores reportajes sensacionalistas en el mismo tono de los años anteriores.

Andreas Heckmair, Anderl para los allegados, quien junto con su amigo Theo Lesch había puesto cerco a la pared, seguía ocultando su nombre a cualquier periodista curioso. Examinaba en silencio la pared y su malignidad e incluso encontró, durante un intento, una vía por debajo del Muro Rojo, a la derecha, hacia la Arista Noroeste, sin darla a conocer por considerarla irrelevante. Heckmair hablaba así de unos extraños personajes que habrían causado un enorme daño a la fama de los escaladores, si no hubieran sido desenmascarados como charlatanes:

Contaban a todos los que quisieron escucharles —y también a aquéllos que no querían— sus propósitos en relación con la pared del Eiger, posaban para el público en el pilar de la Pared Norte, invitando a los interesados a observarlos, dejaban que les pagasen los gastos en Grindelwald y cosechaban laureles anticipados siempre y en todo lugar que les era posible. Nosotros y todos los guías de Grindelwald estábamos furiosos. Esos estafadores alpinos habían sido atraídos por el Eiger como las polillas por la luz. Para nuestra tranquilidad diremos aquí que acabaron recibiendo su merecido escarmiento y que al final de sus fechorías fueron expulsados de Suiza con un buen empujón.

Uno puede imaginarse bien cómo se alegraron los verdaderos alpinistas, esos silenciosos candidatos de la Pared Norte del Eiger, de la expulsión de esos estafadores parásitos. Junto a los italianos y los tres muniqueeses, junto a Anderl Heckmair y Theo Lesch, otros escaladores habían alzado también sus tiendas o se alojaban en graneros de heno. Otros se encontraban todavía de camino. Allí estaba Rudi Fraissl, quien gozaba de gran renombre en los círculos alpinistas de Viena. Su compañero y compatriota era Leo Brankowsky. Habían instalado su tienda cerca de

Alpiglen, como Liebl y Rieger, y también Primas y Gollackner, de Salzburgo.

Cuando Anderl Heckmair se convenció de que era inútil esperar las condiciones adecuadas para arriesgarse a iniciar una escalada —marchándose el 5 de julio—, llegaron allí Wiggerl Vörg, Hias Rebitsch y un poco más tarde Eidenschink —el primero en haber escalado la cara oeste del Totenkirchl— y su compañero de sección muniqués Möller. La élite de los alpinistas se encontraba reunida al pie de la pared ese verano de 1937 relevándose unos a otros paulatinamente. Heckmair había partido y Vörg había llegado sin que se hubieran encontrado y sin sospechar que al año siguiente se unirían en una cordada para alcanzar el éxito juntos.

Entre estas «fuerzas de choque» se veían frecuentemente miembros del Servicio de Rescate en Montaña, especialmente los de Múnich, quienes tenían capacidad suficiente para intentar la escalada de la pared, pero que, sobre todo, estaban preparados para ayudar cuando y donde fuese necesario. También los guías de Grindelwald se encontraban dispuestos para prestar ayuda, sin orden explícita o requerimiento, como ya lo habían hecho en 1936.

La gran masa de lectores de periódicos deseaba estar permanentemente informada de lo que estaba sucediendo en el Eiger. «Cualquier golpe de piolet, cualquier movimiento de brazo de alguno de los sitiadores es observado y anotado», comentó sarcásticamente el periódico *Sport* de Zúrich.

Y desde luego, ya se veía venir esa sensación tan buscada y esperada. En realidad no se trataba de nada sensacional, sino de una tragedia. Pero quizás tampoco sería una tragedia como las de los años pasados, tan sólo un corto y penoso capítulo del gran libro de la historia del Eiger.

Ese capítulo empezó el jueves 15 de julio, ese jueves en el que Ludwig Vörg estaba esperando a Hias Rebitsch en Grindelwald, observando con malestar la lluvia que se anunciaba para el anochecer; ese mismo jueves en el que Anderl Heckmair y Lesch bajan a Grindelwald sin sospechar que un cierto *Wiggerl Vörg*, con evidente mal humor, está mirando por la ventana; ese mismo jueves en el que Franzl Primas y Bertl Gollackner comienzan la ascensión de la vía *Lauper*.

Primas es un conocido y hábil escalador de Salzburgo, miembro del club de escalada «Die Bergler» en el que se han reunido algunos escaladores salzburgueses especialmente buenos. Primas conoció a Bertl Gollackner —un buen escalador y esquiador de apenas diecinueve años, lleno de arrojo e impetuosidad— durante unas vacaciones de esquí en las montañas de su región, llamadas Tennengebirge. En absoluto secreto, sin decir nada a nadie al respecto, deciden ambos ir a echar un vistazo a la pared del Eiger. Y, por favor, no nos riamos con autosuficiencia de aquéllos que, con el monedero vacío y en bicicleta, realizan ese largo viaje sólo para poder ver, una vez al menos, la pared de sus sueños.

Primas es cauteloso y, además, se siente responsable de su joven compañero.

Quizás le falte esa gran experiencia en los Alpes occidentales que le hubiera enseñado que es necesario conocer primero una montaña por todas sus caras antes de considerar la posibilidad de escalar su vertiente más difícil. Primas, claro está, no se lanza ciegamente a la escalada de la Pared Norte. De entrada desea inspeccionar una de sus zonas, a saber, desde la arista *Lauper*. Tan sólo unos días antes los dos italianos, Piravano y Detassis, se habían salvado —con gran peligro para sus vidas— de una aventura de reconocimiento parecida. Así pues, Primas y Gollackner desean sólo escalar la vía *Lauper*, ese itinerario concebido y abierto por el espíritu de los mejores escaladores suizos. Sólo la vía *Lauper*...

No, Primas y Gollackner no querían escalar la cara noreste del Eiger en su totalidad. Tan sólo una parte, únicamente para inspeccionar. Al empezar la ascensión Gollackner se da cuenta de que ha olvidado en la tienda la bolsa de víveres. Esto supone un contratiempo, pero, dado que piensan estar de regreso al anochecer, no es tan grave. De todos modos, para un solo día los víveres de Franzl son suficientes para ambos: un trozo de pan y una punta de embutido.

Inician, pues, la ascensión. El tiempo, una vez más, es malo. Las condiciones son aún peores que cuando subieron los italianos. Aludes, piedras, torrentes: toda la zona es engañosa, deslizante. Primas se da cuenta de que no es posible regresar y se ven obligados a vivaquear. Vivaquear sin tienda, pues habían pensado regresar antes del anochecer.

Hacen, pues, vivac expuestos al frío y la humedad en la pared. Bertl, con tan sólo diecinueve años, pierde muchas fuerzas. Primas, sin embargo, al día siguiente demuestra su gran maestría, a pesar del mal tiempo reinante. Avanza en cabeza a través de esa pared vertical y peligrosa, alcanzando ambos al anochecer la cornisa de la Arista Mittellegi. Allí, más mal que bien, se construyen un refugio en la nieve, donde instalan su segundo vivac. Por la noche el tiempo se recrudece y se convierte en tempestad. Los víveres se acaban y el frío paraliza los músculos y la voluntad. A la mañana siguiente, pese a todo, Primas intenta animar a continuar a su amigo, que está agotado. Pero entonces ocurre algo incomprensible: Primas sube en dirección a la cima del Eiger. ¿Será que no sabe que allá abajo, sobre la arista, hay un refugio, que no es otro que el refugio Mittellegi? ¿Será, quizás, que piensa que una ascensión hasta la cima es factible, pero que no lo es un descenso?

Por debajo del resalte en la pendiente, allí donde cuelga la gruesa cuerda fija de seguridad, ahora cubierta por una espesa capa de hielo, las fuerzas de Gollackner se acaban y de nuevo tienen que vivaquear en la nieve, bajo la tempestad. Primas lanza una bengala de emergencia. Gollackner ya no es capaz de hacerlo. Primas no huye solo, permanece junto al amigo.

Ya no siente sus pies, se han congelado. Pero su sacrificio es en vano: Bertl Gollackner, ese muchacho de diecinueve años, fallece el 18 de julio de 1937 en la

Arista Mittellegi, en su cuarto día de permanencia en la montaña. La tormenta de nieve se lleva los gritos de socorro de su amigo...

Pero, incluso sin haber podido oír las llamadas de socorro, al pie de la montaña hay preocupación por los dos salzburgueses, dado que hace tiempo que no se les ve. Algunos, sin embargo, creen observar algo cuando se abre una vez el telón de niebla. ¿Es viernes o sábado? Alguien da inicio al rumor de que Primas y Gollackner están descendiendo. Luego, allá en las tiendas levantadas en Alpiglen, se comenta que ha salido un equipo de rescate que va inspeccionar la Arista Mittellegi y la parte superior de la pared.

Pero, ¿y si estuvieran más abajo?

Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg —a quienes más adelante conoceremos mejor— han levantado su tienda el domingo 18 de julio en Alpiglen, pero su preocupación por los dos salzburgueses no los deja tranquilos. Si los guías van a buscarlos allá arriba, ellos lo harán abajo.

Rebitsch y Vörg abandonan su campamento a las cuatro de la mañana del lunes 19 de julio, acompañados, al principio, por dos compañeros dispuestos a ayudar: son Liebl y Rieger, Rebuscan en los amontonamientos del alud al pie de la vía *Lauper*, pero no encuentran la menor huella de los desaparecidos. Rebitsch y Vörg ascienden, pero tampoco en las viras superiores pueden descubrir nada. Siguen escalando con celeridad hasta que un resalte desplomado de la pared les impide continuar. Aquí sólo una chimenea lleva hacia más allá del resalte, por encima de él. Pero por esa chimenea corre ahora una cascada. Así pues, hay únicamente un camino: pasando por la cascada, y Rebitsch y Vörg lo toman. Totalmente mojados, ambos inspeccionan el sistema de viras de la zona central de la pared, sin encontrar tampoco aquí a Primas y Gollackner. Si no se han despeñado, existe todavía la esperanza de que estén vivos.

Rebitsch y Vörg son los terceros en este mes de julio a quienes la pared, que parece estar viva, ha cerrado la posibilidad de regreso. El calor del día hace que se desprendan partes de la cornisa, que caen como peligrosos proyectiles. A ello hay que añadir los aludes, las cataratas, las piedras... Ese día Rebitsch y Vörg tampoco pueden volver a su tienda en Alpiglen: se ven forzados a continuar ascendiendo.

Deciden atravesar hacia la Arista Mittellegi en diagonal hacia la izquierda, cerca del refugio. Pero allí existe una barrera de desplomes —inexpugnable para Rebitsch y Vörg bajo esas condiciones— que les obliga a efectuar una travesía nunca antes realizada en esta pared. Travesía con cuerda a la izquierda, por debajo del resalte, sobre rocas bañadas por el agua, cubiertas de hielo. ¿Una travesía? Más bien una docena de travesías con cuerda.

El hielo cruje y rechina bajo la presión de los crampones cuando los dos, encordados y confiando en los recién colocados clavos, se apoyan sobre las placas de hielo con el cuerpo estirado hacia afuera. El día va tocando su fin. Los dos

escaladores han logrado llegar hasta un nevero escarpado situado a unos 300 metros por debajo del refugio Mittellegi. Incluso pueden ver desde allí el tejado. Pero donde ellos están, no hay ningún tejado.

Rebitsch y Vörg tallan asientos y apoyos para los pies en el hielo con el piolet. Sus ropas están mojadas hasta el último hilo. De esta manera se acurrucan sobre sus minúsculas plataformas para vivaquear. Han colocado un clavo de hielo y una cuerda fijada a él que debe servir para evitar una caída, en caso de que alguno de los dos se quede dormido. Un vivac de este tipo le puede parecer terrible al profano o al alpinista medio, quien podría considerar incomprensible que pueda ser superado y que sea posible salir vivo de él. Pero Matthias Rebitsch —uno de los escaladores con más experiencia de su época— y Ludwig Vörg —el primero en haber escalado la cara oeste del Ushba, en el Cáucaso, de 2000 metros de altura— pasan la noche con una tranquilidad estoica, y a la mañana siguiente escalan por esa zona escarpada hasta el refugio Mittellegi.

Alcanzaron este asilo con alegría. Allí encuentran leña, y pronto empieza a crepitar el fuego en el pequeño fogón. Ahora las ropas empapadas pueden ponerse a secar. Es un descanso breve...

Al empezar la tarde bajan al refugio algunos guías. Traen consigo a Primas, que está completamente agotado. Pero también traen una triste noticia: allá arriba, a 150 metros de la cima, está Gollackner, muerto.

Rebitsch y Vörg no necesitan mucho tiempo para pensárselo: «Mañana iremos a rescatar su cuerpo», anuncian.

A la mañana siguiente suben ambos con celeridad y encuentran a Gollackner. La simpática cara juvenil del difunto parece relajada, en paz con el mundo, como suele ocurrir en el caso de los muertos por congelación, a los que el último sueño parece traer una vez más imágenes de un ambiente acogedor, calor humano y vida.

«Parecía como si estuviera durmiendo, como si sólo hubiera que despertarlo», dice Wiggerl Vörg más tarde. Y con todo cuidado, para no perturbar el sueño eterno de este joven compañero escalador, Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg llevan al difunto Albert Gollackner hasta abajo. Del enorme esfuerzo que supone bajar con un cuerpo inerte atravesando el filo casi interminable de la Arista Mittellegi, no hacen mención alguna.

El 19 de julio se puede leer en la publicación *Sport* de Zúrich:

Si se le deseara conceder al Eiger que tiene alma, ¿qué tamaño tendría ésta? Año tras año acampan algunos gusanillos del planeta Tierra bajo su feroz Pared Norte queriéndole arrancar la primera ascensión con cuerdas y clavos. Pero estos intrusos pueden ser aniquilados por un simple témpano que se desprenda de la cima del gigante. Cuando uno se encuentra rodeado por la profunda paz alpina, en el valle, por debajo de las vacas que pastan en los prados, el cielo se eleva radiantemente celeste sobre el mundo. La pared del Eiger centellea con sus caparazones de hielo, el ruidoso eco de las piedras al caer va y viene de una pared a otra y

se perciben los desprendimientos de los aludes y sus silbidos.

¿Es bueno y necesario que este reino donde la naturaleza despliega su poder, sea visitado por seres vivientes que no han nacido con forma de águila o treparriscos, sino como seres humanos? No debemos disculpar la autoaniquilación utilizando para ello una expresión como «logro de una gesta deportiva», pues poner de relieve el aspecto deportivo del asunto es un criterio barato: deporte no significa necesariamente tener que alcanzar la más alta cota. Acordémonos aquí del lema «*mens sana in corpore sano*» de nuestros antepasados para que todo quede más claro. La escalada del Eiger está prohibida, y esta prohibición no ha sido proclamada por el gobierno en Berna. No, el Eiger habla con gestos inequívocos, y quien no comprenda su voz está sordo y tendría que ser apartado por ley de la zona de peligro, tal y como se aparta a un ciego de las vías del tranvía, llevándolo de nuevo a la acera...

En años anteriores este artículo, si bien no hubiera resultado completamente aceptable, habría sido, al menos, discutible. En 1937, sin embargo, parece retrógrado y sobre todo sorprendente, tratándose de una publicación de renombre y peso como el *Sport*. Los alpinistas también conocen la observación pasiva de la naturaleza y la completa felicidad que se siente al contemplarla, pero esto conduce a la esencia de la naturaleza. De la observación puramente pasiva de las fuerzas de la naturaleza puede, quizás, salir un idílico poema que deleitará a los lectores. Y no han faltado tampoco entre los alpinistas personas de fino espíritu de artista que conocían bien tanto el rugido de la tempestad y el martilleo incesante de la caída de piedras como el frío, los neveros escarpados y las rocas salientes, alpinistas que guardaron en su recuerdo esas grandes y excitantes experiencias, independientemente de que, posteriormente, les dieran o no forma literaria. Tampoco fueron disfrutadores silenciosos aquéllos que llegaron a los polos, los que penetraron en desiertos desconocidos y en selvas vírgenes o las que conquistaron el cielo volando por encima de las nubes. También a estos pioneros se les podría haber dicho: «No vayáis al Ártico o la Antártida, pues no sois ni osos polares ni pingüinos; no penetréis en las selvas vírgenes o en el desierto, pues no sois ni leones ni monos; no entréis en los espacios aéreos, pues perturbaréis el fluyente equilibrio de las nubes plateadas que se desplazan silenciosamente».

Ciertamente, el ser humano es pequeño y no esencial dentro de la naturaleza, pero forma parte de ella. Entonces, ¿se debe respetar menos a quien se coloca en el centro de la naturaleza que a aquél que únicamente disfruta del espectáculo resguardado de todo peligro y tempestad? Es cierto que hasta los ridículos gusanos perciben que los témpanos se pueden desprender. Pero también es cierto que han aprendido a observar dónde y cuándo puede suceder esto. Y no son sordos, también ellos escuchan la lengua de la gran montaña. Sin embargo entienden esa lengua y la interpretan de manera diferente a la de los plácidos observadores.

## Retirada con éxito

Volvamos ahora a lo que ocurrió con Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg, quienes, en un día radiante, recorrieron un triste trayecto llevando con ellos al compañero fallecido.

Durante el rescate del cuerpo y los días siguientes el tiempo era bueno. El 25 de julio los dos hombres ya estaban suficientemente recuperados para subir hasta su campamento en las cercanías de Alpiglen. Tranquilamente inspeccionan la pared, haciéndose sus propias ideas sobre ella. Se acuerdan de que el grupo de Hinterstoisser había experimentado durante el primer día su mayor empuje, que luego cesaría abruptamente. De toda evidencia, eso había sido un error. Hay que conservar suficiente energía para poder escalar con un empuje constante el muro desconocido y visiblemente muy difícil. Esto quiere decir que hay que instalar el lugar de acampada lo más alto posible y afianzarlo lo mejor posible.

Liebl y Rieger demuestran ser verdaderos compañeros, absolutamente imprescindibles en las expediciones a las altas cumbres. Estos dos hombres, capaces y con deseos ellos mismos de intentar la escalada de la Gran Pared, se declaran dispuestos a ayudar a Rebitsch y Vörg a portear las cargas hasta el primer campamento y prescindir del ataque ellos mismos. El 27 de julio, a las 6 de la mañana inician la ascensión en la parte inferior de la pared en compañía de los dos candidatos a la escalada del Eiger. El tiempo, de nuevo, es bueno, radiante.

A unos 300 metros por encima de la rimaya, Liebl descubre un cuerpo a cincuenta metros en transversal por debajo de él, en el margen de un nevero. Da aviso de ello a los otros: «Ése sólo puede ser Hinterstoisser. Todavía falta Anderl...».

Liebl participó en el rescate del año pasado, y sabe que todavía no se ha encontrado a Hinterstoisser y a Mehringer. «Todavía falta Anderl», esa frase suena estremecedora, una simple constatación poco sentimental y que, sin embargo, expresa todo el luto y dolor que se siente por un compañero fallecido.

Hace buen tiempo y permanecerá así previsiblemente en los próximos días. Pero Rebitsch, ese hombre callado e introvertido, sabe muy bien que no iniciarán la escalada mañana: hay que rescatar el cuerpo de Hinterstoisser, que yace allá abajo desde hace un año...

Ese día, el 27 de julio, suben el material de vivac y los víveres hasta una repisa situada en la punta del llamado Segundo Pilar. Luego descienden todos nuevamente. El 28 de julio el tiempo sigue siendo invariablemente bueno, como también lo había sido el día del rescate del cuerpo de Gollackner. Los cuatro alpinistas llevan a cabo el rescate mientras el sol luce burlonamente ante esa triste tarea.

No se conocen los pensamientos de Rebitsch y sus compañeros durante el rescate del cuerpo, pues no hicieron públicos sus sentimientos como si se tratara de un

artículo de mercado. Pero sí es cierto que renunciaron al recorrido, incluso posiblemente al éxito que supone ser los primeros en realizar la escalada completa de la pared. Simplemente rescataron el cuerpo, a pesar de las piedras que pasaban silbando cerca de sus cabezas.

Hicieron, pues, lo necesario, un acto de humanidad, digno de verdaderos discípulos de las montañas que les enseñaban a hacer lo correcto. Pero, ¿deberían haber renunciado entonces a su plan?

El 30 de julio ascienden de nuevo a la pared. El arrebol matutino despliega sus hermosos colores: es una señal de mal tiempo. La tormenta se desata ya en la primera rimaya, por debajo de las rocas. Ante ello, Vörg y Rebitsch deciden llevar únicamente las provisiones y el material hasta la repisa del pilar, llegando allí a las doce del mediodía. Debido a que el tiempo es medianamente bueno, la curiosidad los impulsa ahora a seguir avanzando para reconocer un tramo del camino. La roca se vuelve difícil, muy difícil. Aquí no viene al caso utilizar botas claveteadas o crampones. Hay que ponerse el calzado de escalada... Pero lo han dejado abajo, pues no querían iniciar realmente la escalada propiamente dicha, sólo subir cargas y reconocer el camino. Y así ambos escalan con «pies de gato naturales», es decir, descalzos.

Para ahorrar tiempo y dar celeridad a la ascensión, Rebitsch, ese maestro de la escalada, asciende por la fisura extremadamente difícil sin pasar la cuerda en el mosquetón allí clavado. Vörg le sigue con la misma celeridad, y ambos alcanzan la travesía inclinada, sorprendidos de la solución audaz que han dado al problema de llegar lo más rápidamente posible al Primer Nevero. Allí bautizan ese lugar con el nombre de Travesía Hinterstoisser.

Rebitsch y Vörg colocan enseguida dos cuerdas fijas para así asegurarse el camino de retorno. Después de esa travesía suben aún por la Fisura Difícil y encuentran allí un lugar cubierto, al resguardo de la caída de piedras, en el que es posible sentarse, en caso de necesidad: un lugar ideal para vivaquear, para lo que es esta pared. Allí dejan todo lo que no necesitan e inician el retorno.

Más allá de la Travesía Hinterstoisser les cae encima la segunda tormenta del día. Completamente empapados, salvando verdaderos torrentes, superan los ochocientos metros de descenso de la parte inferior de la pared y alcanzan por fin su campamento de Alpighlen antes de que caiga la noche.

La lluvia abre un periodo de mal tiempo. Los días de espera se alargan, convirtiéndose en semanas. El día 6 de agosto, con una mejoría de tiempo transitoria, Vörg y Rebitsch, con sus amigos Eidenschink y Möller, realizan la escalada de la cara norte del Fiescherhorn. Esta maravillosa y abrupta pared de hielo y nieve, escalada por primera vez por Willo Welzenbach en 1930, fue el recorrido de despedida de los vieneses Fraissl y Brankowsky antes de abandonar el Oberland Bernés por ese año,

cansados, como otros, de tanto esperar.

Pero Rebitsch y Vörg se quedan. Comienza su cuarta semana de dedicación al Eiger, y, a pesar de todo, no se impacientan y no dan ni un solo paso imprudente o irresponsable.

El 9 de agosto, por fin, llega de Berna el anuncio de buen tiempo. El sol que luce el 10 de agosto limpia la pared de masas de nieve fresca. Rebitsch y Vörg inician de nuevo el ataque en la madrugada del 11 de agosto. Ya a las 10.30 llegan al depósito establecido en la repisa del pilar. Cargadísimos, siguen ascendiendo hasta el emplazamiento de vivac situado por encima de la travesía. Están en tan buena forma que ya a las 13.00 están de regreso en la repisa del pilar para recoger el resto de carga. Y a las 17.00 ya está todo bien colocado en el vivac. Incluso han subido sacos de dormir de plumas y una colchoneta neumática. Agrandan el vivac construyendo un pequeño muro de piedra y extienden la bolsa de la tienda desde el desplome hacia abajo para protegerse de las molestas gotas de agua, pasando de esta manera una noche de buen sueño en ese «nido de golondrinas» creado por ellos mismos.

Al día siguiente inician la escalada por roca cubierta de hielo. Difícil recorrido del resalte en desplome que va del Primer Nevero al Segundo. Sigue luego la ascensión transversal de veinte largos de cuerda por el Segundo Nevero. Y después ese resalte de pared que lleva al Vivac de la Muerte.

Las personas que los observan por los prismáticos y telescopios desde Grindelwald, Kleine Scheidegg y Alpiglen están sorprendidas. Ya han visto a muchas escaladas extraordinarias en la pared del Eiger. Todos los que llegaron y murieron, escalaban excepcionalmente bien, pero una seguridad y precaución como la de estos hombres, el tirolés Rebitsch y el muniqués Vörg, no las habían visto antes. ¿Podrán completar la escalada? ¿Volverá el mal tiempo, una vez más?

El mal tiempo ya está allí. Por encima del filo de la Plancha la niebla se traga a los dos hombres. En ese lugar se alza, aún más vertical, el muro somital de unos 650 metros de altura, del que nadie sabe nada, del que ningún superviviente ha traído hasta ahora noticia alguna. Rebitsch y Vörg escalan por el hielo empinado mezclado con roca hasta el último vivac de Sedelmayr y Mehringer. Y casi esperan encontrar en el Vivac de la Muerte el cuerpo rígido del fallecido Mehringer, avistado por Udet desde su avión en septiembre del año pasado. Parece ser su destino, encontrarse con muertos una y otra vez.

Pero allí no hay ningún cuerpo. Tan sólo dos pitones clavados en la roca...

Son las 17.00 horas y se encuentran ya a 3350 metros de altura cuando empieza a caer granizo. Pero esto no les atemoriza, pues han llegado aquí para escalar la pared o, al menos, inspeccionar su parte superior. Allá a la izquierda empieza la Gran Rampa. Hias y Wiggerl atraviesan el Tercer Nevero en esa dirección, a través del hielo vertical. En ese momento empieza a llover y a granizar torrencialmente, y su

curiosidad por continuar desaparece. Ya sólo desean meterse en la tienda y encontrar protección de esa ducha en tromba.

Pero no hay un buen emplazamiento para vivac por ningún lado. Ni siquiera uno malo. Finalmente optan por hacerse un sitio en el hielo para pasar la noche. Hace tanto frío que en el interior de la bolsa de la tienda se forma una capa de hielo originada por la evaporación. Hias y Wiggerl sufren fuertemente a causa del frío por primera vez. El granizo golpea la tienda durante toda la noche. Aquí y allá se oye el estruendo de las piedras que caen muy cerca.

Hacia el alba cesa el granizo y cuando se hace de día se disipa incluso la niebla. Pero no es una mañana hermosa: por el oeste, amenazante, se acerca un frente de nubes negras. Sólo hay una decisión posible: el descenso.

Es una idea dolorosa: darse la vuelta y desandar ese largo y peligroso camino. Pero les guía el instinto de conservación.

La noche ha sido fría, tremendamente fría, pero no ha conseguido desmoralizar ni debilitar a los dos hombres. Descienden. Un largo de cuerda tras otro. Más adelante se tratará ya de descender en rápel —mediante las dos cuerdas de 30 metros anudadas una a otra— por encima del resalte hasta el Segundo Nevero. Pero las cuerdas no sirven para rapelar. Estamos todavía en la época de las cuerdas de cáñamo, que se ponen rígidas como cables cuando están húmedas. Entonces Rebitsch escala de nuevo hacia arriba, en libre, sin estar asegurado, y libera el nudo atascado. No, definitivamente la pared no ha mermado las fuerzas de estos hombres, que continúan tan fuertes y decididos como el primer día.

Luego sigue un descenso interminable por el Segundo Nevero. Desde arriba caen permanentemente pequeños desprendimientos de nieve que pretenden expulsar de esa pendiente empinada a los dos escaladores. Pero ellos aguantan firmemente y siguen descendiendo, asegurándose mutuamente mediante clavijas de hielo. La superficie del hielo se ha reblandecido y agujereado debido al agua. Hay que picar hasta una profundidad de treinta centímetros hasta poder colocar la clavija en hielo sólido, lo que hace que pierdan mucho tiempo. Pero Rebitsch y Vörg descienden con sorprendente rapidez.

Descenso clásico y en rápel hasta el Primer Nevero pasando por encima del resalte de roca desplomada. A veces tienen que clavar hasta cuatro clavijas antes de poder introducir con seguridad el anillo de rápel. Y, a pesar del mal tiempo y de que la hora apremia, no efectúan ningún movimiento precipitado: se trata de una retirada en regla, perfectamente ejecutada, no de una huida.

A continuación descienden a través del Primer Nevero, y seguidamente Rebitsch prosigue la bajada hasta llegar al emplazamiento del primer vivac, al Nido de Golondrinas, a ese vivac de lujo. Y ya está allí. Pero en ese preciso momento se oye un tableteo, un estruendo, y las piedras comienzan a pasar volando alrededor de su

cabeza. Los pedruscos golpean muy cerca de él, agujereando incluso su mochila. Pero la cabeza de Wiggerl está intacta cuando por fin acaba la lluvia de pedruscos. Y a las 17.00 horas Rebitsch y Vörg ya están de nuevo juntos en el vivac, calados hasta los huesos. Nada sería ahora más lógico que aprovechar aún las tres o cuatro horas de luz que quedan para continuar descendiendo. La travesía no es un problema, pues las cuerdas siguen colocadas allí. Nada, pues, sería más comprensible que se dejaran dominar por el ansioso deseo de llegar hasta la seguridad del valle. De ninguna manera están apáticos, pero no se dejan llevar por la ansiedad de ese deseo y permanecen en su vivac.

Se quitan toda la ropa mojada, retorciéndola luego para eliminar el agua. Sacan ropa interior seca de las mochilas y se la ponen. Después se colocan por encima las prendas exteriores húmedas y se meten en sus sacos de dormir, igualmente mojados, que habían dejado ahí. Luego se acurrucan en ese lugar rocoso e inclinado y se duermen.

Mañana del cuarto día en la pared. El tiempo se muestra aún más desconsolador. Ahora ya se trata del último rápel, pero esta vez con todo el equipo que, debido al agua, pesa el doble. Sus mochilas son tan grandes que incluso en el caso de una ascensión normal hasta un refugio los portadores habrían sudado lo suyo y lanzado continuos gemidos. Parece, pues, imposible realizar el descenso con tal peso encima.

Pero Rebitsch y Vörg descienden con toda esa carga. Primero superan la travesía y luego el desplome de la pared. Una y otra vez el descenso en rápel se ve dificultado por la tenaz pelea con las cuerdas de cáñamo, rígidas por la humedad. Llegan al Segundo Pilar y enseguida retoman el descenso, una hora tras otra.

Bien entrada la tarde llegan al pie de la pared. En ese momento sube un hombre por las pedreras. ¿Alguien del rescate alpino? ¿Será que ya los están buscando? ¿Se estará hablando ya de nuevas víctimas de la pared del Eiger?

No, es simplemente Eidenschink, quien, preocupado, va a su encuentro. Y es un gozo recibir el primer saludo de regreso en la Tierra de un amigo fiel y comprensivo.

La pared no ha dejado marcas a Rebitsch y Vörg. Están fatigados, pero no extenuados. Y pueden reírse y contar cosas. Su tienda en las cercanías de Alpighlen les parece un palacio.

Gracias a su regreso y a la forma en que lo realizaron, Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg consiguieron que se fraguara un cambio de opinión en los alpinistas conservadores, los guías y en el mismo público en general en relación con el problema que suponía la pared del Eiger. La pared, en verdad, no les había regalado nada. Ellos habían subido más alto que las cordadas anteriores, y, sin embargo, se dieron la vuelta serenos y tranquilos. Y esa superioridad mental, junto con unos cuerpos incomparablemente entrenados, resultó decisiva. Rebitsch y Vörg habían aprendido de los trágicos errores de sus predecesores y no cometieron los mismos

fallos.

## La primera ascensión

El verano de 1938 en la Pared Norte del Eiger empezó con un triste suceso que costó la vida a dos jóvenes alpinistas italianos. Bartolo Sandri y Mario Menú, ambos trabajadores de una fábrica de lana de Valdagno, en la provincia de Vicenza, eran ya miembros célebres del Club Alpino Italiano, a pesar de sus 23 años de edad. Especialmente Sandri estaba considerado como un escalador excepcional, Sus expediciones de «sexto grado» a las montañas eran numerosas, y entre ellas había algunas primeras ascensiones. Pero no tenían apenas experiencia en hielo y en los Alpes Occidentales.

Llegaron a Alpighlen y a Kleine Scheidegg como todos los verdaderos alpinistas: silenciosos, sin llamar la atención, casi en secreto. Inspeccionaron la pared, practicaron algunas pruebas en ella y regresaron después de haber examinado la parte inferior desplomada. De toda evidencia les pareció la vía que habían tomado Sedelmayr y Mehringer tres años antes más favorable que el itinerario de ascenso que encontró Hinterstoisser. Pero no era así. La pared, simple y llanamente, aún no era escalable en esa época del año.

A pesar de ello, Bartolo y Mario iniciaron la escalada por la mañana temprano el 21 de junio, llegando en el primer día más arriba que Sedelmayr y Mehringer. Su valentía y entusiasmo eran grandes, y su ambición, ardiente. No podían esperar. Pero la naturaleza sigue sus propias leyes, sin preocuparse por la valentía, el entusiasmo o la ambición. Casi al anochecer se desató una de las temidas tempestades del Eiger...

Ya por la mañana del día siguiente uno de los equipos de rastreo formado por guías de Grindelwald y liderado por Fritz Steuris encontró muerto al mayor de los dos, Bartolomeo Sandri, en un área de nieve al pie de la pared. El cadáver de Mario Mentis sólo pudo ser rescatado del fondo de una grieta varios días más tarde.

Pero este triste suceso ya no pudo parar lo que se estaba produciendo en torno al Eiger, ya que el recuerdo de la retirada con éxito lograda por Rebitsch y Vörg todavía estaba muy presente, como también lo estaba el hecho de que no era posible asaltar de improviso la pared y que, por tanto, había que saber esperar, días, semanas enteras...

Fritz Kasperek me estaba esperando impacientemente. Hacía ya bastante tiempo que este dinámico y extraordinario alpinista vienés, cuyo optimismo nada podía quebrantar, estaba en Grindelwald haciendo esquí por el Oberland Bernés e inspeccionando la pared una y otra vez. Pero por el momento no había mucho más que ver que aludes y más aludes que cortaban de raíz cualquier idea de realizar algún intento de escalada. A pesar de ello, a Fritz le hubiese gustado tener a su lado a su compañero habitual de escalada con quien había hecho planes, pues, en verdad, nunca

se sabe lo que puede suceder. Se trataba de Sepp Brunnhuber, con quien Fritz había realizado en febrero pasado la primera invernal de la cara norte de la Cima Grande, como entrenamiento para el asalto a la pared del Eiger.

Yo había prometido a Fritz llegar a Grindelwald el 10 de julio de 1938, pero Kasperek tenía poca confianza en las promesas de un estudiante. Sin embargo, no me presenté en Grindelwald en calidad de estudiante. Mis profesores estaban sorprendidísimos de ver que yo, de repente, tenía gran prisa por aprobar los exámenes finales, pero yo no podía decirles que quería concluir mis estudios antes de escalar la Pared Norte del Eiger. Lo único que hubieran hecho habría sido sacudir la cabeza en un gesto de incompreensión y decir —no sin razón— que uno también puede matarse en la montaña teniendo un título universitario. Yo no había contado absolutamente nada a nadie de mi plan de escalada: a ningún compañero de estudios y tampoco a amigos alpinistas o deportistas. Tan sólo la señora Else Wegener, mi futura suegra, estaba al corriente. Era una mujer valiente e inteligente, cuyo marido, el profesor Alfred Wegener, se había sacrificado por los miembros de su expedición en las imprevisibles inmensidades heladas de Groenlandia, en noviembre de 1930, habiendo fallecido allí en una tempestad de nieve. La señora Wegener tenía, pues, todas las razones del mundo para estar llena de prejuicios en contra de empresas peligrosas. Pero no intentó retenerme, sino que me dio ánimos, aun conociendo perfectamente la fama que tenía la Pared Norte del Eiger.

Me presenté al último examen en la mañana del 9 de julio. Hacia el mediodía me subí a mi cargadísima motocicleta, llegando a Grindelwald el 10 de julio. Fritz Kasperek, tan quemado por el sol del glaciar que sus cabellos rubios parecían casi blancos, me recibió con su infalsificable dialecto vienés.

Kasperek tenía lo que se llama «buena labia». Disponía de un don de invención inagotable en lo que se refiere a las expresiones fuertes cuando se encontraba ante dificultades aparentemente insalvables, ante las que no se rendía nunca: ni en la montaña, ni tampoco en la vida cotidiana. Pero nunca mostraba sus sentimientos abiertamente hacia afuera. Tampoco hablaba nunca de compañerismo y amistad, pero su forma de ser era tal que, en momentos de peligro y necesidad, no es que compartiese su último pedazo de pan o de chocolate con su compañero, sino que se lo ofrecía entero. Y además no lo hacía con gesto patético, sino acompañándolo con un dicho simpático típicamente vienés.

Con compañeros de tal valía toda empresa es posible, incluso atacar la Pared Norte del Eiger.

A Grindelwald también habían llegado Rudi Fraissl y Leo Brankowsky, viejos candidatos a la escalada del Eiger. Así pues, los cuatro juntos recorrimos las altas praderas situadas más arriba de Alpiglen y alzamos las tiendas allí. Pretendíamos evitar los fallos que habían resultado funestos para las cordadas anteriores.

Principalmente debíamos conocer bien la montaña antes de atacar su cara más difícil e interesante. Y para ello, partiendo del nevero somital descendimos oblicuamente hacia la izquierda atravesando el flanco hacia la Arista Mittellegi, y luego siguiendo ésta alcanzamos la cima, así como también por la ruta normal. Escalamos asimismo el Mönch por la vía *Nollen*.

Entretanto los campesinos habían traído sus vacas a pastar en nuestra idílica alta pradera alpina. Fritz y yo decidimos cambiar de lugar de acampada, levantando nuestra pequeña tienda sobre un prado situado más lejos de la pared. Fraissl y Brankowsky permanecieron en la alta pradera alpina.

Un día de buen tiempo Fritz y yo dejamos una mochila llena de alimentos y material a unos 700 metros por encima del punto de ataque, en la llamada Cueva de Vivac, situada por encima del Pilar Descompuesto. Antes de irnos colocamos encima de ella una nota que rezaba: «Se ruega no tocar. Pertenece a Kasperek y Harrer». Esta nota no significaba que desconfiáramos de otros escaladores, ya que debido a los numerosos intentos de escalada y acciones de rescate y salvamento se podía encontrar todo tipo de material, cuerdas y clavos que constituían frecuentemente una apreciable ayuda y complemento del material de escalada propio. Y precisamente por esta causa era necesario marcar convenientemente una mochila que se dejaba en la pared a modo de depósito.

Seguidamente descendimos hasta nuestro campamento. La pared presentaba aún un aspecto que no permitía una escalada con garantías de éxito, y nosotros teníamos la firme intención de no dejarnos apremiar, forzar o agobiar, pues las tragedias del pasado —especialmente la de los dos italianos— nos habían enseñado que toda precipitación perjudica al sano criterio y puede tener las peores consecuencias. Así pues, nosotros queríamos y podíamos esperar.

Llegaron días de buen tiempo. Nosotros continuamos esperando, observando atentamente los cambios que se operaban en la nieve caída durante la tempestad y propulsada contra las rocas: cómo se derretía, se asentaba y acababa fundiéndose con la capa inferior formando con ella una unión sólida. Ahora sólo había que confiar en que la desconocida parte superior de la pared estuviera en condiciones aceptables.

El día 21 de julio todo estaba a punto. A las dos de la madrugada iniciamos la escalada de la pared. En la oscuridad sobrepasamos la rimaya, escalando al unísono, sin encordarnos, en dirección al Pilar Descompuesto. No decíamos palabra: cada uno se buscaba su propio camino, ensimismado en los propios pensamientos.

Estas horas entre el día y la noche pusieron a dura prueba nuestra valentía. El cuerpo realiza mecánicamente los movimientos correctos adaptados a la escalada, pero la mente no se encuentra todavía despierta y dispuesta al ataque, y el espíritu está cubierto por una capa de dudas y zozobra. No, no es miedo lo que siente el alpinista, sino las dudas, los cuestionamientos y el temor, que son humanos.

Ante tal situación, hay que combatir contra uno mismo, contra esos sentimientos que nos agarrotan, hay que subordinarse a la voluntad orientada hacia la meta. Y por todo ello la hora del comienzo, la hora de la gris madrugada informe y acromática, es la hora de callar, de no decir nada.

La precipitación es un error en aquellos momentos en que el ser humano lucha por su equilibrio y se esfuerza por conciliar los sentimientos sutiles con la voluntad. Y esto es lo grandioso de las montañas: que no aceptan las mentiras. Así pues, debemos ser sinceros con nosotros mismos.

Fritz y yo seguimos escalando en la madrugada, dejando el Pilar Descompuesto a la derecha. Por debajo de nosotros oímos voces, palabras sueltas: Fraissl y Brankowsky han esperado también el buen tiempo, iniciando su escalada detrás de nosotros. Nos entenderemos bien con ellos, pues dos cordadas en la Gran Pared todavía no se obstaculizan mutuamente y pueden ofrecerse ayuda recíproca. La roca es gris, como gris es también la nieve a la pálida luz del alba. También lo que se mueve delante de nosotros es gris. Y no son piedras. Son seres humanos que salen de sus sacos de dormir delante de la Cueva de Vivac. ¿Alpinistas desconocidos quizás? Nadie es desconocido en el alpinismo, especialmente en esta pared. Nos presentamos. Los nombres de los que acaban de despertarse nos hacen aguzar los oídos: Anderl Heckmair y Wiggerl Vörg. Es un sitio un tanto extraño para un recibimiento. La luz del naciente día es ya tan fuerte que cada uno de nosotros puede reconocer claramente, observar e inspeccionar la cara del que tiene enfrente.

Así pues, éste es el famoso Anderl Heckmair, el de más edad de todos nosotros, a sus 32 años. Su cara está marcada por la montaña, delgada y cruzada por agudas arrugas. Su nariz, osadamente prominente. Es una cara que muestra arrojo, dura, la de un luchador, la de un hombre que exige mucho a sus acompañantes y todo a sí mismo.

El otro, Wiggerl Vörg, parece ser, por su aspecto, lo contrario de Heckmair. No es enjuto y nervudo, sino casi atlético. Sus rasgos faciales tampoco son tan marcados como los de Anderl y proyectan una agradable calma. Todo en este hombre revela fuerza en estado de descanso y paz interior. Sus amigos, con quienes estuvo en el Cáucaso hace dos años, lo llamaban «el rey del vivac». Ni siquiera las acampadas al aire libre en la pared de hielo de 2000 metros del Ushba, «la montaña terrible», pudieron robarle su tranquilidad. Si se tuviera que enjuiciar a ambos según la primera impresión, se tendría que pensar que Heckmair es el componente dinámico y Vörg el perseverante. Dos caracteres tan diferentes y complementarios tienen que formar, sin duda alguna, un perfecto equipo con una fuerza ejecutoria fuera de lo común.

No sabemos si están decepcionados de que nos encontremos todos en la pared. En todo caso no lo dan a entender. Heckmair dice: «Sabíamos que vosotros también queréis subir la pared, porque hemos visto vuestra mochila y leído la nota».

Nosotros no comprendíamos cómo era posible que no hubiéramos sabido nada de la presencia de Heckmair y Vörg. No habían acampado ni en Alpiglen ni en Kleine Scheidegg. Tampoco en ningún pajar de alto prado alpino. Tan sólo más tarde supimos que esta vez lo habían hecho todo en secreto. Habían viajado con maletas y acampado más arriba de Alpiglen. Las maletas las habían dejado en casa la doctora Belart, médico de Grindelwald.

El material de escalada de Heckmair y Vörg es de la mejor calidad y el más moderno. Bien es cierto que tienen tan poco dinero como nosotros, pero antes de su viaje habían encontrado un patrocinador, pudiendo por primera vez en su vida adquirir a su antojo cuantos objetos quisieran e incluso encargarse de material especial hecho a medida de sus necesidades. Ni que decirse tiene que también disponen, evidentemente, de crampones de doce puntas, recientemente salidos al mercado. De nosotros dos, sin embargo, sólo Fritz dispone de crampones de diez puntas. Yo, sencillamente, no tengo crampones de ningún tipo. Esto, bien es verdad, era un fallo. Pero no nacido de la imprudencia, sino de una reflexión profunda, aunque errónea: pensábamos que nos íbamos a encontrar con una pared de roca con campos de hielo y de nieve endurecida. El peso de unos crampones es importante —todavía no conocíamos los de metal ligero— y si podíamos ahorrarnos ese peso, podríamos llevar más víveres y material. Yo disponía de botas con alas de mosca tipo Graz que se agarran bastante bien a la nieve dura y se adaptan muy bien a la roca. De esta manera habíamos previsto que Fritz iría en cabeza en las zonas de hielo y yo en las de roca. También creíamos poder ahorrar tiempo al reducir así el incómodo y lento proceso de atarse y desatarse los crampones. Fue una conclusión errónea, un fallo que no nos condujo a una catástrofe, sino que sólo nos trajo pérdida de tiempo y a mí un esfuerzo físico añadido.

Pero esto todavía no lo sabíamos cuando nos pusimos a hablar con Heckmair y Vörg delante de la Cueva de Vivac.

Vörg, quien está en condiciones de vivaquear en cualquier situación y posición, se queja de la noche que acaban de pasar.

—Ha sido incómodo y ha hecho frío —dice—. Fuera de la cueva no se podía estar a causa de la caída de piedras, y el interior de la cueva era estrecho y con humedades. Han estado cayendo gotas sobre los sacos durante toda la noche.

Heckmair observa su altímetro, luego mueve la cabeza con gesto de preocupación y dice:

—Ha subido sesenta metros, y el barómetro ha bajado tres líneas. No me gusta nada el tiempo.

En ese momento aparecen Rudi Fraissl y Leo Brankowsky. De nuevo un recibimiento amistoso, pero esta vez la voz de Heckmair denota verdadera preocupación, ocultando su decepción con camaradería. Seguidamente nos indica una

nube con forma de pez en el horizonte y avisa:

—El tiempo va a cambiar con toda seguridad. Nosotros no vamos a continuar la ascensión.

Nosotros, por nuestra parte, estamos convencidos de que el tiempo favorable va a aguantar, y Fritz expresa esa opinión en su modo optimista acostumbrado:

—¡Qué va, hombre! El buen tiempo va a seguir. ¡Seguro!

Heckmair y Vörg se preparan para descender. Nosotros continuamos la escalada. Me quedo pensando en la retirada de esos dos extraordinarios alpinistas y no puedo olvidar la cara de franca decepción de Wiggerl Vörg. No, seguro que Vörg tampoco creía en un cambio de tiempo. Pero, ¿y Heckmair? Para mí estaba claro que la lectura del altímetro sólo era un pretexto. Anderl se había dado cuenta de que tres cordadas de alpinistas en la pared al mismo tiempo podían traer consigo un peligroso retraso, pero era demasiado buena persona como para reclamar el derecho del que llega primero y exigir que diera la vuelta uno de los equipos llegados después. No dijo «Vosotros tenéis la culpa», sino «El tiempo no me gusta». Fue una decisión, pues, dictada por una verdadera responsabilidad de alpinista.

¡Cuántas veces han caído en situaciones difíciles los escaladores de la Pared Norte tan sólo porque se dejaron apremiar no sólo por el tiempo, sino también por la «competencia»! Anderl, uno de los mejores que han tratado de escalar el Eiger, no se dejó apremiar.

Pero no tenemos mucho tiempo para ocuparnos de estudios psicológicos y problemas similares, pues la pared ya se encarga por sí misma de presentarnos problemas inaplazables.

Y allí está ya la Fisura Difícil. La claridad del día ha reemplazado definitivamente la semioscuridad de la madrugada. Nos encordamos. Fritz comienza a superar la fisura con la maestría que le es propia. Sobre sus espaldas lleva la pesada mochila. Esa mochila hace que fracase su primer ataque emprendido con brío. Fritz tiene que volver atrás y deja la mochila a mis pies. A continuación comienza su segundo ataque. Es un placer contemplarlo. Elegantemente, haciendo uso de todas las ventajas que se le ofrecen, avanza escalando sin vacilaciones, con armonía y regularidad y consigue superar ese primer bastión de la Gran Pared en un tiempo sorprendentemente corto.

Izar la mochila con la cuerda trae consigo alguna que otra dificultad y pérdida de tiempo, pues una y otra vez la mochila se atasca por debajo del desplome. Pero por fin conseguimos subir la primera mochila. La segunda pesa 25 kilos y la cargo sobre mis espaldas, pues no tenemos tiempo para efectuar otra vez el dichoso juego con la cuerda. Fritz tira de la cuerda. Su fuerza, como mínimo, contrarresta el peso de mi mochila. De esta manera consigo escalar rápidamente la fisura y me hago una ligera idea de lo que me espera en la pared. Pero el hecho de que haya conseguido superar

la fisura sin quedarme corto de aliento, hace que aumente mi confianza en que voy a estar a la altura de lo que se me exige. Verdaderamente hay una gran diferencia entre escalar la pared más difícil de los Dolomitas libre de todo peso y hacer lo propio en la pared del Eiger cargado de bultos. Pero, ¿no es la capacidad de transportar cargas la condición esencial para el éxito de cualquier expedición?

Posteriormente otros escaladores superarán la Fisura Difícil a menudo con ayuda de estribos, pero nosotros preferimos la escalada libre. Y además, un maestro de la escalada en roca como Fritz Kasperek sólo pondría estribos allí donde fuesen realmente necesarios.

Ahora ya estamos por debajo del Muro Rojo, esa pared intermedia, con sus cientos de metros de altura, que se alza hacia el cielo por encima de nosotros, lisa e inalcanzable. Por la mañana las paredes duermen, atenazadas por el frío de la noche. Eso al menos dicen las reglas de juego que han establecido los humanos a través de la experiencia. Estas rocas de aquí también están cubiertas de hielo. Pero la pared del Eiger no se rige por esas reglas de juego y echa por tierra, una vez más, todo lo que los hombres hayan podido observar. Y las piedras caen. Las vemos hacer cabriolas por el aire en la parte superior del Muro Rojo y luego caer dibujando un gran arco. Conseguimos ascender más arriba; cuanto más cerca estemos del Muro Rojo, más seguros nos encontraremos.

De nuevo cae una pesada piedra, golpea en la roca por debajo de nosotros y se deshace en mil pedazos. Seguidamente oímos la voz de Fraissl que nos llama. No es un grito de ayuda, sólo quiere avisarnos de que ha sufrido una herida en la cabeza.

—¿Es grave?

—No, pero me siento mareado. Creo que será más prudente que demos la vuelta.

—¿Podéis descender solos?

—Sí.

Sentimos mucho que nuestros dos amigos vieneses no puedan continuar con nosotros, pero no tratamos de convencerlos. Rudi y Leo inician el descenso.

Ahora, antes todavía de la salida del sol, nos encontramos de nuevo solos en la pared, cuando hace tan sólo un momento éramos seis. Así pues, a partir de ahora Fritz y yo dependemos el uno del otro. No hablamos de ello, pero ese hecho refuerza inconscientemente nuestro sentido de compañerismo, de cordada.

Ascendemos con celeridad por terreno fácil hasta llegar al punto que Hias Rebitsch y Wiggerl Vörg habían bautizado el año pasado como Travesía Hinterstoisser.

Aquí las rocas son casi verticales y hay que atravesarlas hacia la izquierda. Por debajo la pared se corta abruptamente, hacia el vacío. En este lugar sentimos un enorme respeto por Anderl Hinterstoisser, el primer hombre que, con ayuda de una cuerda, realizó la travesía hasta llegar al Primer Nevero. Y, llenos de agradecimiento

y reconocimiento, recordamos también a Vörg y Rebitsch, quienes dejaron colocada una cuerda en travesía, que sigue firmemente anclada y resistente a la rotura, a pesar de haber estado expuesta a las tormentas y tempestades, a la humedad y al frío durante doce meses.

Conocemos el método de realizar la travesía por reportajes, descripciones, dibujos y fotos. Pero lo que éstas no habían reflejado era la capa de hielo con que estaba cubierto ahora este tramo de la vía: las rocas están como garrapiñadas de hielo. El pie que busca apoyo no lo encuentra. Pues bien, a pesar de esto Fritz comienza la travesía con la maestría que le caracteriza. Lucha contra el hielo pulido intentando mantener el equilibrio. Y pulgada a pulgada, metro a metro vence a este difícil terreno. Aquí y allá quita hielo y nieve de la roca con el martillo piolet. Los trozos de hielo se deslizan sobre las placas de roca con un suave sonido, para caer luego hacia el abismo. Pero Fritz sigue adelante, se desliza palpando el terreno, avanza hacia la izquierda, escala, sube casi en posición horizontal respecto a la roca sujeto por la cuerda hasta que encuentra de nuevo un sitio donde ponerse de pie y alcanza el final de la Travesía. Ahora es mi turno. La mochila de Fritz me la coloco en el pecho, colgada a la cuerda mediante un mosquetón, y en poco tiempo ya me encuentro de nuevo junto a mi compañero.

Después de la Travesía Hinterstoisser llegamos al ya famoso lugar de vivac de Vörg y Rebitsch: el Nido de Golondrinas. Aquí hacemos un descanso para desayunar. El tiempo sigue siendo bueno, y la mañana se ha convertido en un maravilloso día. Las condiciones de luz son tan buenas que incluso en la Travesía Hinterstoisser podemos tomar fotografías. Esa travesía representa, sin duda, uno de los lugares más fotogénicos de los Alpes, que lo contiene todo: la dificultad, el sentimiento de sentirse entregado, la audacia. Pero deseo, a pesar de todo, corregir aquí un error: la Travesía Hinterstoisser es un pasaje clave, pero no es *el* pasaje clave. En esta pared increíblemente grande hay innumerables pasajes clave ya conocidos —hasta el Vivac de la Muerte de Sedelmayr y Mehringer— tras la retirada con éxito de Rebitsch y Vörg. Pero los pasajes clave que pueda haber allá arriba, en el tramo final de la pared, no los conocemos aún. Sólo sabemos que ese tramo por sí solo, en cualquier lugar de los Alpes, constituiría una preciada meta para los mejores escaladores.

Nos encontramos en perfecta forma física, el tiempo es bueno y no dudamos del éxito. Pero sabemos también que incluso los mejores se han visto obligados a dar media vuelta. Así que acondicionamos el Nido de Golondrinas para convertirlo en una base para el retorno. Allí sigue colocada en la travesía la vieja cuerda del equipo de 1937. Nosotros también queremos asegurarnos la posibilidad de descender en rápel, maniobra que se convirtió en fatalidad para los cuatro escaladores en 1936 y que llegó a su estremecedor fin con la muerte de Toni Kurz. Así pues, dejamos en el Nido de Golondrinas cien metros de cuerda, clavos, mosquetones, anillos de cuerda y

viveres.

Estamos a 21 de julio de 1938. Hace exactamente dos años, el 21 de julio de 1936, Anderl Hinterstoisser intentó desesperadamente regresar repitiendo «su» travesía. Ese día murieron Hinterstoisser, Angerer y Rainer. Su recuerdo nos embarga poderosamente. Si esos cuatro hombres hubieran dejado colgada allí una cuerda, si hubieran tenido en el Nido de Golondrinas una cuerda larga, si... Ahora nosotros debemos agradecerles nuestros conocimientos sobre la pared, pero su recuerdo nos pone tristes.

Fritz se ha ajustado sus crampones y empieza el ascenso a través del Primer Nevero, cuya superficie no es nieve dura, es puro hielo, agrietado y algo vidrioso. La inclinación de la pendiente la calculo entre 50 y 55 grados, es decir, más inclinada aún que, por ejemplo, el promedio del couloir Pallavicini. Tras cada largo de cuerda Fritz talla un peldaño de reunión y coloca un clavo de hielo para asegurar así mi ascenso. Ya hemos podido comprobar que ha sido un fallo de cálculo dejar los crampones, y ahora tengo que compensarlo con un mayor esfuerzo de mis músculos. Afortunadamente mi entrenamiento en todo tipo de deportes me beneficia.

Ascendemos hacia un resalte vertical que forma la transición entre el Primer y el Segundo Nevero. Un diedro cubierto de hielo —más tarde conocido bajo el nombre de Manguera de Hielo— que ofrece una posibilidad. Esta barrera representa un punto engañoso y decepcionante. Si me pongo a recordar las grandes paredes de los Dolomitas, muchas zonas de allí parecen más difíciles, más inclinadas y más inescalables de lo que en realidad son. Desde el punto de vista óptico, un muro de este tipo de los Dolomitas resulta mucho más impresionante que determinadas zonas de la pared del Eiger. Pero cuando nos ponemos manos a la obra en los Dolomitas, nos alegramos de esa ruda roca, de sus estratos horizontales, de la adherencia que ofrece y de las muchas grietas y hendiduras que, una y otra vez, permiten colocar clavos con seguridad.

¿Y aquí? Primer engaño: esta barrera de roca cubierta de hielo no parece nada difícil. Parece como si solo hubiese que colocar un buen clavo de reunión. Pero es que allí no hay reunión posible, ni tampoco una hendidura para un anclaje de seguridad, ni una presa natural. La roca está estratificada, en pendiente —a la manera de un tejado con sus tejas—, pulida por la caída de piedras y recubierta de una mezcla de nieve, gravilla y arena. Para superarlo deberemos realizar un enorme esfuerzo y exponernos a un considerable peligro, pero queremos avanzar.

La Manguera de Hielo hace honor a su nombre. La roca está cubierta de una gruesa armadura de hielo. La denominación de «Manguera» es asimismo correcta, pues por debajo de la capa helada, entre el hielo y la roca, se desliza agua. Pero tenemos que pasar por ahí.

El agua se mete por las mangas y corre por todo el cuerpo, acumulándose en las

polainas, en el pantalón y en las botas por poco tiempo, hasta que encuentra una salida. Esta grieta de hielo, roca y agua no nos ofrece donde agarrarnos. Es muy difícil y exige de nosotros nuestra mejor técnica de escalada y una sofisticada táctica para mantener el equilibrio. Fritz demuestra ser un maestro aquí también, pero necesitamos horas y horas hasta que, por fin, logramos llegar al Segundo Nevero.

Comienza la tarde. Por encima de nosotros se extiende, amplio y alto, el Segundo Nevero. Desde aquí tenemos que ascender hacia la izquierda, transversalmente, hacia el borde de la Plancha, en dirección al último lugar de vivac de Sedelmayr y Mehringer. Visto desde aquí, este gran nevero parece más corto. Sin embargo, aun teniendo en cuenta esa ilusión óptica, aun recordando que incluso unos excelentes escaladores de hielo como Rebitsch y Vörg necesitaron cinco horas y cinco largos de cuerda hasta llegar al borde del Segundo Nevero, todavía tendríamos tiempo suficiente ese día para alcanzar incluso el Vivac de la Muerte, ya que aún quedan, al menos, seis horas de luz.

Pero a pesar de todo ello, decidimos ascender hacia la derecha, en vez de hacia la izquierda, hacia un espolón de roca que sobresale de la nieve por encima del borde superior del Muro Rojo. La hermosa tarde hace brillar el sol oblicuamente sobre la parte superior de la pared, donde nos esperan «los témpanos que estornudan». Allí se desatan los aludes, allí siguen la ley de la gravedad las piedras que se liberan del hielo. Y más hacia el este —superando primero en ascensión transversal cientos de metros sobre los neveros de la pared— nos esperan desprendimientos de nieve, piedras y cascadas de agua que caen verticalmente desde la Araña, sin trabas.

Claro está que no todas las piedras alcanzan a alguien. Y nosotros no nos hemos preparado en el Nido de Golondrinas una base de regreso para dejarnos matar por la caída de piedras o arrastrar por los aludes.

Se hace referencia a la caída de piedras como uno de los peligros «objetivos» del alpinismo. Una situación, pues, contra la que el hombre es impotente. Pero meterse conscientemente en una zona de caída de piedras ya no es un peligro objetivo, sino subjetivo, originado por la torpeza y la imprudencia. Este gran nevero hay que atravesarlo por la mañana temprano, y obligatoriamente antes del mediodía. El peligro de caída de piedras continúa existiendo entonces, pero es incomparablemente menor.

Alcanzamos nuestro espolón de roca y logramos colocar en él dos clavos de aseguramiento. Luego, tras un trabajo de horas, logramos tallar en el hielo un asiento. Todavía es de día cuando nos preparamos para vivaquear. Aseguramos nuestro material y, enganchándonos a los clavos, colocamos anillos de cuerda que nos sirven de asiento y empezamos a cocinar. El espolón de roca nos protege contra la caída de hielo y piedras. La vista panorámica desde allí es grandiosa. Así pues, tenemos todas las condiciones necesarias para un buen vivac, pero ni un solo hilo de la ropa que

cubre nuestros cuerpos está seco. Bien es verdad que en nuestras mochilas hay ropa interior y de abrigo, pero no podemos arriesgarnos ahora a mojarla poniéndonosla por debajo de nuestra ropa húmeda. No sabemos cómo será el tiempo, como tampoco sabemos cuántas veces y bajo qué circunstancias tendremos que vivaquear, por lo que debemos mantener secas esas reservas para las noches siguientes. No obstante, nos cuesta bastante esfuerzo evitar echar mano a la mochila, desobedeciendo así la más clara lógica.

La noche es fría, larga y desagradable. No es un buen vivac, y más tarde comprobaremos que, aunque nuestros asientos son relativamente buenos, se trata tal vez de la peor noche en la pared. A causa de las ropas mojadas el frío se deja notar doblemente. El cuerpo y el alma están muy ocupados en superar esa sensación de malestar. Contra ello no vale ningún entrenamiento.

Pero toda noche tiene su fin, y cuando la mañana comienza a clarear nos levantamos castañeteando con los dientes y preparamos las cuerdas para continuar el ascenso.

El tiempo sigue siendo bueno y la helada matinal mantiene firmes las piedras. Entonces iniciamos la travesía del Segundo Nevero. Ahora comprobamos en toda su amplitud el gran error que hemos cometido al dejar abajo mis crampones. Fritz corrige ese error mediante un exceso de pena y esfuerzo, y talla una hilera de peldaños. Es admirable ver que este excelente escalador de roca vienés también sabe manejar el piolet con maestría. Con impulso regular, peldaño a peldaño, durante horas y horas, descansando sólo cuando me asegura. Los peldaños son tan buenos que encuentro apoyo en ellos perfectamente con mis botas.

Desde abajo este nevero parece una superficie lisa, pero esto también es un engaño. Ondulaciones enormes de la nieve dan la impresión de que las rocas seguras están cerca, pero seguidamente se comprueba que sólo se ha alcanzado un abombamiento y que hay que superar otra concavidad. Es la misma sensación que tiene el alpinista en los Alpes occidentales cuando llega a una de las muchas antecimas y la toma erróneamente por la cima principal.

El alpinista moderno maneja el martillo-piolet como un guía de montaña de los tiempos clásicos del alpinismo. El signo de los tiempos modernos es la velocidad, mientras en el pasado se avanzaba continuamente, pero con lentitud. Y claro está, dado que estamos utilizando el método de los antiguos alpinistas, necesitamos más tiempo. Además, Rebitsch y Vörg también tardaron el año pasado cinco horas para superar este gran nevero, y nosotros empleamos el mismo tiempo.

Poco antes de las rocas situadas entre el Segundo y el Tercer Nevero echo la mirada hacia atrás. Allí está nuestra interminable hilera de peldaños sobre la que suben corriendo los nuevos tiempos a gran velocidad. Por ella se acercan dos hombres corriendo, verdaderamente corriendo, no escalando. Ciertamente es fácil

para los alpinistas avezados subir con tal rapidez por peldaños bien hechos. Pero lo sorprendente es que esos dos hombres se encuentren ahora aquí, en este lugar, por la mañana temprano, ya que todavía ayer habrán tenido que vivaquear en la parte inferior de la pared. No parece probable que hayan iniciado la escalada hoy. Ésa es, sin embargo, la realidad.

Se trata de los dos mejores entre los candidatos a la conquista de la pared del Eiger: Anderl Heckmair y Wiggerl Vörg. Llevan puestos sus crampones de doce puntas, y yo, con mis botas con alas de mosca, me siento fuera de lugar.

Nos saludamos brevemente y enseguida continúan la escalada y alcanzan a Fritz. Yo conozco a mi amigo y sé que su sentido alpino del honor está muy desarrollado. A él le gusta buscarse su propio camino, y, aunque tiene la medalla de honor de rescate en alta montaña, él mismo nunca acepta ayuda alguna. Además, la pregunta en tono de chiste de Anderl, de que si no sería mejor que diese media vuelta, hace que Fritz le dé una respuesta claramente vienesa. Pero Anderl no quiere camorra, pues es un hombre al que no le sienta la maldad. Aparte de ello, el respeto que sienten recíprocamente Kasperek y Heckmair es demasiado grande. Y así, nuestro encuentro no desemboca en ninguna disputa, en ningún tipo de competencia, sino en una camaradería armoniosa como no se ha visto en esta gran pared. Naturalmente, todavía vamos en dos cordadas separadas. Anderl y Wiggerl se ponen a la cabeza.

Más tarde nos cuentan que habían visto regresar a Fraissl y Brankowsky. En ese momento ya no pudieron contenerse más, iniciando la escalada muy temprano por la mañana. Y ahora están aquí, y permaneceremos juntos...

Con la misma presteza ascendemos la arista escarpada hacia el Vivac de la Muerte, y después de haber disfrutado allí del descanso del mediodía, nos sentimos ya unidos. Nadie pronuncia una palabra que denote cualquier rastro de decepción.

No existen diferencias de opinión sobre el itinerario a seguir. Desde nuestro lugar de descanso vamos a dirigirnos descendiendo hacia la izquierda en diagonal por el Tercer Nevero, hacia el inicio de la Rampa, un tramo empinado que se extiende en dirección a la arista de la vía *Lauper*, luego, desde la Rampa, travesía a la derecha hacia la Araña; seguidamente, recorrido a través de la Araña, pasando por las Fisuras de Salida hasta llegar al Nevero Cimero.

Todo esto parece muy sencillo, pero cada uno de estos tramos presenta interrogantes. Sin embargo, cuando me pongo a observar a mis compañeros, Fritz, Anderl y Wiggerl, me da la impresión de que cualquier terreno que sea humanamente superable puede ser ascendido por nuestro grupo.

Quizás también se podría escalar desde el Vivac de la Muerte directamente hasta la Araña por la pared vertical. Pero cuando subimos por la pared la visibilidad es muy limitada. Nubes de niebla rodean la montaña y descienden hacia nosotros. Se trata de la niebla a la que se suele referir como «la bola de algodón del Eiger», y que se pega

literalmente a la roca y el hielo. Esto no nos asusta, pues es una de las costumbres propias de la pared del Eiger la de ponerse un gorro después del almuerzo, para mayor enfado de los mirones que, allá abajo, se agolpan alrededor los telescopios, prismáticos y catalejos. Todavía no sabemos si ese enfado es grande, pues se han vendido billetes que autorizan a sus propietarios a mirar durante tres minutos, vean algo o no vean. Y así nosotros, sin ser observados, atravesamos ese nevero, con más de 60 grados de inclinación hasta el inicio de la Rampa.

La Rampa. Hace buen juego con la pared, en la que todo es más difícil de lo que parece. No se puede ascender caminando por ella, porque allí no hay placas rugosas, ni presas buenas, ni tampoco apoyos adecuados para los pies. La roca, también aquí, está estratificada hacia abajo y son contadas las fisuras en las que se pueden colocar clavos. En el inicio de la Rampa, sin embargo, dispongo de un clavo de reunión bueno y firme. Observo a Fritz ganar altura con movimientos tranquilos y regulares. Ahora está a unos 25 metros por encima de mí.

De repente resbala. ¿Se habrá roto una presa? ¿No habrá encontrado un apoyo para los pies? No puedo saberlo, todo ocurre tan rápidamente, y mi amigo desaparece de mi vista en un abrir y cerrar de ojos. Yo recojo tanta cuerda como me es posible y espero el tirón. El clavo de reunión está muy firme y aguantará probablemente. Esperemos que la cuerda también aguante, estando amortiguada, como es el caso, por el aseguramiento a la espalda. Quien se desploma aquí sin aseguramiento, vuela hasta el resalte al pie de la pared. Pero tenemos suerte: la cuerda corre sobre una pequeña arista de nieve y se introduce en la nieve dura. Esto hace frenar el impacto de la caída de tal manera que el tirón que tengo que resistir es francamente soportable. ¿Estará herido Fritz?

Enseguida me tranquilizo, pues oigo a mi amigo murmurar algo: ¡es una maldición destinada a darse ánimos para seguir atacando! Rápidamente sube hasta la Rampa y continúa ascendiendo como si nada hubiese ocurrido, hasta que yo le grito que se está terminando la cuerda. Cuando subo yo, inspecciono atentamente el lugar de la caída. Fritz ha caído verticalmente unos 18 metros desde la Rampa escarpada y luego, sin vacilación alguna, ha vuelto a subir por la fisura. No volvemos a hablar del asunto.

Por la tarde nos encontramos de nuevo los cuatro. Por encima de nosotros la Rampa se estrecha hasta convertirse en un diedro con una fisura, por la que se desliza el agua. No queremos volver a mojarnos antes de vivaquear, pues nuestra ropa se ha secado por la mañana, durante la travesía del Segundo Nevero. Además, pensamos que ya ha sido suficiente trabajo por hoy. La fisura marcará, pues, el inicio del siguiente día. Nosotros, ahora, preparamos el vivac.

Vivaquear. Eso parece tan fácil, y así también lo creíamos nosotros cuando observábamos la Rampa en fotos o con prismáticos. Pensábamos que podríamos

escoger sin problema un lugar para sentarnos, pero en realidad no hay posibilidad de asiento. Ni siquiera de uno pequeño. Incluso son raros los sitios donde poder estar de pie.

Emplazamos nuestro vivac a un metro y medio aproximadamente del de Heckmair y Vörg. Hemos conseguido colocar un clavo, uno solo, en una fina hendidura de roca. Es un clavo corto. Entra en la roca no más de un centímetro, pero queda firme. Naturalmente, si nos colgáramos de él con todo nuestro peso, probablemente se desprendería debido al efecto de palanca. Por ello lo golpeamos hacia abajo hasta que el anillo choca contra la roca, evitando así que se pueda producir el efecto de palanca, y así podemos depositar toda nuestra confianza en ese pequeño amigo de acero gris. Primero dejamos colgado de él todo nuestro material y seguidamente nos aseguramos nosotros.

No hay sitio para sentarse, pues la Rampa es aquí estrecha y muy escarpada. Pero con ayuda de anillos de cuerda nos fabricamos una especie de asiento. Y para que los pies no se bamboleen en el aire, los apoyamos en los estribos. Junto a mí hay un pequeñísimo lugar plano en el que cabe, muy justo, nuestro hornillo con el que podemos derretir la nieve para beber, pues la necesidad que tenemos todos de ingerir líquido es enorme.

Anderl y Wiggerl no tienen un sitio mejor que nosotros. La tranquilidad del Rey del Vivac, Vörg, es admirable: incluso aquí no quiere prescindir del mayor confort posible y se coloca sus botas de vivac, de forro suave, poniendo al hacerlo cara de verdadero disfrute. Y no es una exageración si digo que nos sentimos muy bien, incluso cómodos. Esto lo podrá comprender el alpinista experimentado, y los profanos deberán simplemente creer mis palabras. Un filósofo definió la felicidad de la manera siguiente: «Una sopa de leche, un sitio para dormir y la ausencia de dolor. Eso ya es mucho». Nosotros podríamos ampliar esta definición: «Ropa seca, un pitón en el que poder confiar y bebida caliente y sabrosa. Ésta es la mayor felicidad en la pared del Eiger».

Sí, nos sentimos felices. La pared, la gran montaña ha reducido nuestra vida al mínimo denominador común. Tras cocinar durante horas nos echamos por encima el saco de vivac y buscamos una posición lo más cómoda posible que nos permita de vez en cuando dar alguna cabezadita. Es maravilloso poder abandonarse a la noche con ropa seca sobre el cuerpo. Nuestro lugar de vivac se encuentra a unos 1200 metros por encima del nevero del pie de la pared.

Es un buen vivac. El dolor físico y el malestar no perturban el vuelo de los pensamientos. Cuando estoy a punto de dormirme me viene a la mente una imagen de mi más temprana juventud, una imagen alegre, llena de sol. No es un espejismo que me dé una sensación engañosa de seguridad o la ilusión de encontrarme en una cama calentita. No, no es eso: pienso en una de mis primeras experiencias en la montaña.

Tenía entonces tan sólo quince años y había subido solo al Mangart, esa orgullosa montaña de los Alpes Julianos que, con buen tiempo, había visto siempre, desde mi más temprana juventud, a través de la ventana de la casita de mis padres. Entretanto el círculo se ha cerrado: ahora, ya mayor, la puedo ver desde la ventana de mi museo, y también aquella casita, pero ya no con ansia, sino más bien con ese sentimiento de agradecidos recuerdos de una vida feliz.

Bajé, pues, del Mangart conmocionado todavía por esa gran experiencia. Abajo había, como se puede encontrar frecuentemente en los Alpes Julianos, una pedrera enorme, kilométrica. A grandes zancadas descendí por ese terreno yermo. El sol calentaba al rojo vivo y mi lengua estaba pegada al paladar. En medio de la rocalla de la montaña vi dos águilas sacando grandes pedazos de carne del cadáver de una gamuza. Como indignadas, las dos aves rapaces sólo levantaron la cabeza cuando pasé junto a ellas. Esa visión me afectó tanto que incluso me olvidé momentáneamente de mi sed. Indeleble me quedó para siempre la noción de que la muerte de algunos para otros significa la vida.

Bajé hasta la orilla del Lago Weissenfels. Allí había una borda de montaña, y junto a ella una fuente de la que surgía un brillante caño de agua. Me incliné hacia ella dejando primero que el agua se deslizase por mis muñecas. Y luego me puse a beber, a beber y a beber... De pronto recibí un golpe, una verdadera bofetada. Ante mí estaba un vaquero alpino, alto y de pelo blanco, con la cara bronceada por el sol. «¿Por qué bebes agua? En la cabaña tengo leche fresquita y nata agria. Allí puedes apagar tu sed y saciarte», me dijo.

¡Jamás podré olvidar a ese viejo, que se encolerizó porque quería hacerme un bien! Allí fui su invitado durante días, bebiendo y comiendo lo que la vaquería producía: leche y queso, nata y cuajada. Era un anfitrión digno y generoso, además de ser un hombre que había viajado mucho y dominaba ocho lenguas, pues había sido cocinero de barco durante decenios y había visitado todos los mares. Y toda esa experiencia culminaba ahora en su bondad hacia los humanos.

Con este recuerdo del viejo del Lago Weissenfels acabo por dormirme en la Rampa, profundamente y sin sueños. ¿Cuánto tiempo estuve durmiendo? No lo sé.

De repente el viejo está nuevamente ante mí, en sueños. Su cara no es simpática. Está enfadado, me agarra por el pecho. Yo me defiendo, pero no puedo quitarme de encima el fuerte agarrón de ese hombre fornido: quiero seguir durmiendo. El viejo sigue tirando de mí, sigue meneándome. No me despierto totalmente, pero medio dormido aun noto esa fuerte presión sobre mi pecho. Es la cuerda de la que cuelgo con todo mi peso, pues me he desplazado de mi sitio durante el sueño. Me doy cuenta de que me encuentro en la Pared Norte del Eiger, que debo levantarme y colocar correctamente mi asiento de anillos de cuerda, pero me siento tan aletargado que únicamente deseo dormir. En realidad, es la conciencia que intenta decirme que no se

debería tirar tanto del clavo, ya que sólo tiene un centímetro clavado dentro de la roca. Pero es tan bonito abandonarse así, precisamente ahora. Sólo unos minutos más, y enseguida lo colocaré todo bien otra vez. Y me vuelvo a dormir.

Enseguida aparece de nuevo ante mí esa imagen de mi sueño, pero esta vez, definitivamente, el viejo me zarandea hasta que despierto, me incorporo sobre los anillos de cuerda y vuelvo a sentarme en el incómodo sitio en la pendiente. Fritz gruñe algo entre sueños.

Entonces oigo a Anderl y Wiggerl hablando por encima de mí. La voz de Vörg detona preocupación y le pregunto qué pasa.

—Anderl se siente mal. Las sardinas en lata que comió anoche se le han atravesado en el estómago.

Yo estoy completamente despierto y me siento fresco. El frío apenas si se deja notar. Ahí a mi lado, en esa especie de hornacina plana está el hornillo.

—Te voy a hacer un té, Anderl. Eso siempre ayuda —digo.

El té es la mejor de todas las bebidas: ayuda contra el frío, contra el calor, contra el malestar y la enfermedad, contra el cansancio y la debilidad. Y también le va a ayudar ahora.

Las sardinas en el estómago de Anderl lo dejan, por fin, tranquilo, y nosotros dormitamos y soñamos hasta que las estrellas comienzan a palidecer y la nueva luz se cuela a través de la madrugada: la noche se acaba.

Wiggerl Vörg empieza a cocinar a las cuatro de la mañana, y —como todo lo que él empieza— lo hace con esmero, con tranquilidad y minuciosidad. Prepara papilla de avena y café en grandes cantidades, que nos despejan y ahuyentan el frío. Cuando empezamos a escalar, son ya las siete.

Es verdaderamente una exageración pedirle al cuerpo aún entumecido que supere, como primera gimnasia matutina, la fisura del diedro que, por cierto, no parece ser hoy más fácil que ayer. Pero, al menos, la cascada ha desaparecido. Como contrapartida, sin embargo, la roca se muestra hoy cubierta de una delgada coraza de hielo. Anderl, que va en cabeza, también mira con cierta desconfianza.

El camino recto es el mejor —parece pensar Anderl—, y ataca el diedro directamente. Introduce clavos donde le es posible. Uno de ellos queda bien fijado. Anderl asciende con depurada técnica, intentando evitar el hielo en lo posible y, por tanto, sube ahora por la pared lateral desplomada.

Ya casi ha conseguido superar el desplome. Allí hay una presa que le ha de facilitar el último movimiento. Pero no es una presa, sino un bloque suelto. El bloque se rompe, cae y con él también Anderl. Un momento después lo vemos colgando de ese clavo bueno y firme, por debajo del desplome. Anderl está furioso: un desplome como éste no debería jugarle esa mala pasada. Y ya que no es posible subir por terreno sin hielo... ¡pues entonces por el hielo! Anderl se pone los crampones, los

nuevos de doce puntas, y empieza ahora a mostrarnos su arte de acróbata, unas figuras libres rara vez vistas con anterioridad: medio maestría de escalador, medio baile de puntillas sobre hielo. Un baile de puntillas en la vertical. Se agarra a la roca, se agarra al hielo haciendo fuerza contra él, asciende más y más con las púas delanteras de los crampones siempre clavadas en el hielo, tan sólo unos milímetros, pero es suficiente. Anderl supera ese difícil lugar, coloca un pitón en la pendiente inclinada situada inmediatamente por encima y deja entonces que Vörg venga a su encuentro.

Todavía estamos escalando en cordadas separadas. Ahora, Fritz Kasperek comienza a atacar el diedro de la fisura. No sólo no dispone de crampones de doce puntas, sino que además tiene su propia idea sobre ese terreno. Ataca, pues, la fisura directamente sin ponerse a parlamentar ni con la pared lateral cubierta de hielo, ni con la de roca suelta, mostrándonos una obra maestra de la escalada. Supera la fisura como si estuviera por su casa y no en la Gran Pared del Eiger.

Yo soy el último en ascender, y luego nos encontramos los cuatro, mirando con estupor hacia arriba, hacia ese amenazante desplome de hielo que parece impedirnos definitivamente seguir escalando por la Rampa. ¿Será posible subir por aquí?

Ese baluarte tiene diez metros de altura, y yo no he visto antes nada parecido. Mis compañeros, de momento, también parecen desconcertados. ¿Será posible por la izquierda? No. ¿Por la derecha, quizás? No. La mejor posibilidad parece ser una subida recta. Pero, ¿será factible esa «mejor» posibilidad? Heckmair lo intenta. Primero coloca clavos en el hielo, por debajo del desplome. Uno de ellos penetra profundamente y queda firme, a prueba de bombas. Anderl gana altura enseguida. Por debajo del desplome hay témpanos de hielo. Anderl coloca un anillo de cuerda en uno de ellos y se arrastra aún más arriba. La cosa tiene pinta de ser peligrosa, pero Anderl no parece estar impresionado por el peligro y, centímetro a centímetro, sigue ganando altura. Pero al poner sobre el témpano todo el peso de su cuerpo se rompe esta formación de hielo brillante y Anderl cae en picado... Pero el anillo de cuerda aguanta firme.

Enseguida presenciamos la misma reacción por parte de Heckmair que ya conocemos. Una reacción tan radical como es una caída despierta en Anderl una obstinación salvaje: inmediatamente vuelve a atacar el desplome. Pero esta vez no confía en el témpano. ¿Será éste nuestro lugar de fracaso? ¿Media vuelta pues, y regreso?

Anderl encuentra una «cascada» helada. Un témpano se ha unido a un muñón de hielo que se ha formado por debajo: una estalagmita y una estalactita de hielo se han fundido. Y esta formación resultante de un antojo de la naturaleza va a ser la llave de salida de nuestra retención.

Anderl coloca un anillo de cuerda en el asa de hielo, sube casi en posición

horizontal, hace entalladuras en el hielo con su martillo-piolet por encima del desplome, palpa el terreno con la mano y hace presa.

Nunca hasta ahora había visto un terreno de escalada tan arriesgado, tan peligroso y extraño. Fritz, conocedor de muchos de los sitios clave de escalada de los Alpes, opina que el desplome del techo del Pilar de la Marmolada es un juego de niños en comparación con este paso. Todos estamos tensos al máximo. Wiggerl tiene la cuerda firmemente agarrada, preparado así para, en todo momento, aguantar a Anderl en caso de que cayera.

Pero Anderl no se cae. No comprendemos cómo, pero ha conseguido clavar un pitón profundamente en el hielo y luego colgar de él una cuerda mediante un mosquetón. Ahora se oye su orden: «¡Asegura corto!».

Vörg eleva a Anderl con la cuerda hacia el clavo, por encima del desplome. Unos golpes de piolet más y enseguida oímos: «¡Afloja ahora!». Wiggerl deja entonces la cuerda suelta para que Anderl pueda ponerse de pie, pero al mismo tiempo está alerta por si Anderl todavía cayera. Pero Anderl ya está en equilibrio y sube unos metros más para tallar allí un gran peldaño de reunión en el nevero que comienza inmediatamente por encima del desplome y colocar profundamente un pitón largo en el hielo firme. Luego, como punto final de una escena sumamente dramática, se oye su llamada liberadora: «¡Podéis subir!».

Vörg lo sigue. La pared del Eiger es algo tan grande, tan difícil, tan serio, que no debe ser lugar de escenificación para la ambición humana. Nuestra cordada, ciertamente, hubiera conseguido superar también ese desplome de hielo sin ayuda desde arriba, pero eso nos hubiera llevado horas, horas que nos hubieran faltado más adelante. Y así, Fritz agarra sin vacilar la cuerda que nos han echado. Los que ahora seguimos no sentimos ya la tensión y el alto riesgo, sino sólo el gran esfuerzo que exige esta zona de la pared, la más difícil hasta ahora. Yo, como último de la cordada, tengo que ir sacando todos los clavos y llevármelos. Parezco un árbol de Navidad, con todos esos clavos colgando, y el ruido del hierro ahoga el sonido de mi respiración jadeante mientras estoy escalando el desplome.

El nevero situado por encima de nosotros no es difícil, comparado con lo que hemos dejado atrás. Ascendemos un tramo de hielo en línea recta y enseguida atravesamos hacia la derecha.

Cuando se es un alpinista experimentado, es fácil mover la cabeza en señal de incompreensión ante los errores de los que más tarde siguen nuestros pasos. Yo no deseo hacerlo, pero debo decir que me sorprende que muchos equipos de escalada que subieron más tarde a la pared, siguieron en línea recta el nevero ya nombrado en dirección a la Arista Mittellegi e intentaron realizar la travesía hacia la Araña cuando ya estaban demasiado altos. Algunos retrasos y también la catástrofe ocurrida en 1957 tuvieron su origen precisamente ahí. Nosotros cuatro teníamos claro desde el

principio que había que intentar la travesía hacia la derecha tan profunda y rápidamente como fuese posible.

Ahora, pues, desde el nevero atravesamos hacia la derecha, los cuatro unidos ya en una sola cordada, por debajo de una pared vertical, sobre la Vira Delicada. Ya es mediodía y podemos oír los silbidos de los aludes y el martilleo de las piedras cayendo. Pero nosotros estamos a salvo de las piedras y la nieve gracias a los desplomes.

Mientras estamos atravesando la Vira Delicada —Anderl avanza a unos sesenta metros por delante de mí— oímos de repente un zumbido, un resonar tremendo. Esto ya no es caída de piedras ni tampoco aludes: muy cerca de nosotros flota en el aire un avión que pasa a nuestro lado. Se pueden ver perfectamente las caras de los ocupantes. Nos saludan con las manos y nosotros respondemos. El fotógrafo bernés Hans Steiner nos hace fotos de un valor documental único. En una ampliación de sus fotos se puede ver a tres de nosotros todavía en la travesía, mientras que Anderl se encuentra más arriba escalando una fisura.

Esa fisura es la única posibilidad de ascender desde la escarpada Vira Delicada, desde donde podremos a nuestra vez continuar la travesía hacia la Araña. Anderl se cree capaz de superar esa fisura en su acostumbrada marcha de asalto, pero cada resalte de la pared del Eiger es más complicado de lo que parece, simulando viras allí donde sólo hay nieve apelmazada y presas de mano o de pie donde no las hay realmente. Y así, Anderl tiene que dejar su mochila para intentar superar de nuevo esa zona desprovisto de carga, pero dejándose puestos los crampones debido a las placas de hielo que se pueden encontrar una y otra vez sobre esta pared. Es una forma nueva de escalada: ascensión con crampones por roca difícil o muy difícil, pasando por encima de zonas extraplomadas. A veces Anderl se encuentra al borde de la caída, pero sus dedos siguen aguantando, a pesar de que frecuentemente tenga la impresión de encontrarse al límite de sus fuerzas. El rechinar de las puntas de los crampones suena como un encolerizado castañetear de dientes y se acaba cuando Anderl desaparece de nuestra vista. Nosotros lo seguimos después, sin crampones.

Hasta que todos hemos escalado esta zona vertical de unos treinta metros de altura ha pasado mucho tiempo. ¿Pero es posible que ya esté cayendo la noche? De repente todo parece tan oscuro. Echo un vistazo al reloj: la tarde es todavía joven, y a pesar de ello alrededor reina la oscuridad. Nubes plomizas se acumulan en el cielo, y ese tronar, esos zumbidos que quedan atrapados entre los ángulos de la pared y que resuenan, ya rotos, cien veces, ya no provienen de un avión que vuele temerariamente cerca de nosotros: esos truenos son reales.

Cuando llego a la reunión de Fritz, Anderl y Wiggerl han desaparecido. Se han separado de nuevo de nuestra cordada para alcanzar la Araña antes de que empiece la tormenta.

La tormenta nos produce una impresión sombría, amenazante, pero también de grandiosa belleza. Hace tan sólo un momento lucía todavía el sol, al menos para la gente de Grindelwald. Este cambio abrupto es típico de la pared del Eiger, y nosotros ya estamos tan compenetrados con ella que la tormenta que ya se aproxima no nos llena de terror, e incluso lamento que no podamos quedarnos más tiempo en el lugar donde me espera Fritz. Y es que este sitio me parece como un milagro: es el primer lugar de la pared donde podemos ponernos cómodos. Sería maravilloso poder sentarnos aquí, descansar y mirar la pared hacia abajo, hasta el valle, y los montes circundantes. Pero la tormenta nos obliga a seguir. Y así vamos al encuentro de nuestros compañeros.

Travesía hacia la Araña. No se trata de una vira excesivamente ancha, pero la roca está estratificada horizontalmente, y la nieve situada entre las capas es firme y suficientemente consistente, lo que nos permite introducir nuestros clavos profundamente. Esta travesía no sólo es indescriptiblemente hermosa en cuanto al paisaje, sino asimismo tan excitante y segura, desde el punto de vista de la técnica de escalada, que casi nos olvidamos de la tormenta que se aproxima. No sé quién de nosotros fue el primero en darle el nombre de Travesía de los Dioses a esta zona, pero ese nombre lo describe todo.

Con rapidez y sin encontrar grandes dificultades que nos demoraran, llegamos luego hasta la Araña, ese gran nevero situado en el centro del tramo final de la pared. Ahora ya no tenemos tiempo de contemplar el paisaje y el terreno con detenimiento. La verdad es que tampoco tenemos ninguna posibilidad de hacerlo, pues el cielo se tiñe ahora de un color negro azulado y enseguida dejamos de verlo. Jirones de niebla se desplazan alrededor de la montaña, nos cubren, se abren nuevamente dejando la vista libre y luego se vuelven a cerrar en densa capa. Al mismo tiempo que la tempestad, empieza a caer granizo mezclado con nieve, a lo que se unen las convulsiones de los rayos y el retumbar de los truenos.

Vemos a Anderl y Wiggerl a una distancia de un largo y medio de cuerda por encima de nosotros, escalando ya el nevero de la Araña. Entonces iniciamos nosotros también la ascensión.

Como ya expliqué antes, se ha dado en llamar «Araña» al escarpado nevero —o campo de hielo— situado en el centro del tramo superior de la pared, casi vertical, pues desde ese nevero se extienden viras de nieve en todas direcciones como si fueran patas, especialmente hacia arriba —fisuras y surcos hacia el Nevero Cimero— y también hacia abajo, en dirección al Vivac de la Muerte. Antes de nosotros nadie podía confirmar cuán adecuado es ese nombre. Y nosotros todavía no lo sabemos cuando escalamos nuestro primer largo de cuerda sobre ella: todavía ignoramos que esa Araña de nieve, hielo y roca puede convertirse en una terrible trampa. No sabemos que cuando graniza o nieva, los granos de hielo y la nieve que se desprenden

del casi vertical Nevero Cimero, son canalizados por los surcos y las fisuras, siendo transportados así, con fuerza, hacia la Araña, cobrando allí un poder aniquilador. Barren el cuerpo de la Araña para finalmente caer en tromba, arrastrando y destruyendo todo lo que encuentran por delante, todo aquello que no se encuentre enraizado firmemente en la roca. No hay escapatoria posible cuando uno está en la Araña y se ve sorprendido por la tempestad y los aludes.

Todavía no lo sabemos, pero ya lo estamos empezando a experimentar.

Me encuentro ya sobre el hielo de la Araña. Me he tallado un peldaño aceptable sobre el que puedo estar de pie más o menos bien, incluso sin crampones. Una clavija de hielo introducida profundamente me aporta una sensación de seguridad. La cuerda está sujeta a la anilla de la clavija mediante un mosquetón. Es la cuerda que me une con Fritz. Mi amigo sigue elevándose, y ahora se encuentra a unos veinte metros por encima de mí. Lo veo borroso por entre la niebla y la nieve que está cayendo.

Pero entonces, de pronto, lo dejo de ver. Es como si se lo hubiera tragado la niebla. Los aullidos de la tormenta y el crepitar del granizo son inquietantes. Intento traspasar con la mirada la gris niebla para intentar localizar a mi compañero. Esfuerzo inútil. Todo es gris y más gris.

El aullido de la tormenta crece y adquiere un tono extraño: es un estrépito, un silbido, un pitido siseante. ¿Una tempestad? Esto ya no es una tempestad; lo que se nos viene encima, saliendo de la niebla y de la endiablada danza de las bolas de hielo y copos de nieve es algo diferente.

¡Es un alud! Como mensajeros caen piedras y pedazos de hielo. Me quito la mochila rápidamente y me protejo con ella la cabeza. La aguanto con una mano, mientras que con la otra me sujeto firmemente a la cuerda que lleva hasta Fritz. Seguidamente aplasto mi cuerpo contra la pared de hielo. El ruido, el martilleo de las piedras al golpear contra mi mochila se lo traga ahora el bramido y el estrépito de las masas de nieve que descienden. Una fuerza tira de mí, me empuja con terrible poder. ¿Podré resistir esa presión? Apenas... Me debato por conseguir respirar y, sobre todo, intento evitar que me arranque la mochila y que esa corriente en caída libre se acumule entre mi cuerpo y el hielo de la pared y consiga sacarme de mi sitio.

Pero, ¿estoy todavía de pie o estoy ya deslizándome hacia abajo? ¿Se ha soltado el clavo? No, todavía estoy de pie y el clavo sigue firme. Pero la presión se hace irresistible. ¿Cuándo caerá Fritz?, me pregunto. Fritz se encuentra allá, más arriba, sin resguardo, y no podrá resistir el ímpetu de la tormenta. Lo va a barrer...

Mis cavilaciones son claras y lógicas: estoy convencido de que esta tormenta nos va a catapultar fuera de la Araña, hacia el vacío, cayendo por toda esta gigantesca pared. Pero sigo defendiéndome sólo porque uno ha de defenderse mientras viva. Una mano agarra firmemente la cuerda. Haré todo lo posible por sujetar a Fritz en su caída. Al mismo tiempo pienso: ¿estaremos quizás ya tan alto sobre la Araña que

Fritz ya no caerá sobre las rocas, sino que en su caída se quede tal vez enganchado en el Nevero, pasando junto a mí, para quedar finalmente colgado unos veinte metros más abajo?

Estos pensamientos son tranquilos, desprovistos de miedo y desesperación. Y es que no tengo tiempo para sentir miedo ni desesperación. ¿Cuándo caerá Fritz? Parece haber pasado ya una eternidad desde que me rodea este infierno que se desliza en caída libre. ¿Habrá roto las piedras la cuerda? ¿Se habrá caído Fritz, sólo él, porque no se había asegurado? No, esto no puede ser, porque de otro modo la cuerda colgaría ahora hacia abajo y no es así: la cuerda apunta aún hacia arriba. De alguna manera Fritz se mantiene aferrado...

La presión del alud disminuye, pero no tengo tiempo para tomar aliento y llamar a mi compañero, pues ya se acerca otro alud. Y su empuje es aún superior al precedente. Éste va a ser nuestro fin. Este pensamiento mío es de nuevo tranquilo, desprovisto de emoción. Es extraño que no afloren en mí grandes pensamientos, como debería ser el caso cuando se alcanza el límite de la propia existencia. Tampoco aparecen ante mí las imágenes de mi vida a gran velocidad. Mis pensamientos son banales, irrisorios, sin importancia. Sólo siento malestar porque vayan a tener razón los criticones y sabelotodos, y también el enterrador de Grindelwald, quien —como candidatos a la escalada del Eiger que éramos— nos había incluido en el ámbito de su competencia. Luego recordé mi caída en la pared oeste del Sturzahn, en el Totengebirge, hace ya años. Aquella vez estaba intentando escalar esa difícil pared en invierno y sufrí una caída de cincuenta metros. Tampoco entonces pasó mi vida en imágenes ante mí, tampoco entonces me sentí dominado por esa gran desesperación, a pesar de que amo la vida.

Todavía sigo vivo.

La mochila continúa protegiéndome la cabeza.

La cuerda sigue unida a la clavija de hielo.

Fritz no se ha caído todavía...

Y entonces ocurre algo nuevo, algo increíble, una constatación liberadora, la presión del alud ha disminuido. Las bolas de hielo y la nieve se dispersan en el vacío. Ahora que ha cesado el estrépito del alud, incluso el rugido de la tormenta me parece suave.

Todos seguimos vivos: mis compañeros y yo también. Se ha producido un milagro en la pared del Eiger: la Araña Blanca no ha conseguido quedarse con ninguna víctima.

Pero, ¿ha sido realmente un milagro? ¿Se ha apiadado la montaña de nosotros? ¿O será más adecuado decir que la Araña ha dejado libres a sus presas?

Los alpinistas no somos únicamente hombres de acción, sino también personas realistas. Por ello, estos pensamientos sólo son explicables porque se deben a los

primeros impulsos de alegría por la vida recobrada, pero no resisten una sobria reflexión. El milagro y la clemencia no son obra de la naturaleza o la montaña, sino que constituyen el resultado de la voluntad del ser humano de actuar correctamente en momentos del mayor peligro. ¿Hemos tenido, quizás, sólo suerte?

«A la larga sólo tiene suerte quien es hábil», dijo alguien alguna vez. Yo, por mi parte, no soy tan arrogante para afirmar que nosotros, los alpinistas, somos siempre hábiles. Así pues, para definir nuestra situación en la Araña me parece más indicado el siguiente aforismo de Alfred Wegener: «Suerte es el uso adecuado de la últimas reservas». Y nosotros aprovechamos nuestras últimas reservas.

Mientras tanto Fritz Kasperek se encontraba sobre la pared de hielo, veinte metros por encima de mí. Cuando oyó que se acercaba el alud, Fritz —en una reacción rapidísima— intentó introducir una clavija de hielo. No tuvo tiempo de vivir un instante de miedo. La clavija sólo había entrado unos pocos centímetros en el hielo — así, pues, estaba aún suelta— cuando el primer alud cayó sobre él. A pesar del gran peligro, Fritz tenía conciencia de que la clavija no estaba firme, mientras el alud caía sobre él con todo su ímpetu. Tenía que conseguir que la clavija no se saliera y evitar ser arrastrado por el empuje de las masas de hielo y nieve o las rocas que estaban cayendo. Y así Kasperek mantuvo un brazo sobre la clavija para protegerla. Las rocas golpeaban la mano, despellejándola. El dolor era intenso, pero la voluntad de conservar intacta esa clavija era mayor. Durante la pausa entre el primer y el segundo alud, Fritz consiguió introducir la clavija en el hielo hasta la anilla y se aseguró a ella con un mosquetón. Y esa fue la razón de que Fritz no se cayera.

Más tarde, cuando toda la tensión del momento ya había pasado, pude recordar que yo también aproveché la pausa entre los aludes para autoasegurarme a mi clavo con un anillo de cuerda.

Heckmair y Vörg fueron sorprendidos por el alud cuando se encontraban en un resalte situado a unos veinte metros por debajo del límite rocoso de la Araña. Debido a la formación del terreno, el alud se dividía en dos corrientes justo por encima de ellos. Pero la cantidad de nieve y de hielo que se precipitó sobre Heckmair y Vörg resultó lo suficientemente poderosa como para arrastrar al vacío a estos dos grandes escaladores. Ninguno de los dos pudo colocar un clavo seguro. Y no sólo porque no disponían de tiempo para ello, sino porque ya no les quedaba ningún clavo más, pues a lo largo de la escalada los había estado recuperando yo. Como último hombre de la cordada, yo llevaba sobre mí un peso de unos diez kilos de clavos de hierro, que había ido recogiendo al subir.

Heckmair se mantuvo asido únicamente a su piolet. La corriente de hielo le llegaba más arriba de la cintura y amenazaba con arrastrarlo como una hoja muerta. Pero la fuerza de Anderl aguantó esa presión casi insoportable.

Ese alpinista de élite demostró ser, además, un verdadero compañero y líder, pues

a pesar de estar en gravísimo peligro aún tuvo tiempo de pensar en Wiggerl, que se encontraba por debajo de él, sobre el resalte, aún más desprotegido que él. Con una mano Anderl se agarraba al piolet y con la otra asía el cuello de la ropa de Vörg. Y así, de esta manera, aguantaron estos dos hombres las embestidas de los aludes.

Ahora, una vez pasado el peligro, Fritz empezaba a notar el lacerante dolor de su mano desollada. Entonces gritó hacia Heckmair y Vörg: «¡Echadme una cuerda, estoy herido!».

Pasó mucho tiempo hasta que las cuerdas, ya anudadas, fueron enviadas en dirección hacia donde se encontraba Fritz, pero todavía faltaban diez metros. Kasperek no tuvo más remedio que subirlos en escalada libre antes de poder asegurarse al extremo de la cuerda.

¿Suerte? No, es el uso adecuado de las últimas reservas. ¡Cuánta razón tenía, pues, Wegener!

Pero veamos ahora cómo describe Heckmair el final del alud y la alegría de que todos estén vivos:

¿Qué habrá sido de nuestros compañeros? La niebla se disipa, y...

—¡Wiggerl, todavía están allí! —exclamo, sin poder contenerme.

Es un milagro incomprensible. Gritamos y nos responden realmente. Una alegría indescriptible nos inunda. Solamente al volver a ver vivos a unos camaradas que creíamos muertos, es cuando comprendemos lo profundo que es el sentimiento de compañerismo.

De nuevo estamos todos juntos, ahora ya en la parte superior de la Araña. Nos sentimos arrollados por el sentimiento de felicidad que nos da poder ver nuevamente las caras de los amigos. Y como señal exterior de nuestra amistad, decidimos permanecer juntos en una sola cordada hasta alcanzar la cima. Anderl irá de primero. Los aludes de la Araña no consiguieron barrernos de la pared, pero sí han conseguido arrancarnos los restos de orgullo personal y de ambición egoísta. Sólo la amistad puede resistir ante esta Gran Pared, y también la voluntad y la certeza de que cada cual dará lo mejor de sí mismo. Cada uno de nosotros es responsable de la vida del otro, las separaciones se han acabado. Un sentimiento de alegría nos inunda, y de él surge la seguridad de que saldremos de la pared después de haber alcanzado la cima, y luego encontraremos el camino hacia el valle, hacia las gentes. Y así, con alegre calma, proseguimos nuestra ascensión.

Nuestra escalada está en el centro del interés público, pero nosotros no lo sabemos. Es interesante, sin embargo, conocer cómo se desarrolla ante los ojos de los observadores lo que ocurre en la pared del Eiger. Ulrich Link, el conocido periodista muniqués, desde su puesto de observación situado en Kleine Scheidegg, relata:

El sábado a las 12.30 horas se anunciaba un cambio de tiempo sobre el Eiger. Sobre el valle de Lauterbrunnen se cernía una masa de nubes oscuras y amenazantes. En ese momento los

cuatro alpinistas habían superado ya la garganta oblicua —en la que quizás se encuentran las mayores dificultades de la pared— tras cinco horas de durísimo esfuerzo... A las 13 horas alcanzaban ya todos, uno detrás de otro, el límite izquierdo del nevero. Los encabeza Heckmair, ese guía de montaña duramente entrenado y que posiblemente dispone de la mayor experiencia.

Durante una media hora una nube nos privó de poder observar a los alpinistas. A las 14.30 la pared quedó de nuevo despejada. Ya habían atravesado la vira de nieve y el primero acababa de llegar al nevero llamado la Araña. Prestamente Heckmair —quien había estado en cabeza todo el sábado— inició la travesía por el interior de la Araña...

Entretanto, Kasperek y Harrer han descansado al final de la vira de nieve. De las 15.00 a las 15.30 la montaña está de nuevo cubierta por un telón de nubes. A las 15.30 las nubes dejan libre la pared y el público se agolpa alrededor de los telescopios. En ese momento el primero de la segunda cordada deja atrás las rocas y entra en la Araña en el mismo instante en que Heckmair llega al bloque de roca situado en el corredor de nieve superior. El segundo grupo de alpinistas avanza más lento, pero con la misma seguridad y cuidado que el primero. Heckmair y Vörg se encuentran ahora a 3600 metros de altitud.

16.10 horas. La pared se cubre de niebla una vez más, y nosotros nos vemos de nuevo solos con nuestras esperanzas y preocupaciones. La cima está todavía 350 metros por encima de los cuatro alpinistas.

El tiempo tiene ahora nuevamente mal aspecto. De hora en hora es imposible saber si las condiciones van a mejorar o seguirán definitivamente siendo malas. El cielo sobre el valle Lauterbrunnen tiene un color gris sucio. El Mönch y el Jungfrau están rodeados de nubes. Las grietas del glaciar brillan con un color azul pálido y verdiazul bajo esa luz descolorida. Entre las nubes de lluvia asoma una mancha de cielo azul. Arriba, sobre el Gran Scheidegg, el cielo es aún diáfano, pero el mal tiempo, imparable, se desplaza hacia las alturas. La segunda cordada debe estar todavía en el embudo de la Araña.

16.25 horas. Empieza a llover ligeramente, pero de pronto, a las 16.30 horas exactamente, se vuelca sobre nosotros un duro y estridente aguacero, como si las nubes se hubiesen desgarrado. Debe de haber alcanzado la pared —y a los cuatro alpinistas que están sobre ella— como un ola rompiente. Enseguida se oyen gritos desesperados de horror a nuestro alrededor. Toda la pared noroeste es ahora una única y terrible catarata de agua. Se pueden contar diez, doce, quince anchas cascadas de espuma blanca que salen de las rocas, mientras que sobre Alpighlen se abre un ancho y hermoso arco iris. Pero, ¿quién puede ahora dirigir su mirada hacia ese bellissimo juego de colores? Allí arriba los dos alpinistas que se encuentran en el nevero están completamente a merced de esa torrencial avalancha. ¿Podrán mantenerse firmemente agarrados?

Por fin desaparece la nube. La vista se aclara, y allí, en el gran nevero... ¡Allí, allí están! Y ya los dos prosiguen la ascensión, en calma, tranquilos. Han salido sanos y salvos de esa torrencial avalancha. Vörg y Heckmair lo tenían más fácil, pudiendo resguardarse en las rocas situadas en el límite del corredor. Pero ya las nubes ocultan nuevamente la pared...

18.45 horas. De nuevo están reunidos los cuatro y prosiguen su ascenso hacia el borde superior de la vira de nieve.

19.00 horas. Los cuatro están ahora en el límite superior de la vira de nieve.

20.00 horas. Siguen subiendo. No habrán encontrado aún un lugar de vivac adecuado, o bien quieren seguir ascendiendo y acercarse a la cima lo más posible mientras la luz del día lo permita. Se encuentran ahora a 3700 metros de altura, muy por encima ya de la Araña. Así pues, en catorce horas han conseguido realizar una gran proeza...

20.30 horas. Ha empezado de nuevo a llover. En los escasos instantes en que las nubes dejan libre la vista a la pared, los volvemos a ver. Y siguen avanzando.

21.00 horas. Todavía están en movimiento. Ahora deben de estar preparando un lugar donde pasar la noche. Para Kasperek y Harrer será el tercer vivac, y el segundo para Vörg y Heckmair. Las condiciones serán duras en ese lugar de descanso probablemente malo, con la ropa mojada. Pero todos ellos son chicarrones de hierro.

22.00 horas. Ya es noche cerrada. Ahora los cuatro alpinistas deberán soportar las horas de oscuridad. Sus víveres alcanzan todavía para cinco o seis días. Probablemente no encontrarán el sueño durante la noche y la pasarán alrededor de los hornillos, haciendo té y comiendo algo caliente. Ahora ya no hay para ellos camino de regreso posible...

Este reportaje realizado por un periodista concienzudo y conocedor del tema, también es un motivo de satisfacción para el alpinista, pues está escrito de manera que el profano se sienta también fascinado, pero sin dramatismo innecesario, sin sensacionalismo barato inventado delante de un escritorio. Los hechos por sí mismos, la observación exacta de la naturaleza, la descripción inmediata de la pared resultan de por sí suficientemente emocionantes.

Ulrich Link, sin embargo, se equivocó en algo: nosotros no podíamos pasar la noche «alrededor de nuestros hornillos», pues el lugar donde estábamos era demasiado pequeño para ello. Pero el cocinar jugaba verdaderamente un papel importante.

Respecto a nuestro vivac hay que decir que, con excepción del lugar por encima de la fisura que conduce hasta la Travesía de los Dioses, no existe ningún sitio donde sentarse y donde poder vivaquear sin haberlo preparado previamente con esmero.

Tras superar un resalte de hielo abombado, llegamos a una vira de roca con desplomes que la protegen de la caída de piedras y de aludes. Cuando digo «vira» no hay que imaginarse un terreno plano y cómodo donde pueda uno sentarse, pues es demasiado estrecho e inclinado para ello. Heckmair consigue colocar firmemente en un lugar un clavo. Después con mucha paciencia introduce más clavos para colgar todo su material y asegurarse en ellos Vörg y él mismo. Para nosotros dos no queda sitio en este lugar, por lo que Fritz y yo tenemos que prepararnos nuestro vivac a tres metros de nuestros amigos. La vira apenas si tiene un pie de ancho, de manera que sólo podemos estar de pie apretando nuestros cuerpos contra la roca. Conseguimos introducir un clavo y nos aseguramos con la cuerda, pero nos es imposible sentarnos sobre el borde de la vira.

Entonces encontramos la solución: vaciamos nuestras mochilas y las colgamos también de los clavos para poder meter los pies en ellas y encontrar así apoyo suficiente. Tiene que funcionar. Y funciona.

Entre nosotros dos y nuestros dos compañeros de escalada hemos tendido una cuerda fija por la que hacemos deslizar la olla de cocinar de un lado a otro. Wiggerl Vörg ha asumido la importante función de cocinero de la expedición. Si bien no podemos estar sentados alrededor del hornillo —como suponía el periodista Ulrich

Link—, al menos el ronroneo del infiernillo de Wiggerl nos proporciona un ambiente agradable. Nadie exige comida consistente, sólo queremos beber. Y así pues, Wiggerl prepara café durante horas. Cuando termina de cocinar una olla de café, bebe él un trago primero y luego nos la pasa, cada cual en su turno.

A un buen café le corresponde también un cigarrillo, cuando se es fumador. Fritz es el único fumador empedernido entre nosotros, pero sus cigarrillos no han soportado bien ese torrente de lluvia, granizo, nieve y aludes. Están empapados. Fritz, quien no dice una palabra ni se queja de los fuertes dolores que siente en su mano herida, se deshace un poco cuando piensa en sus cigarrillos: «Lo que deseo es por fin poder encender un cigarrillo seco con un fósforo seco». Y yo no sé lo que daría por poder satisfacer el deseo de Fritz, pero cigarrillos no tengo.

Entonces recuerdo cómo conocí a Fritz Kasperek. Fue a principios de los años treinta, y yo era un joven estudiante con gran pasión por el alpinismo y poco dinero. Era la época en que con treinta chelines en el bolsillo conseguíamos de forma milagrosa pasar semanas enteras en los Dolomitas. Nuestro medio de locomoción era la bicicleta, y dado que en esa época en Italia incluso para eso era necesario un permiso y eso también costaba dinero, andábamos durante horas y horas por las carreteras para trasladarnos de unas montañas a otras. Una vez yo había dejado mi bicicleta en Sillian y pasé a pie la frontera italiana en dirección a Innichen, en el Tirol del Sur. Tenía hambre, y aún más sed, pero dado que contaba con poco dinero me veía obligado a pasar sin pararme por delante de mesones y tiendas, en los que se exponían los mejores manjares y frutas.

Entonces fue cuando vi acercarse hacia mí en dirección contraria a otro excursionista que también llevaba una mochila, la típica mochila de los alpinistas. Tenía el cabello rubio, los ojos alegres y la cara morena por el sol. Nos observamos un momento y reconocimos almas gemelas el uno en el otro. Nos saludamos con la cabeza. Entonces el rubio, que iba en dirección a la frontera austríaca, me llamó a voces.

—Eh, tú, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

—Soy Heini Harrer, de Graz, y voy a los Dolomitas Sextenos.

—Yo soy Fritz Kasperek, de Viena.

Fritz Kasperek... Ese nombre ya lo conocía. Uno de los mejores alpinistas y con más éxito de Viena, que ya había escalado el Pilar de la Marmolada, la cara norte de la Cima Oeste, el Pilar Norte del Admonter Reichenstein, en fin, innumerables escaladas difícilísimas y duras expediciones. Y aunque sólo tenía pocos años más que yo, contesté tratándolo de «usted» por respeto ante ese famoso nombre.

Kasperek agitó la cabeza en señal de desaprobación.

—Tonterías, yo me llamo Fritz y tú Heini, y basta. ¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿No tienes dinero? —me preguntó seguidamente.

Yo asentí con la cabeza.

Kasperek bajó la mochila de la espalda, me hizo una seña de invitación a hacer un picnic al lado de la carretera, se sentó y sacó de la mochila una bolsa enorme de sabrosas peras y melocotones.

—Aquí tienes. Come.

No dejé que me lo dijera dos veces. Nos comimos toda la fruta con piel y rabillos, y debo reconocer que Fritz sólo comió la mitad de lo que devoré yo. Se rio, me estrechó la mano y luego me dijo:

—¡Adiós, hasta la vista!

Y se puso en marcha hacia la frontera austríaca. Yo me quedé mirándolo durante largo rato.

Por entonces yo todavía no sabía —además, no habría sido realmente Fritz Kasperek, si me hubiera dicho una sola palabra al respecto— que había comprado esa fruta con el último dinero que le quedaba. Eran, pues, los víveres que tenía hasta llegar a Viena. Y ahora él tenía que pedalear 500 kilómetros en bicicleta desde Sillian hasta Viena sin un céntimo en el bolsillo y sin comida. Quizás con su simpatía vienesa consiguió que algún campesino le invitara a tomar algún que otro vaso de leche. No lo sé. Pero se comprenderá mi tristeza allá arriba, en el vivac de la Pared Norte del Eiger, al no poder ofrecer a Fritz un paquete lleno de cigarrillos secos y no poder decirle luego: «Aquí tienes. Fuma», de la misma manera con que él me había ofrecido su bolsa de fruta en aquella carretera ardiente de calor diciéndome: «Aquí tienes. Come».

Son las once de la noche; Wiggerl ya ha dejado de preparar café y —es un decir — «se ha retirado a descansar». Y tampoco aquí, a una altitud de 3750 metros y más de 1500 metros por encima del suelo firme de la Tierra, ha renunciado a la comodidad de sus zapatos de vivac. Anderl, sin embargo, debe dejarse puestos los crampones para afianzarse de alguna manera en el hielo y encontrar apoyo, y su cabeza reposa sobre las anchas espaldas de Wiggerl. A la mañana siguiente sabremos que Vörg ha pasado toda la noche sentado quieto y sin moverse para no perturbar el sueño de Anderl. Fritz y yo nos hemos echado encima la funda de vivac. Además, nuestra construcción con las mochilas como apoyo para las piernas funciona, y enseguida puedo percibir junto a mí la respiración profunda y regular de mi amigo dormido. A través de la pequeña abertura de la funda puedo ver que no hay estrellas en el cielo y que el tiempo sigue siendo malo. Probablemente va a nevar. De cuando en cuando hay pequeños deslizamientos de nieve desde más arriba, que sólo rozan nuestra improvisada tienda, produciendo un leve ruido, quizás como el del roce de una mano.

El tiempo no me inquieta. Me invade una gran paz. No se trata de una sensación de abandonarse al destino, sino de convencimiento de que mañana, haga el tiempo

que haga, llegaremos a la cima y luego descenderemos a la seguridad del valle. Esa paz interior aumenta hasta convertirse en un sentimiento de felicidad vivido conscientemente. El ser humano siente frecuentemente felicidad, pero no sabe reconocerla en ese momento y sólo se da cuenta de ello más tarde. Entonces se dice a sí mismo: en aquel momento fuiste feliz. Yo, aquí, en este vivac, soy feliz. Lo sé. Este lugar de vivac en la pared del Eiger —el tercero para Fritz y para mí— es el más estrecho. Pero a pesar de todo es el más bello.

¿Qué cómo es posible esto? Es el sosiego, la paz, la alegría; es la satisfacción que sentimos en el interior de cada uno de nosotros.

Si alguno de nosotros hubiera fallado un segundo, sólo un segundo... Si alguno de nosotros, por instinto de conservación propio, hubiera pensado en abandonar nuestra unión para intentar salvarse solo, nadie se lo habría echado en cara. Sus compañeros no lo habrían rechazado más tarde, tal vez sólo lo hubieran saludado algo más fríamente. Pero no habría experimentado la felicidad de formar parte de una unión, de una comunidad. En este vivac de la pared del Eiger todos nos sentimos felices. Está nevando, y los desprendimientos de nieve caen rozando la tela de la funda, pero ese sentimiento de felicidad está dentro de nosotros haciendo que tengamos buenos pensamientos y que nos durmamos...

La experiencia de autoafirmación... En realidad se trata de una denominación presuntuosa para un sentimiento sincero. Además, ese término arrogante está en contradicción con el informe silencioso que uno presenta a sí mismo acerca de su propia persona. Es completamente falso pretender que el motor de todo alpinista sea precisamente la autoafirmación. Eso es un invento de esos incorregibles intérpretes de complejos, a los que no se les ocurrió nada mejor que intentar definir algo que no se puede explicar con palabras. Y cuando me imagino la cara de Fritz Kasperek si uno de esos sabihondos le preguntara si él sube montañas buscando una autoafirmación, no me queda más remedio que reírme.

Ningún alpinista escala una pared difícil con la intención de autoafirmarse. Cuando el alpinista, en el momento de mayor peligro, piensa en sus compañeros, cuando rechaza lo personal, lo propio, en favor de lo común al grupo, entonces sí se ha confirmado. Y se afirmará también en las catástrofes de la vida cotidiana, en caso de inundaciones, por ejemplo, o en el furor de un incendio. La conciencia de haber dado lo mejor de sí mismo es suficiente. El afán de autoafirmación nunca podrá ser para él un motor.

Con enfado pienso también en esos críticos que tachan a los alpinistas que realizan expediciones extremas de personas mentalmente perturbadas. Yo, por mi parte, no puedo imaginarme a hombres más normales que mis tres compañeros de escalada. Bien es cierto que la situación en que nos encontramos está fuera de lo normal. Pero la forma en que ellos reaccionan es completamente normal. Fritz quería

cigarrillos secos, Wiggerl se puso sus cómodas botas de vivac y Anderl duerme el sueño de los justos con sus crampones incrustados en el hielo y su cabeza protegida por las anchas espaldas de Wiggerl.

La armonía y la paz de esa noche de vivac me transportan a un estado entre la vigilia y el sueño. El cuerpo descansa casi desprovisto de su ser. El frío no duele, tan sólo me recuerda que me encuentro en la gran pared, al igual que la incómoda posición en nuestro saco de vivac, que tampoco hace daño. Aquí ocurre como siempre y en todas partes: la felicidad nace del contraste. ¡Cómo apreciamos nuestro lugar de vivac después de haber sido sepultados por aludes en la Araña tan sólo unas horas antes!

Un fuerte deslizamiento de nieve sobre nuestra tienda me despierta. Por la pequeña abertura del saco-tienda se filtra pálidamente el alba. Una nueva mañana se está elevando. Pero no se anuncia mediante el juego de colores del sol naciente, ni con el pálido azul del cielo limpio, cuya nueva luz ha hecho desaparecer las estrellas. No, el día llega gris, envuelto en niebla. Cuando sacudimos el saco-tienda vemos un paisaje invernal. Y sigue nevando. La nieve oculta todos los ángulos del terreno. Incluso nuestra vira de roca ha desaparecido. Nuestros amigos, a pocos metros de nosotros, parecen estar pegados a esas rocas verticales. Y es absurdo, en sí tremendamente absurdo, sólo pensar que aquí, en este lugar que ni siquiera la más atrevida de las fantasías podría concebir más salvaje, hay personas, y que esos seres humanos, además, quieren escapar de esa prisión de rocas verticales cubiertas de una coraza de hielo y espolvoreadas con nieve. Pero nosotros seguimos vivos, y no sólo queremos continuar subiendo, sino que estamos convencidos de que nuestra escalada será un éxito.

Arriba, por encima de la arista oímos silbar la tormenta. Aquí, donde estamos, no corre viento. Sólo los aludes, que caen de arriba barriendo la pared y pasan por encima de nosotros, agitan el aire. Nos proponemos aprender la cadencia de caída de los aludes para acoplarnos a ellos. Nos oprime el pecho el pensamiento de qué pasaría ahora si todavía estuviésemos más abajo, si todavía tuviéramos que atravesar la Araña, pues estos pequeños aludes que, canalizados por el surco, caen aquí sobre nosotros son únicamente una parte de los grandes aludes que, concentrados allí abajo por las numerosas canales por las que discurren, barren el nevero de la Araña. Así pues, nos sentimos felices de encontrarnos ya a tanta altura. Pero también somos conscientes de que nuestro vivac en este estrecho lugar ha resultado fácil en comparación con lo que nos va a traer este nuevo día.

Estamos en buena forma. Los dolores de Kasperek parecen haber disminuido, Anderl ha descansado estupendamente gracias a las amplias espaldas de Wiggerl y éste ya está de nuevo cumpliendo funciones de cocinero, preparando cazuelas llenas de café, disolviendo tabletas de chocolate en leche condensada, en fin, preparando un

copioso y sabroso desayuno. Entretanto nosotros nos ponemos a deliberar. El tiempo ya no va a empeorar, el cambio a peor ya se ha producido. Y es tan malo como siempre ha sido el caso en la pared del Eiger cuando los alpinistas se han visto obligados a pasar varios días en ella. Nosotros tenemos todavía suficientes víveres para varios días, pero, ¿qué ganaríamos esperando? Incluso si el tiempo mejorara mañana, o pasado mañana, o en tres días, pasarían aún días hasta que las condiciones en la pared fueran mejores, hasta que las rocas pudieran ser escalables nuevamente. ¿Es razonable, pues, que nos dejemos desmoronar moralmente por la interminable espera que ello supondría?

«Mejor despeñarse que morir de frío», dijo una vez Michel Innerkofler, el mayor de la famosa dinastía de guías de montaña de los Dolomitas. Nosotros no pensamos despeñarnos, pero menos aún pensamos rendirnos por el hecho de que la pared se haya puesto su vestimenta de invierno. Nosotros vamos a continuar.

Firme ya nuestra decisión, me dispongo a aligerar nuestras mochilas y tiro por la pared abajo todo el material y víveres que ya no necesitamos. Entre todo ello hay también una hogaza de pan que, en precipitado vuelo, desaparece en la niebla por debajo de nosotros. Yo he pasado una dura juventud, y nunca antes he tirado un pedazo de pan. Ahora, sin embargo, esto me parece casi un acto simbólico que significa: ¡en marcha! Ahora ya sólo existe la escalada y nada más. No hay regreso posible. El pasado se ha extinguido, ya sólo el futuro tiene validez. Y ese futuro pasa por el muro cimero, cubierto de hielo y nieve. Creo que hay que ser plenamente conscientes de que se ha desplomado el último puente, de que ya sólo podemos avanzar y de que para ello debemos concentrar todas nuestras fuerzas, nuestros pensamientos y nuestra energía en la escalada de este último tramo: éste es el *point of no return*, el lugar a partir de donde no hay retorno posible.

Nos ponemos en marcha. Anderl nos va a conducir fuera de la pared. Éste va a ser el gran día de Andreas Heckmair.

Hoy, día en que escribo estas líneas, sigo convencido de que, incluso sin disponer de aseguramiento desde arriba, todos hubiésemos salido sanos y salvos de la pared, incluyendo a Fritz, a pesar de su mano herida. Pero no lo hubiésemos conseguido de la misma manera que bajo la dirección de Anderl. Quizás habríamos tenido que vivaquear otra vez, y no nos hubiéramos muerto por ello: pienso que todos éramos lo suficientemente buenos, fuertes y experimentados. Pero, ¿se nos caen realmente los anillos si proclamamos y reconocemos con admiración que uno de nosotros fue el mejor?

Nos encordamos de nuevo. El orden es el siguiente: Anderl, Wiggerl, yo y Fritz, quien hoy es último para evitar que tenga que tirar de la cuerda con su mano herida.

Ya el comienzo de la escalada es un rompecabezas para Anderl. Para empezar, tiene que tomar una decisión: subir por esa chimenea parecida a una fisura,

desplomada y recubierta de hielo, que tiene pinta de ser extraordinariamente difícil, pero que parece estar a resguardo de aludes, o bien tomar esa escarpada fisura revestida de hielo que se encuentra a la izquierda de la chimenea y que es barrida periódicamente por pequeños aludes. Anderl se decide por la chimenea. Wiggerl se ocupa de asegurar. Ya desde el comienzo Anderl se ve obligado a colocar clavos. La chimenea resulta ser tan difícil que incluso su maestría fracasa en ella. Así pues, media vuelta y a intentarlo por la fisura, una vez que ahora creemos conocer más o menos bien la cadencia de caída de aludes. Nieva ininterrumpidamente, y ahora, de día, es una nieve húmeda, muy resbaladiza, que incrementa aún más la fuerza de las avalanchas. La fisura en desplome por sí misma es, también sin aludes, tan difícil que Anderl resbala dos veces y sólo consigue superar este lugar tras sufrir uno de sus conocidos ataques de rabia, alcanzando seguidamente un pequeño espolón de roca situado a la izquierda de la fisura. Allí quita el hielo y la nieve a golpes de piolet para conseguir un lugar de reunión aceptable.

—Subid ahora —nos dice.

Vörg lo hace primero y nosotros dos le seguimos. Heckmair sigue escalando en ese terreno tremendamente exigente. Anderl, sobre todo, no puede demorarse, pues tiene que alcanzar forzosamente el siguiente lugar seguro durante las pausas entre alud y alud, es decir, antes de que se produzca un nuevo deslizamiento de nieve. ¿He dicho lugar seguro? Un peldaño en el hielo, una clavija donde autoasegurarse: eso es lo máximo que se puede esperar. Pero conforme vamos ganando altura, la capa de hielo en la fisura se va haciendo más fina. Aquí es imposible agarrarse con el piolet y ya no se pueden colocar clavos fiables. Las puntas de acero penetran en el hielo, pero quedan bloqueadas cuando llegan a la roca, se doblan y se deforman.

Todos estamos unidos en la misma cordada. Si se cae el que va en cabeza y el segundo no puede aguantarlo, seré yo el que tenga que intentar amortiguar la caída. Si yo, por mi parte, me veo arrastrado por ellos, entonces todo ese empuje caerá sobre Fritz, y un solo hombre no puede aguantar tres cuerpos que caen; no en este terreno, no en esta pared. Eso lo sabemos bien. Sobre todo lo sabe muy bien Anderl, quien se mueve —o más bien no le queda más remedio que avanzar así— una y otra vez al borde de la caída para abrirse camino hacia la cima. Ya una vez estuvimos a punto de fracasar, cuando yo estaba en la repisa asegurando a Fritz. Treinta metros más arriba estaba Wiggerl asegurando a Anderl, quien, por su parte, se encontraba en alguna parte aún más arriba, rodeado de niebla y de ventisca de nieve, luchando contra la roca acorazada de hielo, fisuras de hielo engañosas y desprendimientos de nieve. Nosotros no podemos ver a nuestros compañeros.

Fritz está a mi lado.

Wiggerl, sin embargo, no nos da la orden de subir. Oímos voces, llamadas reprimidas. ¿Qué estará pasando allá arriba?

Ahora ya sólo nos llega un cuchicheo, al tiempo que desde arriba se nos viene encima una nube de nieve. Pero la nieve no es completamente blanca: está manchada de rojo. ¿Sangre? Sí, es sangre, pues enseguida vemos caer el envoltorio de un vendaje y luego, por último, un frasquito de medicina vacío.

—¡Eh!, ¿qué ha pasado? —gritamos.

No nos llega respuesta alguna. La espera se nos hace eterna y se convierte en una tortura debido a las dudas y preocupaciones que genera en nosotros. Un nuevo alud nos cae encima con feroz fuerza. A continuación, por fin, recibimos la orden liberadora de subir.

Vörg tira de la cuerda. Y lo hace de tal manera que me corta la respiración. Pero comprendo inmediatamente lo que esto significa: ya no hay tiempo para escalar con finura y cuidado. Ahora tenemos que acelerar. Hay que salir cuanto antes de la pared: allí arriba ha ocurrido algo que nos ha originado un gran retraso.

Al llegar al lugar en el que está Vörg, se me quita un gran peso de encima, pues compruebo que Anderl y Wiggerl no están gravemente heridos, y sólo Vörg lleva sobre una mano una venda empapada de sangre. Anderl, por su parte, ya se encuentra a un largo de cuerda por encima de nosotros en un lugar pequeñísimo, inestable y expuesto.

Refiriéndose a cómo Vörg se produjo esa herida en la mano, Anderl Heckmair comentaría más tarde en su libro *Los tres últimos problemas de los Alpes*<sup>[3]</sup> con esa manera seca y viva, tan característica de él:

La nieve mojada es muy pesada, el alud sigue sin venir. ¡Es cuestión de pasar rápidamente el desplome! Pero la capa de hielo no es tan gruesa sobre la roca y las clavijas no se sostienen. Al segundo golpe de martillo suena a hueco y se doblan, por lo que debo intentar dominar el desplome sosteniéndome con los crampones. La chimenea está recubierta de hielo y la última capa de éste es excesivamente dura. La punta de la clavija que llevo en la mano y el pico del piolet no logran penetrar en él. De pronto la clavija y el piolet resbalan a la vez. De haber estado con las piernas separadas hubiera podido conservar el equilibrio, pero en la posición en que me hallo, con una pierna más alta que la otra, no tengo ningún recurso.

—¡Atención, Wiggerl! —grito.

Pero Wiggerl está ya alerta, y recupera el máximo posible de cuerda. Caigo directamente sobre él, pero como la chimenea no es vertical no resulta una caída libre, sino un resbalón. Vuelvo la cabeza hacia el exterior para no perder el equilibrio. Wiggerl suelta la cuerda y me agarra fuertemente. Una punta de mis crampones penetra en la palma de su mano. Estoy a punto de caer hacia atrás cuando, en una fracción de segundo, puedo coger un anillo de cuerda, restableciendo el equilibrio. Mis crampones penetran en el hielo con toda la fuerza de sus doce puntas, y me detengo. La violencia con que he chocado contra Wiggerl le ha hecho tropezar a su vez, pero también él puede sostenerse y nos encontramos los dos un metro más abajo, sobre una lisa y helada pendiente. Naturalmente, la clavija se arrancó; me apresuro a clavar otra. Todo esto sucede en algunos segundos, sólo nos salva una reacción instintiva. Nuestros amigos, que están debajo de nosotros, a una distancia de un largo de cuerda, no se han dado cuenta del peligro que han corrido. Si no hubiéramos podido detener la caída, hubieran sido arrastrados también ellos.

Cuando Wiggerl se quita el guante vemos que de su mano sale una sangre casi negra, lo cual significa que no ha sido tocada ninguna arteria. Miramos hacia arriba con ansiedad. Gracias a Dios no hay ningún alud a la vista...

Sacamos el botiquín. El rostro de Wiggerl tiene todavía color, pero es verde.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien.

Le aseguro sólidamente.

—¡Tranquilízate! Ahora debemos jugarlos el todo por el todo.

Al abrir el botiquín mi mano tropieza con una botellita. La señora Belart, médico de Grindelwald, me la había dado diciendo: «Si Toni Kurz hubiese tenido estas gotas a su disposición tal vez hubiera dominado la crisis». Había quedado convenido que no debíamos usar el contenido de la botellita más que como último recurso. El prospecto indica diez gotas. Vacío la mitad de la botellita en la boca de Wiggerl y me trago el resto, en parte porque tengo sed. Después tomamos unos terrones de azúcar y nos sentimos de nuevo en posesión de nuestras facultades. El alud sigue sin llegar.

—Wiggerl, voy a atacar otra vez el desplome.

—Pero no caigas otra vez encima de mí, te lo suplico —me responde con voz apagada.

Me concentro y me dirijo tranquilamente hacia el difícil paso. He renunciado a asegurarme con la clavija, intentaré franquearlo lo más rápidamente posible. Subo treinta metros —todo el largo de la cuerda— sin encontrar ningún lugar a propósito para detenerme. Afortunadamente consigo colocar una pequeña clavija para roca, que se sostiene sólidamente.

Y justo en ese lugar y momento en que Heckmair había colocado la clavija salvadora se nos vino encima el alud que nos cayó encima con feroz ímpetu a los que estábamos más abajo.

Ese alud no logró arrastrar a Heckmair. Ni a Vörg. Tampoco a nosotros. Pero cuando me encuentro nuevamente junto a Vörg y puedo asegurar a mi vez la ascensión de Fritz, han pasado ya muchas horas. Vörg sube con celeridad hacia el lugar de reunión de Heckmair, izado con energía por éste. Yo, por mi parte, tiro de la cuerda para ayudar a Fritz. Todos tiramos de la cuerda, pues el tiempo apremia y todavía nos queda por delante un camino largo, extremadamente escarpado y difícil. Además, no sabemos lo que realmente nos espera. Sólo sentimos los latigazos del tiempo que pasa imparable, que nos presiona, que nunca nos permite tranquilidad ni recreo. En ninguna otra pared he sentido esa carrera contra el reloj como aquí, en el Eiger. Y el estado de esta parte final de la pared —cubierta de nieve y hielo— es tal, que los primeros en dominarla deberán ascender centímetro a centímetro.

Continuamos la escalada. Sigue nevando sin cesar. No tenemos visibilidad más allá de la longitud de una cuerda. Entonces escuchamos voces a través de la niebla y del torbellino de nieve. No sabemos exactamente de dónde provienen. ¿De la cima, quizás? ¿De la arista oeste? Están dirigidas a nosotros, pero nosotros optamos por no contestarlas, pues los que nos llaman están demasiado lejos para poder entendernos correctamente. Cualquier respuesta puede desencadenar una expedición de

salvamento que no se podría parar ya: el largo camino desde la montaña hasta el valle, la concentración de los equipos de salvamento de montaña... Cualquier respuesta nuestra malinterpretada podría desencadenar todo esto. Aunque sólo fuera un gorjeo de saludo a la tirolesa.

Y proseguimos nuestra ascensión con Anderl siempre en cabeza. Los minutos se acumulan y se convierten en horas. Metro tras metro, largo de cuerda tras largo de cuerda.

Nuevamente oímos una llamada. Esta vez más cerca, más clara. Notamos asimismo que es una voz distinta a las anteriores. Pero tampoco respondemos esta vez. Posteriormente sabremos que los primeros que dieron voces en la pared fueron Fraissl y Brankowsky, francamente preocupados por nuestra suerte. La segunda vez se trataba de Hans Schlunegger, ese gran guía de montaña del Oberland Bernés, quien nos preguntaba si necesitábamos ayuda. Aun estando tan convencido como los vieneses de que era imposible aportar ayuda alguna en esos momentos —a la vista del infernal estado en que se encontraba el muro somital, cubierto de nieve—, Hans Schlunegger, al igual que nuestros amigos, estaba dispuesto a ayudar y participar en el rescate tan pronto como el temporal lo permitiese. Así pues, debemos subrayar aquí la disposición de los guías de montaña de la región a sacrificarse en un rescate. Ambos grupos, por separado, habían alcanzado la cima —bajo una ventisca de nieve— por el recorrido normal, relativamente fácil, de la cara noroeste. Pero como no habían obtenido respuesta alguna, optaron por regresar inmediatamente. Evidentemente no se apostaba ya mucho por nuestras vidas, una vez oídos los informes exentos de esperanza de estos hombres.

Pero nosotros seguimos vivos y continuamos escalando.

La fisura es ahora menos inclinada y los aludes ya no nos afectan, pues aquí arriba ya no tienen fuerza.

Ahora pasamos ya de la fisura al nevero.

Estamos ya en el Nevero Cimero. Si no viniéramos de la Pared Norte del Eiger podríamos calificarlo de escarpado, pero ahora, nos parece plano en comparación con los tramos que hemos superado. Acabamos de dejar detrás de nosotros la fisura. Así pues, nos hemos zafado de la última pata prensora de la Araña Blanca. A las 12 del mediodía Anderl se encuentra en el límite inferior del nevero. Una hora más tarde el último de nosotros alcanza a su vez esa posición.

De la arista somital ya sólo nos separa el nevero. Descartamos la travesía hacia la izquierda en dirección a la Arista Mittellegi, y nos dirigimos en diagonal a la derecha, hacia arriba, en dirección a la cima.

Sólo nos queda el nevero, sólo el nevero.

Pero este último bastión de la Pared Norte del Eiger no es tampoco un simple y fácil juego. La nieve húmeda no se ha fundido aún firmemente a la nieve dura y al

hielo subyacentes: el terreno está resbaladizo. Aquí tenemos, pues, el punto de origen de los aludes. La escalada se muestra difícil y no se trata de un asalto, ni mucho menos, sino de un tramo mantenido. En nuestras mentes tenemos grabado que la pared no nos permite ningún tipo de negligencia o avance descuidado.

Anderl continúa en cabeza y avanza con experimentada prudencia. Además, es de la opinión de que un cambio en cabeza necesitaría de una maniobra con las cuerdas, lo que nos haría perder tiempo. A esto se añadiría que él, durante la maniobra de aseguramiento, podría recuperarse en ese aire pobre en oxígeno, mientras que nosotros llegaríamos faltos de respiración. Todos estos argumentos provienen, sin embargo, de su sencillez de espíritu.

Aquí vuelvo a arrepentirme de no haber traído crampones. Y aunque Anderl talla peldaños en los pasos clave y Wiggerl maneja con seguridad la cuerda que llega hasta mí, yo no puedo ni debo permitirme ningún error ni debilidad. No puedo permitirme resbalar y tengo que aferrarme al terreno con mis botas de ala de mosca. Esto me exige un gran esfuerzo.

Sigue nevando, ahora incluso más fuerte que antes. Los copos ya no caen verticalmente, ahora tormenta los impulsa casi horizontalmente. ¿Pero es que este maldito nevero no se acaba nunca? De nuevo transcurren dos horas.

Entonces ocurre algo que podría ser gracioso si no nos hubiera provocado un instante de alto peligro: envuelto en la niebla y en una feroz ventisca de nieve, Anderl sube la pendiente que aquí se vuelve más suave. Pero él no lo nota, porque se está batiendo contra el temporal y no tiene visibilidad. Wiggerl le sigue. De repente Wiggerl ve por delante manchas oscuras. Y también por debajo, muy, muy por debajo...

Son las rocas de la cara sur del Eiger que no están tan cubiertas por la niebla y la ventisca de nieve. Y los dos primeros en escalar la Pared Norte del Eiger casi se precipitan directamente hacia la cara sur por la cornisa cimera. ¿Hubiéramos podido sujetarlos en ese caso? En el último instante los dos se retiran de la cornisa y nosotros los seguimos.

Y allí estamos todos, en la arista somital azotada por el temporal, en marcha ya hacia la cima del Eiger.

Son las 15.30 horas del 24 de julio de 1938.

Somos los primeros hombres en llevar a cabo la escalada completa de la Pared Norte del Eiger.

¿Alegría, liberación, éxtasis triunfal?

Nada de eso sentimos. La liberación nos ha llegado demasiado repentinamente. Nuestros nervios y sentidos están demasiado agotados y nuestros cuerpos demasiado fatigados, y no nos permiten entrar en un estado de delirante alegría. Fritz y yo habíamos pasado 85 horas en la pared; Anderl y Wiggerl, 61 horas. No es que

hayamos escapado de la muerte de milagro, más bien es que siempre hemos encontrado apoyo y confianza en nuestra amistad y nunca hemos dudado verdaderamente del éxito de nuestra empresa. Pero el camino ha sido difícil.

Sobre la cima la tempestad es tan fuerte que tenemos que estar de pie encorvados. Alrededor de la boca y de los ojos se nos han formado costras de hielo, que tenemos que arrancar para poder vernos unos a otros, para hablar, para respirar. Quizás parezcamos extraños animales del Ártico, pero en estos instantes no somos capaces de percibir la comicidad de esa visión. Además no es éste realmente el momento ni el lugar para pegar brincos y llorar de emoción, alegría y felicidad. Simplemente nos damos la mano en silencio.

Y enseguida comenzamos el descenso. De nuevo me vienen a la cabeza unas palabras de Michel Innerkofler: «Descender es fácil, pues todos los ángeles nos ayudan...».

Descender ahora, sin embargo, no es nada fácil. La bajada está plagada de trampas y dificultades. Aquí la tormenta no se ha llevado la nieve, que ha caído húmeda sobre la cara oeste y cubre con una capa de casi un metro de altura las placas de hielo. Resbalamos frecuentemente, pero conseguimos levantarnos una y otra vez. Ahora, de repente, todos nos sentimos cansados, terriblemente cansados. Mi cometido es el de encontrar y dirigir el descenso, puesto que ya lo conozco. Pero a la sazón, cuando subimos al Eiger, la visibilidad era buena. Hoy, sin embargo, hay niebla y ventisca de nieve. Frecuentemente no encuentro la ruta correcta a la primera, y mis amigos me increpan por ello. Yo no protesto, pues tienen razón.

De pronto vemos que Anderl se derrumba. No físicamente, sino mentalmente. Continúa andando, pero mecánicamente. No se queja. Acaba de entregar el liderazgo de la cordada. La tensión nerviosa que ha sufrido durante días y noches en la Gran Pared tiene que desembocar necesariamente en alguna reacción. En las numerosas horas de peligro ha ido superándose. Ahora ya puede volver a ser un humano normal, con todas las debilidades, sensible y abierto ya a los caprichos de la vida cotidiana.

El sobrepantalón de Anderl, por ejemplo. Tiene rota la cinta elástica y se le cae llevándose también al pantalón de montaña. Anderl se sube una y otra vez los pantalones que vuelven a caérsele constantemente. Y ese hombre que, cuando estábamos en la fisura cubierta de hielo, nos protegió de la catástrofe con una rápida reacción que tuvo, ese hombre aquí y ahora está casi al borde de la desesperación por culpa de una simple cinta elástica.

Anderl ha entregado el mando y tiene todo el derecho a ser guiado en el descenso con la misma seguridad con que él nos dirigió en la difícil Pared Norte. Y tiene derecho a blasfemar, ahora, cuando siente el cansancio en ese cuerpo que ha sometido a los más extremos esfuerzos, al verse obligado a escalar una vez más 200 metros sólo porque yo me he desorientado a causa de la niebla y de la tormenta de nieve.

Pero ya estamos nuevamente en la ruta correcta y proseguimos el descenso. Continuamente nos resbalamos, nos deslizamos, nos tambaleamos y nos ayudamos mutuamente a mantenernos en pie. Y descendemos, descendemos. Ya estamos fuera de la zona de niebla y la nieve se convierte en lluvia. Allá abajo está el mundo seguro de los humanos, de la gente.

¿Gente? Aquellos puntos negros que se mueven allá abajo, en el glaciar, son personas. Personas que suben lentamente a nuestro encuentro.

De pronto tenemos a un chico delante de nosotros que nos observa como si fuéramos fantasmas. Su cara muestra una expresión de sorpresa, sorpresa tímida e incrédula. Luego se atreve finalmente a hacernos la pregunta:

—¿Venís de la pared?

Tras contestarle afirmativamente, el chico se da la vuelta, empieza a correr y a gritar con voz chillona:

—¡Ya vienen, ya están aquí! ¡Ya vienen!

Luego nos vemos rodeados de gente. Guías de montaña, los amigos de Viena, los muniqueses, el Servicio de Vigilancia de Montaña, periodistas y curiosos: todos están unidos en una gran alegría compartida.

Nos quitan las mochilas y nos llevarían en brazos si nosotros ahora, de pronto, no nos sintiéramos tan frescos y despiertos, como si volviéramos de un sencillo paseo y no de la Pared Norte del Eiger. Fritz recibe su primer cigarrillo seco, Rudi Fraissl le muestra a Anderl una pequeña botella de coñac diciéndole: «Toma, bebe. Con esto vas a entrar en calor». Y Anderl vacía la botella de un solo trago. Pero no se emborracha. Todos estamos, sin embargo, borrachos de alegría. Ahora sí sentimos una gran satisfacción, tranquilidad interior, liberación de todas nuestras preocupaciones: esa indescriptible felicidad de haber escalado la Pared Norte del Eiger.

## Reflexiones

Han pasado ya sesenta años desde la primera ascensión a la Pared Norte del Eiger, pero el gran amor que siento por las montañas ha permanecido dentro de mí. Y también han permanecido los recuerdos. Recuerdos nítidos y nunca desvirtuados, pues jamás he querido verlos a través de cristales de esos colores que todo lo embellecen. Y de esta manera puedo corregir algunos errores que se propagaron por incompreensión o mala voluntad. Nosotros escalamos la pared del Eiger porque al verla ante nosotros sentimos ese desafío irrefrenable de querer poner a prueba nuestro saber y el deseo de aventura. También había ambición, claro está. Nosotros conseguimos escalar la Pared Norte del Eiger porque nos habíamos preparado física, espiritual y mentalmente para ello y porque habíamos realizado una reflexión crítica acerca de nosotros mismos antes de poner una mano en la roca. Conseguimos llevar la escalada a feliz término porque nos mantuvimos en la armonía de una cordada perfecta. Éramos jóvenes, amábamos la vida y nuestras acciones estaban marcadas por el instinto de conservación. Sería mentira y difamación querer imputar a nuestra escalada motivos económicos u otras formas de triunfo tangible. Ninguno de nosotros ha mejorado su vida material mediante ese espectacular logro deportivo. No había medallas que ganar, olímpicas ni de otra clase, y no hemos recibido ninguna. Y el rumor de que habíamos realizado la escalada tras recibir una orden o por el simple deseo de una instancia política es completamente absurdo. Se nos agasajó, y es verdad que —para qué ocultarlo— durante el Festival Alemán de Gimnasia y Deporte celebrado en Breslau fuimos recibidos por Adolf Hitler y algunos ministros.

Quizás mi vida posterior haya resultado especialmente influenciada por esa escalada. Seguramente la escalada de la pared del Eiger contribuyese en gran medida a ser seleccionado para formar parte de la expedición alemana al Nanga Parbat en 1939. He pensado describir esta época, tan importante para mí, en la autobiografía que tengo ya en proyecto.

Para finalizar este capítulo deseo dirigir mis pensamientos hacia mis compañeros de escalada. Y lo hago con tristeza.

Wiggerl Vörg, ese fuerte, tranquilo y extraordinario alpinista, cayó en la guerra. Fritz Kasperek —ese alegre y agradable muchacho que creía profundamente en la vida y que alegraba a sus congéneres tan sólo con su presencia— sufrió un accidente mortal en 1954, al desprenderse la cornisa de la arista somital del Saleantay, en Perú.

De los cuatro, solamente seguimos vivos Andreas Heckmair<sup>[4]</sup> y yo. Por ello deseo dedicarle a Anderl estas últimas palabras.

En respuesta a la pregunta de cómo ha de ser un alpinista, Julius Kugy dijo lo siguiente: «Sincero, noble y discreto». Pues bien, así es Anderl. Por ello estoy completamente a favor de que nuestra ruta de escalada de la pared del Eiger lleve el

nombre de vía *Heckmair*.

## Ir con los nuevos tiempos

### Piedra de toque para las montañas del mundo

Después del año 1938 ya no pensaba mucho en la pared del Eiger, aunque había supuesto un hito en mi vida, un hito inamovible.

En mayo de 1939 me había desplazado al Nanga Parbat junto con Peter Aufschnaiter, Lutz Chicken y Hans Lobbenhoffer. Allí fui hecho prisionero de guerra por los ingleses y enviado al campo de prisioneros de Dehra-Dum, de donde me fugué en abril de 1944.

En 1946, tras casi dos años de huida hacia Lhasa, el esfuerzo y la fatiga se vengaron de mí produciéndome una dolorosísima ciática. Los dolores eran a menudo tan fuertes que perdí las ganas de vivir.

El médico de la embajada británica en Lhasa me hacía reconocimientos a intervalos regulares, y durante una de esas visitas nuestra conversación derivó hacia el alpinismo. Como la mayoría de los ingleses, este médico también tenía una estrecha relación con la naturaleza y era un apasionado senderista de montaña. No obstante, fiel a la tradición inglesa, también era enemigo acérrimo del alpinismo extremo. Durante una conversación, mencionó la Pared Norte del Eiger, y criticó esa escalada que, según él, era la señal inequívoca de una mente enferma.

En ese momento ya no me pude contener y le dije: «Yo fui uno de los que realizaron la primera escalada de la pared del Eiger».

Los ingleses presentes se miraron unos a otros con asombro: no me creían.

Unos pocos meses después llegó a mi casa de Lhasa el mensajero de la embajada británica. Me traía un recorte del *London Time*, enviado a la legación británica por correo especial. Sobre el recorte estaba escrito el nombre del médico.

Me puse a leer la noticia. Se trataba de un reportaje sobre la segunda ascensión a la Pared Norte del Eiger. También se hacía referencia a los nombres de los primeros en haberla escalado, y el mío había sido subrayado por el médico. Esta indulgente disculpa por su incredulidad, exenta de palabras, fue una bella señal de nobleza deportiva.

El reportaje sobre la segunda escalada de la Gran Pared, empero, captó todo mi interés. ¿Quiénes habían sido? Para mí sus nombres eran perfectamente

desconocidos: Lionel Terray y Louis Lachenal, dos guías de montaña de Chamonix.

Hacía ocho años que yo me encontraba fuera de Europa, y había perdido todo contacto con los acontecimientos alpinos y con el desarrollo del montañismo en general. No sé por qué me alegró saber que los segundos en escalarla fueran franceses. Quizás se trataba de una especie de satisfacción por el hecho de que el alpinismo «extremo» de los escaladores germano-austriacos e italianos ahora también se había enraizado en Francia. Según el reportaje, Terray y Lachenal habían realizado la escalada con estilo brillante.

Tampoco sabía que, de las ruinas de la guerra, había empezado a gestarse también una nueva idea en el alpinismo: la de un alpinismo europeo. Ciertamente, las rivalidades personales y nacionales seguirían existiendo, pues, hasta cierto punto, también son necesarias.

Si se me permite hoy expresar, serena y sopesadamente, mi opinión sobre la pared del Eiger, creo poder afirmar que la primera escalada ha contribuido en cierta manera a la nueva actitud que se observa hacia un alpinismo europeo, e incluso mundial. Una ascensión solamente «extrema» y acrobática nunca habría logrado esto. La pared del Eiger es, para los que la escalan, una piedra de toque inamovible en su desarrollo como alpinistas, pero también como seres humanos. La pared no exige la más novedosa maestría acrobática de la escalada moderna. En ella no hay ningún techo desplomado en el que colocar clavos para escalarlo horizontalmente, como tampoco hay ninguna sucesión de pasos entre el sexto y décimo grado. No, la pared del Eiger exige todo lo que han aprendido los hombres para superar dificultades y peligros en la montaña en el transcurso de los siglos. Pero el alpinista encuentra allí también todo lo que la montaña puede ofrecer al ser humano: una vivencia de gran intensidad, un peligro amenazador y la belleza de la naturaleza. Y el alpinista, por su parte, además de dominar a la perfección las técnicas modernas de alpinismo de una manera completamente natural, deberá concentrar en su persona todo aquello que caracteriza al hombre de montaña.

Un año antes que Terray y Lachenal —en 1946—, dos guías del Oberland Bernés habían tratado de escalar la pared del Eiger por primera vez después de la guerra. La fuerza motriz había sido Hans Schlunegger, ese extraordinario alpinista, especialista en hielo y roca, quien ya había realizado su primera experiencia en la pared en 1936, durante el trágico y fracasado intento por salvar a Toni Kurz. El mismo Schlunegger que, con gran preocupación, nos había lanzado llamadas en 1938, cuando nosotros, después de cuatro días, seguíamos en la pared. Hans Schlunegger era, pues, el que mejor conocía la pared de todos los guías de montaña suizos, a pesar de no haberla escalado todavía. Acompañado por su compañero de profesión, Edwin Krähenbühl, Schlunegger consiguió ascender desde el punto de entrada en la pared hasta por encima de la Rampa en el primer día de escalada.

Según lo que pudo observar el hotelero Fritz von Almen desde Kleine Scheidegg, los dos hombres vivaquearon en la vira de nieve situada por encima de la Rampa. Al día siguiente —que trajo consigo mal tiempo— intentaron sin éxito seguir camino por la Rampa hasta más allá de su límite, en dirección a la pared noroeste. Pero allí varios desplomes les cerraron el paso, y se vieron forzados a darse media vuelta allí mismo y regresar con el convencimiento de que era imposible encontrar en ese punto una salida de la pared, algo que hasta entonces se había considerado posible. En todo caso, la retirada bajo esas condiciones meteorológicas y en tan sólo un día —después de haber conseguido ascender tan alto en su intento— fue un logro digno de admiración que sólo podían haber hecho realidad dos alpinistas de tan alto calibre.

Terray y Lachenal hablaban con gran respeto de sus antecesores inmediatos —a quienes el éxito no les había sonreído—, de cuya retirada encontraron huellas en muchos pasajes.

Los alpinistas franceses ya habían realizado hazañas extraordinarias antes de la guerra, aunque éstas estaban un poco por debajo de las conseguidas por las cordadas alemanas e italianas, sobre las que el público volcaba entonces un mayor interés.

Los hermanos Schmid escalaron la pared norte del Cervino, Peters y Maier encontraron la primera vía de escalada en la cara norte de las Grandes Jorasses, Comici y sus compañeros ascendieron la pared norte de la Cima Grande, Rudatis y sus discípulos dominaron «el universo del sexto grado» en la Civetta. Cassin y sus acompañantes borrarón la palabra «imposible» del idioma de los alpinistas de la era moderna mediante sus incomparables ascensiones: pared norte de la Cima Oeste, cara noreste del Badile, o pilar norte de la Punta Walker en las Grandes Jorasses.

Tras la guerra empezó para los alpinistas franceses la época de las más comprometidas ascensiones. Surgió allí una generación de extraordinarios alpinistas. La Escuela de Alta Montaña de Chamonix se convirtió en referencia, y sus monitores se contaban entre los mejores del mundo. Nombres como Terray, Lachenal, Rébuffat, Magnone, Frenco, Franco, Ichaz, Schatz, etc. —y podríamos continuar ampliando esta lista durante largo tiempo— están ya indefectiblemente unidos a la historia del alpinismo. Es significativo para el nuevo espíritu alpinista francés el hecho de que de él saliese la concepción, planificación y el posterior éxito grandioso del primer ochomil de la Tierra, el Annapurna. Y dos hombres de ese extraordinario equipo que Maurice Herzog llevaría en 1950 hasta la cumbre del Annapurna, habían realizado la segunda ascensión a la Pared Norte del Eiger: Louis Lachenal —que estuvo al lado de Maurice Herzog en la cumbre del Annapurna— y Lionel Terray, a quien Herzog llamaba el «buen genio» de la expedición por su gran calma y camaradería.

Cuando Terray y Lachenal llegaron al pie del Eiger en julio de 1947, se encontraron con que se había derretido buena parte de ese hielo al que siempre habían hecho referencia los anteriores alpinistas. Ahora era una pared de roca con manchas

de hielo; una pared de roca sobre la que se precipitaban numerosas cascadas de agua arrastrando con ellas piedras que antes estaban fijas por el hielo y que ahora caían, imparables, hacia el vacío.

El 14 de julio por la tarde iniciaron la escalada. Vivaquearon en ese lugar bien conocido de la parte inferior de la pared, la Cueva de Vivac, esperando poder ascender al día siguiente hasta la cumbre. Pero las dificultades y la caída de piedras hicieron que avanzaran más despacio de lo previsto. Por todos lados encontraban material abandonado de anteriores intentos, así como de expediciones de rescate y salvamento: cuerdas de más de diez años, clavos de hielo y de roca oxidados, mosquetones. Pero también dieron con cuerdas en buenas condiciones, mosquetones y clavos que parecían nuevos y que, sin duda, provenían del intento de escalada de Schlunegger y Krähenbühl.

Así pues, Terray y Lachenal encontraron en la pared condiciones relativamente buenas, si es que se puede hablar de buenas condiciones en la pared del Eiger. Las rocas, de toda evidencia, no estaban tan cubiertas de hielo como en la época de nuestra escalada, pero como contrapartida tenían que enfrentarse a más cascadas de agua y a una más intensa caída de piedras. Y en todo caso, Lachenal y Terray eran dos alpinistas extraordinarios, excelentemente formados en los métodos modernos de escalada en hielo y roca. Poseían todas aquellas características físicas y mentales, y además el carácter necesario, que constituyen las condiciones imprescindibles para coronar con éxito la Pared Norte del Eiger. Eran guías de montaña de verdad, en el mejor de los sentidos.

Consiguieron realizar la travesía de ese gran campo de nieve que es el Segundo Nevero sin tener que tallar ningún peldaño. Sólo tuvieron que marchar con sus crampones de doce puntas, colocando una clavija de seguridad a cada largo de cuerda. Algo así sólo lo puede hacer alguien que domine a la perfección la técnica de escalada con crampones.

Pero a pesar de esta técnica desgastadora de fuerzas —aunque ahorradora de tiempo—, Terray y Lachenal no pudieron continuar su ataque con la celeridad deseada. Su ascensión se retrasaba debido a las continuas caídas de piedras y a las cascadas de agua que se precipitaban sobre ellos con extraordinaria fuerza, de manera que se vieron obligados a vivaquear más o menos a la altura del vivac de Schlunegger y Krähenbühl.

Por la mañana el día siguiente, 16 de julio, superaron la Travesía de los Dioses, que lleva hasta la Araña. No sé si siguieron exactamente nuestro camino o bien atravesaron mucho más arriba. En cualquier caso realizaron esa travesía con ese estilo brillante que siempre les ha caracterizado.

Al llegar a la Araña, les sorprendió la ya tradicional tormenta del Eiger. Sólo que esta vez resultó especialmente fuerte. Más tarde, Terray y Lachenal —hombres que

conocían ciertamente bien las tempestades de alta montaña de todo tipo, por haberlas vivido en el Mont Blanc y en las puntas salvajes de las Aiguilles de Chamonix— contarían que nunca antes habían sentido una atmosfera tan preñada de cargas eléctricas como en la pared del Eiger. Una de las viejas leyes básicas de todo alpinista es la de no tener en las manos ni piolet, ni martillo, ni mosquetones durante una tormenta para evitar convertirse en un pararrayos viviente. Pero en la pared del Eiger uno no se puede desprender del «material de hierro», como tampoco es allí posible resguardarse debajo de un desplome, como nos habían enseñado —o mejor todavía meterse en una cueva— para de esta manera, a cubierto de los rayos, esperar que pase el peligro. ¿Dónde hay un sitio para sentarse en la pared del Eiger? ¿Dónde un desplome protector? Y para qué hablar de una cueva. Lionel y Louis tuvieron que seguir adelante con todo su material metálico. Aunque las llamas del fuego de San Telmo salieran como disparadas de las puntas de los clavos, de los piolets y de los martillos, aunque alrededor de su cabeza surgiera una aureola brillante cargada de electricidad.

Y es que hay que haber vivido una tormenta en la alta montaña, sobre una arista completamente expuesta, sobre una pared vertical, para saber lo que significa no dejar que los nervios nos dominen y continuar escalando como si nada, mientras todo a tu alrededor zumba como en una central eléctrica y uno se encuentra en pleno centro de la zona estabilizadora de corriente de una nube de tormenta.

Terray y Lachenal poseían esa capacidad de contener sus nervios. Y siguieron la escalada a través de la Araña y luego por la Fisura de Salida, ambas cubiertas de una capa lisa de hielo o desbordantes de agua.

El hecho de que ambos consiguieran escalar el muro final en un tiempo sorprendentemente corto demuestra la gran preparación y maestría de estos hombres, que les autorizaba plenamente a escalar la Gran Pared. Ya a las 14.15 horas habían alcanzado la cima. Y allí tributaron homenaje a la pared, prometiendo sinceramente que nunca más la volverían a escalar.

El guía de montaña Lionel Terray se convertiría luego en uno de los guías más renombrados de Europa. En 1952 consiguió la primera ascensión al Fitz Roy, en la Patagonia, y en 1955 fue el primero en conquistar la cima de una de las montañas más altas del mundo, el Makalu, de 8481 metros de altitud. En 1965 sufrió una caída mortal en la —para él fácil— pared de roca del Gerbier.

Louis Lachenal estaba junto a Maurice Herzog en el momento en que fue conquistado el primer ochomil —el Annapurna, con sus 8078 metros—, y perdió la vida en 1955, al caer en una grieta de glaciar cuando realizaba un descenso en esquí en la Vallée Blanche, en el Mont Blanc.

¿Y el tercer intento?

Se trataba nuevamente de un grupo de guías. Más aún: era la primera escalada

colectiva por la Pared Norte del Eiger.

Con bastante sorpresa pudimos leer lo siguiente en el diario *Sport* de Zúrich tras la segunda escalada de la pared:

Estos dos guías de montaña, Terray y Lachenal, han realizado la misma proeza que los alemanes, hace ya nueve años. Su escalada, con solamente dos vivacs, nos ha pillado por sorpresa, pero es completamente correcta. Mientras tanto, seguimos preguntándonos cuándo los hijos de Helvecia llegarán a conquistar ese inmenso pedazo de roca...

Pero, ¿quién se preguntaba realmente? Los mismos suizos. Y no sólo la asociación de guías, sino también una parte de la opinión pública. Esa misma opinión pública que, en aquel entonces, había calificado de locura los intentos de escalada y veía ya en la pared del Eiger la tumba de muchos guías de montaña accidentados en los diversos intentos de salvamento. Ahora, sin embargo, se exigía a los guías suizos que demostrasen su maestría. El orgullo nacional se había despertado de tal manera que incluso se consideraba como algo vergonzoso —para los suizos, claro— el éxito obtenido por los franceses, a la vista de la falta de iniciativa de los propios compatriotas. Al mismo tiempo sonaba como una crítica —benévola— de la velocidad de escalada de los guías de Chamonix: necesitaron hacer dos vivacs... ¿Se trataría aquí, pues, de un requerimiento hacia los propios compatriotas a realizar la escalada aún más rápido que ellos? ¿Es que el osado intento de Schlunegger y Krähenbühl no era motivo suficiente para tener fundadas esperanzas de que los suizos podían realizar la ascensión en menos tiempo?

¡Vaya cambio de opinión! No solamente se toleraban ya esas acrobacias típicas «del este de los Alpes», sino que ahora además había que dominarlas con total maestría y hacer gala de ellas empleando menos tiempo en la escalada. La idea de competición empezó a ganar terreno —lentamente y todavía de manera encubierta, al principio— en las mentes de los comentaristas alpinos, aunque no llegaron aún a expresarla libre y públicamente. Las alusiones al respecto, sin embargo, eran suficientemente claras.

Con toda seguridad, la noticia de la segunda escalada por parte de Terray y Lachenal tuvo que caer también como una bomba en las muy activas asociaciones de guías de montaña del Oberland Bernés. Pero las personas enraizadas en las montañas del tipo de Schlunegger no se dejan presionar por la ambición personal y nacional así como así. Hans Schlunegger nunca podrá olvidar la muerte de Toni Kurz, ni tampoco las condiciones que presenta la pared bajo una tormenta de nieve, en el velo de los toboganes de hielo, los truenos y el estrépito de la caída de piedras. Ciertamente, él desea escalar la pared —eso ya lo ha demostrado—, pero lo hará cuando él lo considere adecuado, y no antes.

Hans Schlunegger consigue ganarse a su hermano para realizar su plan. Como

cliente —es decir en calidad de guiado— se entusiasma por el plan Gottfried Jermann, un excelente escalador del Jura. Los tres inician escaladas de entrenamiento en el Oberland Bernés, para conocerse y acostumbrarse a las penurias y continuas dificultades, al frío y al mal tiempo. Bien es cierto que un alpinista de la talla de Hans Schlunegger no tiene prácticamente necesidad de un entrenamiento especial. Pero la compenetración con su hermano menor, en tanto que segundo guía, y con Jermann, como cliente, deberá funcionar para que luego no haya que lamentar nada.

El hecho de que Hans Schlunegger necesitase años para asimilar completamente la estremecedora experiencia de su primer contacto con la pared resulta revelador de su minuciosidad y lentitud de reacciones, típicos de la gente del campo. Pero ahora ya no hay verdaderamente nada que pueda sorprenderlo, de modo que el 4 de agosto de 1947 será un día grande y decisivo en la vida de Hans Schlunegger. A las 2.30 de la madrugada inicia el ataque a la pared con su cordada. Suben el resalte, superan el Pilar Descompuesto, dejan tras de sí la Fisura Difícil, recorren la Travesía Hinterstoisser, logrando atravesarla en apenas seis horas. Continúan sobre roca, hielo, y de nuevo sobre roca. También ellos se encuentran con caída de piedras y cascadas de agua. Pero continúan y continúan. Parece como si lo hicieran con lentitud, debido a la precaución que ponen en ello. Pero en realidad lo hacen más rápido de lo que nunca antes se había visto avanzar a una cordada en la pared.

A las 15.30 ya han dejado tras de sí la fisura y el abombamiento de hielo de la Rampa. Ahora están efectuando la travesía de la Vira Delicada, lugar en el que, durante nuestra escalada, nos había sorprendido el avión y nos habían hecho fotos. Pero esta vez no llega hasta ellos ningún avión, sino una tormenta del Eiger, de amenazadora violencia. Aquí habría la posibilidad de encontrar un lugar de vivac protegido de la caída de piedras. Todos están calados hasta los huesos, debido a la tormenta y a su escalada por las cascadas, pero a pesar de ello Schlunegger decide vivaquear aquí. No se deja llevar por la ambición de quizás poder escalar la pared sin hacer vivac y prefiere soportar la incomodidad de una noche al descubierto. Para él la seguridad de los hombres a su cargo tiene preferencia.

Será un vivac frío e interminable, de catorce horas. Por la noche nieva, pero por la mañana el tiempo mejora pasajeramente. A las 5.30 de la mañana retoman la escalada, todavía con los miembros rígidos a causa de la incómoda posición, del frío y del agua. A las siete ya han alcanzado la Araña. También ellos tienen que luchar aquí contra los aludes, pero alcanzan sanos y salvos las Fisuras de Salida.

Ahí, sin embargo, el hielo para su ataque. Schlunegger, a su vez, se ve obligado también a escalar la pared —por sí mismo, por su hermano y su cliente— centímetro a centímetro. Sobre ellos caen piedras y aludes de nieve acuosa. Además, cuanto más se acercan a la cima, más intensa se vuelve la tormenta. Sus ropas se ponen rígidas y se convierten en una especie de coraza, pero se libran de otro vivac, alcanzando por

fin la cima a las 16.25 horas en medio de la tormenta ululante.

A despecho del mal tiempo reinante, el descenso no representa dificultad alguna para el anfitrión del Eiger: Hans, Gottfried y Karl llegan al Hotel Eigergletscher a las 19.30 horas, sanos y salvos.

Fue realmente un gran triunfo. Los periódicos, henchidos de orgullo, informaron que el grupo de Schlunegger había permanecido en la pared del Eiger «tan sólo» 38 horas, el tiempo más corto conseguido hasta entonces.

No les otorgaron medallas, pero recibieron —junto a ese triunfo alpino— el reconocimiento por su extraordinario logro deportivo.

Hans Schlunegger, ese excelente guía de montaña, no murió en una pared escarpada, ni sobre un terreno de roca difícil, ni tampoco sobre el hielo liso y resbaladizo que él tan bien conocía. No. Hans Schlunegger murió sepultado por un traidor alud en el Schmadrijoch. Su muerte supuso una gran pérdida, pues él dio a toda una generación de guías un excelente ejemplo por su valentía, su disposición a cualquier sacrificio y su carácter sencillo y noble.

Así pues, ya se habían realizado tres escaladas con éxito de la pared. La cuarta se hizo esperar. 1948 fue un año tranquilo en Alpiglen y en Kleine Scheidegg. Los alemanes y los austríacos no disponían todavía de medios suficientes para visitar Suiza y los franceses no intentaron instaurar una especie de carrera del Eiger. El desarrollo del alpinismo francés fue rápido, pero exento de histeria. El alpinismo italiano, a su vez, sufría las consecuencias de la guerra y además, aún no habían olvidado a sus víctimas de la pared del Eiger. Sólo quedaban, pues, los suizos.

A pesar del logro de Schlunegger, que mostró abiertamente el espíritu de los nuevos tiempos, el alpinismo suizo no revelaba, por el momento, ningún desarrollo en dirección al alpinismo «extremo». La Fundación Suiza para la Investigación Alpina pasó a ser el centro espiritual del alpinismo mundial. Sus publicaciones se contaban entre las mejores del mundo en esta materia. Hombres como Marcel Kurz y Othmar Gurtner —quienes no sólo eran cronistas con grandes conocimientos de cultura general y de alpinismo, sino además escritores de buena pluma— daban el tono. Y al alpinismo extremo le atribuían únicamente la importancia que le correspondía en el marco general del alpinismo mundial.

Después de la guerra las puertas del mundo se abrían ante los suizos y éstos supieron aprovechar la oportunidad. Son dignas de consideración las expediciones suizas a las montañas fuera de Europa, así como sus éxitos en el campo científico. La juventud alpinista suiza se apasionaba con estos reportajes que no se basaban ni en la fantasía ni en el sensacionalismo.

En el verano de 1950 —el 23 de julio— dos chicos callados y bronceados por el sol levantan su tienda en un prado lleno de flores por encima de Alpiglen. No dan muestra de la menor intranquilidad, son amables y serenos. Cocinan, se tumban sobre

la hierba y observan alegres la pared. Muchachos especiales, estos dos. Se los podría tomar por candidatos a la escalada. Uno de ellos es Erich Waschak, un estudiante de Medicina de veintidós años. Su cuna está en la romántica región de Wachau. Pero en esta parte de la región del Danubio —la más hermosa de todas— no solamente hay viñedos, castillos y ruinas. También hay buenas paredes, que Erich ya había escalado siendo niño por los pasajes más difíciles. Estudia Medicina en Viena, pero en esos momentos la palabra «montaña» tiene para él una importancia mayúscula. Erich es uno de los mejores escaladores de la moderna escuela vienesa, que tiene su base en la tradición. Uno de sus mejores amigos es Fritz Kasperek. Cuando este maestro de cuarenta años realizaba una ascensión con Erich, frecuentemente dejaba ir de primero al joven escalador. Kasperek sabía muy bien que ese joven llevaba en su interior a un alpinista con gran clase.

El martillo-piolet que se encuentra entre el material fuera de la tienda también se lo ha regalado Fritz al joven: es el mismo martillo-piolet con el que Fritz talló el hielo de la Travesía Hinterstoisser el 21 de julio de 1938.

El acompañante de Erich es un hombre taciturno, apenas mayor que el estudiante de Medicina. Se llama Leo Forstenlechner. Leo es trabajador forestal en Ennstal, cerca del Gesäuse. El Gesäuse, con sus enormes paredes, alberga desde siempre la escuela de escalada de los alpinistas vieneses, de Estiria y de la Alta Austria. Leo dispone no solamente de la fuerza necesaria para su dura profesión, sino que es además uno de los escaladores más seguros que han tocado las paredes del Gesäuse. Más tarde, Leo Forstenlechner será el segundo alpinista del mundo, tras Gastón Rébuffat, en haber escalado las tres paredes norte más famosas de los Alpes: el Eiger, el Cervino y las Grandes Jorasses por el Espolón Walker. Pero ese soleado 23 de julio de 1950 Leo tiene todavía por delante la escalada de ese bastión de hielo y roca. Delante de su tienda, con quietud, Leo y Erich ordenan el material.

En ese momento reciben una visita. Son cuatro muchachos jóvenes, quizás más jóvenes aún que Waschak y Forstenlechner. Pertenecen a las dos cordadas suizas que se han unido para llevar a cabo la escalada de la pared del Eiger: Jean Fuchs, Raymond Monney, Marcel Hamel y Robert Seiler. Amablemente, pero también un tanto desconfiados, observan a los dos austríacos y su material. No cabe la menor duda: tienen toda la pinta de ser candidatos a la escalada de la pared. Leo sonríe sin decir nada. Erich, radiante, dice poniendo la cara más sincera del mundo: «¿Escalar la pared? Nada de eso. Es demasiado difícil para nosotros».

Los suizos no se creen esa afirmación, y al día siguiente se confirma que su suposición era correcta. Waschak y Forstenlechner se meten en la pared, pesadamente cargados con el material que quieren depositar en la Cueva de Vivac o, al menos, al pie del Pilar Descompuesto. Pero no consiguen llegar tan alto: una salva de piedras los obliga a dejar su carga antes y salir huyendo de la pared. Cuando se encuentran de

nuevo abajo, se dan cuenta de que hay mucho movimiento en el campamento de los suizos. Y es que estos cuatro muchachos se están preparando para iniciar el ataque. Quieren ser ellos los primeros en hacerlo, y para ello ya han preparado la Travesía Hinterstoisser, es decir que ya la han escalado previamente. La fama de la cuarta escalada ya les está esperando.

Erich y Leo están más tranquilos. Además, al fin y al cabo es igual ser los cuartos o los quintos en hacerlo. Y si resulta que los suizos son realmente más rápidos, pues no se van a meter en una competición. En todo caso, los austríacos también tienen previsto dirigirse al punto de ataque de noche.

Hacia la medianoche Erich mira fuera de la tienda. En el cielo hay nubes oscuras, y la pared está cubierta por una cortina de niebla. No, el tiempo no es el adecuado para escalar el Eiger. Casi contento por esa constatación, el soñoliento estudiante de Medicina vuelve a la tienda. Tres horas después se despierta Leo. También él sale a mirar. El cielo está ahora despejado y lleno de estrellas. Luego mantienen una corta deliberación. Por mucho que se den prisa, no podrán iniciar la ascensión de la pared antes de las cinco de la mañana. Y en ese caso llegarían a la zona de caída de piedras del Segundo y Tercer Nevero exactamente a la hora más peligrosa. No pueden arriesgarse a eso. Fritz Kasperek había advertido a Waschak claramente: «En la pared no te dejes nunca apremiar». Mejor ser el quinto escalador vivo que el cuarto muerto, concluyen Erich y Leo. Luego se echan a dormir hasta bien entrada la mañana. Cuando por fin están despiertos y han desayunado abundantemente, dan un paseo hasta Kleine Scheidegg. Allí escuchan el parte meteorológico: «Altas presiones sobre toda Europa Central». Erich y Leo están revoltosos de alegría. Y su alegría tampoco se empaña, cuando un turista con prismáticos les dice que los suizos ya han alcanzado el Segundo Nevero.

Al atardecer, Waschak y Forstenlechner se meten en sus sacos de dormir, pero no pueden conciliar el sueño de la alegría e ímpetu que sienten. A medianoche se levantan, e inician la escalada de la pared a las dos de la madrugada. Avanzan encordados a partir del lugar donde habían dejado el material. Esto no infiere retraso alguno a su progreso; están muy bien compenetrados. Se alternan a la cabeza de cordada. Escalan «sobrepuestos», es decir que el que se encuentra por debajo sube hasta el punto de reunión del primero, allí se pone en cabeza y sube seguidamente en primera posición el largo de cuerda. La Fisura Difícil no presenta problemas y la Travesía Hinterstoisser está libre de hielo y seca. Waschak comprueba ahora, de cerca, lo que suponían de lejos: la pared ha cambiado mucho desde la primera escalada. Ya no es como Kasperek se la había descrito. Es una pared de roca con manchas de nieve. Pero los peligros no son menores.

Hoy todavía no se ha producido caída de piedras. Pero justo cuando Erich está pensando esto le llega la primera salva. Están en el pasaje de largos de cuerda

difíciles después de la Travesía Hinterstoisser, sobre el Primer Nevero. O mejor dicho, allí donde antiguamente estaba el Primer Nevero. Ahora hay que pasar sobre un techo increíblemente inclinado de piedra en el que no hay presas de mano o de pie posibles, ni tampoco pequeñas hendiduras en las que poder colocar un clavo.

Leo y Erich oyen el concierto de caída de piedras de la pared del Eiger. Están sorprendidos de seguir estando donde están, y no allí abajo, donde las piedras caen, en el punto de ataque de la pared.

Leo y Erich continúan la escalada con celeridad, como si el resalte de roca situado entre el Primer y el Segundo Nevero no fuera demasiado difícil. Quizás las condiciones en este pasaje sean especialmente buenas en ese momento. Ya a las ocho de la mañana llegan al borde inferior del Segundo Nevero. Este borde apenas tiene hielo. Avanzan en travesía hacia la izquierda, sobre roca, que no afloraba a la superficie años atrás. Atraviesan hacia arriba para inspeccionar la pendiente de hielo. Hay que subir 150 metros hasta llegar al borde superior de este nevero de color gris sucio salpicado de piedras sobresalientes.

¿Son voces? Voces humanas. Se oyen muy cercanas. Allá arriba hay cuatro personas. Son los suizos, que se dirigen en esos momentos hacia las rocas situadas por debajo del Tercer Nevero. Leo y Erich suponían que los cuatro estarían mucho más arriba, en la Rampa, más allá de la Plancha. ¿Qué puede haberlos retrasado tanto? ¿La caída de piedras? Los austríacos les dan los buenos días. Desde arriba les llega una respuesta amable. Erich y Leo intercambian miradas. Leo ríe, y enseguida comienza el ataque a través del Nevero, que gracias a la desnivación ya sólo es la mitad de alto que en la época de la primera ascensión.

Las puntas delanteras de los crampones de doce puntas agarran bien, y los músculos de las pantorrillas de ese bien entrenado estudiante de Medicina y de ese leñador criado en los bosques no conocen la fatiga. Aquí y allá tallan un peldaño o colocan un clavo de hielo. El aumento de velocidad de escalada no viene dictado solamente por el pundonor que ha despertado en ellos, sino también por la razón, pues, ¿y si aquí, exactamente en la línea de caída, empezara una nueva avalancha de piedras? Hay, que continuar, escalar más rápido.

Enseguida alcanzan el borde superior del nevero. Son las once de la mañana, pero todavía no están a resguardo. Las rocas que llevan hasta la Plancha les dan mucho trabajo. Tiene sus desventajas la ausencia de hielo en este lugar.

Erich Waschak resulta herido en el codo justo cuando está pasando un desplome. Pero éste no es el lugar para ocuparse mucho de una pequeñez como ésa. ¡Hay que seguir, hay que seguir! Travesía del Tercer Nevero; luego escalada de la Rampa.

Una cascada corre disparada por la Fisura Difícil. El primero de los suizos acaba de pasarla e iza ya las mochilas con la cuerda. En ese momento Erich y Leo alcanzan a la cordada suiza y ocurre algo maravilloso: aquí la ambición no triunfa, tampoco la

envidia, ni los celos de quienes podrán ser los «cuartos». No se oyen palabras fuertes, nadie exige que le dejen paso. El diálogo es amable y lleno de comprensión. Jean tiene una herida en la cabeza por caída de piedras; nada grave, pero sí lo suficientemente serio como para tener que dejar la cabeza de la cordada a Raymond Monney. Son escaladores hábiles, estos suizos, pero les sorprende la superioridad de los austríacos, y la reconocen. Nunca hubieran podido imaginar los suizos que fuese posible una ascensión tan rápida. Y sin embargo, Waschak y Forstenlechner no dan ni la más mínima señal de agotamiento. Enseguida entran en la ducha que recorre la fisura y progresan hacia arriba. Los suizos dejan que los compañeros austríacos les adelanten.

Completamente empapados, atacan luego el desplome de hielo. A pesar de haber disminuido de volumen está en tal estado que Waschak y Forstenlechner sólo pueden superar este obstáculo lentamente y tomando todas las medidas de precaución. Pero incluso después del desplome la travesía que va hacia la Araña es más complicada de lo que esperaban; mucho más difícil de lo que Erich se había imaginado a partir del relato de Kasperek. Esta no era una Travesía de los Dioses, sino una travesía extraordinariamente peligrosa y difícil; un andar con pies de plomo, un avanzar con cautela, una lucha continua por conservar el equilibrio.

Allí hay viras que no son sino piedras sueltas y placas de roca que caen inmediatamente al vacío en cuanto se las toca. Hay manchas de hielo en el que es imposible colocar un clavo, que no permiten pasar tranquilamente con los crampones, sino que se desprenden de su base con el primer golpe de piolet. Y precisamente en este pasaje, precisamente aquí, se desata la temida tormenta del Eiger. La lluvia del comienzo se convierte rápidamente en nieve. Las ropas empapadas se ponen rígidas. Cualquier movimiento se vuelve difícil.

Leo y Erich colocan muchos clavos en esta travesía y frecuentemente tensan las cuerdas para asegurar así a los que vienen detrás. Dejan colocados todos los clavos para de esta manera facilitarles el camino a los suizos. Pero cuando por fin alcanzan el borde de la Araña en medio de la tormenta, ya no disponen de más clavos.

Leo y Erich inician la espera. Y no lo hacen únicamente porque necesitan los clavos que los otros han de sacar previamente. No. Esperan también para asegurarse de que durante esta arriesgada travesía no ocurra ningún accidente. En medio de la tormenta, con las ropas empapadas, heladas, esta espera se convierte en una tortura y les parece interminable.

Finalmente llegan los suizos. Todos están bien. Luego entregan a los primeros un haz de clavos. Un corto saludo y, enseguida, la despedida. Erich y Leo quieren llegar hoy lo más alto posible. Los suizos desean lo mismo, pero el progreso de la cordada de cuatro es necesariamente mucho más lento. Además, cuatro hombres siempre se pueden ayudar los unos a los otros, cuando alguien desfallece. No es necesario que

Erich y Leo permanezcan junto a ellos.

Así pues, continúan la ascensión. La Araña no les envía ningún alud aniquilador, pero las Fisuras de Salida no sólo están heladas, sino que por ellas caen innumerables cascadas, piedras y aludes de nieve. Erich y Leo están tan empapados que la sola idea de vivaquear les parece horrible. Y cada vez que uno de ellos tiene que esperar a que el otro vaya ganando terreno por las Fisuras de Salida, empieza a tiritar de frío. No, todavía no están buscando un lugar para vivaquear. Lo único que quieren ahora es seguir subiendo mientras quede algo de luz diurna. Las horas pasan, pero Erich y Leo siguen inmersos en una carrera contra la noche. Cada cual está contento cuando le llega el turno de ponerse en cabeza, pues escalar significa entrar en calor. No están agotados, su voluntad de lucha sigue firme. Lo peor son los descansos, que traen consigo ese frío que paraliza.

Todavía es de día cuando alcanzan el Nevero Cimero. El reloj indica las 20.15 horas. Sin tallar peldaños suben con celeridad esa escarpada pendiente. Por fin, a las 20.45 horas, con los dientes castañeteándoles, doblados por el frío, pero felices, se dan la mano en la cima. La luz del día se apaga. El tiempo no está como para iniciar el descenso de noche por la cara oeste, desconocida para ellos. Además, no han subido la pared del Eiger en dieciocho horas de un solo día para luego sufrir un accidente por la noche en la vía normal. Un poco por debajo de la cima, en un lugar protegido del viento, tallan una plataforma en el hielo, suficientemente amplia como para estar sentados. Y cuando se echan el saco por encima, el hornillo empieza a sonar y huelen el sabroso aroma del café que despierta en ellos el espíritu de la vida, ya no sienten tanto el frío. Tras la noche, con las primeras luces de la mañana, inician el descenso.

Esa mañana del 27 de julio los cuatro suizos saludan con alegría el nuevo día desde su incómodo vivac por encima de la Araña. Han pasado la noche penosamente, pero todos se encuentran bien. El tiempo parece que va a ser bueno.

Pero no es así. A las ocho de la mañana, justo cuando Waschak y Forstenlechner llegan al Hotel Eigergletscher, cambia definitivamente el tiempo. La tormenta de nieve sopla por las aristas, lanza con furia los copos contra las rocas, llena de nieve las Fisuras de Salida y hace que las cascadas se paralizen y se conviertan en hielo. Tras los vivacs de las noches anteriores, todos están agotados, empapados, ateridos de frío. Una catástrofe parece avecinarse. Abajo, en el valle, en Scheidegg y en Alpiglen, la preocupación aumenta. ¿Tendrán que subir los guías con la pared en ese estado?

Pero entre los cuatro hay uno que en esas horas decisivas va a convertirse en un gran escalador: Raymond Monney. Él guiará a sus compañeros a través de las Fisuras de Salida y se encargará de asegurar la ascensión de todos los demás. Raymond también es joven, sólo tiene 24 años, pero parece como si el ser tres años mayor que

el resto le diera esa capacidad de perseverancia, esa tenacidad que no poseen sus compañeros. En medio de la tempestad de nieve, Monney luchará a lo largo de doce horas contra las heladas Fisuras de Salida recubiertas de hielo. Frecuentemente no es posible escalarlas en libre, y Monney introduce clavos una y otra vez, cuelga de ellos estribos allí donde la roca está recubierta de lisas placas de hielo que no ofrecen apoyo para el pie. Cordadas posteriores se sorprenderán de encontrar tantos clavos metidos en las Fisuras de Salida.

La cordada suiza alcanza por fin la cima a las 20.00 horas. La tormenta sigue rugiendo, los copos de nieve continúan golpeando, al tiempo que la niebla permanece pegada a la montaña impidiendo la visibilidad. Todo ello les obliga a realizar un cuarto vivac, en la cima. Los cuatro valientes alpinistas lo resisten también. Luego, cuando ya despunta la luz grisácea del alba, inician el descenso y llegan a Kleine Scheidegg a las ocho de la mañana.

Posteriormente, estas dos ascensiones de la pared —la cuarta y la quinta— fueron sometidas a ciertas críticas. A Waschak y Forstenlechner les achacaron imprudencia, aduciendo que sencillamente no era posible escalar la pared del Eiger en un solo día. A los cuatro jóvenes suizos les echaron en cara inmadurez.

Según mi opinión, ambos enjuiciamientos son duros e injustos. Los dos austríacos disponían simplemente de excelentes condiciones físicas y eran hombres extraordinariamente fuertes. Además, no cometieron ningún error, ni en el material empleado, ni tampoco en la apreciación del estado de la pared. Pero, ¿y el grupo suizo? Ciertamente eran todos muy jóvenes. Pero aunque los cuatro poseían aún un aspecto más propio de muchachos, se comportaron como alpinistas maduros en la Gran Pared en medio del mal tiempo.

## Nombres prestigiosos

El verano de 1952 empieza con un prelude suave. El 22 de julio se encaraman en la pared los franceses Pierre Julien y Maurice Coutin; vivaquean por encima de la Rampa y alcanzan la cumbre al día siguiente. El tiempo que han necesitado y su buen estilo demuestran su capacidad. La gente que los observa por los telescopios no considera su escalada como algo sensacional. Ya empiezan a acostumbrarse a las ascensiones de la pared. El hechizo de lo inquietante parece, pues, haberse quebrado.

El 26 de julio trae consigo movimiento entre los visitantes de Kleine Scheidegg. Pero no es a causa de la pared, sino de las personas que acuden a ella, sus nombres... Ha llegado Hermann Buhl. Con él, su compañero de cordada Sepp Jöchler. La señora Eugenie de Buhl y el hermano de Jöchler, Hans, vienen en calidad de acompañantes y asesores de estos candidatos a la escalada del Eiger.

A su vez, ese mismo 26 de julio llegan del valle Lauterbrunn cinco franceses, de entre los más famosos de Francia. El nombre del líder es, en esa época, internacionalmente más conocido que el de Buhl: Gastón Rébuffat, el escalador del Annapurna, el hombre que ha superado en dos ocasiones el Espolón Walker en las Grandes Jorasses, uno de los más extraordinarios representantes de los jóvenes alpinistas y guías de montaña de Chamonix. Viene acompañado de Guido Magnone, primero en haber escalado la cara oeste del Dru, en su tiempo considerada la escalada de roca más difícil. Sus acompañantes, Jean Bruneau y Paul Habran, son asimismo excelentes escaladores. Todos están perfectamente compenetrados y forman un grupo de buenos amigos.

Sin embargo, no sólo hay allí personajes famosos. En un pajar cerca de Alpighen acampan dos hermanos de la zona de Allgäu, en Baviera. Son Otto y Sepp Maag, quienes tienen previsto subir hasta la Cueva de Vivac, situada sobre el resalte, para dejar allí material. No se comenta nada de ellos, nadie les presta atención.

Nadie se da cuenta tampoco de que a las tres de la mañana dos escaladores pertenecientes al Círculo de Alpinistas de Viena han iniciado la escalada de la pared: son Sepp Larch —panadero, de Weyer— y Karl Winter —fresador, de Scheibbs—. Pero, ¿quiénes son? Como nadie sabe que ya están en la pared, los telescopios y los prismáticos no siguen su progreso.

Larch y Winter encuentran en la pared condiciones normales. No son muy buenas, pero tampoco muy malas. El hielo se ha derretido bastante y está duro, por lo que tienen que utilizar el piolet frecuentemente. Durante la travesía del Tercer Nevero tallan una hilera de peldaños. Vivaquean en un punto muy alto de la pared y llegan a la cima al día siguiente. Durante el descenso dan con dos jóvenes: un hombre y una mujer muy bella, buenos conocedores de las montañas: son Hans Jöchler y Eugenie Buhl. Larch y Winter se quedan sorprendidos cuando éstos les preguntan si han visto

a Hermann y a Sepp Jöchler, hermano del hombre joven.

No, ellos no han visto a Hermann Buhl.

—¿Estaba escalando la pared? —preguntan.

—Sí —contestan los otros—. Él, Jöchler y otros siete más.

Esa sí que va a ser una escalada lenta. ¡Nueve personas al mismo tiempo en la pared gigantesca! Es una pena, pues les hubiera gustado mucho conocer a Hermann Buhl. Luego se despiden con la certeza de que si Hermann forma parte del grupo, no puede ocurrir nada en la pared del Eiger, incluso con tantos escaladores. Sepp Larch —quien junto con Forstenlechner y Willenpart escalará al año siguiente la pared del Cervino y en 1955 alcanzará la cima del Gasherbrum II, de 8035 metros de altitud, en Karakórum, en compañía del ingeniero Moravec y de Willenpart— y su compañero Winter, sin embargo, han dejado a Hermann Buhl una especie de saludo: los peldaños que han tallado en el Tercer Nevero. Quizás hayan contribuido esos peldaños a que ese día, 27 de julio, ninguno de los nueve escaladores fuese alcanzado por la mortífera caída de piedras.

No puede pasar nada si Hermann Buhl está con ellos... Eso es fácil de decir, pero en la pared del Eiger cualquiera puede encontrarse en peligro. Una piedra puede alcanzar a cualquiera, también a los mejores. Hermann Buhl lo sabe, y su compañero Sepp Jöchler también. Hermann Buhl no es propenso a sobrevalorarse, como tampoco infravalora a la montaña. Y aunque algunos sean de la opinión de que él puede escalar la pared del Eiger con sus experimentados compañeros en un solo día, Hermann sabe muy bien que está expuesto a las leyes de la naturaleza de la alta montaña y a las caprichosas reglas de juego de la pared del Eiger en la misma medida que cualquier otro escalador.

Sepp y Hermann iniciaron la escalada en la parte inferior de la pared el 26 de julio por la tarde, para llevar el material lo más arriba posible, según la vieja costumbre de aquéllos que desean escalar la cara norte del Eiger. No suben todo lo que quieren llevar consigo; les falta la ropa interior para el frío, algunos víveres y otros objetos. Así pues, Hermann y Sepp quieren regresar antes del anochecer y pasar la noche en su cómoda tienda instalada en el prado.

Sepp y Hermann escalan sin cuerda. Cada uno busca su propio camino. En ese momento, lejos de su ruta, ven descender a dos muchachos: son los hermanos Otto y Sepp Maag, quienes a su vez han subido material hasta la Cueva de Vivac, ya que desean atacar la pared el 27 julio. Se saludan, pero sin acercarse. De todas formas, mañana se volverán a ver en la pared. Buhl no está muy contento, pues preferiría estar solo. Verdaderamente es igual realizar la octava o novena ascensión, pero el peligro de caída de piedras siempre es mayor cuantos más escaladores coinciden en la pared.

Buhl y Jöchler continúan la ascensión hasta llegar a la Cueva de Vivac por el Pilar

Descompuesto. Ese sitio no les gusta a ninguno de los dos, pues hay piedras que caen casi ininterrumpidamente sobre la vira. Buhl encuentra un vivac casi ideal unos cincuenta metros más arriba, hacia la izquierda, demostrando una vez más su gran capacidad para «leer la roca». Es una vira protegida contra la caída de piedras por desplomes, en la que se puede estar sentado —e incluso tumbado— y donde uno puede estar confortable junto al agradable crepitar de un hornillo. Y más arriba — grandiosa vista— se puede apreciar la pared intermedia del Muro Rojo, una pared dentro de la pared.

Por ahora, Hermann y Sepp sólo quieren utilizar este lugar protegido como almacén de material. Su intención es la de descender luego. Ven desprenderse diminutos puntos negros del borde superior del Muro Rojo —situado a 300 metros sobre ellos— que vuelan como pájaros. Pero no son pájaros: son piedras.

El descenso se hace imposible. Empiezan a caer pedazos de roca dando golpes por todo el resalte. El ruido resulta infernal. Sepp y Hermann observan cómo esos proyectiles rocosos estallan y se convierten en polvo blanco al caer sobre la vira de la Cueva de Vivac y sobre las rocas del resalte. Sólo podrán descender una vez que cese la caída de piedras.

Pero la caída de piedras no cesará mientras haga calor, y se ven obligados a vivaquear en ese bello lugar que es el almacén.

Hermann y Sepp pasan la noche bastante confortablemente, pero casi no pueden dormir. ¿Qué pasará mañana? ¿Tendrán que bajar y postergar la ascensión hasta pasado mañana? Ellos saben que en la pared del Eiger nunca se puede recuperar un día de buen tiempo perdido.

A las dos de la madrugada ven deslizarse dos puntitos de luz hacia el pie de la pared. Son los dos muchachos de Allgäu que se dirigen al punto de entrada. Hermann y Sepp deciden también seguir ascendiendo para no perder el día. Con la primera luz del alba descienden un poco y atraviesan en dirección a la Fisura Difícil, donde encuentran a los hermanos Maag. En ese momento todavía no forman cordada conjunta. Hermann supera la Travesía Hinterstoisser con tal destreza y ligereza que Sepp Jöchler —que ha visto escalar a su amigo muchas veces— está entusiasmado. Esto no es escalar en el sentido normal y corriente, ni tampoco acrobacia. Esto es ser un artista de nacimiento, algo que no se puede aprender ni aun mediante el más duro de los entrenamientos.

Buhl y Jöchler dejan la cuerda para los hermanos Maag, quienes la recogen tras efectuar ellos la travesía a su vez. Pero, ¿es que a nadie se le ocurre dejar asegurada la retirada? Nadie piensa en una posible retirada estando allí Buhl, a quien los dos hermanos miran con una especie de timidez llena de respeto.

Tras recorrer los tres largos de cuerda difíciles, ponen pie en las placas de roca hasta las que antiguamente llegaba el Primer Nevero. Es un terreno horrible: rocas

pulidas con unos resaltes de hasta dos metros de altura, sin presa posible ni hendiduras donde colocar clavos.

Haciendo relevos, Hermann y Sepp superan ese terreno traidor, descompuesto, inestable, que sólo es posible escalar utilizando la técnica de adherencia. Allí hay que olvidarse de la escalada por presas de pies y manos. Poco a poco van ganando altura. Los hermanos Maag los siguen.

Hermann y Sepp desconocen que los dos muchachos de Allgäu van equipados insuficientemente y no llevan material adecuado para un vivac en el frío. Por el momento sólo pueden comprobar que Otto y «el otro Sepp» aguantan el ritmo muy bien y que son hábiles alpinistas.

Jöchler y Buhl no ascienden hacia la derecha en dirección a la Manguera de Hielo, sino más a la izquierda hacia el resalte de roca que separa el Primer Nevero del Segundo. Ese resalte tiene mala pinta. El hielo brilla sobre él. La roca está tan resbaladiza que Jöchler —en cabeza en esos momentos— tiene que dejar de lado todas las teóricas reglas básicas de la escalada. Utiliza la rodilla para encontrar adherencia. Son momentos al borde de la caída. Pero tiene que evitar caerse, pues arrastraría con él a ocho hombres fuera de la pared.

¿Ocho? Sí, ocho, pues Sepp, a primeras horas de la mañana, cuando se encontraba justo por debajo de la Fisura Difícil, ha visto cómo subían cinco hombres por el primer pilar. Y esos cinco hombres están ya ahí, se han unido a ellos. Jöchler oye a Hermann intercambiar con ellos un saludo amistoso. Todavía no se conocían, pero ya sabían muchas cosas el uno del otro: Gastón Rébuffat —el alpinista francés más famoso en ese momento— y Hermann Buhl —el más renombrado de los países de habla alemana— se encuentran, pues, por primera vez en la pared más grande de los Alpes. Entre el grupo austríaco y el grupo francés se encuentra la cordada alemana. En total son nueve alpinistas, que más tarde formarán una única cordada: una cordada europea.

Los alpinistas son obstinados y tenaces. Cada uno tiene una personalidad bien marcada, así como una ambición personal y el orgullo nacional. Por ello, en los distintos relatos posteriores quizás se puedan encontrar diferencias, debido a que las vivencias que experimenta en la montaña cada persona son diferentes. Además, el recuerdo y la descripción también dependen de la forma de ser de cada uno.

Los nueve alpinistas están impresionados por la Gran Pared. La caída de piedras es especialmente fuerte ese 27 de julio. Pero ni ese peligro ni la impresión son aún suficientemente grandes para que abandonen la idea de competición. Entre el temperamento del tirolés —incapaz de esconder lo que siente— y la serenidad firme del francés —que sabe adoptar una actitud encantadora ante el orgullo nacional herido y mostrar amable sorpresa ante los ataques— existen demasiadas diferencias que impiden una unión armoniosa. ¿Podrá mantenerse unida esa cordada europea

surgida de la casualidad en la Pared Norte del Eiger?

Todavía no se ha llegado a ese punto. A Rébuffat ni se le ocurre utilizar la cuerda que han dejado los que les preceden en el escarpado resalte entre el Primer y el Segundo Nevero. Pero los hermanos Maag sí que hacen uso de ella, agradeciendo esa ayuda a los primeros en superar ese difícil pasaje.

Jöchler, en su impresionante informe personal dirigido a mí, describe así la continuación de la escalada:

Hermann me alcanza, luego me adelanta y sube magistralmente el escarpado nevero. Desde el lugar donde me encuentro tengo un panorama grandioso hacia las profundidades: por debajo de mí observo a siete figuras sobre la roca en pendiente, y mil metros más abajo el Kar lleno de surcos de agua. Y si dirijo la mirada hacia arriba, sólo puedo ver oscuros salientes verticales de roca que se elevan hacia las alturas por encima de la zona de hielo. La caída de piedras, que ahora es más intensa, se nos convierte poco a poco en rutina... Para hacerse una idea sólo es necesario observar el revuelto nevero. Los pitidos y zumbidos se suceden sin cesar, y cuando me pongo a escuchar atentamente, compruebo que no sólo a mí me alcanzan las piedras, sino también a los demás, pues se oye el grito de uno, luego de otro...

Ascendemos el Segundo Nevero en línea recta hacia arriba hasta llegar a las rocas, y allí atravesamos hacia la izquierda. Parece ser un pasaje corto, pero nos equivocamos rotundamente. En total serán diez peligrosos largos de cuerda.

Si observamos la relación de tamaño entre el hombre y la montaña, podemos comprobar que el hombre es insignificante y desaparece ante tales magnitudes. Jamás hubiera podido imaginarme que esa sensación pudiera turbar el alma humana como una pesadilla. Uno se siente perdido y abandonado. Los ojos no encuentran nada hermoso ya. Y es que en toda la pared no hay realmente ángulos muertos, sólo piedras cayendo por todas partes.

¿Qué hacer si le pasa algo a alguien? ¿Será mejor descender 1100 metros o subir 700? La gravedad de nuestra situación empieza a afectar a nuestro ánimo. La naturaleza nos tiene en sus manos. Las dificultades no son un obstáculo, es sólo la inseguridad lo que nos ataca los nervios.

Por fin se acaba el Segundo Nevero, pero lo que nos espera ahora es aún más desagradable que el hielo: son las rocas pulidas, afiladas, que llevan hasta el Tercer Nevero. El que va en cabeza no da abasto para evitar los peligros que sobrevienen de arriba. Sencillamente se le dice al compañero: «¡Oye, presta atención! ¡Cuando veas caer piedras grandes, grita enseguida!». Ya no tenemos miedo de las piedras pequeñas, pero las grandes pueden arrancarle a uno de la pared. De esta manera llegamos al Vivac de la Muerte de Sedelmayr y Mehringer. Allí empieza el Tercer Nevero. Asegurado por Hermann, que está ahora en un punto de reunión techado, me dispongo a entrar en esa inclinadísima pendiente de hielo. A unos 300 metros sobre ella se encuentra la Araña, cuyo embudo canaliza hacia el Tercer Nevero todas las piedras sueltas provenientes de la cima. Dos veces me veo forzado a regresar debido a que, en ese preciso momento, se precipita sobre mí con gran estrépito una salva de piedras. Pero alguna vez hay que atravesar este paraje. Con nuevos ánimos avanzo rápidamente. Apenas me encuentro en la mitad, comienza otra vez la misma historia. El zumbido se puede apreciar unos cuatro o cinco segundos antes de que empiecen a caer a mi alrededor. Parece pasar una eternidad hasta que todo se tranquiliza de nuevo. Doy entonces rápidamente unos pasos, antes de que recomience el bombardeo. Los últimos diez metros hasta un agujero situado entre la roca y el hielo son sólo ya un único «sálvese quien pueda»....

Éstas son las condiciones que encuentran Buhl, Jöchler y los hermanos Maag en el Tercer Nevero. Los franceses los siguen más tarde, y hacen una pausa larga en el lugar a resguardo de la caída de piedras antes de la travesía del nevero.

Al describir la travesía del Tercer Nevero, sería justo hacer una breve mención del pequeño regalo que Larch y Winter dejaron a los que venían detrás: los peldaños tallados en el hielo. Ninguno de los autores posteriores —ni Buhl, ni Jöchler, ni Rébuffat— lo mencionaron. Esta constatación no debe entenderse como reprimenda por un fallo de memoria sin importancia, pero quién sabe cómo habría terminado la huida de Jöchler ante la aniquiladora caída de piedras, de no haber sido por esos peldaños.

La primera cordada llega a la Rampa. Aquí se confía en estar a salvo de la caída de piedras. Pero también aquí caen esos proyectiles, sólo que su potencia viene aminorada por los sucesivos rebotes anteriores. Buhl y Jöchler escalan rápidamente los primeros largos de cuerda de la Rampa, avanzando frecuentemente los dos al mismo tiempo. Llegan a la chimenea que se estrecha hasta parecerse a una fisura. Pero no es la dificultad de la formación rocosa lo que les impresiona, sino el hecho de que la fisura esté llena de hielo y las paredes cubiertas de placas verglaseadas. Parece imposible seguir por ahí. Hermann intenta entonces ascender desviándose por la pared derecha. El terreno es tan difícil —sin presa posible, resquebrajado y liso— que incluso este magnífico escalador fracasa en el intento. Los clavos sólo penetran un poco en las escasas fisuras. Esta travesía es de sexto grado. Tan sólo dos metros separan a Hermann del punto de reunión que se encuentra por encima de esa fisura cubierta de hielo. Pero no consigue superarlos. Jöchler llega hasta él. Lo intentan entonces con un paso de hombros, aunque Jöchler tampoco tiene verdaderamente un punto de apoyo firme. Ya con los pies sobre sus hombros, Buhl se sube sobre su cabeza. Es peligroso. Vuelven a fracasar. Así, pasan tres horas.

Durante esas tres horas el sol se posa sobre la pared, derrite el hielo de la fisura, por la cual cae ahora una cascada de agua. Los otros han alcanzado a su vez la fisura. Buhl y Jöchler inician entonces el descenso en rápel. Pero la cuerda no llega a la Rampa, sino que cuelga libre sobre el vacío. Jöchler comenta en su informe que los franceses habían recogido la cuerda hacia la Rampa, pero Rébuffat no lo menciona. No tiene que haber sido forzosamente Rébuffat, sino quizá Bruneau o cualquier otros de los franceses que venían detrás de él.

Gastón Rébuffat escribe lo siguiente en su libro *Estrellas y borrascas*<sup>[5]</sup>:

Nos reunimos con los alemanes al pie del estrechamiento. Justo en ese momento, algunos rayos de sol desbordan la cresta de la cara norte del Eiger, calentando la pared y fundiendo el verglás. Pero esto no representa para nosotros ninguna ventaja, ya que por el estrechamiento se desliza una pequeña cascada que proviene del agua del deshielo de un nevero, situado treinta metros más arriba.

Nuestros compañeros Bruneau, Leroux y Magnone se reúnen con nosotros, y, pese a todas

las contrariedades, formamos un alegre equipo. Una cordada de dos puede tomarse en serio a sí misma, pero cinco franceses no pueden adoptar una actitud dramática, a pesar de la siniestra pared, la interminable espera y la tradicional promesa de mal tiempo. En donde se halla Bruneau es imposible no estar alegre.

Jöchler se ha reunido con Jul, y éste se lanza, en una travesía acrobática, todavía más hacia la derecha. Estoy convencido de que se ha metido en un callejón sin salida y que el único camino posible es la cascada. Los alemanes están dudosos, pero cuando yo me adelanto para intentar esa escalada, también se deciden. Sepp ataca y franquea el obstáculo con esfuerzo.

Con estilo encantador, Rébuffat se disculpa por utilizar la cuerda de los muchachos de Allgäu para subir por la cascada:

En el momento en que le toca escalar, su hermano Otto se vuelve hacia mí y sin pronunciar ni una palabra —no habla francés y yo no sé alemán— me tiende la punta de la cuerda con una sonrisa. No comprendo; me indica por señas que me ate a la cuerda y la anudo alrededor de mi cintura. Otto empieza la escalada, visiblemente feliz de que yo no haya rechazado su gesto de hermandad.

Es mi turno para atacar. El paso no es extremadamente difícil, pero salgo de allí mojado por completo.

Jöchler, que sube la fisura de agua detrás de la cordada Rébuffat-Habran, por su parte, cuenta ese pasaje con su habitual estilo emocionante:

La base de la chimenea está todavía llena de hielo, por lo que es poco frecuente encontrar presa. Uno se siente allí como una gallina ciega que encuentra un grano de trigo. No es posible abrir los ojos, y si uno abre la boca para respirar, se le llena de arena y piedras. Y lo más difícil es, sin duda, ese estrechamiento. Haciendo esfuerzos extremos tiene que atravesarlo cada uno de nosotros, lo que origina una retención del agua que a su vez produce una enorme presión. Cuarenta metros de escalada por una cascada... ¿se puede llamar a esto todavía escalada? Casi nos olvidamos de los esfuerzos sobrehumanos necesarios, pues el diedro que comienza, completamente anegado, nos complica aún más la vida. Y con el agua vienen las piedras. Sólo después de tres horas logramos salir del agua. Estamos colgados de nuestros clavos como ratones recién duchados y comprobamos tiritando que la pared del Eiger nos reserva todo tipo de sorpresas. Nos quedamos largo rato en la reunión, hasta que todos los compañeros han salido del diedro, pues el terreno es tan descompuesto que cualquier piedra que caiga puede ser peligrosa para los demás. En cuanto el último francés pasa el desplome de hielo que cierra el diedro, nos ponemos nosotros dos en marcha como locos, pues de tanto esperar estamos helados.

Rébuffat, alpinista y escritor a la vez, no describe la dificultad de ese pasaje de manera naturalista, sino que la «difumina» para así resaltar el contenido ambiental:

Paul me alcanza rápidamente. Luego llegan Jul y Jöchler, que han abandonado su tentativa de la derecha. No han utilizado la cuerda de los jóvenes alemanes, y esta pequeña demostración de orgullo parece decepcionarles. Mientras le doy un jersey seco a uno de ellos, que para mayor estupefacción mía no lleva más que una fina camisa y un anorak de esquí, Jul y Jöchler, de pronto, rápidos como el aire, pasan sin decir nada y se precipitan sobre el

siguiente paso para volver a tomar la delantera. Treinta metros más arriba llegamos al final de la Rampa. Desembocamos en un empinado nevero situado en el centro de un anfiteatro. Es tarde. Cada equipo busca un emplazamiento de vivac. Los austríacos y los alemanes, que habían subido demasiado, vuelven a bajar. Por nuestra parte, preparamos una pequeñísima plataforma. Magnone maneja el piolet con frenesí para allanar aquello un poco; Leroux, siempre ingenioso, construye un murito con piedras que se mueven; yo coloco los clavos que asegurarán al equipo. Habran habla y, cuando le deja, Bruneau suelta alguna palabra. Mientras, todo el mundo ríe. Veinte metros más arriba, los austríacos y los alemanes, cada cual en su rincón, permanecen silenciosos y un poco tristes.

La noche desciende sobre la montaña. El cuerno de los Alpes ha callado su bucólico refrán. El encendedor de faroles ha empezado su ronda en el cielo. Leroux prepara una cazuela con bebida caliente, mientras el salchichón, el tocino, la mermelada y las pastas secas pasan de mano en mano.

«Disfrutamos de una inseguridad muy succulenta», dice Habran, citando a su autor favorito. Es verdad. La amistad nos conforta, y estos cigarrillos, fumados bajo el estrellado cielo, vagamente sentados en nuestros sillones de piedra, tienen un incomparable sabor.

¿Nace la opinión de Rébuffat —cuando anotaba que las cordadas alemana y austríaca «estaban tristes en sus esquinas» mientras que los franceses disfrutaban de la vida y de la amistad en su vivac— de una arrogancia destinada a documentar la propia superioridad? Todavía las diferentes cordadas constituyen grupos separados que, de vez en cuando, se unen con un fin determinado. Todavía existe entre ellos ese sentimiento de competencia que se guía por el respeto recíproco y que nace de la razón y de la experiencia de alpinistas. Todavía no ha nacido «la cordada europea». Todavía se queja cada uno de ellos de que tienen que pararse y esperar a causa de los otros. Pero el comentario de que los alemanes y austríacos no estaban alegres en su vivac no tenía su origen en la arrogancia ni tampoco era una pequeña maldad escondida, sino que se ceñía estrictamente a la realidad.

Ante las cordadas Buhl y Maag, los franceses ascendían la pared con «ventaja». Con la ventaja de poseer el mejor material el más completo No se trata, por supuesto, de un argumento en contra de ellos, sino a su favor. A Hermann Buhl y Sepp Jöchler se les podría reprochar el haber continuado la escalada de la pared sin llevar calzoncillos largos ni jersey de reserva, en lugar de descender después del primer vivac para recoger esos objetos, perdiendo así un día. Pero en ese caso tendrían que haber abandonado el intento de escalar la pared, pues el tiempo estaba empeorando. Además, ellos sabían bien qué tipo de penurias eran capaces de soportar. Por otra parte, Buhl y Jöchler sólo conocían de vista y de oídas los chalecos y sacos de dormir de plumas, así como el excelente material, que los franceses habían podido adquirir y con el que habían realizado grandes actividades en el Annapurna y en las tempestuosas montañas de la Patagonia. Pero Buhl y Jöchler eran pobres.

Arnold Lunn, cronista y crítico sincero de los acontecimientos alpinos se refiere en su libro a Hermann Buhl en términos siguientes:

Después de haber acreditado su maestría en las montañas de su país, se graduó en las terribles paredes norte de las Jorasses y del Eiger. El dinero siempre fue un problema para él. Había salido de Innsbruck con tan sólo cinco francos suizos en el bolsillo.

Y después de haber comentado críticamente Lunn los increíbles logros y aventuras de Buhl en las montañas —entre ellas la escalada nocturna en solitario de la pared este del Watzmann en invierno—, continúa, refiriéndose a éste, de la manera siguiente:

Ciertamente se puede condenar —por demasiado osada— una empresa como ésta, pues va completamente en contra de la sana tradición del alpinismo. Pero es imposible no sentir admiración por la valentía, tenacidad y fantástica maestría mostradas por Buhl.

Pero, ¿cuál es la situación real en el vivac de Buhl y Jöchler situado por encima de la Rampa? Jöchler la describe así:

Buscamos un lugar donde vivaquear, sin encontrar nada adecuado. Pero nos decimos mutuamente que soportaremos la noche como sea. Completamente por sorpresa, una piedra me golpea en la cabeza, abriéndome un buen agujero. Me doy cuenta de la gravedad de la herida cuando noto que la sangre empapa mi pantalón. Estoy mareado y siento ganas de vomitar, pero no puedo hacerlo, pues llevamos sin comer nada desde las cuatro de la mañana y durante todo el día no podemos ni siquiera tomarnos tiempo para pensar en el estómago. Eso pasa por sentirse perseguidos continuamente...

La expresión «perseguidos» es quizás la mejor descripción de esa sensación que tienen muchos escaladores del Eiger: perseguidos por la caída de piedras, por el rápido discurrir de las horas, por la preocupación por el cambio meteorológico que puede convertir la pared en una terrible trampa.

Ese 27 de julio la caída de piedras era especialmente intensa. Debido a la presencia de nueve hombres en la pared, la presión que ejercía el paso del tiempo era aún más fuerte que en todas las expediciones anteriores. Y esto no hacía sino aumentar la preocupación por la amenaza del cambio meteorológico.

Jöchler continúa su relato así:

Nos asentamos en un lugar muy expuesto, nos metemos en los sacos y ya sólo deseamos una cosa: hacer té y bebérselo lo más caliente posible. Durante la primera media hora, sin embargo, somos incapaces de hacer nada, pues todos estamos temblando de frío. Poco a poco conseguimos colocar el hornillo y meter hielo en la olla para derretirlo. Mis fósforos están empapados de agua e inutilizables. Todo, absolutamente todo lo que tengo puesto y lo que hay en mi mochila está empapado. Pero Hermann tiene fósforos de seguridad. Intenta encender uno tras otro, hasta que se acaba el último fósforo y tira todo pared abajo —incluyendo el hielo que no ha llegado a convertirse en agua para té— pronunciando, al hacerlo, una muy clásica expresión.

Estamos sentados uno junto al otro, tristes, muy cabreados y con una sed aún mayor, que nos impide tragar bocado. Sopla un viento frío. Los calambres permanentes en los pies me

producen grandes dolores... La única consolación para nosotros es que mañana se habrá acabado la excursión...

Por la noche el tiempo cambia definitivamente a peor. El cielo está cubierto de nubes negras y la niebla desciende por los flancos de la cima. A las cuatro de la mañana nos encontramos de nuevo sobre terreno muy desagradable. Primero la travesía de un nevero poco fiable, que parece terrorífico bajo la difusa luz de la madrugada. Luego otro increíble pasaje por terreno descompuesto hacia la Travesía de los Dioses. Sepp y Otto, los dos alemanes, nos dan pena. Han pasado la noche sin saco, pues no lo llevan consigo. Como nosotros, continúan la escalada sin haber comido nada. Siguen escalando para estar en movimiento y conseguir que el cuerpo entre en calor. Como el día anterior después de atravesar la chimenea, hoy también nos unimos con la cuerda formando una cordada de cuatro. Tras la travesía de la fisura llena de hielo, los franceses también piden unirse en cordada a nosotros. Así pues, ya somos una cordada de nueve hombres. Y nosotros dos comprendemos enseguida lo que esto significa...

El hecho de que Sepp y Otto Maag no lleven ni siquiera una funda de vivac es único en la historia de la pared del Eiger. Esa inaudita negligencia se podría criticar aquí con toda dureza. A Buhl y Jöchler no se les debe hacer reproche alguno por ello, pues cuando se encontraron con los dos hermanos no pudieron controlar su equipamiento. Pero tampoco se debe condenar a Otto y Sepp, pues su manera de superar las dificultades, el frío y las penurias fue sencillamente grandiosa. No solamente disponían de gran maestría en la escalada, sino que traían además las condiciones de carácter necesarias para realizar una expedición de montaña difícil, como son la voluntad y decisión, la tenacidad y el compañerismo. No es necesario decir que los demás se ocuparon de protegerlos. Y los franceses también ofrecieron su amistad a esos dos hermanos insuficientemente equipados.

Nueve hombres escalando juntos. Una vez más afloran la ambición y el orgullo en esta cordada europea que se abre camino en medio de una fuerte nevada. Rébuffat explica así sus razones de querer unirse a los cuatro primeros:

La roca caliza hiela los dedos bajo su cubierta de nieve. Tras una gran zancada, el pilar se abomba como un vientre. Calculo mi progresión por la de Otto, que sube un poco rabiosamente, intentando hacerlo deprisa, unos cinco metros por encima de mí. Encuentro un clavo abandonado por los primeros escaladores. Introduzco un dedo para sujetarme. De golpe, oigo un crujido. Levanto la cabeza: un bloque, grande como un mojón, acaba de ceder bajo los pies de Otto. Mi dedo se aferra al pitón y, suspendido de él, me aparto hacia la derecha para esquivar el bloque, pero éste rebota por encima de mi cabeza y se fracciona, alcanzándome alguno de los pedazos. La cabeza me da vueltas, todo oscila a mi alrededor... Mi dedo, enganchado al clavo, no se ha soltado, pero me duele mucho, como si me lo hubieran serrado. Poco a poco se restablece el orden a mi alrededor. Siento correr algo pegajoso por mi cara, y como un gran peso sobre los hombros. Miro mi dedo, que todavía sigue en el pitón. Experimento cierta felicidad y una especie de agradecimiento a este dedo mío por no haberse soltado. Desde arriba, los alemanes me envían una cuerda. Instintivamente me ato y prosigo la escalada.

Buhl y Jöchler no parecen haberse dado cuenta de ese accidente de Rébuffat del

que ha salido bien librado, pues Buhl no comenta nada al respecto. En su libro *Del Tiro al Nanga Parbat*, relata lo siguiente:

Por deseo de todos, constituimos ahora juntos una sola cordada. Tenemos ante nosotros la Travesía de los Dioses. Con buen tiempo será divina, porque justo bajo los pies se taja en vertical la peña sobre el Tercer Helero. Mil cuatrocientos metros por debajo, los prados de Alpiglen. Ahora bien, en las presentes circunstancias, a lo sumo puede contribuir a aproximarnos de golpe a los dioses. Cada agarre y cada resalte hay primero que limpiarlo, con cuidado, de nieve. Las posibilidades de asegurar son de lo más escaso. La tormenta brama por las laderas. La intensidad de la nevada se ha multiplicado. El cielo vuelca sobre nosotros gruesos copos a carretadas. El nevazo se precipita fragoroso muro abajo. Cada cual tiene que apañárselas como pueda en esta danza de brujas. Únicamente la cuerda sigue diciendo: «No estás solo, tienes ahí compañeros con quienes contar».

Rébuffat, a su vez, describe así ese pasaje:

Esta mañana casi me alegraba de que la tradicional tormenta acabara por estallar. Ahora avanzo sin entusiasmo, con la cabeza pesada y el codo anquilosado. Aquí el infierno es blanco, silencioso y frío. La bestia no está contenta; la nieve penetra por los puños y por el cuello; los dedos están maltrechos; los pies se hielan; las ropas, mojadas, se han convertido en una coraza crujiente. En mis compañeros adivino los mismos pensamientos, las mismas inquietudes, y en los alemanes y austríacos también. La pasta humana es la misma aquí también. Pero poco a poco el hombre se adapta, es su obligación. Ha empezado por ser espectador de un mundo al que no está acostumbrado, y este mundo se ha convertido poco a poco en suyo. Y llega el momento en que ante el despliegue de obstáculos nacidos de la unión entre la montaña y los elementos, siente de pronto surgir una potencia, un equilibrio y una fraternidad.

La fraternidad, la cuerda de Hermann Buhl: «Ahí tienes compañeros...». La cordada nace bajo esa tormenta de nieve en el tramo final de la pared del Eiger. Bajo la tormenta de nieve, en la lucha y en la paciencia de la espera hasta que el compañero que viene por detrás llega con desesperado esfuerzo al punto de reunión y queda allí asegurado. Rébuffat describe gráficamente la imagen de la cordada al escalar la Araña:

Los islotes humanos derivan lentamente hacia arriba. De vez en cuando un alud desborda la canal. La larga cordada que se escalona a lo largo de la pendiente se crispa sobre el cristal de hielo, y cada hombre lucha en silencio para no ser arrastrado.

Necesitamos muchas horas para subir seis largos de cuerda. Buhl está cien metros más arriba que yo; Bruneau, cien metros más abajo. Gran batalla individual y colectiva a la vez. Cada uno de nosotros avanza imperceptiblemente al mismo tiempo que la cordada.

Van avanzando lentamente, imperceptiblemente. En realidad progresan escalando la Araña con terrible lentitud. Son sólo seis largos de cuerda, pero bajo esas condiciones y con tantas personas, eso significa siete horas de escalada.

Hermann Buhl ha tomado perfecta nota de la dirección y frecuencia de los aludes.

Se ha dado cuenta de que la ascensión por la vía normal puede ser un suicidio. Entonces atraviesa la pendiente hacia la derecha hasta que encuentra una estrecha vira de hielo, que no está permanentemente expuesta a la caída de aludes. Empieza a escalar por ahí hasta que por fin se acerca al límite superior. La tormenta suelta sus pitidos de órgano y se traga las palabras. Si quieren hacerse entender, no les queda más remedio que gritar. ¿A qué distancia podrá estar el último? Buhl anota en su libro lo siguiente:

La nieve, mientras tanto, ha ido poniéndose muy húmeda. Igual de húmeda está nuestra ropa. El nevero sube abrupto hasta la peña, cubierta por una traicionera capa de nieve reciente. Los pasos a continuación, que en condiciones normales no debieran presentar dificultades excesivas, son probablemente los de más riesgo que hasta ahora me hayan tocado. No se trata ya de escalada, sino de una pelea por ganar altura, en la que a cada instante hay que sobreponerse a la sensación de resbalar. Todo vale, con tal de ganar altura. No hay estilo que valga. Codos y rodillas se revelan prácticos medios de progresión. Cuando vuelvo a lograr meter una clavija, respiro aliviado, con la sensación de haber conseguido burlar a la pared una pizquita. Cada metro superado es un triunfo. Vamos ascendiendo a paso de tortuga. Pero el tiempo apremia. ¿Minutos? ¿Horas? No nos fijamos en eso. Pero llegamos a darnos cuenta de que hoy ya no alcanzaremos la cima. ¡Un tercer vivac! ¡En esta pared, en estas condiciones! Pero no hay otra. Ya no se trata del triunfo en la cumbre. Ahora es cuestión de salvar el pellejo...

Estamos en el espolón que escinde como la proa de un quitanieves los aludes. El paso a la canal mayor es relativamente fácil. Oigo a los que me siguen meter clavijas. ¿Les resulta a los últimos demasiado lento, se han independizado? ¿Querrán subir adelantando? ¡En extraplomo se taja la roca bajo mí a pico sobre la Araña! A ésas... otra vez llena una nube blanca el fondo de la canal. «¡Ojo, alud!» Todo lo demás se produce en segundos. Otra vez un breve y brusco tirón. Otra vez este infernal turbión, como un carrusel demoníaco... Minutos después, estoy vivo; parece un prodigio. Por debajo de mí reina un mortal silencio. ¿Qué ha sido de los franceses? ¡Los cazó la riada! ¿Fueron arrastrados al abismo?

¿Y cómo describe Sepp Jöchler la travesía de la Araña, los largos de cuerda siguientes, la llegada de ese gran alud de nieve? Lo hace de esta manera:

Nos damos cuenta enseguida de lo que está sucediendo aquí. Todos los aludes que provienen del muro final se concentran aquí para luego barrer la Araña como impulsadas por una tobera. Y lo más interesante es que cae un gran alud en intervalos regulares de aproximadamente cinco minutos. La necesaria preparación moral previa nos rompe los nervios...

Ahora estamos todos —los nueve que somos— sobre el hielo liso. Si alguno de nosotros cayese, eso podría tener consecuencias fatales para los otros. Y por eso Hermann se pone a tallar peldaños en el hielo. Durante seis horas. Sin descanso. Es un logro sobrehumano, especialmente si tenemos en cuenta que el mero hecho de estar de pie sobre el hielo ya es en sí un esfuerzo corporal importante.

Agotados y temblando de frío alcanzamos el límite de la Araña. Un cansancio general se apodera del cuerpo, que se pone a tiritar y temblar en cualquier posición que esté, incluso cuando está en movimiento. Al mismo tiempo sufrimos una sed horrible. Cuando llega el alud, nos tendemos automáticamente sobre la superficie de hielo, esperando con temor sus efectos, pero abrimos la boca al mismo tiempo para que entre por ella la húmeda nieve y nos

apague momentáneamente esa quemazón.

Ahora empieza una escalada difícil que resulta todavía más complicada debido al aumento de formación de hielo...

Nos encontramos ya a tres largos de cuerda por encima de la Araña, cuando se desata un alud produciendo un gran estampido. Esta vez el alud es de una amplitud extrema. Al principio pienso que Hermann viene arrastrado por él. Luego percibo un tirón en el pecho que me saca los pies de mi posición. Ahora me encuentro colgando únicamente del clavo. En ese mismo momento la cuerda empieza a deslizarse entre mis manos: Sepp Maag también ha sido arrastrado. Pero mi clavo aguanta.

Desde abajo se oyen gritos cortos. ¿Habrá alguien herido? ¿Cómo ayudar a un herido cuando cada cual está luchando por mantenerse en su sitio?

—¡Buhl! ¡Buhl! —grita uno de los franceses.

¿Podrá oírlo Hermann bajo esta tormenta ululante? Probablemente no. Además, sería imposible descender esos metros —ganados en duro combate— que luego no resultaría posible volver a escalar. Tampoco oye mis llamadas. Sólo veo que cuelga de un clavo y que mueve el cuerpo agitadamente.

Los franceses piden ayuda. Les tiro una cuerda, pero es demasiado corta. Le anudo otra. Ahora sí llega. Sepp Maag sube hasta donde estoy y los dos empezamos a tirar de la cuerda con todas nuestras fuerzas, durante casi dos horas, hasta que Rébuffat llega por fin y me da golpes de agradecimiento en la espalda.

Sepp y yo estamos agotados y apenas si podemos sostenernos de pie.

Los franceses y los hermanos de Allgäu permanecen enseguida en ese lugar relativamente bueno para vivaquear allí. Yo tengo que subir aún hasta donde está Hermann. Escalar es ya casi imposible y las fuerzas me están abandonando. Hermann tiene que sujetarme la cuerda para que yo pueda subir por ella. Me resbalo dos veces a lo largo de la cuerda debido al agarrotamiento muscular de las manos, que hace que se me abran los dedos. Tras el tercer intento consigo subir hasta más de la mitad, pero un nuevo alud me cae encima arrastrándome una vez más al punto de partida. La tormenta aumenta más y más en intensidad. Otro intento. Esta vez lo consigo. Cuando alcanzo a Hermann está ya anocheciendo. Un tercer vivac se impone en un lugar muy incómodo y peligroso. En la Pared Norte del Eiger se ha desatado un verdadero infierno.

Tras esfuerzos desesperados conseguimos colocar dos pitones de los que nos colgamos. Seguidamente nos colocamos sobre las cabezas la funda de vivac.

Vivac en la pared. Es el tercero para Hermann y Sepp y el segundo para los franceses y los muchachos de Allgäu. Este campamento a la intemperie es húmedo y frío, pero no deja de tener algo de reconfortante, a pesar de todo. Gastón Rébuffat escribe al respecto:

Los dos jóvenes alemanes, calados hasta los huesos, permanecen junto a nosotros y nuestra relativa comodidad de chaquetas de plumón mojadas... No tienen material de vivac ni más prendas de vestir que sus ligeras camisas, su anorak de tela, un chaleco corto y el chándal que le di a Sepp el día anterior. Y además, no habían comido nada desde ayer por la noche. Nosotros también estamos completamente empapados; hace mucho rato que la nieve se ha fundido en contacto con la piel y se desliza a lo largo de la espalda y los brazos.

No pensábamos vivaquear más que una vez y nuestras provisiones empiezan a escasear, aunque por suerte las habíamos calculado muy abundantes. Estamos sentados los siete con

las piernas colgando o puestas en los estribos de cuerda helada, sobre dos míseros rellanos: dos escalones gastados, redondeados, inclinados hacia el vacío, suspendidos por casualidad de la colosal pared. Uno de ellos, el superior, es relativamente grande: tiene una anchura de treinta a cuarenta centímetros por una longitud de un metro cincuenta, y conseguimos meternos cinco en él. Jean Bruneau en el extremo de la derecha, los dos alemanes entre él y yo, y Pierre Leroux, a mi izquierda, quien también ha logrado sentarse. En el pequeño escalón de debajo, Paul Habran y Guido Magnone se apretujan uno contra otro y apoyan su espalda contra nuestras piernas. Para no caer, en el caso de que uno de nosotros resbale o se duerma, cada uno está atado a un clavo, como una cabra a una estaca. Nos hemos tapado con la pequeña tela de vinilo que Guido tuvo la buena idea de traer: fijada a los pitones y colocada sobre nuestras cabezas, nos hace de techo. Los aludes siguen precipitándose por el corredor, pero aquí son más escasos y ligeros; crepitan y resbalan sobre la tela impermeable, pero parte de la nieve consigue amontonarse entre nuestra espalda y la pared. De vez en cuando, el viento del oeste trae una capa de nieve polvo que se filtra por todas partes: en el cuello, a pesar del cagoule; en los bolsillos, en las mangas, entre la ropa, en los guantes, en las botas... Nuestro vivac parece un pueblo destruido por la tempestad. Sin embargo, algo de alegría reina entre nosotros, a pesar de esta promiscuidad: somos muchos y todavía nos sentimos fuertes. Paul y Guido hacen el inventario de nuestras provisiones. Pierrot, con movimientos de equilibrista, coloca un cazo de nieve sobre el hornillo, que sostengo trabajosamente sobre mis rodillas. Las cajas de cerillas están mojadas, pero después de muchos fracasos una pequeña llamita duda, vacila, hace un agujero a través de la humedad y como una pequeña reina siembra un poco de alegría entre los hombres. Otto y Sepp se sienten felices con nosotros. Jean nos anuncia, con voz tranquila y risueña: «La tradición ha sido superada».

Compartimos, como buenos hermanos, algunos bombones, terrones de azúcar, trozos de galletas y un poco de agua tibia que hemos conseguido fundiendo la nieve.

El vivac de Buhl y Jöchler es terrible. Ambos están al límite de sus fuerzas, tanto física como moralmente. Tiemblan como si tuvieran calambres. Durante un tiempo interminable están acucillados o colgados en su diminuto espacio, empapados, helados, sin poder comer nada, incluso sin hablar entre ellos. Más tarde intentan tomar algo de biomalta pastosa, que se les pega al paladar. Entonces incluso el tragar se convierte para ellos en un esfuerzo casi insuperable.

Sepp y Hermann han realizado hoy un gran trabajo. Hermann ha rendido tanto, que ni el mismo Jöchler lo hubiera creído posible. Y a Buhl nunca se le ha pasado por la cabeza separarse de los demás acompañado por Sepp, dejando a los mal equipados hermanos Maag solos en la pared, para avanzar con más rapidez. Y quizás haya sido también bueno para los franceses que Buhl estuviese en cabeza. Ciertamente, todos son hombres extraordinarios. Una cordada que incluya a alguien como Gastón Rébuffat y a un Guido Magnone siempre podrá abrirse un camino allí donde exista la más mínima posibilidad. Pero cuando cayó el gran alud y la noche se cernía ya sobre ellos, la salvación estaba en el grupo, la gran cordada, con Hermann Buhl a la cabeza.

Ahora, sin embargo, Buhl y Jöchler están completamente exhaustos. Esa noche fría van a pagar el precio de haber agotado sus últimas reservas de energía. Sienten dolores en el pecho y en el vientre. Jöchler padece de ciática, un recuerdo de la guerra. La respiración de Buhl es jadeante, volátil. Es como si se le estuviera

anunciando una pulmonía. Y contra todos estos padecimientos tiene que luchar lo poco que les queda de su fuerza de voluntad, la voluntad de vivir.

A veces, sin embargo, se duermen. Entonces sus cabezas chocan y ellos siguen colgando apáticos de la cuerda; más tarde consiguen hacer un esfuerzo y se acuclillan nuevamente en su sitio. ¿Es que la noche no va a acabar nunca?

Pero la luz diurna consigue colarse; la tormenta ha cesado y también la nevada. Se anuncia un día claro, pero con él viene el frío. La temperatura desciende muy por debajo del punto de congelación. ¿Será posible bajo ese frío, tras una noche como la pasada, en esas condiciones, encontrar el camino que les saque de esta pared sobre la que el hielo y la nieve han dejado su manto rígido y brillante? Las caras de Hermann y Sepp están lívidas, casi verdosas. Tienen las mejillas hundidas y la nariz les sobresale anormalmente. Pero todavía conservan la voluntad.

Y la voluntad consigue que el final se convierta en un nuevo comienzo. El misterio de Hermann Buhl se manifiesta esa mañana helada y clara en esa pared sombría recubierta de un caparazón de hielo.

Hermann Buhl se dispone a escalar la vía hacia la cima. Sepp se encarga de asegurar a los dos muchachos de Allgäu. Buhl se pone enseguida a escalar. Se trata de un diedro desplomado cubierto de hielo y nieve. Este tramo extremadamente complicado mide veinte metros de altura. Hermann necesitará cuatro horas para escalarlo. Cuatro horas para veinte metros. Hermann se cae, escala, cae de nuevo, pende del clavo, hace un esfuerzo nuevamente, consigue ascender para luego volver a quedar colgado de la cuerda como un manojito de músculos desamparado. Sepp escucha nítidamente las palabras siguientes: «No puedo más». Pero Hermann puede más, una vez más, y alcanza el punto de reunión por encima de esos veinte metros.

—Sepp, ahora puedes liderar tú.

Jöchler relata más tarde:

No sé cómo se puede describir con palabras la hazaña de Buhl. Cualquiera que lo viera trepar esos veinte metros, resbalándose una y otra vez para quedar suspendido, colgando de la cuerda, sacudiría la cabeza pensando que lo que estaba observando no podía ser cierto. Cuatro horas de la más dura lucha en un estado de agotamiento físico y psíquico. Siempre le estaré agradecido a Hermann, pues él nos abrió esa puerta y nos dio la esperanza de vida...

Gastón Rébuffat, por su parte, intenta poner en palabras el logro de Buhl como sigue:

Buhl ataca, y se halla enseguida en un terreno muy difícil: bajo la nieve, la roca está recubierta por una brillante ganga: un verglás duro y denso que la tapiza de modo uniforme. Los pies patinan, las manos resbalan, las fisuras están obstruidas, las presas niveladas, los clavos entran mal, el martillo golpea, introduce lo que puede, se cansa, golpea al lado, escama poco a poco el denso verglás; los dedos, entumecidos, liberan una hendidura del hielo que la recubre y clavan en ella otro pitón... Buhl gana cincuenta centímetros, un metro; sus pies resbalan una vez más, pero todo va bien; los clavos aguantan. El frío es

terriblemente intenso; el cielo está despejado; los dedos insensibles; los pies, helados; los músculos, rígidos; la máquina está anquilosada; las ropas parecen una coraza; la cuerda, un vástago de hierro. Pero el corazón y la voluntad velan incorruptibles. Buhl avanza lentamente, y con una tenacidad maravillosa consigue franquear el resalte. Jöchler se reúne con él y continúa de primero.

Esto suena fácil, casi lacónico. En realidad este proceso es sumamente dramático, pero Rébuffat, que se encuentra más abajo, no lo puede contemplar en toda su amplitud.

Buhl, quien nunca se dejó vencer, que nunca capituló ante ninguna dificultad, que creía que la propia debilidad era el mayor obstáculo a superar, se extenuó de tal manera en ese diedro en desplome cubierto de hielo que incluso sus últimas reservas estaban ya agotadas. Tras colocar del último clavo superior y luego asegurarse a él, se le van las fuerzas y se desploma hacia delante, quedando colgado de la cuerda con la cabeza y los brazos caídos. Intenta darse la vuelta, pero no encuentra fuerzas suficientes para hacerlo. Y el hecho de que Hermann Buhl pronuncie esas palabras que nunca antes había pronunciado —«No puedo más»—, así como la posición en que se encuentra, infunden pánico a Jöchler: es la posición en la que murió Toni Kurz. ¿Será éste el final de Hermann? ¿Le estará fallando ahora el corazón después de haber conseguido que lo imposible se hiciera realidad? ¿Le ocurrirá lo que a Toni Kurz?

Quizás fueran esos pensamientos, quizás la preocupación, o, mejor dicho, el miedo de perder a su amigo lo que capacita a Jöchler para, con la cuerda y el clavo colocado por Hermann, aunque sin ayuda desde arriba, dirigirse enseguida hacia donde está Buhl y colocar al exhausto de nuevo cabeza arriba. La cara de Buhl está vercosa. Un trago de café caliente lo arreglaría todo. Pero ese trago no es posible allí...

Y sin embargo, se produce de nuevo el milagro. Hermann Buhl se recupera. Jöchler se queda junto a él para asegurarlo y ayudar a su ascensión, que realiza Sepp Maag. Y más tarde, cuando se pone a escalar por las Fisuras de Salida empinadas, verticales y a veces en desplome, Jöchler pone toda su confianza en su extraordinario dominio de la técnica de cuerdas y de aseguramiento aprendidas de Buhl. Aunque parezcan más fáciles —después del paso difícil superado por Buhl en cabeza de cuerda—, esas Fisuras de Salida siguen siendo extraordinariamente comprometidas y peligrosas.

Jöchler va en cabeza. Parece como si hubiera recobrado nuevas energías al saber que Hermann lo necesita. Jöchler los guía con precaución y sorprendentemente veloz. La velocidad de su ascensión aumenta conforme gana en altura. El sol brilla tenuemente a través del velo de la niebla. Tiene poca fuerza, pero es el símbolo mismo de la vida. ¡Nos da valentía, nos da confianza!

La gran cordada se acerca a la cumbre. Cada cual asegura y tira hacía arriba del

que va por detrás. La celeridad es ahora lo más importante, todo lo demás es secundario. Cada uno de los nueve hombres da lo mejor de sí. Sepp escala y supera la última fisura. Ante él se extiende el nevero somital. Ya llegan los demás...

Aquí el grupo francés se separa del resto. El sol brilla ahora con bastante fuerza. Gastón desea esperar y subir más tarde a la cima junto con sus compañeros. La cumbre está cercana, y luego la bajada, el sol y la vida.

La única cuerda que los enlazaba se deshace. No es una cordada europea la que escala el nevero que lleva a la cumbre, sino una cordada austríaca, una alemana y una francesa. También existe un espacio de tiempo entre ellos. Una la conduce el alpinista más conocido de lengua alemana: el tirolés Hermann Buhl. La otra la guía el alpinista más famoso de lengua francesa: Gastón Rébuffat.

¡Qué pena! Pero este final no cambia el hecho de que la octava ascensión de la Cara Norte del Eiger haya sido realizada con el esfuerzo común y la armonía conjunta de una cordada europea bajo las condiciones más adversas que se han dado hasta ahora. Y no terminó en una catástrofe, porque todos eran seres extraordinarios que portaban consigo la voluntad de realizar lo mejor para todos. El orgullo y la rivalidad, esas debilidades que los hombres de los valles llevan consigo a las montañas, no afloraron a la hora de la verdad. Probablemente esos sentimientos no puedan ser nunca completamente erradicados, y quizás incluso encontremos en algún reportaje un atisbo de ellos. Pero los reportajes se escriben pasados los hechos, lejos ya de la tormenta, de los aludes, del frío vivac. Y nunca en situaciones de máximo peligro.

## Terribles sucesos sin cesar

En el verano de 1953 el velo de la muerte se extendió nuevamente sobre la pared. Ya no volvería a desaparecer hasta 1988.

En junio de 1953 la pared atrae como un imán a los alpinistas extremos. Dos alemanes, Paul Körber y Roland Voss, apenas son observados por los pocos turistas y empleados de los hoteles cuando, el primer día, despliegan su vivac en la Plancha. Durante la noche se produce un cambio meteorológico, trayendo precipitaciones de nieve y una caída de las temperaturas. Se los ve cruzar de vuelta el Segundo Nevero. Hacia mediodía se origina el terrible final. El que está más arriba ya no puede sujetar la cuerda con sus dedos rígidos. Resbala y cae, deslizándose cada vez más rápido. Trescientos metros más abajo los cuerpos se paran y quedan tendidos allí, sin vida.

Más o menos en ese tiempo se encuentran en la cordillera de Wetterstein dos alpinistas de especiales características: Uli Wyss, guía de montaña de Berna, de veintiocho años, y Karl Heinz Gonda, montañero de Dresde, de treinta y uno. Wyss era un extraordinario escalador en hielo que también dominaba perfectamente la escalada en roca; Gonda, uno de los mejores de la escuela de Elbsandstein. Gonda y Wyss forman la cordada ideal, capaz de superar todas las dificultades y peligros.

En los primeros días de agosto ambos hombres comienzan la escalada de la Cara Norte del Eiger. Se desconocen las condiciones meteorológicas con que se han encontrado en la pared. Ellos mismos no pudieron dar ya noticias de ello y el seguimiento mediante los dispositivos de visión de largo alcance se veía dificultado frecuentemente por la niebla. Al tercer día, cuando los telescopios pudieron enfocar por fin nuevamente la pared, se observaron dos puntos: Wyss y Gonda estaban escalando las heladas Fisuras de Salida velozmente, como si hubieran acabado de salir de su saco de vivac protector y no como dos hombres que, en realidad, habían conseguido superar su segunda y más fría noche después de enormes esfuerzos realizados en los últimos días.

El informe que dieron los que observaban mediante telescopios —Hugo Wyss, hermano de Uli, y Werner Stäuble, confirmado especialista de salvamento en montaña, de Zúrich— era de una concisión y brevedad estremecedoras:

Al mediodía los vimos a unos cincuenta metros por debajo de la cima. Luego las nubes nos impidieron continuar observando. Cuando el telón de nube se abrió, vimos por el telescopio que sus huellas se perdían en una pequeña avalancha de nieve...

No fueron, pues, las dificultades, sino un alud en el nevero somital lo que acabó con la vida de ambos. Tras haber hecho realidad su sueño de escalar la pared, les faltaban tan sólo unos pocos metros para alcanzar la cima.

Ese mediodía el guardavías del ferrocarril del Jungfrau vio caer a dos sombras a

través de los ventanales de la estación *Pared del Eiger*, envueltas en una nube de nieve polvo. Una visión espectral que duró tan sólo un instante, pero pudo reconocer en ella la forma de cuerpos humanos...

Aterrorizado, informó a sus superiores.

Werner Stäubli encontró más tarde por debajo de los ventanales fragmentos del cuerpo de Karl Heinz Gonda, despedazado tras una caída de mil metros.

Wyss y Gonda estaban preparados para superar todo tipo de dificultades en la montaña, pero no contra un traicionero alud deslizándose sobre una capa de hielo y un fuerte golpe de viento inesperado. ¿Podrían haber evitado la caída si se hubieran asegurado mejor, mediante una clavija de hielo, por ejemplo? Quizás. Pero es posible que no les quedaran ya más clavijas de hielo. Tal vez los nervios —sin estar verdaderamente debilitados— les habían transportado ya a un estado que los hacía insensibles al peligro. A un estado en el que, según su opinión, ese peligro ya no existía. Quizás se dejaron llevar por la sensación de que todas sus penurias ya se habían acabado, pues la cima se encontraba ya a su alcance. Quizás sintieran anticipadamente esa sensación de gran liberación que sólo debe sentirse una vez que se da verdaderamente el último paso hacia la cima y que puede significar la perdición cuando se experimenta con anticipación. No podemos saberlo.

Wyss y Gonda eran alpinistas experimentados, y a pesar de ello les ocurrió la desgracia.

Seguramente sea cierto, aunque pueda parecer paradójico, que el hecho de que poseer experiencia puede llevar consigo peligros en la montaña.

Durante mucho tiempo se consideró si debía aceptarse o no la escalada de estos dos hombres como ascensión completa de la Pared Norte del Eiger. Los cronistas actuales están de acuerdo al respecto: esa escalada completó la primera docena.

Tres años después de la exitosa escalada número trece, realizada en 1953 por Erhard Riedl y Albert Hirschbichler, llegaron de nuevo candidatos a escalar la Pared Norte.

En primer lugar aparecieron los muniqueses Dieter Sähnel y Walter Moosmüller, conocidos como excelentes escaladores. Montaron sus tiendas, como de costumbre, por encima de Alpighlen, iniciando la escalada de la pared el día 3 de agosto. Al final de la Travesía Hinterstoisser se vieron sorprendidos por un brusco cambio de tiempo y descendieron; llegaron a su tienda completamente empapados, pero sanos y salvos. Una vez que el tiempo había mejorado, iniciaron una nueva escalada el 5 de agosto, con la intención de preparar aún mejor la travesía. Pero el mal tiempo los hizo retornar nuevamente.

Ese mismo 5 de agosto llegaron a Grindelwald dos candidatos más a escalar la Pared Norte, alojándose por lo pronto en un pajar: eran Klaus Buschmann y el sajón Lothar Brandler, residente en Múnich y escalador del Elbsandstein. Brandler apenas

tenía diecinueve años y se movía en terreno rocoso grácil como un gato. Pero tenía todavía poca experiencia en el hielo y no estaba aún maduro para ese gran examen que impone el Eiger a todo el que llega. Brandler y su compañero, sin embargo, tenían un ángel de la guarda, un inquietante ángel de la guarda: la muerte de otros. Al principio, Brandler y Buschmann, empero, se comportaron como lo hacen los viejos alpinistas experimentados. Habían leído y oído demasiadas cosas sobre la pared del Eiger como para ser imprudentes. Dadas las condiciones meteorológicas existentes, ni se les pasó por la cabeza acercarse a la pared.

El tiempo aclaró el 7 de agosto por la mañana. Brandler y Buschmann se dirigieron al pueblo, escucharon el parte meteorológico y estudiaron el mapa del tiempo. Los cuatro o cinco días siguientes el tiempo permanecería bueno, según todas las previsiones.

Toman el ferrocarril del Jungfrau hasta Alpiglen. Esa misma tarde ascienden hasta la Cueva de Vivac situada por encima del Segundo Pilar. Cuando llegan allí son ya las 16:30 horas. La tentación de seguir escalando es grande, pero desean compensar su falta de experiencia aumentando muy especialmente las medidas de precaución. Observan detenidamente las rocas en altura, desbordantes de agua, y deciden vivaquear.

La mañana siguiente es transparente y hermosa. Cuando despunta el alba, Brandler y Buschmann, sin embargo, no se encuentran con ánimo para continuar la escalada. Probablemente hubieran acogido con alegría la llegada de mal tiempo como excusa válida para iniciar el regreso. Pero, dadas las circunstancias, están indecisos. Disponen de todo el material, pero resulta demasiado pesado, piensan. Lo mejor sería regresar, volver a revisar el equipo y reiniciar la escalada el día siguiente más ligeros...

Se ha hecho de día y la luz lo invade todo: son las seis de la mañana. En ese momento le adelanta otra cordada. Se trata de Sähnel y Moosmüller. Esto fortalece la confianza en sí mismos de los dos jóvenes y empiezan a escalar tras ellos, alcanzándolos en un diedro por debajo de la Fisura Difícil, hacia la izquierda de ésta. Se saludan con amabilidad recíprocamente. Es una agradable sensación tener cerca a otros alpinistas de más edad y con experiencia.

Desde la vira situada por debajo del diedro el primer grupo se dirige hacia una reunión con clavo, situada diez metros más arriba. Luego Moosmüller asciende hacia la derecha. Está a unos tres metros más arriba de su compañero, Sähnel. Brandler, a su vez, se adentra ahora en el diedro. Para mayor seguridad coloca un pitón y se asegura a él. Dos metros más abajo se encuentra Buschmann.

De repente Brandler escucha un corto grito de Moosmüller: «¡Me caigo, aguantad!».

Enseguida siente un golpe sobre su espalda. Ajá, piensa, Moosmüller se ha caído

del desplome y ha parado su caída a mi lado. Pero cuando Brandler mira hacia arriba comprueba que Moosmüller no está. Tampoco Sähnel está en su sitio: dos cuerpos se precipitan golpeando las rocas con un horrible ruido seco, ruedan, vuelan, vuelven a golpear las rocas; luego desaparecen de la vista...

Brandler desciende hacia el sitio donde está su amigo; luego, inmóviles, miran hacia donde ha desaparecido la otra cordada, hacia las profundidades. Los dos jóvenes perciben el borboteo de su propia sangre y notan como el corazón les late agitadamente en el pecho. Pasa un buen rato hasta que consiguen reponerse de esa conmoción y empiezan a descender lentamente.

Más tarde los encuentran. Están muertos. No pueden concebir que dos seres humanos con quienes han hablado, con quienes han reído hace tan sólo un momento, estén ahora sin vida. Pero no existe la menor duda: cualquier ayuda humana llegaría ahora demasiado tarde. Son los primeros muertos que encuentran los jóvenes en la montaña. Profundamente conmovidos descienden, dan aviso y prestan ayuda en el rescate de los cuerpos. Pero ya no regresan a la pared. No ese año. Nadie más la escalará ese año de 1956.

El año siguiente, sin embargo, traerá consigo esa gran catástrofe que hará que la pared se encuentre de nuevo en el punto de mira de la opinión pública. Los titulares de los periódicos informarán de ella y los reporteros de prensa y radio, más numerosos aún que en 1936, llegarán a Grindelwald. Es la desgracia ocurrida en 1957.

## «*Fame! Freddo!*» (¡Hambre! ¡Frío!)

La tragedia ocurrida en la pared del Eiger en 1957 estuvo llena de enigmas y secretos desde su inicio hasta el final.

Empezó el sábado 3 de agosto, antes aún de que la noche dejase paso al día, y terminó el lunes 12 de agosto, después de que un hombre hubiese sido salvado el día anterior.

Había, pues, uno —tan sólo uno de los cuatro hombres que habían iniciado la escalada— que podía relatar y dar información sobre el enigma. Y eso fue lo que hizo.

No queremos poner en duda sus palabras, pero el increíble esfuerzo realizado en esos nueve días de permanencia en la pared, tras ocho vivacs pasados en ella, frecuentemente de pie o colgado de las cuerdas, la debilidad y las heridas producidas por las caídas y las piedras que le golpeaban, tienen que haberle quitado a su recuerdo forzosamente claridad y precisión, ya que su relato presenta contradicciones.

Intentaremos, pues, dejar de lado aquellas fuentes de errores que tienen su origen en la fantasía humana, así como aquéllas que, una y otra vez, provienen de las observaciones realizadas mediante telescopios de larga distancia. Buscamos la claridad no para satisfacer la curiosidad o los deseos sensacionalistas, sino para reducir la tortura que conlleva un secreto, para anular suposiciones y poner en su lugar el conocimiento de los hechos, que nos libera, aun cuando ese conocimiento pudiera ser cruel.

Durante mucho tiempo se vivió en la falta de certeza. Sólo se esclareció todo cuatro años más tarde.

Los actores del drama son, al principio, dos alpinistas italianos: Stefano Longhi, de 44 años, y Claudio Corti, de 29. Ambos son originarios de Lecco, provincia de Como. Ese municipio situado *ante portas* del Bergell, ese bello y bravío grupo de montañas de cimas, laderas y paredes de granito, es en sí un pequeño centro de alpinismo. Lecco es asimismo la patria chica de Ricardo Cassin, primero en escalar la cara norte de la Cima Oeste, la noreste del Piz Badile y del pilar de la Punta Walker de las Grandes Jorasses, que parece alcanzar el cielo. Ser reconocido como buen alpinista por los escaladores y guías de montaña de Lecco es como poseer el título de maestría en alpinismo. Pero, ¿lo tienen realmente Longhi y Corti?

Los otros dos hombres que jugarán un papel principal en la tragedia de la pared del Eiger de 1957 son alemanes: Günther Nothdurft y Franz Mayer. A pesar de su juventud —ambos tienen 22 años— sus nombres tienen buena fama en los círculos de escaladores, especialmente de roca.

Günther Nothdurft es un escalador de tal categoría, que incluso Hermann Buhl habla de los logros de este joven con sorpresa y reconocimiento. El joven Günther

también conoce ya las grandes paredes de Cassin.

Martin Schliessler, conocido por su parquedad en alabanzas, me relató lo siguiente sobre Nothdurft en una carta:

Deseo contarte brevemente lo que me unía a Nothdurft. Éramos buenos amigos y deseábamos hacer algunas expediciones conjuntamente en el futuro. A mi parecer, él era el joven alpinista mejor dotado y cualificado de los últimos años. Es realmente triste ver cómo la pared del Eiger, una y otra vez, se queda para siempre con los mejores...

Unas cuatro semanas antes de la catástrofe, Nothdurft había estado en la pared porque deseaba escalarla en solitario. En escasas horas había conseguido llegar por encima del Segundo Nevero. Pero cuando el tiempo empeoró, descendió de noche bajo una nevada y provisto de una linterna frontal. Dijo que había tenido que luchar duramente.

También sabemos gracias a Martin Schliessler que el joven Günther conocía la pared del Eiger hasta la mitad de su altura, que fue el primero en atreverse a atacarla en solitario y que ascendió y descendió con una celeridad que hasta entonces se consideraba imposible. Nothdurft, sin embargo, comentó también que su experiencia en solitario en la Pared Norte del Eiger le había dejado una impresión imborrable: fue lo más difícil y peligroso —dijo Nothdurft— que había vivido hasta entonces y afirmó que no volvería a escalarla. Pero pocas semanas después ya se encontraba de nuevo en la pared con Franz Mayer.

Ambos estaban muy bien compenetrados. Eran dos alpinistas, pues, de los que se podía esperar todo, excepto ser lentos y tener que abandonar ante las dificultades de la pared del Eiger. Y sin embargo fue la lentitud de los cuatro hombres la causa de la tragedia.

El preludeo, el inicio, tiene lugar el 3 de agosto al alba. Corti y Longhi atacan. ¿Tendrán previsto hacer una *direttissima*? Suben derechos hacia los ventanales de la estación de ferrocarril Eigerwand, como en su tiempo hicieran Sedelmayr y Mehringer. Pero no lo hacen a propósito. En su escalada encuentran viejos pitones que les hacen creer que se encuentran en la vía correcta, debiendo reconocer, ya tarde, que se han extraviado. Hacen vivac, descienden en rápel, destrepan, atraviesan, y el 4 de agosto llegan por fin al tramo de vía original abierto por Hinterstoisser, todavía en la parte baja de la pared.

Aquí ven por primera vez a dos otros alpinistas subir por la misma vía: son Günther Nothdurft y Franz Mayer. ¿Cómo tuvo realmente lugar ese encuentro?

Corti, en una conversación que mantuvo después de su salvamento en el hospital de Interlaken con un periodista de *United Press* —y que según informaciones de muchos periódicos había sido grabada en cinta magnética—, dijo lo siguiente:

El domingo, cuando ya habíamos encontrado nuevamente la vía adecuada de ascensión, nos encontramos con los alpinistas alemanes Günther Nothdurft y Franz Mayer. Habían salido en la mañana del domingo. Únicamente podíamos entendernos mediante señas, dado que ellos

no hablaban italiano ni nosotros alemán. Pudimos entender, sin embargo, que habían perdido sus mochilas, en las que llevaban los crampones y todo el material, por lo que no estaban en condiciones de proseguir la escalada. Pero nosotros disponíamos de suficiente material, así que decidimos compartir todo y continuar juntos. Yo lideraba el grupo, que ahora formaba una sola cordada, mientras que Longhi ocupaba la última posición.

Pero, ¿en qué lugar se encontraron realmente? Esto no puede deducirse del relato de Corti. En todo caso, tiene que haber sido todavía por debajo de la Fisura Difícil. ¿Allí fue, pues, donde Nothdurft y Mayer perdieron sus mochilas con el material vital en su interior? Nothdurft conocía ya una parte de la pared y sabía que en su ascensión en solitario, cuatro semanas atrás, hubiera estado perdido sin los crampones. ¿Consideró Nothdurft suficiente el material sobrante que llevaban los italianos? ¿Es posible que alguien que, como él, estaba acostumbrado a liderar, hubiera podido ser tan negligente y contentadizo y se uniera a un grupo con mejor material? ¿O fue Corti quien quiso tener a los alemanes a su lado porque conocían la vía? Enigma tras enigma...

Algunos observadores comentaron que las dos cordadas no se habían unido en el momento de encontrarse, sino que habían escalado por separado durante largo tiempo. De esas divergencias entre los relatos surgió la discusión, y lo que no era explicable empezó entonces a soliviantar los ánimos. Semanas después del accidente, el Comité Central del Club Alpino Italiano instó a Claudio Corti a redactar un informe detallado de ese intento de escalada. Conseguí que me enviaran una traducción de ese informe, y deseo intentar reconstruir aquí a grandes rasgos las circunstancias del accidente.

Lo primero que llama la atención de quienes conocen la pared es que Corti nunca consigue localizar con exactitud el lugar donde se encuentra en cada momento. Algunos parajes característicos, bien conocidos desde hace años o incluso decenios, son descritos vagamente, como si se estuviera entrando en terreno desconocido. Una y otra vez Corti escala un «Pasaje Hinterstoisser», una «Travesía Hinterstoisser», una «Ascensión Hinterstoisser», un «Desplome Hinterstoisser». Sólo con esfuerzo resultan reconocibles en su descripción la larga travesía del límite superior del Segundo Nevero o la escalada de la Plancha. ¿No tenía Corti, pues, ni idea de la pared? ¿No había estudiado correctamente el recorrido de las vías y desconocía la historia de sus escaladas?

El hecho de que Corti y Longhi ya se hubieran extraviado en la parte inferior de la pared —lo que les obligó a pasar un día completo, una noche y una parte del día siguiente en la zona inferior de la pared— muestra su completo desconocimiento.

Guido Tonella, editor y alpinista italiano de primera clase, había mantenido una entrevista con Corti en el hospital de Interlaken en la que Corti confiesa que su única preparación se había basado en el estudio de una foto del tamaño de una tarjeta postal sobre la que estaba marcada la vía. El ambicioso deseo que apremiaba a Corti era el

de conducir al éxito a la primera cordada italiana en la Pared Norte del Eiger. Este importante proyecto, sin embargo, no se correspondía con sus conocimientos sobre esa montaña y su Gran Pared. Tonella publicó esa entrevista, ejerciendo una crítica objetiva y obedeciendo el dictado de su sentido de responsabilidad periodística.

Así pues, ¿cómo describe Corti en su informe al Club Alpino el encuentro de la cordada italiana con la cordada alemana? Lo hace así:

Continuamos escalando en vertical unos dos largos de cuerda... Allí vemos a una cordada de dos hombres que avanzan por nuestra vía, a unas dos horas de distancia. Decidimos pararnos para restaurar energías y ver quiénes son los componentes de esa cordada. Son exactamente las 15:00 horas (del domingo 4 de agosto). Como vemos que esa cordada se para, decidimos continuar nuestra escalada. Escalamos verticalmente un largo de cuerda sobre hielo y encontramos entonces un trozo de cuerda sujeto a un clavo. En este lugar nos indica la guía que llevamos con nosotros que tenemos que superar una ascensión vertical de unos setenta metros que conduce al Nevero Hinterstoisser... (Corti se refiere aquí obviamente a la Travesía Hinterstoisser).

Aquí nos alcanza la cordada que habíamos visto antes. Tras los saludos de rigor acabamos la travesía en esa pared vertical, seguidos por la cordada alemana, y llegamos al nevero. Continuamos la escalada verticalmente unos dos largos de cuerda más y decidimos entonces vivaquear. Son las 20:00 horas. Después de la preparación del vivac y de haber tallado en el hielo una cavidad para pasar la noche en ella, empezó el mal tiempo con tormenta y temperaturas bajo cero. Los alemanes se encontraban a unos tres metros de distancia de nosotros.

Lunes 5 de agosto. A eso de las tres de la mañana nos preparamos algo para comer y nos damos cuenta de que los alemanes están equipados con toda clase de comodidades. Les preguntamos por qué no comen algo, a lo que nos dan a entender que durante la noche se les ha caído la mochila que contenía todos los víveres. Nosotros, por razones humanitarias, compartimos con ellos entonces nuestro desayuno. Les preguntamos si han decidido continuar la escalada o no. Nos dan a entender que, en cualquier caso, quieren continuar. Sin embargo, decidimos seguir la escalada en cordadas separadas.

A las 5:30 horas de la mañana comenzamos la ascensión en hielo. Escalamos verticalmente unos cinco largos de cuerda de quinto grado y llegamos a la Travesía Hinterstoisser tras aproximadamente cuatro horas de escalada. Ahí el segundo de la cordada de los alemanes empieza a notar dolores de estómago y a dar señales de cansancio. Entonces decidimos formar una sola cordada. Yo subo como líder de cordada, seguido del líder de la cordada alemana; luego el otro alemán —cuyo estado ha empeorado entretanto— y luego, en cola de cordada, Stefano.

Aquí empieza la Travesía Hinterstoisser, un tramo de unos 25 largos de cuerda (siempre hielo suelto)...

No queremos ya volver a extrañarnos de la frecuente e incorrecta utilización del nombre Hinterstoisser, pues Corti se refería con ese nombre a casi todo aquello que le parecía especialmente difícil hasta llegar al Vivac de la Muerte. El primer vivac conjunto lo pasaron, según la imprecisa descripción de Corti, en el Nido de Golondrinas o en sus alrededores. Según Corti fue la noche del domingo al lunes, pero tampoco esto es correcto, como ya se verá más adelante.

La unión de las dos cordadas se produjo —si nos mantenemos fieles al informe de

Corti— durante la travesía del Segundo Nevero; es decir, en ningún caso de la forma descrita en el informe que había ofrecido a United Press en un principio. Así pues, los hechos que observaron diariamente Fritz von Almen y otras personas mediante el telescopio capaz de aumentar la imagen veinte veces desde una distancia de tres kilómetros y medio eran precisas. El aumento de visión de esos aparatos es tan poderoso que se pueden apreciar y distinguir con claridad los mosquetones, los anillos de cuerda e incluso los rasgos faciales, Así pues, las dos cordadas se unieron antes de alcanzar la Araña, es decir, el viernes 9 de agosto.

Según estas observaciones, se comprobó que los vivacs se hicieron de la manera siguiente: de lunes a martes, en el límite inferior del Segundo Nevero, en la misma repisa en que realizamos nosotros nuestro primer vivac durante la primera escalada de la pared; de martes a miércoles, en el Vivac de la Muerte; miércoles a jueves, en la parte superior de la Rampa; jueves a viernes, en la pared superior de la Araña, y, finalmente, de viernes a domingo, al pie de las Fisuras Difíciles.

La cuestión más candente, sin embargo, es la siguiente: ¿cómo se produjo la pérdida de las mochilas con el material de los alemanes? Al principio se dijo que habían perdido todo, incluidos los crampones. Pero ahora, sorprendente mente, al parecer durante la noche del primer vivac sólo se habría caído el saco con los víveres. Pero entonces, ¿qué había ocurrido? El hecho, en todo caso, es que las dos cordadas, primero por separado y más tarde unificadas, avanzaban con una lentitud desacostumbrada.

El periódico *Berner Bund*, generalmente bien informado, bajo el titular «Extraño comportamiento en montaña» constataba lo siguiente en relación con esa ascensión:

Desde Grindelwald y también desde Kleine Scheidegg las dos cordadas que han comenzado la ascensión hace una semana han sido observadas permanentemente. El comportamiento extremadamente prudente y cauteloso de los alemanes e italianos incitaba a pensar, por una parte, que las condiciones eran desfavorables (formación de capa de hielo), pero también, por otra parte, que se debía de tratar de personas que desconocían la práctica de la escalada en hielo.

En este sentido se puede también interpretar el hecho de que en los terrenos de nieve endurecida tallaran peldaños durante un tiempo increíblemente largo y con gran pérdida de fuerzas físicas. Nos resultó asimismo extraño comprobar que las dos cordadas, que se habían acercado una a otra ya el primer día, no cooperaban entre ellas...

Por su parte, los guías de Grindelwald firmaron un informe en el que se resumía el proceso, desarrollo y desenlace de la tragedia, del cual citamos a continuación un fragmento:

No se debe aquí hacer una crítica discriminatoria de los fallecidos. Y si nos atrevemos, no obstante, a expresar algo, lo hacemos únicamente como aviso para los futuros alpinistas jóvenes, para que éstos no pongan en juego sus vidas llenas de esperanzas. Esos alpinistas estaban técnicamente, ciertamente, por encima de la media. Eran «especialistas extremos»

selectos. Poseían experiencia escalando en roca, pero no en hielo, hecho que salió a relucir claramente durante esta escalada. Diversas instancias competentes pudieron comprobar de modo independiente que los accidentados habían tallado en el hielo y en la nieve endurecida peldaños tan grandes como «bañeras». Así pues, avanzaron con demasiada lentitud sobre el hielo.

A ello hay que unir el hecho de que, una y otra vez, se tienda a subestimar la Pared Norte del Eiger. Los primeros en escalarla fueron también los primeros en estudiar profundamente esta problemática. Ellos conocían a la perfección la morfología de la pared, y, sin embargo, podemos comprobar en sus informes —y en aquéllos ofrecidos por escaladores posteriores— que habían subestimado algunos puntos esenciales. Los escaladores de este año, al parecer, también habían estudiado detenidamente la pared. Pero entonces, ¿por qué se extraviaron una y otra vez...?

Recordemos ahora la primera entrevista que Corti concedió al periodista de United Press: ¿es cierto que los alemanes no llevaban consigo crampones? Eso aclararía muchas cosas. Pero lo que sigue siendo incomprensible es la razón por la cual la cordada de Nothdurft decidió proseguir la ascensión a pesar de su precario equipo. Ambos alpinistas estaban familiarizados sin duda con la historia de la pared, y conocían también los grandes esfuerzos que tuve que realizar por no llevar crampones y para no convertirme por ello en un obstáculo para los demás, si bien mis botas disponían de unas magníficas alas de mosca. Y además nosotros formábamos una comunidad homogénea que hablaba la misma lengua, mientras que el grupo de Nothdurft y el de Corti ni siquiera podían entenderse correctamente.

Intentemos ahora reconstruir sólo cronológicamente la progresión de esos cuatro hombres en la Pared Norte del Eiger, para lo cual nos serviremos únicamente del informe de Corti como punto de referencia.

El vivac del lunes al martes —el segundo de los alemanes y tercero de los italianos— se instaló probablemente al inicio de la Rampa. La descripción de Corti es tan poco precisa que no podemos afirmar nada con seguridad. Pero cuando Corti habla de una gran escotadura que se extiende por la pared, sólo puede estar refiriéndose a la Rampa. Según sus informaciones, uno de los alemanes —Nothdurft— se encontraba tan mal que hubo que ponerle una inyección de Coramina para fortalecerle el corazón. Pero, de toda evidencia, nadie tenía pensado dar media vuelta y regresar.

Corti señala luego la debilidad de Nothdurft como causa de la lenta progresión. A las 14:00 horas tan sólo «habían conseguido ascender nueve o diez largos de cuerda». Corti prosigue luego así:

Entonces llegamos a una gran pared desplomada con un grado de dificultad por encima del sexto y la superamos en dos largos de cuerda... Tras otros cuatro largos de cuerda nos encontramos ante una gran cascada que nos impide totalmente el paso. Son las 18:00 horas, y nos ponemos de acuerdo con los alemanes para pararnos aquí y vivaquear. Tras una comparación con las fotos que tienen los alemanes, comprobamos que la vía tiene que pasar justo por el medio de la cascada, y nos preparamos, por tanto, para pasar por el lugar que

presente los menores inconvenientes. El estado del enfermo sigue invariable.

Según los informes de los observadores, los cuatro alpinistas habían subido la Rampa demasiado alto, probablemente incluso más alto que la cordada de Vanis cinco años antes. Podemos suponer, por tanto, que el vivac tuvo lugar en la Rampa, a unos dos largos de cuerda por encima de la Vira Delicada, que conduce a la Travesía de los Dioses. Los intentos confirman asimismo que la Rampa no se presta en absoluto a ser vía de salida de emergencia de la pared: como tantas veces en la Pared Norte del Eiger, las apariencias engañan también aquí, pues la Rampa tiene muchos desplomes y resulta demasiado difícil para la técnica de escalada de aquella época.

Corti relata así lo ocurrido el miércoles 7 de agosto:

A eso de las siete levantamos el vivac y nos encordamos todos para superar la cascada vertical, de unos 35 metros de altura y sexto grado. Entretanto, las condiciones atmosféricas han mejorado. El tiempo es de nuevo bueno y el sol brilla fuerte. A eso de las diez ya hemos superado la cascada y nos ponemos al sol lo mejor que podemos para secarnos, ya que estamos completamente empapados. El estado del alemán ha empeorado ahora, y empezamos a dudar si podrá aguantar el resto de la escalada...

En ese lugar comenzamos la ascensión en transversal para alcanzar la Araña, que se encuentra a nuestra derecha. Empezamos la ascensión a eso de las doce. Esa travesía ascendente se muestra muy difícil. El terreno está cubierto de hielo y tiene una pendiente de entre setenta y ochenta grados. Avanzamos unos seis largos de cuerda y llegamos a las cercanías de la Araña. Entretanto ha empezado una intensa nevada. Además oímos caer aludes de hielo y piedras por la Araña. Son aproximadamente las 16 horas cuando decidimos conjuntamente hacer vivac. El alemán se encuentra en estado estacionario. Con ayuda del otro alemán, Franz (Mayer), paso una gran parte de la noche impregnando de alcohol los dedos de Stefano para evitar congelaciones que se vienen anunciando cada vez más frecuentemente...

No cabe la menor duda de que superar la cascada de la parte superior de la Rampa y la subsiguiente travesía ascendente, a unos ochenta metros sobre la Vira Delicada —es decir, en la vía correcta— trajeron consigo grandes dificultades. Seguidamente se nos da a conocer que Günther Nothdurft debía encontrarse en tan mal estado, que parecía más que dudoso que pudiera aguantar el resto de la escalada.

A la mañana siguiente —jueves 8 de agosto— Franz Mayer y Günther Nothdurft empiezan a escalar en cabeza, ¡en cordada separada! Así pues, el agotamiento físico de Günther no podía ser tan grave, hecho que Corti confirma en la continuación de su informe:

8 de agosto. Seis de la mañana. Nos ponemos en marcha para llegar a la Araña. Atravesamos horizontalmente... Alcanzo a las dos alemanes e insto a Longhi a que saque los dos clavos y a que se reúna conmigo...

Franz y Günther iban, por tanto, en cabeza. Corti los alcanzó. Y cuando Longhi

iba ya a reunirse con Corti se produjo la primera catástrofe. Corti lo relata así:

Después de haber recogido unos tres metros de cuerda, Longhi resbala y grita: «¡Sujétame, Claudio!». Entonces me preparo a aguantar el tirón de su caída. Hoy, cuando pienso otra vez en ello, creo que no nos caímos debido a un milagro. Así pues, logré aguantar a Longhi.

Ese logro de Corti es digno de admiración. Tres días después, cuando lo rescataron de la pared, las palmas de sus manos mostraban aún los profundos cortes y quemaduras que, al deslizarse, le había ocasionado la cuerda de la que colgaba su amigo. Pero continuemos con su informe:

Longhi me indicó a gritos que lo descolgara unos dos metros, pues se encontraba suspendido en el aire y, al parecer, había divisado una vira confortable por debajo de él. Después de lograr descender a Stefano, como él me lo había indicado, lo aseguré mediante dos clavos y las dos cuerdas. Luego pedí a los alemanes que me bajaran unos 15 metros por la pared de hielo, que tenía una inclinación entre setenta y ochenta grados. Entonces pude ver a Longhi a una distancia de aproximadamente veinte metros y le pregunté si se había hecho daño o estaba herido. Él me contestó que no podía ya agarrarse con las manos porque no las sentía. Luego me pidió que fuera a recogerlo. Yo le animé a intentar ayudarse un poco a sí mismo. Varias veces traté de subirlo desde el filo del desplome donde yo me encontraba —desde allí me pareció más fácil, debido al menor roce de la cuerda—, pero sin resultado. Los dos alemanes tampoco podían ayudarme, pues uno estaba agotado y el otro, Franz, tenía que asegurarme a mí y a su compañero al mismo tiempo. Además, Franz, en la posición en que estaba, sólo conseguía aplastarme las manos contra el hielo cuando tiraba de la cuerda de Stefano, por lo que, más bien, me impedía así subir a Stefano en tirada directa.

Sin duda alguna, la situación era extremadamente complicada. Pero incluso hombres bien descansados y en posesión de todas sus fuerzas no hubieran podido nunca subir a Stefano fácilmente por encima del desplome. Quizás hubiera sido posible utilizando un polipasto provisional, para lo cual hubieran necesitado disponer de una hilera de clavos firmemente colocados. Y en ese lugar, ciertamente, no era posible colocar suficientes clavos, ni aun estando en buenas condiciones físicas. Además, Stefano Longhi, de toda evidencia, no conocía la técnica del nudo prusik. Esta técnica permite ascender paulatinamente —incluso cuando no se pueden utilizar las manos plenamente— con ayuda de dos cordinos colocados de manera especial alrededor de la cuerda fija. Además, según Corti, Longhi se encontraba en buenas condiciones. Quizás era, incluso, el que mejor estaba de todos, teniendo en cuenta que logró sobrevivir aún cinco días en el lugar en que se encontraba.

Continuemos ahora con el informe de Claudio Corti.

Entonces, después de haber considerado la situación en que estábamos tras tres horas de intentos de rescate, le di ánimos a Stefano para que se acomodara lo mejor posible en la vira, porque creíamos no estar muy lejos de la cima. Le prometí que haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos para llegar a la cumbre y organizar enseguida una expedición de rescate. Stefano se mostró de acuerdo y yo le bajé con la cuerda mi saco de vivac y

medicamentos que llevaba conmigo. Luego lo saludé, le di ánimos y le prometí una vez más que recibiría ayuda tan rápido como fuera posible. Nunca más volví a ver al pobre Stefano.

Eran exactamente las 9:30 horas. Hice que Franz me subiera, y una vez llegado al punto donde él estaba continué la escalada en cabeza, como líder de la cordada, seguido de los agotados alemanes. Franz iba en último lugar.

Avancé dos largos de cuerda horizontalmente y llegamos al centro de la Araña. Luego escalé unos seis largos en vertical. Cuando me encontraba a unos veinte metros por encima de un clavo de seguridad, una piedra me alcanzó en la cabeza. A causa del golpe mis manos se soltaron y me precipité unos treinta metros hacia abajo, hasta que, por fin, Franz pudo pararme. Tras esta caída, me quedé colgando con la cabeza hacia abajo, a unos diez metros por debajo del alemán.

Franz procedió a mi rescate, que fue bastante peligroso debido a la herida en la cabeza que había sufrido yo. Me puso una venda con algo de gasa que llevaba consigo. Cuando se dio cuenta de mi estado de desfallecimiento, me dijo que permaneciera allí, que él intentaría, con su compañero, alcanzar la cima, que debería estar a 200 metros más o menos de allí, y que luego regresaría para rescatarme a mí y a Stefano. Me dejó su tienda de vivac, así como las cuerdas y clavos correspondientes para asegurarla. Yo me instalé allí tan bien como pude. Mis dos compañeros de escalada me saludaron, continuando seguidamente la escalada hacia la cima. Eran aproximadamente las 15:00 horas...

Así pues, según el informe de Corti, se separaron el jueves 8 de agosto a las 15:00 horas. Es decir, que los alemanes vivaquearon por encima de la Araña. Ni siquiera instalaron el vivac, sino que dejaron la tienda y los accesorios a Corti, lo saludaron y, con mal tiempo y amenaza de tormenta, continuaron la escalada. Pero, ¿en qué dirección? ¿Hacia la cima? ¿Hacia la Arista Mittellegi? ¿Hacia el oeste, quizás? ¿Hacia las Fisuras de Salida? En realidad, sólo éstas últimas ofrecen en ese lugar una posibilidad de salida.

Corti continúa luego su relato así:

A partir de ese momento y hasta el domingo 11 de agosto —hasta la llegada, pues, del alemán Hellepart— pasé por momentos de esperanza y desesperación alternantes, pensando en Stefano y en los dos alemanes. El tiempo continuaba siendo malo. A los periodos de tormenta y nevadas sucedían las lluvias. Fui muy afortunado de que el buen tiempo reinante el sábado y el domingo permitiese mi salvamento. Stefano no tuvo la misma suerte, ya que en el momento de su rescate el tiempo empeoró y a mis valerosos salvadores no les fue posible llevarlo a sitio seguro.

Deseo subrayar aquí que —contrariamente a las diversas suposiciones existentes— mi preparación, como también la de Longhi, era excelente. En lo que se refiere a la negligencia que alguien me reprochó, deseo hacer hincapié en que el pobre Stefano y yo mismo habíamos estudiado la zona y cada una de sus particularidades con ayuda de fotografías y de una guía alemana traducida al italiano. Muchos de los detalles de la vía ya los tenía yo en la cabeza, pues había leído los informes de escaladores anteriores. Dado que encontré la pared en condiciones invernales, me vi enfrentado en ella a un nivel de dificultad de escalada entre quinto y sexto grado.

Confirmando asimismo que comenzamos la escalada dotados de material especial de alta montaña adecuado a las necesidades.

¡Lo digo en honor a la verdad!

He redactado este informe sobre la Pared Norte del Eiger a instancias de la Sede Central del Club Alpino Italiano, al cual estoy orgulloso de pertenecer.

Firmado: Claudio Corti.

En honor a la verdad... Se trata, pues, de un juramento, y nosotros no queremos ponerlo en duda. Un hombre ha prestado juramento, y nosotros queremos confiar en él.

En honor a la verdad... También el presente libro quiere contribuir a la verdad. No quiere ni enjuiciar ni condenar. Tan sólo desea informar escrupulosamente, razón por la cual rogué a Guido Tonella que me comunicara su opinión sobre Corti.

En un intenso intercambio de cartas me comunicó que Corti, de toda evidencia, no se había tomado eso de la verdad muy al pie de la letra, como ya se desprendía de sus descripciones. Además, todavía se mantenía fresco el recuerdo del costoso salvamento de Corti en el Dru, en la zona del Mont Blanc, por lo que Tonella se limitó simplemente a demostrar que Corti ya había tenido un accidente —seguido de penosas consecuencias— antes de la pared del Eiger. Ciertamente es, asimismo, que Tonella mantenía su opinión de que Corti se había preparado concienzudamente para su expedición al Eiger, pero esta opinión, entretanto, ya la comparte todo el mundo —incluso hombres tan importantes como Lionel Terray—, y además, todo periodista está en su derecho de expresar su opinión y su valoración.

Tonella comprende que Corti se defiende de las dudas, como también contra la forma de describir su verdadero carácter. Pero es el propio Corti quien provocó esas dudas, ya que los detalles de su relato resultan demasiado contradictorios. Tonella concede a Corti todas las posibilidades de error razonables, debidas a su especial estado físico y psíquico, fuera de lo normal. También es posible confundirse en los días, y si era justo jueves o quizás viernes no es tan importante. ¡Pero no poder diferenciar si era por la mañana temprano o por la tarde...! Está claro que la acumulación de contradicciones e imprecisiones no permite precisamente obtener una impresión general clara.

Yo creo —dice Tonella— que Corti no desea decir toda la verdad. Me parece que quiere hacer olvidar sus fallos cometidos en la pared del Eiger, también en lo que concierne a su deber de asumir responsabilidades, y muy especialmente en lo referente al hecho de que él había convencido al desgraciado Longhi para que se uniera a su expedición. Stefano, independientemente de sus 44 años de edad, no tenía las aptitudes necesarias para una ascensión de ese calibre, y nunca había escalado ninguna montaña de más de 3000 metros. Además, Corti ni siquiera se había molestado en, al menos, estudiar anteriormente la vía de manera concienzuda. Debido a ese fallo, necesitó seis días para un tramo que los buenos alpinistas recorren en uno o dos días...

Hay algo más que resalta en la carta de Tonella dirigida a mí: Corti no fue el

último en hablar con Longhi, todavía en vida. Cuando el sábado 10 de agosto los dos excelentes alpinistas y guías de montaña Cassin y Mauri inician la expedición de salvamento en el Eiger, observan desde un punto de la arista oeste, a una distancia de unos trescientos metros en línea directa, a Longhi en su sitio, en la pared. Empezaron a gritarle, lo saludaron y le preguntaron: «¿Qué pasa con Corti? ¿Qué sabes de él?».

Longhi contestó: «*So nigot!*».

Era dialecto lombardo, y quería decir: «¡No sé nada de eso!».

Esta enigmática respuesta parecía confirmar nuevamente la tesis de Cassin de que Corti no podía oír esas llamadas porque se encontraba en una chimenea que impedía entrar cualquier vibración acústica proveniente del exterior. Él sólo podía oír el ulular del viento. Por este motivo, cuando Corti redactó su informe, no sabía que Longhi había dejado al mundo una frase: «*So nigot!*».

Sólo una vez más se volvería a oír la voz de Longhi: el domingo por la tarde, cuando bajaban a Corti, le volvieron a avisar a gritos desde la arista oeste que volverían a recogerlo al día siguiente. Longhi contestó sólo con dos palabras, estremecedoras y perfectamente audibles: «*Fame! Freddo!*» (¡Hambre! ¡Frío!). De noche sobrevino la tormenta de nieve y el lunes le trajo a Stefano Longhi la muerte como liberación de sus tormentos.

Guido Tonella no opina sobre nada que no conozca a fondo. Y además —a despecho de las declaraciones de Corti publicadas en el periódico *La Suisse* el 14 de agosto de 1957, en las que negaba haber afirmado en la cima, tras su salvamento, que quería hacer nuevamente la pared—, Tonella demuestra, a través de sus minuciosas indagaciones sobre todos los detalles, cómo se comportó Corti después de su salvamento. Sus primeras palabras, después de un trago de coñac y del agradecimiento a sus salvadores, fueron: «¡Estupendo, así podré empezar de nuevo el año próximo!».

Corti sigue, pues, obsesionado con la idea de ser el primero en conducir la primera cordada italiana a través de la pared. No ve sus propios fallos y está tan seguro de sí mismo que cree poder encontrar apoyo financiero para una nueva expedición. Pero además, en su ambición y manía de notoriedad, demuestra estar poseído por una ingenuidad cercana ya a la pura ignorancia.

En presencia de Cassin, Corti le preguntó a Tonella: «¿Cree Vd. que considerarán mi escalada como la primera escalada italiana?».

¿Escalada? ¿Habría olvidado Corti que había sido rescatado por Hellepart y su cable de acero de una emergencia en montaña?

Tengo en mis manos asimismo una carta de Lionel Terray. Este francés de fina sensibilidad —que había llevado sobre sus espaldas al recién salvado y exhausto Corti a través de la cima del Eiger, afilada como un cuchillo— estaba indignado por las palabras de Corti después de su salvamento: «¡Genial! Todo ha terminado bien

para mí. Así podré escalarla nuevamente el próximo año».

Terray pidió a Mauri que le tradujese esas palabras, pues no se fiaba ni de sus propios oídos ni de sus conocimientos de italiano. Luego, Terray se expresó en estos términos a la «insuficiente experiencia de Corti sobre hielo»: «No sólo fue (esa falta de experiencia) un hándicap para él en las Fisuras de Salida del muro final, pues aun cuando hubiera conseguido escalarlas, el descenso por la vía normal recubierta de hielo habría resultado para él demasiado difícil en esas condiciones». Terray se muestra consternado ante la actitud que exhibe el rescatado, y sus palabras pronunciadas en la cima le parecen una frivolidad.

# La pared de las paredes

## Nuevos desafíos

La tercera década tras la primera escalada comenzó con un acontecimiento macabro que, posteriormente, no estaría desprovisto de cierta comicidad. Cuando escribí mi primer libro sobre el Eiger, mi principal deseo era mostrar sus peligros y dar consejos sobre cómo escalar la Pared Norte con el máximo de seguridad y con el material adecuado. La escalada número 16, efectuada por dos picapedreros suizos procedentes del Cantón de los Grisones en el verano del 1959, da buena muestra de que mi pretensión también puede ser interpretada de otra manera.

Adolf Derungs y Lukas Albrecht son dos jóvenes muy originales. Los dos tienen poco dinero y mucho brío. Saben que existe material moderno que, en general, es preciso utilizar en la zona oeste de los Alpes y especialmente en la pared del Eiger. Sin embargo no se lo compraron, ya que no tenían dinero.

¿Anoraks modernos? No tenían, pero uno de ellos se puso cuatro —o quizás fueran cinco— camisas, una encima de otra, para no pasar frío. El otro se llevó un abrigo —viejo y harapos, pero en todo caso se trataba realmente de un abrigo— en sustitución de un saco de vivac. Al fin y al cabo, dos hombres en cuclillas bajo un abrigo también encuentran un poco de calor. El suficiente para no congelarse y poder seguir escalando al día siguiente. Y allá arriba, cuando creían ya poder librarse de tener que volver a vivaquear, se permitieron exponer el viejo abrigo a las leyes de la gravedad, tirándolo pared abajo. Se deslizó por la Araña y cayó luego al vacío.

Un abrigo tiene mangas, y un hombre tiene brazos. ¿Quién es capaz de distinguir a lo lejos, incluso con unos prismáticos, si se trata de unas mangas o de unos brazos? Por aquel entonces se contaron anécdotas muy interesantes sobre el tercer hombre que se había caído, mientras se veía a los dos, Derungs y Albrecht, seguir escalando alegremente por encima de la Araña.

El caso es que Lukas Albrecht y Adolf Derungs lograron la ascensión número 16 de la Pared Norte del Eiger del 10 al 13 de agosto de 1959. El tiempo era muy desagradable y los dos pelearon con valentía. Las numerosas camisas y el abrigo no les defraudaron, pero lo esencial, sobre todo, fueron la tenacidad y la fuerza de voluntad de los dos escaladores. Es absurdo que se les reprochase que, en lugar de

llevar cascos modernos, llevasen viejos cascos de moto metálicos.

Algunos mezuquinos críticos alpinos se lanzaron a hacer de jueces de los dos trabajadores-alpinistas. La palabra «imprudencia» circuló por todos los periódicos más o menos interesados por el tema. No obstante, Matthias Rebitsch, ese incansable luchador de las montañas, los elogió en estos términos: «¡Los dos son unos jóvenes excepcionales, pues han demostrado que hoy en día el hombre sigue siendo más importante que su equipo!».

Una vez llegados sanos y salvos a Kleine Scheidegg, se quiso saber más sobre su pasado como alpinistas —que no era realmente muy extenso—, de modo que se les preguntó por qué habían escogido precisamente la pared más difícil. Su respuesta fue breve: «¡Hemos leído *la Araña Blanca* de Heinrich Harrer, y pensamos que lo que ellos hicieron también lo podemos hacer nosotros!».

¿Cuáles eran los nuevos desafíos a partir de ese momento? La pared seguía allí, grande y oscura, ejerciendo una atracción irresistible. Los mejores alpinistas pensaron, pues, qué variantes les quedaban. Existía una gran ambición a nivel nacional, y los únicos que habían tenido éxito eran los suizos, austríacos, alemanes y franceses. Pero, ¿dónde estaban los italianos, ingleses, americanos, polacos, checos y japoneses? Todavía se seguían realizando todos los intentos por la misma vía clásica de nuestra primera ascensión. Era evidente que nuestro itinerario en zigzag se rectificaría gracias a todos los adelantos técnicos de los últimos tiempos. Así pues, ¿cuándo iba a llegar la *direttissima*, la primera escalada en solitario y la primera ascensión femenina? Esperábamos que ocurriera. Pero, ¿qué es lo que sucedió? Pues que se planificó la primera ascensión invernal.

Cuando Toni Hiebeler, Walter Almburger, Toni Kinshofer y Anderl Mannhardt salieron en 1961, otros dos grupos ya habían tenido esta idea, pero se vieron obligados a darse la vuelta a causa del mal tiempo reinante.

A finales de febrero, los cuatro atacaron la pared bajo la dirección de Hiebeler. Montaron su primer vivac por debajo del Muro Rojo. Al día siguiente, el tiempo había empeorado tanto que tuvieron que abandonar su material y arrastrarse al boquete del túnel, regresando a Kleine Scheidegg en el ferrocarril del Jungfrau. Una semana más tarde, el 6 de marzo, el tiempo ya había mejorado y los cuatro volvieron al boquete del túnel para atacar la pared una vez más desde allí. Los cuatro alpinistas realizaron un magnífico trabajo, pues alcanzaron la cima tras pasar seis noches en la fría pared en invierno. Una empresa de ese calibre requería valentía y gran habilidad.

Fue ciertamente una pena que después de ese rendimiento alpino surgiesen toda una serie de controversias que tuvieron su origen en un artículo de Hiebeler en el periódico *Bergkamerad*, en el que comentaba el primer día así: «Desde el punto inicial de ataque hasta llegar casi a la Travesía Hinterstoisser...». Así dio la impresión de que habían escalado la pared de una sola vez, una formulación inexacta

que daba lugar a malentendidos. No obstante el rendimiento fue grande. Quizás se haría justicia a todos, si se considerara esta escalada como la primera invernal en dos etapas y aquélla de los cuatro japoneses en el año 1970 —que sin duda requirió más fuerzas— como la primera ascensión invernal ininterrumpida.

## El traidor Silbergraben

Sólo puede verse el Silbergraben, la cavidad de plata, a primera hora de la tarde, cuando el sol refleja su brillante luz sobre esta oscura pared. Su nombre es una bonita denominación para un lugar traidor de esta sombría pared. No se lo inventaron los escaladores, sino los observadores, los espectadores de Kleine Scheidegg. El lugar se encuentra al pie de la chimenea de la cascada, en la Rampa. Cuando hay hielo, o el agua se refleja y brilla, luce como la plata. A primera hora de la mañana, cuando sólo hay sombras y parece que cualquier expresión de vida esté congelada, el Silbergraben no existe.

Desde aquella mañana del 28 de agosto de 1961, en la que Adi Mayr se precipitó desde allí hacia la muerte, los alpinistas tampoco quieren oír nada más sobre el Silbergraben, aunque desde el telescopio de 72 aumentos de la terraza de Kleine Scheidegg resalte y brille tan alegremente.

Todo el mundo alpino se quedó expectante cuando, a principios del 1961, se emprendió la primera escalada en invierno. Nunca había empezado un año en el Eiger de manera tan prometedora y esperábamos con impaciencia lo que nos traería.

Las condiciones atmosféricas y el estado de la pared no permitían una escalada inmediata. Claro que hubo intentos, retiradas y situaciones comprometidas. Pero ninguna catástrofe. El mes de agosto también llegó a su fin sin que ninguna cordada consiguiese completar la ascensión número 19 de la pared del Eiger.

En la última semana de agosto llegó a Kleine Scheidegg el alpinista austríaco Adolf Mayr, un hombre muy joven, pero con experiencia en la zona este y oeste de los Alpes, con éxito en los recorridos más difíciles en roca y también en travesías significativas sobre terreno mixto en la zona oeste de los Alpes. El joven Adi Mayr —nacido en Bad Hall, en la Alta Austria, si bien residente desde hacía años en Innsbruck, Tirol— había superado bien todas las travesías, con un estilo impecable y gran habilidad. Era una persona con una fantasía muy desarrollada, lo cual hacía que siempre fuese precavido y que se preparase bien. Era capaz de imaginarse situaciones peligrosas en la montaña antes de que éstas aconteciesen.

Adi Mayr era simpático. Eso es lo que decían todos sus compañeros de montaña, también Fritz von Almen, el hotelero de Kleine Scheidegg. Adi Mayr le había tomado confianza, y Fritz le respondía con consejos, según su leal saber y entender, preocupándose por él y asesorándole. Adi ya conocía cada metro de la pared por los libros, los relatos y sus propias observaciones, que duraban días. Y las dudas que le surgían, se las aclaraba Fritz von Almen.

Entre otras cosas, Fritz también le dijo que la travesía del Tercer Nevero es muy peligrosa por la tarde debido a la caída de piedras. Todas las piedras y trozos de hielo

que se desprenden bajo los rayos del sol de la tarde, procedentes de la Araña y del muro cimero, caen casi sin pausa sobre el Tercer Nevero como si se tratase de proyectiles. Fritz von Almen lo sabía y aconsejaba correctamente a este alpinista tan responsable: «Si llegases después de las 14:00 horas al Tercer Nevero, es preferible que vivaquees antes, en el Vivac de la Muerte. Seguro que es aburrido esperar tanto, pero es mejor que morir por un golpe de piedra».

Adi Mayr tiene suficiente imaginación como para hacerse una idea de lo peligroso que puede ser el Tercer Nevero por la tarde. Quiere, pues, salir temprano y escalar lo más rápido posible para alcanzar la Rampa por la tarde.

¿Y el primer vivac? Allá arriba en el Nevero de la Rampa, o en la Travesía de los Dioses, o en las Fisuras de Salida o ya directamente en la cima... Adi Mayr está bien entrenado, tiene un empuje increíble y es ambicioso. Él no lo dice, pero el hecho de que se trataría de la primera escalada en solitario es con seguridad un gran estímulo para él. ¡Menudo año sería: la primera ascensión en invierno y en solitario!

Poco después de la medianoche la señora von Almen le prepara un desayuno.

Cuando se acerca el día, en la gris madrugada, Adi ya está en la roca. Previamente se ha calentado un poco en el terreno ligero. Cuando ya hay suficiente claridad, Fritz von Almen lo observa a través de un gran telescopio.

Con movimientos tranquilos, rítmicos, sin dar tirones, pero también sin vacilar, este hombre solitario supera la Fisura Difícil, que es el primer bastión de la Gran Pared. Aquí y allá se va agarrando a una cuerda que lleva dos años colgada allí. No es completamente segura. Parece ser que Adi Mayr se da cuenta de ello, ya que sólo utiliza la cuerda con precaución, sin colgar nunca de ella todo su peso. Se trata únicamente de una pequeña ayuda.

En el terreno fácil después de la fisura, Adi demuestra que en roca se siente verdaderamente como en casa. No se precipita. Va escalando paso a paso. Prácticamente no se para en la Travesía Hinterstoisser. Ya hace tiempo que este lugar perdió su mala fama de antaño. Todavía no cuelgan tantas cuerdas de él como un año más tarde. Entonces las buenas cordadas necesitarán poco más de diez minutos para toda la travesía. Adi Mayr tampoco necesita más de 20 minutos. No es que escale bien, es que sabe usar cuerdas, mosquetones, estribos y otros medios.

A medida que Fritz von Almen y otros escaladores y guías de montaña locales observan a Mayr se van tranquilizando. Todos tienen la sensación de que no se trata de un joven ambicioso que se dirige hacia su perdición, sino de un hombre que escala sabiendo lo que hace, lo que quiere y es capaz de conseguirlo.

El hielo parece estar duro y quebradizo. Adi tiene que tallar peldaños por aquí y por allá. Además se nota claramente que se encuentra más cómodo en roca que en hielo. Cabe decir que así eran la mayoría de los escaladores del este de los Alpes que venían al Eiger para intentar su Pared Norte y que finalmente la ascendían. El hielo

de la Manguera entre el Primer y Segundo Nevero no parece gustar a Adi. Ascende por las rocas, hacia la izquierda y hacia arriba. Desde que Erich Waschak realizara en 1950 el primer intento en esta zona de la Manguera de Hielo, se sabe que la roca de este terreno está descompuesta y que tiene una estratificación compleja. Parece ser que Adi vuelve a avanzar con rapidez, como si se encontrase ahora en las montañas calizas de su tierra natal. El Eiger también es una formación caliza.

El Segundo Nevero —grandioso e interminable, y que no es susceptible de ser ascendido verticalmente, sino en travesía de medio kilómetro— cambia la carrera del joven hacia las alturas, convirtiéndola en una marcha lenta, con mucha precaución, repentinamente cauta, de peldaño en peldaño, metro a metro... El Segundo Nevero no deja indiferente a nadie. A nosotros nos pasó lo mismo en la primera ascensión, en 1938. Allí, en el Segundo Nevero, uno siente estar de repente en una vía interminable.

¿Cómo describir el Segundo Nevero? Imagínense el techo inclinado de una catedral gótica, pero de 500 metros de diagonal. Hay que atravesar desde abajo a la derecha hacia arriba y hacia la izquierda. Quedan a la vista 100, 200, 300 metros a la izquierda y hacia abajo y, dependiendo de dónde uno se encuentre, se ve el límite inferior del techo. Ahí no hay ningún canalón ni tampoco una alegre gárgola. Más allá del límite, sólo aire: 600, 700 u 800 metros de vacío. Esto puede significar una caída libre vertical dándose sólo unos pocos golpes hasta acabar en el resalte de la pared. Es un milagro poder ascender despacio y con prudencia sobre este nevero, incluso si se trata de un alpinista de primera clase, como Adi Mayr. ¿Ascender, pues, por una diagonal infinita de un techo gigantesco...?

El solitario acelera nuevamente la marcha sobre las inclinadas rocas que llevan a la Plancha, según se puede observar claramente con los prismáticos. También se puede ver que han empezado a caer piedras. Son aproximadamente las 14:30 horas cuando Adi Mayr llega al Vivac de la Muerte. El fuego de barrera de la montaña se expande ya por el Tercer Nevero y también por el filo de la Plancha, el camino hacia adelante, camino de regreso. Hace buen tiempo, y el día le habría regalado al escalador seis horas más de luz.

En esas seis horas Adi habría podido llegar hasta la Travesía de los Dioses, o hasta el Vivac de Corti, junto a las Fisuras de Salida. Si hubiese sido negligente y hubiese pensado: bah, no todas las piedras que caen alcanzan a alguien...

Pero Adi Mayr no quiere dejar nada al azar. Quiere superar la pared según todos los principios del arte del alpinismo, así que intenta vencer su intranquilidad siguiendo el dictado de la razón y el consejo del hotelero Fritz von Almen. Sólo hay un lugar que queda al abrigo de la caída de piedras: el Vivac de la Muerte.

Será un largo vivac, una noche de 15 horas, en cuyo inicio todavía luce el claro sol de la tarde durante 6 horas. El tiempo se hace interminable hasta que Adi Mayr

hace las señales luminosas acordadas, a las que Fritz von Almen responde desde Kleine Scheidegg. Y pasa aún más tiempo hasta que el gris del nuevo día sale a hurtadillas de la oscuridad: es el 28 de agosto de 1961.

Nadie puede informarnos acerca de lo que el joven sufrió durante su larga estancia en el vivac, cómo logró vencer su soledad y sus propios pensamientos, sus temores e incertidumbre, contra los que seguramente se empleó con obstinación y orgullo.

A la mañana siguiente se hace evidente que Adi Mayr tiene dificultades para encontrar su ritmo. El telescopio de 72 aumentos no permite ver si los movimientos son, en efecto, torpes, inquietos, vacilantes o faltos de la armonía que ostentaban ayer. Lo que ocurre es que Adi no dispone ahora de un terreno donde precalentarse. Aquí no hay ningún resalte como el de ayer, se comienza directamente por la travesía, un descenso en diagonal a través del Tercer Nevero, el más inclinado.

Adi Mayr va avanzando poco a poco hacia la izquierda, talla peldaños, hace todo con exactitud, quizás un poco más despacio que de ordinario, pero con bastante normalidad. No obstante, Fritz von Almen al observarlo no consigue librarse de la sensación de que a este hombre que está solo allá arriba le falta algo. ¿Se habrá puesto enfermo como consecuencia del frío de la noche? ¿O se tratará de una depresión a causa de las quince horas pasadas en ese solitario vivac, donde 26 años antes murieron los primeros en intentar la pared del Eiger?

Sobre el Tercer Nevero ya no se precipitan más piedras. El silencio reina en toda la pared. Nada se mueve. Sólo el hombre. Un puntito de vida, de voluntad y de obstinación en esa fría, sombría inmensidad hostil a la vida.

Adi Mayr supera el Tercer Nevero y llega a la Rampa. Los primeros largos de cuerda no son especialmente difíciles. Se trata de un terreno bueno, pero a pesar de ello parece que ese maestro en roca no se siente tampoco especialmente cómodo aquí. ¿Hay hielo sobre las rocas? No se puede distinguir nada ahora, pues están en la sombra, pero se intuye por los movimientos de Adi que todavía no son ligeros y seguros como ayer. Por otra parte, no se ve por ningún lado que Adi Mayr se haya autoasegurado.

Empieza entonces la travesía hacia el comienzo de la Chimenea de la Cascada. Este lugar no es fácil. No se ve el Silbergraben, ya que éste sólo brilla por la tarde. Tampoco baja agua por la chimenea. Probablemente la roca está cubierta de hielo, pero la sombra impide ver con claridad. Tan sólo se distingue un hombre y sus movimientos. Adi intenta el paso de ramonaje de la chimenea hacia la izquierda. Parece que se le resbala la bota izquierda. Adi vuelve a empotrar la pierna. Trabaja el lugar con el piolet y vuelve a intentar el ramonaje de la chimenea, pero parece que una vez más no encuentra apoyo. Intenta otra vez volver a la posición inicial, pero ahora más deprisa.

De esta manera sólo se mueve alguien que está cansado, nervioso o desesperado. Adi tampoco se ha autoasegurado en este pasaje. ¿Qué le estará pasando?

Vuelve a atacar el punto por tercera vez, ahora extiende las piernas exactamente como antes. Ocurre lo mismo que en los intentos anteriores, pero a pesar de ello a las 8:12 Adi se atreve a efectuar el ramonaje para salir del Silbergraben, que está oscuro y en sombra, al igual que toda la pared. También está en la sombra ese cuerpo que cae del Silbergraben y que apenas si golpea contra la roca durante su caída de 1200 metros hacia el vacío...

## «*I am sorry, Brian...*»

El año 1962 nos mostró una nueva pared del Eiger. Hubo, como no, escaladas completas y encuentros con personas a quienes profesamos simpatía y respeto incondicionales. Pero también hubo algunas personas que —a pesar de haber sido consideradas demasiado débiles— lograron, sin embargo, escalar la pared.

También hubo muertes, muertes estremecedoras y misteriosas, que nos dejaron preguntas sin respuesta hasta nuestros días.

Un año loco, ese de 1962. Un año del Eiger como no se había visto hasta entonces. Cinco muertos en un verano, algo sin precedentes. En cambio, sí es cierto que 44 hombres lograron escalar la pared sanos y salvos, también una cifra sin precedentes. Si lo comparamos con el año 1936, el año de la tragedia de Toni Kurz, en el que cuatro escaladores murieron sin lograr completar la escalada, podría decirse que los tiempos habían mejorado, pero no se deben hacer las cuentas de esta manera. Recordemos el año 1952, cuando durante la mayor parte del tiempo reinaban unas condiciones meteorológicas muy malas en la pared, y a pesar de ello veinte alpinistas lograron escalarla y no hubo muertos. El año 1962 es insólito, un año triste, ya que se aceleran las polémicas sobre la pared del Eiger. Se confunden los términos sobre el sentido y la sinrazón del alpinismo. Pero los lectores de los numerosos artículos, deseosos por saber y profanos en la materia, tienen claro por primera vez cuál es el sentido de una ascensión al Eiger: dinero y publicidad. Trenker dirige una película sobre el Eiger, atrayendo a cientos de curiosos y periodistas. En Alpighen las tiendas de campaña están colocadas una junto a la otra. Incluso a veces se llega a formar todo un pueblo de tiendas de campaña.

Al principio, la temporada del Eiger empieza con total normalidad, sin llamar la atención.

El Nido de Golondrinas, se convierte en el primer lugar de vivac preferido. Su nombre se menciona en todos los idiomas, y ha entrado en uso como un nombre propio. Incluso yo mismo me olvido de que este vivac situado por encima de la Travesía Hinterstoisser no siempre se había llamado así.

Dos ingleses, Brian Nally y Barry Brewster, llegan hasta el Nido de Golondrinas el 24 de julio por la tarde. Todavía no ha habido una primera ascensión británica de la pared del Eiger. ¿Van a ser ellos los primeros?

Ese verano hay algunas tiendas de campaña de ingleses y escoceses situadas al pie de la Pared Norte. La gran pared del Eiger no está acorde con la tradición británica, pues conlleva un riesgo incalculable y también mucho ruido. No se vería con buenos ojos en el *Alpine Club* que uno de sus miembros escalase la pared del Eiger.

Nally y Brewster no son miembros del *Alpine Club*. Brian, de 25 años, es

resistente y fuerte como un toro. Tiene una cara ancha, de aspecto sano, y puede dar la impresión tanto de bonachón como de bruto. En conjunto es muy poco inglés y le gusta mucho charlar. Muy pronto se enteran de su llegada los compañeros de las diversas nacionalidades congregados en el pueblo de tiendas de campaña, en Alpiglen. También se enteran los periodistas, siempre en busca de novedades e historias interesantes, de que a él le interesan sobre todo las empresas alpinas largas. Además, la cara norte del Monte Cervino ya la ha ascendido, el pasado verano, con el escocés Tom Carruthers. La pared norte del Lyskamm también y la Arista Zmutt del Cervino. Sí, así es, a él le gustó mucho el Cervino, es justo una montaña como las que a él le gustan. ¿No es verdad que desde Whymper es una montaña inglesa? Bueno, también volvió a intentarlo por la cara norte, en invierno, con Georg Huber de Traunstein, pero tuvieron que descender hasta Schuler y abandonar tras encontrarse con grandes dificultades.

Brian admite sinceramente que sin Georg Huber seguro que no hubiese vuelto con vida. Se ríe, cuenta su aventura y está contento de que se le escuche y de que crean en su invencible fuerza. Hasta él mismo se la cree. A pesar de ello, no sólo está apegado a la tierra y es realista, como hace suponer su aspecto rústico, sino que al mismo tiempo es un hombre de acción, emprendedor, con garra y soñador. Sueña con las altas montañas y la gloria que se puede alcanzar gracias a ellas. Un sueño peligroso.

Brian cuenta y cuenta cosas, y se deja admirar. Todo su ser es tan alegre y libre de preocupaciones, como el mismo nombre de su club de montañismo ya indica: *Rockhoppers-Mountaineering Club* (Club de Montañismo Los Saltarrocas), de Londres.

Barry Brewster, su compañero, de veintidós años, es exactamente lo contrario de Brian Nally: alto y flaco, con unos rasgos sutiles que denotan carácter e inteligencia. Es silencioso, casi tímido, y sus empeines y muñecas son finas; es estudiante y miembro del *University Climbing Club*. Muchos alpinistas británicos, himalayistas, exploradores y aventureros, poseían un aspecto semejante. Es un tipo de persona que no malgasta energía en su aspecto externo, pero que en los momentos peligrosos o complicados puede ser increíblemente valeroso y tenaz. Los dos hombres vivaquean en la noche del 24 al 25 de julio en el Nido de Golondrinas. Al día siguiente, avanzan con bastante lentitud. Barry, el acróbata de las rocas de Lake District, no se encuentra tan cómodo sobre el hielo como Brian. El decorador y pintor de brocha gorda de Londres, ejercitado en el hielo, tiene sentido de la responsabilidad. Tranquilamente va tallando peldaño a peldaño en el Segundo Nevero; está seguro de que Barry puede seguirle por esta escalera.

Al final del Segundo Nevero, donde las empinadas rocas —en parte descompuestas— se alzan hacia la Plancha, Brewster se pone en cabeza. Ascenden

rápidamente y con seguridad. No hay duda de que hoy alcanzarán el Vivac de la Muerte.

La gente allá abajo, en Kleine Scheidegg, observa a los dos ingleses. Ven que Barry Brewster sufre una caída. Con él caen también piedras. A estas horas, hacia el final de la tarde, es muy grande el peligro de caída de piedras. A veces caen verdaderas avalanchas de roca de la pared de la cima, de la Araña... Es evidente que el golpe de una de esas piedras ha arrancado a Barry Brewster de su sitio.

El corresponsal del *Times* comunica:

Esta noche se ha observado a través del telescopio que uno de los dos alpinistas británicos que intentaban escalar la cara norte del Eiger ha sufrido una caída de unos 90 metros desde las rocas situadas por encima del Segundo Nevero. Se trata del Sr. Barry Brewster, de Crawley, quien inició la ascensión ayer en compañía del Sr. Brian Nally, de New Barnet. Los testigos vieron cómo el Sr. Nally sujetaba durante cierto tiempo la cuerda a la cual estaba atado su compañero, y cómo luego bajó hasta el lugar donde se encontraba éste, tumbado en la nieve y al parecer herido.

Está claro que este periodista ha reproducido correctamente el proceso de la caída. Sólo se ha equivocado en la altura de la caída. Nally y Brewster escalaban con una cuerda de 100 pies, es decir con una cuerda de unos treinta metros aproximadamente. Cuando ocurrió el accidente de Brewster, se encontraba en la reunión, que resultó arrancada por la violencia de la caída. Sólo aguantó el clavo colocado directamente junto al punto de anclaje de Nally. Por lo visto no le fue posible parar la caída ya que Brewster cayó toda la longitud de la cuerda y quedó cabeza abajo en el Segundo Nevero. Después de que Nally asegurase la cuerda, escaló descendiendo hasta donde se encontraba su amigo herido, constantemente expuesto a la caída de piedras. Más tarde, Nally no pudo explicar con claridad la situación debido a la enorme conmoción sufrida, el esfuerzo y, probablemente, también debido a la desesperación. Tras su rescate, ese alegre narrador no fue capaz de relatar con claridad, contradiciéndose con frecuencia. Todo aquel que quiera buscar argumentos en su contra, sería injusto con el joven. Lo esencial no es lo que ese miembro del Club Rockhoppers dijera más tarde, sino lo que hizo ante los ojos observadores y atentos de la opinión pública.

Brian subió y bajó los treinta metros entre el borde superior del Nevero y el lugar donde se encontraba Barry varias veces. Al parecer le llevó alimentos, ropa o lo que fuera de su lugar de aseguramiento para poder aliviar el estado grave del herido. Quizás se daba cuenta de que no sería posible el rescate, pero no quería reconocerlo. Es muy probable que Brewster gritase a Brian mientras caía. También es probable que estuviese sin conocimiento la mayor parte del tiempo mientras Nally le prestaba ayuda. No hay razón alguna para poner en duda que en los breves momentos en los que recuperó el conocimiento no dijese otra cosa que: *I am sorry, Brian, I am sorry.*

Brewster se disculpó ante Nally por las molestias que le había causado, y Nally, ese hombre de gran energía, cuya ambición y entusiasmo por la montaña no se correspondían con su experiencia, no quería reconocer que a su amigo le había llegado el fin. No prestaba atención a las piedras que seguían cayendo desde arriba. Se diría que no podía soportar que las piedras pudiesen alcanzar a su amigo, desvanecido e indefenso. Todos veían por los prismáticos que Brian estaba encima de su compañero con las piernas abiertas como queriendo evitar con su cuerpo que las piedras tocasen a Brewster mientras intentaba con golpes desesperados tallar un lugar de vivac en el hielo para su amigo inconsciente.

El corresponsal del *Times* habló por teléfono con Kleine Scheidegg:

Nally estaba casi a horcajadas encima de él (Brewster) para protegerlo de la caída de piedras... Después talló en la superficie del nevero una plataforma de vivac para su compañero herido...

Todo alpinista podrá hacerse una idea del gran esfuerzo que supone cavar un sitio donde echarse en una pendiente de hielo. Esto es, incluso para un alpinista descansado, que no haya sufrido un shock, supone una difícil tarea. A estas alturas Nally, sin embargo, ya debía de estar muerto de cansancio. Toni Sailer, que estaba observando por los prismáticos lo que estaba ocurriendo, me dijo: «Nally está golpeando el hielo con movimientos muy lentos como si ya estuviese completamente agotado...». Aún y así, Nally consiguió tallar el vivac en el hielo y con sus últimas fuerzas elevó a Brewster.

Era evidente que Nally no tenía mucha idea de lo que eran los métodos modernos de rescate, el uso del nudo prusik, los polipastos y similares; y por eso intentaba compensar su falta de conocimientos con su buena voluntad y su fuerza. Todos los que estaban mirando por los prismáticos pudieron comprobarlo. Un médico que se encontraba entre el público creyó ver, por los movimientos de Brewster, que el accidentado estaba parcialmente paralizado. A tal distancia no se pueden realizar diagnósticos debido a la diferencia de altura, aunque los prismáticos sean de gran aumento. Se podía ver claramente que Brewster se movía, o sea que había sobrevivido la caída de 60 metros.

Al día siguiente seguía moviéndose, y se volvió a ver a Nally bajar desde su punto de aseguramiento hasta el lugar de Brewster. Parece ser que le llevaba algo para beber. Té o sopa que había preparado arriba en el límite entre la roca y el hielo.

Luego estuvo durante un largo rato haciendo maniobras con las cuerdas por encima de la cueva de hielo que había cavado. Al parecer estaba fijando clavos y clavijas de hielo para asegurar bien al herido. ¿Seguía vivo Brewster? ¿Se movía aún?

Los espectadores lo observaban, y observaban también al equipo de rescate que

había subido a la pared a las cuatro de la mañana desde el boquete del túnel. El grupo estaba formado por siete guías de montaña procedentes de Wengen y Lauterbrunnen, dirigidos por Karl Schlunegger, quien hacía quince años había realizado la tercera ascensión a la pared con su hermano Hans. También formaba parte del grupo Hilti von Almen, uno de los protagonistas principales de la película de Trenker, y Sepp Larch, uno de los mejores alpinistas austríacos de aquella época. Disponen de comunicación por radio con Kleine Scheidegg.

Fritz von Almen y su gente observan también la segunda cordada inglesa formada por Chris Bonington y Don Whillans, que asciende desde su vivac en el Nido de Golondrinas. Ninguno de los dos saben de la tragedia de sus compatriotas, ese drama cuya verdadera amplitud nadie sospecha todavía. Allá arriba, Brewster sigue colgado de las cuerdas en el Nevero y Nally vuelve a subir hasta el borde. Son las 8 de la mañana.

¿Por qué asciende Nally? ¿Por qué no espera al rescate? Más tarde, él mismo dirá que pensaba que Barry estaba muerto. «Creo que ha muerto en mis brazos diciendo: *I am sorry, Brian...*». ¿Qué es lo que Nally quiere hacer allá arriba, en el límite del Nevero? ¿Vuelven a caer piedras? Incluso durante la noche la caída no ha cesado...

Los observadores de Kleine Scheidegg ven que el equipo de rescate avanza más rápido que la segunda cordada inglesa.

Don y Chris son alpinistas experimentados que ya han subido a montañas altas y difíciles por todo el mundo. Escalan con tranquilidad, aprovechando cada posibilidad de asegurarse, toda protección que se les ofrece. De repente, a las 8:45, al agudo martilleo de piedras cayendo le sucede un zumbido y luego un sordo sonido de golpe sobre nieve y roca... Nadie que lo haya oído alguna vez puede olvidar el zumbido y los sordos golpes de un cuerpo humano que se precipita hacia el vacío.

Barry Brewster ha sufrido una caída. 1000 metros o aún más. Su cuerpo pasa con estrépito por encima de las cabezas del equipo de rescate y choca contra la pared un poco más abajo de donde están los ocho hombres. Luego sigue precipitándose hasta el resalte de la pared.

¿Qué es lo que pasó? Algunos creen haber visto como Barry, poco antes de su caída mortal, se colocó bien en el lugar de su vivac como si quisiese comprobar los seguros. Y luego cayó sin hacer ruido, como si no hubiese estado atado a una cuerda... ¿Puede que Brewster no estuviera aún muerto tal y como creía Nally? ¿Soltó él mismo su arnés de pecho —o el tipo de aseguramiento que fuese— a la vista de la situación tan desesperada en que se encontraba? ¿O se trataba de un ataque de enajenación de los sentidos, como le puede pasar a cualquier herido grave en la montaña? ¿Barrió una nueva avalancha de piedras a Barry, arrancando caprichosamente con su empuje los clavos y clavijas del hielo podrido? Yo creo que fue así, pues es lo que mejor encaja con los datos proporcionados por Brian Nally.

No conozco a Nally personalmente, pero no creo que se trate de uno de esos tipos que maduran gracias a la soledad. Su obstinación es una rebelión contra el miedo. Él cree haber hecho lo mejor por su compañero, y quizás, muy probablemente hizo lo mejor que pudo por él. Tras la catástrofe, cuando Barry, que siempre se había hecho cargo del liderazgo moral de la cordada, cayó al vacío, el que se quedó sólo estaba completamente confundido y no era capaz de decidir por sí mismo. Pretendía descender sin asegurarse por el Segundo Nevero, expuesto a la caída de piedras. Después regresa, sube por las rocas. Sí, ¿logrará quizás la escalada completa de la pared del Eiger en solitario? Brian reflexiona.

Entonces ve allá muy abajo, donde la Manguera de Hielo desemboca en el Nevero, a alpinistas que le hacen señas con la mano. Él les devuelve las señas, pero no da voces, porque le embarga un miedo persistente y profundo: no quiere hacer el ridículo. No ante la opinión pública, sino ante su club, los Rockhoppers, un grupo de amigos de ámbito local, pero donde Nally tiene fama de ser el hombre fuerte, candidato con posibilidades de éxito a la Pared Norte. Se le hace insoportable sólo pensar que allí se pueda comentar por lo bajo: «A Brian Nally le tuvieron que rescatar de la Pared Norte»...

Por esa razón Nally no pide ayuda a esos alpinistas desconocidas. Pero los dos lo recogen. El equipo de rescate ha informado a Whillans y Bonington de que Brewster ha caído y de que hay que ir a buscar a Nally. Los dos británicos, prometedores y seguros aspirantes a la primera ascensión británica a la pared del Eiger, se declaran inmediatamente dispuestos a interrumpir su expedición para ir a buscar a Brian Nally. El equipo de rescate con Schlunegger, Larch y Hilti von Almen fija una cuerda en la Travesía Hinterstoisser para facilitar la vuelta a los demás, y luego descienden.

A última hora de la tarde se recogen los restos de Brewster. La señora Von Almen ha descubierto en el resalte una pequeña mancha roja: un pedazo de un anorak rojo...

El descenso de los tres ingleses no es fácil. Hay una gran tormenta con rayos y descargas sin cesar. La tormenta lanza aullidos y la caída de piedras retumba como si quisiera competir con los truenos.

Don Whillans y Chris Bonington no sólo han adquirido su experiencia en montaña en los Alpes, sino también en el Himalaya y en la Patagonia, siempre poseída por las tormentas. Sus nervios pueden batirse contra esta tempestad. Alcanzan con su protegido el boquete del túnel, donde les esperan los demás camaradas de la colonia británica de las tiendas de campaña que llaman «Pared del Eiger».

Naturalmente, los periodistas se lanzan sobre el «hombre fuerte», Brian Nally, cuyos nervios y capacidad de reacción no estaban a la altura de los bruscos cambios entre desesperación, tristeza, temor, obstinación, esperanza, angustia mortal e inesperada vuelta a casa sano y salvo.

## Las catástrofes ensombrecen los éxitos

El 31 de julio de 1962 es un día de un final trágico. De un final sin retorno. El 31 de julio de 1962 Adolf Derungs se precipita mortalmente por la pared del Eiger. El segundo intento en solitario. El segundo con un resultado mortal.

Nos acordamos muy bien de Adolf Derungs, ese albañil del Cantón de los Grisones, tan fascinado por las montañas y el alpinismo que incluso superó los exámenes de guía de montaña. Adolf Derungs fue el que realizó con Lukas Albrecht la ascensión probablemente más original a la Pared Norte del Eiger —la número 16—, llamada «Escalada del abrigo de invierno». ¿Por qué motivo volvió a la pared, y además solo?

Algunos afirman que Adolf Derungs fue únicamente para demostrar que era posible escalar la pared en solitario y que no era una pared mortal. Otros opinan que quería convertirse en un famoso guía de montaña para conseguir visitantes y turistas en el futuro.

Más vale dejar las especulaciones y mostrar los hechos. En aquel 31 de julio Derungs quería ascender al Nido de Golondrinas, y el 1 de agosto, a ser posible, alcanzar la cima en un solo día. Lo cierto es que en la mañana del 1 de agosto, los cámaras que rodaban la película de Trenker ya lo estaban esperando en la espalda de la arista noroeste para filmar al alpinista solitario en la pared. Las tomas hubieran tenido seguramente muy buen recibimiento, ya que según el guión tenía que aparecer en algún momento un escalador en solitario.

Pero los cámaras esperaron en vano. No pudieron filmarle. Derungs cayó desde lo alto antes de alcanzar la Travesía Hinterstoisser. Así lo indicaba la posición del cadáver. Yo opino que Derungs resbaló en terreno ligeramente helado y sufrió una caída mortal. En la historia del alpinismo hay cientos de casos como éste.

La pared del Eiger concede al público poco tiempo para reponerse de la conmoción ocasionada por la caída mortal de Adolf Derungs. Así pues, el 11 de agosto, es decir, justo una semana después de que el cadáver del desgraciado alpinista fuese encontrado, seis italianos suben a la pared efectuando en siete días la escalada número 27 y logrando la primera ascensión italiana. La cordada de seis formada por Pierlorenzo Acquistapace, Armando Aste, Gildo Airoidi, Romano Perego, Franco Solina y Andrea Mellano, que en un principio eran dos cordadas de tres, son alcanzados y adelantados en el Segundo Nevero por el grupo de AlMBERGER —«el vigésimo sexto»—, que habían iniciado la ascensión dos días más tarde.

AlMBERGER y sus amigos Adi Weissensteiner, Klaus Hoi y Hugo Stelzig —todos de Estiria, Austria—, completan la escalada mostrando una maestría consumada. También demuestran que en la gran pared se puede ascender por todas partes junto a otras cordadas, incluso si se trata de cordadas de seis. AlMBERGER, deportista y

atlético, se ve impulsado por dos motivos: en primer lugar quiere conocer la pared en verano y como primero de cordada (era conocido que Alamberger era miembro de un equipo de escalada invernal), y en segundo lugar, se necesitaban urgentemente tomas en vivo para la película dedicada a la pared. Además, Walter pertenecía al equipo de Trenker.

Para mayor seguridad traía a sus amigos de confianza de Estiria. Parece ser que no se pudieron hacer buenas tomas con teleobjetivo del Segundo Nevero con los alpinistas en plena acción, ya que para la película se necesitaba una cordada o una sola persona, y no un lugar de recreo para excursionistas alpinos, que es lo que parecía el Segundo Nevero el 13 de agosto. Diez personas al mismo tiempo, uno encima del otro, debajo del otro, o al lado del otro. Walter Alamberger, ese minero escalador y guía de montaña de Eisenerz, demostró una vez más que pertenecía a una clase especial dentro del alpinismo. Llevó a sus compañeros de cordada sin peligro alguno hasta la cima, a pesar de que el primer vivac en la Plancha y el segundo al final de la Travesía de los Dioses no fueron demasiado agradables.

¿Diez personas al mismo tiempo en la pared? Esto sí que son circunstancias excepcionales, aunque, de hecho, en este agitado verano de 1962 parece ser el estado normal. Entre el 19 y el 23 de agosto, a lo largo de un día, llega a haber incluso dieciséis escaladores al mismo tiempo en la pared: suizos, austríacos, alemanes, españoles y el primer americano (John Harlin). Sólo diez de ellos alcanzan la cima el 22 o el 23 de agosto, pero no hay ningún accidente. Se vuelve a demostrar que los buenos alpinistas pueden retroceder en cualquier pasaje de la pared. Seis de ellos lo hicieron.

Los restantes hacen gala de un compañerismo ejemplar. Las tres cordadas —Félix Kuen y Dieter Wörndl (Austria), Honrad Kirch y John Harlin (Alemania y Estados Unidos) y Franz Jauch, Josef Jauch, Franz Gnos y Josef Zurfluh (Suiza)— alcanzan por separado y a distintas horas la cima, pero esperan a que lleguen todos, convirtiéndose en la ascensión número 28. En cuanto a John Harlin, el primer americano, volveremos a tener noticias de él.

La ascensión número 29 llega al día siguiente. Son los dos austríacos Hans Hauer y Nikolaus Rafanowitsch, unos montañeros hábiles, cuidadosos y previsores. Les falta experiencia en los Alpes Occidentales, y también un poco de condición física. Bajo estas circunstancias debe valorarse el éxito que obtuvieron en el Eiger, solos y sin ningún tipo de ayuda, en condiciones adversas. Se merecieron la pequeña fiesta que el municipio y población de su ciudad natal de Gmunden organizaron en su honor tras su feliz vuelta a casa.

En cambio, los protagonistas de la escalada número 30 no podían lamentarse de la falta de condición física: es prácticamente imposible ser más rápido. El único más rápido que ellos fue Erich Waschak, hace doce años. Ni siquiera Hilti von Almen

había conseguido mejor tiempo el año anterior. Del 29 al 30 de agosto de 1962 la cordada actuó, al parecer, según el lema: «Lo que puede hacer Hilti, lo puede hacer también Paul». Se trataba del Paul Etter, que había sido compañero de cordada de Hilti en la primera escalada invernal a la cara norte del Cervino.

En la pared del Eiger formaban parte de dos cordadas distintas. Pero también el grupo suizo formado por los guías de montaña Paul Etter y Martin Epp, asaltaron literalmente la pared. Ascensión al amanecer, vivac en la Travesía de los Dioses y al mediodía del día siguiente, la cima.

¡Qué rápido cambian los tiempos!... ¿No es cierto que eran los guías de montaña suizos quienes estaban disgustados con todos los que una y otra vez intentaban hacerse con la pared, hasta que finalmente se consiguió completar la primera escalada? Hoy día, los alpinistas suizos no sólo se han igualado a los «alpinistas extremos» de otros países, sino que marcan tiempos récord allí donde van, y todo ello sin arriesgarse nunca.

¿Así pues, podemos afirmar que escalar la pared del Eiger es una empresa alpina segura siempre y cuando se respeten todas las medidas de seguridad? La verdad es que incluso a mí me sorprende el estilo y el tiempo de los asaltantes suizos. Pero volvamos a las ascensiones, porque me había olvidado de un día muy triste. Un día muy triste para todos los alpinistas de la generación joven y un día muy triste que nunca olvidarán los alpinistas austríacos. El 27 de agosto de 1962 Diether Marchart se precipitó mortalmente por la pared del Eiger. Fue el tercer intento de escalada en solitario y la tercera caída mortal...

Al pasar del Primer al Segundo Nevero resbaló y al caer casi se llevó consigo a una cordada de Múnich que hacía poco había adelantado. Poco antes, estos le habían ofrecido atarse a su cuerda, y él había rechazado con una amable sonrisa su invitación: «No gracias, quizás más tarde, cuando sea más difícil».

Los muniqueños querían saber de dónde era, quién era y Diether volvió a sonreír diciendo únicamente: «Soy vienés».

Nada más. No dijo su nombre, ya que entonces todos hubiesen sabido que era el escalador en solitario de la pared norte del Cervino, el que realizó la primera ascensión a la pared sur del Dachstein en invierno, el primer escalador del Distaghil Sar, el más alto de los sietemiles de la Tierra que hasta entonces aún no habían sido escalados. Se trataba de uno de los alpinistas austríacos más famosos, si bien sólo tenía 22 años. Diether Marchart tampoco se había inscrito en el hotel Kleine Scheidegg con su apellido, pues de otro modo se hubiese sabido enseguida que quería escalar la pared del Eiger en solitario. Diether no quería llamar la atención. Era de esos tipos que sacan sus fuerzas de la soledad y de sí mismos, que tienen que arreglárselas consigo mismo antes de tomar una decisión, y que cuando la han tomado no quieren ni laureles ni oraciones fúnebres en concepto de anticipo.

Diether Marchart se inscribió en el registro de huéspedes de Scheidegg como «Georg Winkler». Esto demuestra que en lo más profundo de su ser Diether Marchart era un joven romántico, ya que Georg Winkler había sido el ejemplo por antonomasia del escalador en solitario de los tiempos clásicos del alpinismo, quien escaló en solitario por primera vez la peligrosa Torre de Vajolet en el Rosengarten de los Dolomitas, y que después, también en solitario, fue tragado por una avalancha de nieve en la pared oeste del Weisshorn, en Zermatt, cuando tan sólo contaba diecinueve años de edad, en 1889.

Karl Maix dio su último adiós a Diether Marchart con estas palabras:

... Alcanzó éxitos memorables no para llamar la atención. Muy al contrario, pues llamar la atención le resultaba profundamente desagradable. El joven estudiante con cara de chico simpático, con fuerza de voluntad y capacidad de raciocinio de un hombre maduro y el alma sensible de un artista, correspondía al ideal del *gentleman*... Hace tres años, cuando tenía diecinueve, escaló la pared norte del Monte Cervino en solitario, de entrada no se lo contó a nadie. Tenía miedo de que sus compañeros del club pudiesen interpretar el peligro al que se había expuesto como una imprudencia. Pero Marchart no era imprudente, sino que, como artista que era, vivía anticipadamente en su fantasía cada momento de peligro, y con ello su valor no decaía, sino que se fortalecía su ánimo...

Pero el valor y la fuerza de ánimo no pueden ayudar a un cuerpo que se está precipitando al vacío. No se habría podido identificar su destrozado cadáver, si no hubiese sido por los dedos mutilados de su mano derecha, consecuencia de la congelación sufrida durante la ascensión al Distaghil Sar. La tumba de Diether Marchart se encuentra en Grindelwald.

Ese mismo año, el 30 y 31 de agosto, Chris Bonington consigue —esta vez en compañía de Ian Clough, compañero de cordada de Bonington en lugar de Don Whillans— la ascensión número 31 de la pared y, a la vez la primera británica. Ian Clough en persona explica así la historia de la primera ascensión británica a la Pared Norte:

Llegamos al atardecer del 28 de agosto, jadeantes y sudando, a un nicho bajo con algo de arena en el suelo. En una hora se haría de noche, y los dos podríamos estirarnos ahí cómodamente, por eso vivaqueamos bajo la Fisura Difícil. La espontánea decisión de escalar la pared, el agobio de tener que buscar dinero para el viaje en ferrocarril, el tren a primera hora de la mañana: todo eso parecía ya quedar muy lejos. Al acercarnos a Grindelwald, la pared tenía un aspecto negro y seco, y en ese momento supimos que había valido la pena el viaje. Pensé en la chica de la librería donde copiamos una descripción de la pared del libro de Harrer. La chica quena impedir que subiésemos a la pared contándonos los últimos accidentes. Pensé en la mirada del herrero que afilaba nuestros crampones, en las manchas de sangre sobre las rocas, allá abajo, donde la caída al vacío del austríaco Diether Marchart, que escalaba en solitario, había sido brutalmente detenida, y pensé también en los momentos de duda e indecisión. Pero ahora estábamos allí. Chris Bonington y yo estábamos ya en la Pared Norte del Eiger, felices y contentos, con cuatro días de buen tiempo por delante, si los profetas del tiempo de Zúrich estaban en lo cierto.

Dos pequeñas figuras habían subido a la pared tras nosotros. En este momento la primera escalaba por una vieja cuerda fija dirigiéndose hacia la vira, no lejos de nosotros. Se presentó como Egon Moderegger, y era austríaco. Entonces llegó su acompañante: «Hello», dijo. Nos sorprendió oír hablar inglés. «Soy Tom Carruthers». Estuvimos hablando un rato. Los amigos escoceses de Tom no habían querido subir a la pared. Había conocido a Moderegger en Alpiglen. «¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora?» preguntamos con prudencia. «Ha estado en el Cáucaso», contestó Tom. Me imaginé a Moderegger en una ascensión de preparación en el Cáucaso. No podíamos entenderlo. Gente que se ha conocido por casualidad, de experiencia dudosa y apenas capaces de poder entenderse correctamente. Nos pareció muy insensato, pero no era asunto nuestro. Acordamos ir juntos si avanzábamos a la misma velocidad. Los otros dos vivaquearon muy cerca.

Chris me despertó a sacudidas. Estaba impaciente por continuar. Era ya muy tarde, las cinco. Un desayuno rápido y luego en marcha. Carruthers y Moderegger estaban justo detrás de nosotros cuando escalamos la Fisura Difícil, pero no pudieron mantener nuestro ritmo. Avanzábamos con rapidez. Llegamos a la Manguera de Hielo. En ese momento es cuando pudimos valorar verdaderamente las buenas condiciones de que disfrutábamos, ya que la Manguera de Hielo consistió puramente en escalar rocas. En el Segundo Nevero Chris me dijo a gritos: «Pase lo que pase no mires hacia arriba», haciendo referencia a su experiencia en intentos anteriores en la pared con Don Whillans. No cayó ni una sola piedra. No había nieve sobre el hielo y los crampones amenazaban con resbalar sobre esa superficie que los repelía. Un pequeño escalón escarpado de roca nos condujo hasta la Plancha. Por debajo de nosotros había una vira tallada en el hielo en la que vimos material de montaña abandonado.

Se trataba de una seria advertencia de que el Eiger no siempre se muestra tan benevolente como aquella mañana. A Chris le trajo recuerdos especialmente amargos de la tragedia del mes anterior, cuando el Eiger se llevó una víctima británica.

Enseguida se disiparon estos pensamientos. Teníamos que concentrarnos en el presente. Alcanzamos la cresta de la Plancha y escalamos hasta el Vivac de la Muerte. Al mirar hacia atrás vimos dos puntos negros. Se trataba de Tom Carruthers y Egon Moderegger, que se encontraban en el Segundo Nevero. Lo estaban cruzando en diagonal y prácticamente no se movían. Nosotros estábamos demasiado lejos como para darles consejo a gritos. Además teníamos que salir de la zona peligrosa en la que nos encontrábamos.

El Tercer Nevero es el más escarpado, y hay que atravesarlo más o menos en horizontal para poder alcanzar la Rampa. Tallamos peldaños profundos y en un lugar montamos un rápel pendular utilizando un clavo de hielo, para ahorrar tiempo. La Rampa recordaba las escaladas verticales en los Dolomitas.

La roca estaba en relativamente buenas condiciones, cosa que nos alegró, pues se trataba de la zona técnicamente más difícil. Nos sentíamos contentos de volver a pisar roca. No nos parecía en absoluto que estuviésemos en la feroz pared del Eiger, de la que tanto habíamos leído. Se trataba tan sólo de una magnífica escalada.

Las densas nubes, que paulatinamente se habían ido formando en el pie de la pared, empezaron a ascender, ocultándonos de los prismáticos y suavizando el sonido de la trompa alpina. Llegamos a la cascada donde la Rampa se convierte en una chimenea. Ésta representa muy a menudo una de las partes más desagradables de la escalada, pues el agua, fría como el hielo, se mete por el cuello y por los brazos, convirtiendo el lugar en un vivac muy desagradable. Hoy no cae agua, pero una ligera capa de hielo cubre todas las presas. Aquí empieza para nosotros la parte más complicada de la escalada, pues ascendíamos unos pocos centímetros y enseguida teníamos que quitar el hielo de la siguiente presa. En una o dos ocasiones se nos resbaló una bota. Fue un momento crítico para el que iba detrás, si bien el primero estaba tan absorbido por el siguiente movimiento que prácticamente no tenía tiempo de ponerse nervioso. Tras un segundo tramo de roca limpia y dura, llegamos al abombamiento de hielo y seguidamente ya estábamos en el nevero de la Rampa.

Hacía frío, una segunda travesía con cuerda nos ahorró tiempo y la fatigante tarea de tallar peldaños, conduciéndonos a una suave nevadura de roca junto al embudo del hielo. Seguimos escalando, preguntándonos, ya tensos, dónde estaría el comienzo de la Travesía de los Dioses. Entonces escuchamos voces apagadas, la niebla se despejó un poco durante un instante y vimos la Fisura Delicada que conduce hasta la Travesía de los Dioses.

En el lugar donde comienza la travesía estaban sentados dos suizos, sonriendo satisfechos. Se presentaron como Paul Jenny y Hausheer. Aunque eran sólo las 17:00 horas, ya estaban vivaqueando debido a que uno de ellos había sido alcanzado por una piedra. Pero no necesitaban ayuda.

En la Travesía de los Dioses prácticamente no había nieve. Al final del sistema de viras tuvimos que pasar una ancha canal de hielo. Chris había empezado a tallar los primeros peldaños que nos llevarían hacia la pequeña nevadura de hielo que hay en el centro de la Araña, cuando de repente una carga de piedras bajó por la canal de hielo con gran estrépito y tronando, precipitándose al vacío. El sol había provocado que las rocas se soltaran de su sitio. Chris regresó, y nos miramos bastante estremecidos. «Esta noche va a helar. Vamos a vivaquear aquí mismo». Nos sentamos sobre la vira donde nos encontrábamos y observamos la puesta de sol. Fue una noche fría, y sólo dormimos un par de horas.

A la mañana siguiente subimos por la Araña. Estábamos entumecidos y torpes. Jenny y Hausheer, que seguían nuestros pasos, estaban justo detrás de nosotros cuando llegamos al final de la Araña. El acceso a las Fisuras de Salida era un estrecho corredor de hielo que se prolongaba hacia arriba hasta perderse en una maraña de desplomes. Consultamos nuestra descripción y llegamos a la conclusión de que teníamos que escalar una escarpada chimenea llena de hielo situada a la izquierda. Chris escaló despacio hacia arriba; el terreno era vertical y descompuesto, y las presas se mantenían en su sitio únicamente gracias al hielo. Fue, con diferencia, el tramo más difícil. Yo le seguía con esfuerzo, y ayudamos al primer suizo a pasar hacia nuestra reunión. Ya había soltado la mitad de la cuerda, cuando me di cuenta de que estábamos justo por encima de la Araña. No había duda de que teníamos que mantenernos más hacia la izquierda. Allí parecía haber una vía para rodear los desplomes. Estábamos enfadados por haber perdido tanto tiempo, y volvimos a descender en rápel al corredor de hielo. No nos calmó precisamente tener que enseñarles a los suizos cómo hacer el descenso en rápel.

El corredor de hielo y las Fisuras de Salida se volvían cada vez más fáciles de escalar. La nieve y el hielo desaparecieron muy pronto. Nos sorprendió que esas Fisuras de Salida hubieran presentado dificultades a un alpinista como Hermann Buhl, pero no hay que olvidar que en el Eiger las condiciones meteorológicas son algo decisivo. Estábamos contentos de que la tarea se nos presentase tan fácil. Retiramos la cuerda y nos fuimos solos hacia el nevero de la cima.

¿Por qué dejó hablar a Ian Clough tan detalladamente? Pues porque entre las muchas descripciones que existen, su relato me parece especialmente bueno. Dos alpinistas muy capaces, inteligentes y conscientes de su responsabilidad viven la pared con alegría y desprovistos de patetismo, todo relatado por Clough con una subestimación muy típica de los británicos. Celebro especialmente la observación de que copiaron la descripción de mi libro, pues les condujo a un buen final.

En resumen, el año 1962 fue triste. Se llegó hasta la escalada número 37, pero las catástrofes ensombrecieron los éxitos.

Las cinco cordadas que lograron completar la escalada, números 34, 35 y 36, estaban formadas por cuatro suizos, tres austríacos y un alemán.

En septiembre dos alpinistas suizos, Claude Asper y Bernard Voltolini, realizan un hallazgo espantoso: en el extremo del Segundo Nevero ven un brazo y una pierna de un escalador fallecido. No resultó difícil identificar al muerto: habían encontrado a Karl Mehringer. Se suponía que éste había fallecido junto con su amigo Max Sedelmayer en el Vivac de la Muerte, de cansancio. Entonces, 27 años más tarde, se supo que habían encontrado la muerte durante la retirada.

La ascensión número 37, realizada por los hermanos suizos Alfred y Edwin Brunner, puso fin al movido año 1962.

El prestigioso periódico *National-Zeitung* de Basilea, publicó en enero de 1963 un artículo sobre el año 1962 en el Eiger, titulado «Balance del Eiger». Este artículo me parece suficientemente interesante para reproducirlo textualmente:

Poco menos de cien alpinistas probaron suerte el pasado verano en esta endemoniada pared. De ellos, 44 lo consiguieron y alcanzaron felices la cima, entre ellos por primera vez italianos, ingleses, checos, polacos y americanos. Como mínimo la misma cantidad de alpinistas tuvieron que descender bajo unas condiciones en parte extremadamente difíciles y peligrosas sin haber alcanzado la cima (entre ellos Loulou Boulaz con compañero, la primera mujer que intentó en serio vencer a la pared), y no menos de cinco alpinistas fueron sorprendidos por la muerte en la Pared Norte del Eiger.

La primera víctima del Eiger del año 1962 fue el inglés Barry Brewster, alcanzado por una piedra cuando entraba en el Segundo Nevero. El 31 de julio el guía de montaña del País de los Grisones, Adolf Derungs, probó suerte en solitario, teniendo tan poca fortuna como su compañero de profesión Adolf Mayr, quien un año antes también fue sorprendido por la muerte en la Rampa.

Al tercer especialista en solitario, Diether Marchart, de Viena, que en el año 1959 había escalado la pared norte del Cervino en un tiempo récord de cinco horas, tampoco le fue mejor. En el Segundo Nevero se encontró con una cordada de dos que le ofrecieron unirse a ellos. El rehusó y adelantó seguidamente a estos alpinistas. Entonces resbaló. Al caer se agarró en la cuerda de estos dos alpinistas, arrancando de su sitio al que iba en cabeza, que pudo ser aguantado por su compañero. Marchart tuvo que soltar la cuerda precipitándose hacia la muerte. Cuatro días más tarde el británico Tom Aston Carruthers, de Glasgow, y su compañero de cordada Egon Moderegger, de Salzburgo, también resbalaron en el mismo tramo encontrando la muerte. Sin embargo, no se pudo constatar la causa del accidente debido a que había mucha niebla. Así pues, el destino no les fue favorable a cinco alpinistas.

Hasta aquí el *National-Zeitung* de Basilea.

Brewster y Marchart fueron enterrados en el pequeño cementerio de Grindelwald, si bien la mayoría de los muertos del Eiger fueron llevados por sus familiares a sus países de origen. Una de las preguntas más comunes que hacen los turistas en Grindelwald es: «¿Dónde está el cementerio de la Pared Norte del Eiger?». Esta pregunta no le gusta al párroco de Grindelwald. En la primavera de 1987 me dijo, con razón, que un cementerio es un lugar de silencio, no una atracción turística.

# Hacia la excelencia

## Michel Darbellay

El 2 y 3 de agosto de 1963, tuvo lugar la primera gesta alpina en solitario en el Eiger. Y fue tan grande porque rompió el mito que rodeaba al Eiger como una maldición, según el cual en su pared la soledad mata. Todos los que murieron allí en solitario eran valerosos y excelentes alpinistas.

Antes de que el tranquilo y sencillo guía de montaña Michel Darbellay —hasta la fecha poco conocido— finalizase con éxito su ascensión en solitario a la Pared Norte del Eiger, llegó otro candidato a Grindelwald. Walter Bonatti, uno de los mejores alpinistas del mundo, había montado su tienda de campaña azul claro al pie del Eiger para llevar a cabo lo que cuatro alpinistas antes que él no habían conseguido: la escalada en solitario de la Gran Pared Norte. Todos los que conocían su empresa, no tenían ninguna duda. Si alguien podía conseguirlo, ése era sin duda Walter Bonatti. Su capacidad, su gran experiencia y sus logros anteriores le convertían en un digno candidato a este difícil triunfo. Había participado con los italianos en la primera ascensión con éxito del K2, y grandes rutas directas en los Alpes llevan su nombre. No es de extrañar, pues, que un hombre tan famoso no pueda empezar su empresa en secreto y sin ser visto. La radio, la televisión y la prensa le pisaban los talones en todo momento con el objetivo de enviar cuanto antes noticias sensacionales sobre el gran Bonatti por todo el mundo.

El 28 de julio de 1963, poco después de la medianoche, atacó la pared e instaló su primer vivac en el límite inferior del Segundo Nevero. A la mañana siguiente, después de una noche calurosa, las condiciones habían cambiado completamente. El escalador solitario se veía acosado por agua, pedazos de hielo y una granizada de piedras. Cuando le alcanzó una piedra, decidió volver. Seguro que no le resultó fácil tomar esta decisión, defraudando a la opinión pública que ya le esperaba impaciente, pero ello da muestra de su grandeza moral. Al llegar dijo a los ansiosos reporteros: «No hay montaña que merezca la vida de un hombre». Dos años más tarde volvió a demostrar su maestría, siendo el primero que escaló la pared norte del Cervino en solitario y en pleno invierno.

Todavía no se había desvanecido la decepción por la retirada de Bonatti, cuando

dos días más tarde, el 1 de agosto, llegó el siguiente candidato a la escalada en solitario, aunque sin comitiva y sin prensa. Los únicos que conocían sus planes eran Heidi y Fritz von Almen, los hoteleros de Kleine Scheidegg. Se trataba del guía de montaña suizo mencionado más arriba, Michel Darbellay, del Valais. La Pared Norte no le era desconocida, ya que había sido uno de los acompañantes de la autora del primer intento femenino. En esa ocasión, la ascensión finalizó tras cuatro días con una retirada ejemplar. En aquel entonces, Michel Darbellay ya mostró ser consciente de su responsabilidad y tener sentido común. Una persona digna de confianza.

El 2 de agosto, poco después de la medianoche, Michel Darbellay se pone en camino desde Kleine Scheidegg. La luz de la luna le muestra el camino, aunque él ya lo conoce. Al amanecer llega a la Fisura Difícil y sigue escalando. Poco antes de la Travesía Hinterstoisser, se encuentra con una cordada alemana de dos que le ofrecen unirse a ellos. Michel les da las gracias, pero no acepta. ¿Va a continuar solo? Los dos alemanes sacuden la cabeza y le desean todo lo mejor.

Aquel día, Fritz von Almen no tiene tiempo para ocuparse de sus huéspedes. Continuamente se coloca delante de su telescopio para buscar a Darbellay en la pared. Conoce cada metro, sabe exactamente dónde están los puntos críticos y puede decir dónde se encuentra el escalador en cada momento. Michel es un guía de montaña excelente. Von Almen supone que está en el Primer Nevero, quizás incluso en la Manguera de Hielo. Se alarma cuando localiza en la Manguera de Hielo a la cordada de dos alemanes. ¿Dónde está entonces Michel? Una vez más vuelve a inspeccionar todos los pasajes importantes. ¡Nada! Mira hacia arriba para observar el cielo y entonces ve algo que se mueve... en la Rampa... ¿Michel? ¡Imposible! Pero es cierto. Una figura solitaria que escala tranquilamente y con seguridad por los tramos en desplome de la pared, al lado de la Chimenea de la Cascada. El ritmo es increíble, si tenemos en cuenta que un escalador en solitario precavido tiene que hacer los pasajes difíciles tres veces.

Al inicio de un tramo complicado, coloca uno de los llamados clavos de reunión, de calidad especialmente buena. Según la altura, se pasa la cuerda, con un anillo de longitud adecuada por el mosquetón. Entonces el escalador puede superar un desplome, por ejemplo, con ayuda de otros clavos, para luego, ya en el nuevo punto de reunión por encima del lugar problemático, colocar otro clavo de reunión. A este clavo se fija la cuerda y entonces se puede descender sin esfuerzo al clavo de reunión de abajo. Tanto el mosquetón como el clavo se recuperan para seguir disponiendo de suficiente material en los pasos difíciles más adelante. Entonces el escalador solitario vuelve a subir. Para grandes desplomes antes se utilizaba como ayuda el nudo prusik. En la actualidad se emplean aparatos bloqueadores, y a menudo se escala sin asegurarse.

Todo esto requiere fuerza y tiempo, pero Michel Darbellay es un guía de montaña

suizo ejemplar, que sabe exactamente que el Eiger no permite ningún descuido. No quiere de ninguna manera correr el riesgo, desea ser el primero en alcanzar la cima en solitario. Todavía le queda un duro camino por delante. La cuestión de llegar a la cima antes del anochecer o no, la zanja también con esa misma prudencia. Está cansado, por lo que decide vivaquear cerca de las Fisuras de Salida. Con retraso, ya que su reloj no funciona bien, da las señales intermitentes acordadas con Fritz von Almen, que las está esperando con impaciencia. El amable Fritz, seguidamente, también se va a dormir algunas horas.

Cuando Michael abandona su primer vivac al amanecer sus miembros están fríos y rígidos. Las Fisuras de Salida, el Nevero Cimero, la arista... A las ocho de la mañana Michel Darbellay es el primer escalador que alcanza en solitario la cima del Eiger.

Un gran éxito personal para este hombre sencillo y simpático del Valais. El significado de su hazaña sin igual va mucho más allá. Michel Darbellay es un guía de montaña suizo, y su logro coloca a los guías de montaña de su país entre los mejores alpinistas de Europa. Él marca el inicio de toda una serie de proezas de la generación de jóvenes guías de montaña suizos en todo el mundo, incluso en el Himalaya.

Pero debo hablar también acerca de una tragedia. En aquellos tiempos no rivalizaban únicamente las naciones por lograr su primera escalada, sino también federaciones famosas de un mismo estado o, por ejemplo, minorías que querían cosechar la gloria y ser los primeros de su país. Todo comenzó con los españoles. Los catalanes José Manuel Anglada y Jordi Pons, reconocidos como los mejores alpinistas de España, habían sido en 1962 suficientemente listos para no forzar la escalada de la pared. Y regresaron.

En 1963, dos aragoneses quisieron mostrar lo que sabían y ganar los laureles para España. Alberto Rabadá y Ernesto Navarro eran conocidos sobre todo como escaladores de roca. No tenían problemas financieros, como muchos de sus predecesores, ya que el club Montañeros de Aragón les apoyaba generosamente en su empresa, y ello les daba esperanzas de llevar a término sus planes con éxito. Sin embargo, hubo mal tiempo durante varios días seguidos y la espera les consumía los nervios. Finalmente, tras una semana, pudieron iniciar el ataque.

Dos japoneses, Daihachi Okura y Mitsuhiho Yoshin, también aprovecharon la ocasión para escalar la Pared Norte.

Desde Kleine Scheidegg, claro está, se observa a los cuatro que avanzan en dos cordadas separadas. Todas se sorprenden ante la lentitud con que avanzan los españoles. Además, parece como si ignorasen todas las medidas de seguridad. Al contrario que los japoneses, que vivaquean en el Nido de Golondrinas, los españoles parecen ignorar el hecho de que por la tarde es cuando existe el mayor peligro de caída de piedras, y siguen escalando, indiferentes a ello. Por si esto fuera poco, una

fuerte tormenta provoca un brusco y radical cambio de tiempo. Todos saben lo que significa este aviso. Los japoneses reaccionan con sensatez y regresan. ¿Por qué no hacen lo mismo los españoles? Nadie lo entiende. Quizás dudan y esperan al próximo día, aunque todo aquel que conoce la pared sabe que bajo estas condiciones atmosféricas sólo hay una posibilidad: retirada inmediata.

En la mañana del 13 de agosto se ve a los españoles al comienzo de la Rampa. Todos los que seguían a la cordada desde su salida desde Kleine Scheidegg, el matrimonio von Almen, Toni Hiebeler, los dos guías de montaña Guy Formay y Alfons Darbellay —el hermano de Michel— están horrorizados, pues ven que los dos no tienen posibilidad alguna de regresar. Siguen escalando, y todos están convencidos de que avanzan hacia su perdición. Pasan la tercera noche sobre la Chimenea de la Cascada, y el 14 de agosto se les ve cómo continúan escalando. Ascienden despacio, con una lentitud infinita. Durante la noche siguiente empeora el tiempo y se decide iniciar los preparativos para un rescate. Tres guías de montaña españoles llegan desde Chamonix. Los guías de montaña de Grindelwald, bajo la dirección del experimentado Hermann Steuri, están listos, y Kurt Schwendener, jefe de policía de Grindelwald, también ha llegado a Kleine Scheidegg. Se quiere intentar establecer contacto con los españoles por radio.

El Sr. Schwendener puso amablemente a mi disposición el informe oficial de la policía sobre esta tragedia. Este documento me parece especialmente interesante debido a su imparcialidad, claridad, exactitud y objetividad, por lo que lo transcribo íntegramente a continuación.

#### INFORME DE LA POLICÍA CANTONAL

Accidente mortal en la pared del Eiger, Grindelwald, en el periodo entre el domingo 11 de agosto de 1963 y el viernes 16 de agosto de 1963.

1. Navarro Castán, Ernesto, nacido el 24 de julio de 1934 en Fuencalderas, nacionalidad española, soltero, domiciliado en Latassa, 24 (España) y
2. Rabadá Sender, Nicasio Alberto, nacido el 13 de febrero de 1933 en Zaragoza, nacionalidad española, soltero, domiciliado en Sildefonso, 11 (España).

El domingo 11 de agosto de 1963 al amanecer los dos alpinistas españoles Ernesto Navarro Castán y Nicasio Alberto Rabadá Sender atacaron la Pared Norte del Eiger. Hacía buen tiempo. En la noche del domingo 11 al lunes 12 de agosto vivaquearon arriba, en la Manguera de Hielo. El domingo atravesaron el Segundo Nevero y vivaquearon la noche del lunes 12 al martes 13 de agosto en la Plancha. El martes escalaron hasta arriba de la Rampa, donde vivaquearon la noche del martes 13 al miércoles 14 de agosto. El miércoles 14 de agosto de 1963 llegó el mal tiempo previsto desde el lunes, con nevadas en la Pared Norte. Se pudo observar brevemente a los dos alpinistas en la Araña. La Pared Norte se volvió a sumir enseguida en la niebla. El jueves 15 de agosto de 1963 dominó el mal tiempo y nevió por encima de los 3000 metros ininterrumpidamente. No se pudo observar nada más de lo sucedido a los dos alpinistas.

#### INTENTOS DE RESCATE

El jueves 15 de agosto de 1963 al mediodía el alpinista alemán Toni Hiebeler, de Múnich,

atacó el flanco oeste del Eiger junto con dos alpinistas italianos y dos ingleses, intentando sin éxito establecer contacto con los dos españoles. Como no se veía ni se oía nada de los dos y en la noche del jueves 15 al viernes 16 de agosto de 1963 todavía nevó más, se dio por sentado que si los dos seguían con vida, necesitarían ayuda urgente. Por este motivo, se movilizó una columna de salvamento formada por unos veinte guías de montaña de Grindelwald y Lauterbrunnen que llegaron a Kleine Scheidegg en la mañana del 16 de agosto de 1963. Se trataba de una mañana clara, y con los prismáticos desde Kleine Scheidegg podía verse una figura inmóvil en la parte superior de la Araña. A contraluz era imposible asegurar si se trataba de uno de los dos alpinistas. Desde el flanco oeste no podía observarse nada. Dado que el Eiger estaba cubierto de hielo y nieve, y se hacía difícil una acción de salvamento, Steuri Hermann, el jefe de la operación, decidió comprobar con un helicóptero si los dos alpinistas seguían con vida, para no poner en peligro innecesariamente al equipo de rescate. El jefe de la guardia aérea de rescate, el señor Bühler, que también estaba presente, mandó enviar al piloto Hermann Geiger, de Sitten, con un helicóptero a Kleine Scheidegg. El helicóptero salió a las 11:00 aproximadamente, con el señor Bühler y el guía de montaña Thommen Eduard, desde Kleine Scheidegg, para realizar un vuelo de observación, y comprobaron que los dos colgaban muertos sobre la Araña a unos 20 metros de distancia uno de otro. Daba la impresión de que el que estaba más abajo había sufrido una caída, quedando colgado en la cuerda.

#### CAUSA DEL ACCIDENTE

El accidente se atribuye en parte al mal tiempo. Los accidentados atacaron la Pared Norte del Eiger sabiendo que la predicción del tiempo era adversa. El lunes, 12 de agosto de 1963, estaba muy nublado, y estaba claro para todos que iba a empezar a llover en cualquier momento. Dos alpinistas japoneses que se encontraban más arriba que los españoles decidieron volver debido al cambio de tiempo, algo relativamente fácil desde el Segundo Nevero. Por razones incomprensibles, los accidentados siguieron escalando, lo cual tuvo como consecuencia que el miércoles tuvieran nieve y malas condiciones. Como bien pudieron observar los expertos, los dos alpinistas no estaban acostumbrados a la nieve y al hielo, y eran muy malos escalando en esas condiciones. Sobre roca, sin embargo, se les consideraba expertos. Para atravesar el Segundo Nevero, por ejemplo, necesitaron diez horas, cuando el 2 de agosto de 1963 el guía de montaña Michel Darbellay, en solitario y con más o menos las mismas condiciones, había necesitado una hora.

#### RESCATE

El sábado, 17 de agosto de 1963, empeoró el tiempo nuevamente y volvió a caer nieve sobre el Eiger. Desde ese momento reinó muy mal tiempo y nevó algunas veces casi hasta el valle. En el Eiger había mucha nieve fresca, por lo que, a pesar de la solicitud de la Federación Española de Montañismo, de Madrid, probablemente no será posible el rescate hasta el verano del 1964.

Se volverá a informar acerca del rescate a su debido tiempo.

POLICÍA CANTONAL  
Grindelwald BE  
Firmado: Schwendener  
Jefe de Policía.

Grindelwald, 3 de enero de 1964  
Juzgado de instrucción de Interlaken

Informe adicional del accidente mortal de Navarro Castán, Ernesto y Rabadá Sender, Alberto, sucedido en la Pared Norte del Eiger; informe de 17 de septiembre de 1963.

#### INFORME DEL RESCATE

El lunes 30 de diciembre de 1963 por la mañana se nos comunicó por teléfono desde Kleine Scheidegg que tres alpinistas habían descendido desde la cima hasta la Plancha llevándose consigo a las dos víctimas mortales del accidente ocurrido a mediados de agosto en la Araña, Navarro Castán, Ernesto, hijo de Gabriel Navarro y María Castán, soltero, nacido el 24 de julio de 1934 en Fuencalderas, nacionalidad española, delineante, domiciliado en Fuencalderas, provincia de Zaragoza, España, y Rabadá Sender, Nicasio Alberto, hijo de Nicasio Rabadá y María Teresa Sender, soltero, nacido el 13 de febrero de 1933 en Zaragoza, nacionalidad española, domiciliado en Zaragoza, España. Según la comunicación telefónica, los tres alpinistas se encontraban el domingo, 29 de diciembre, en la Plancha, donde habían pasado la noche anterior. Pudieron observar por los prismáticos que los dos cadáveres habían caído durante la noche y que estaban al pie del Eiger.

Como respuesta a este aviso, el jefe de rescate, Fritz Gertsch, jefe de la estación de ferrocarril de Grindelwald, movilizó un equipo de rescate. El jefe de distrito de la policía cantonal en Interlaken Weiss fue puesto al corriente por teléfono a las 10:30 h.

El equipo de rescate se dirigió con el tren de las 13:08 a Salzegg, desde allí siguieron con el remonte de esquí al glaciar del Eiger y finalmente fueron esquiando hasta la base de la pared del Eiger. A las 15:45 horas llegaron al lugar donde se encontraba la parte principal de los restos mortales de los españoles. Los restos de los cadáveres y objetos de los accidentados estaban esparcidos alrededor en un área de unos 500 metros aproximadamente. Los restos principales, es decir, los troncos, fueron encontrados al este del Primer Pilar, a unos 100 metros bajo las rocas de entrada. Se juntaron los restos de los cadáveres y los objetos y se empaquetaron en dos bolsas destinadas para este fin. Finalmente se transportaron a la estación Strättli del WAB (ferrocarril de montaña suizo), y desde allí en ferrocarril hasta Grund. La compañía de taxis Gertsch transportó los cadáveres hasta el depósito de cadáveres de Grindelwald, llegando allí hacia las 18:30 h.

La inspección de los cadáveres fue realizada por el médico doctor Steiger a las 18.30 en el depósito de cadáveres de Grindelwald.

#### IDENTIFICACIÓN DE LOS CADÁVERES

Los cadáveres quedaron destrozados tras la caída dado que estaban congelados. A uno de los cadáveres, concretamente el de Alberto Rabadá, le faltaba, además de las piernas y los brazos, la cabeza. Se tuvo que recoger a Ernesto Navarro sin piernas. La cabeza presentaba relativamente pocos daños.

El martes 31 de diciembre de 1963 llegó a Grindelwald el presidente de la Federación Española de Montañismo, el señor Félix Méndez Torres, acompañado por un colaborador. Los dos conocían a las víctimas personalmente y pudieron identificarlos con toda seguridad.

Se inscribió la defunción de Navarro y Rabadá en el Registro Civil de Grindelwald el 3 de enero de 1964 por los firmantes.

Los cadáveres fueron transportados el 3 de enero de 1964 desde Grindelwald a Zúrich y desde Zúrich por avión a Madrid.

El juzgado de Interlaken autorizó su salida mediante conversación telefónica.

Junto a las declaraciones de Paul Etter, Ueli Gantenbein y Josef Henkel (véase protocolo) puede añadirse lo siguiente en lo referente a la acción de rescate en el Eiger.

Como ya se ha mencionado en el protocolo, Etter, Gantenbein y Henkel llegaron el domingo, 29 de diciembre de 1963, aproximadamente a las 15:00 horas a la Araña. El español que se encontraba más arriba había sido arrastrado hasta chocar con el clavo de aseguramiento. Llevaba una mochila y crampones, estaba en posición de pie, con la parte superior del cuerpo tirada hacia atrás, y se encontraba rodeado de hielo más o menos hasta las caderas. No se pudo verificar de qué español se trataba, si Ernesto Navarro o Alberto Rabadá. Desde allí la cuerda iba en primer lugar hacia el clavo de aseguramiento y luego hacia abajo, donde estaba

el segundo español, atravesado al final de la cuerda. Tenía la mochila debajo del brazo. Bajo el otro brazo su piolet. Los crampones se encontraban en la nieve junto al cuerpo, y no estaban atados. La cuerda entre el español situado arriba y el de abajo estaba tensa. Junto al clavo de aseguramiento al lado del cadáver de arriba había dos clavos de hielo en la cuerda que iba hacia abajo. Esto muestra que el alpinista que se encontraba abajo no iba de primero y cayó tirando del otro por el clavo de aseguramiento, que es la hipótesis admitida en general, sino que probablemente murió a consecuencia del agotamiento durante la ascensión.

En la acción de rescate del 30 de diciembre de 1963, tomaron parte las siguientes personas:

- Jann, Fritz, guía de montaña, Stechelberg
- Seiler, Fritz, Boningen
- Bernet, Hans-Rudolf, Grindelwald
- Märkie, Hermann, Grindelwald
- Inäbnit, Fritz e hijo, Grindelwald
- Gfr. Jakob, policía cantonal de Lauterbrunnen
- Ldj. Brand, policía cantonal de Grindelwald

POLICÍA CANTONAL  
Grindelwald BE  
Firmado Brand, Ldj.

Hasta aquí los informes verídicos del accidente, llenos de dramatismo a pesar de su sobriedad.

Han aparecido los nombres de dos hombres fuera de lo común: Fritz Bühler y Hermann Geiger. Ambos han adquirido gran mérito en lo que concierne a los servicios que prestaron para el desarrollo del rescate con avión y helicóptero.

Cuando uno lee el protocolo de los guías de montaña suizos sobre el rescate de los españoles, se vislumbra el dramatismo y el esfuerzo que esconden tan simples palabras. Ueli Gantenbein, que tenía veinte años, Paul Etter y Josef Henkel, tres muchachos jovencísimos, emprendieron voluntariamente este rescate tan peligroso de dos alpinistas que hacía cuatro meses que habían fallecido. El rápel desde la Araña directamente hasta la Plancha —de 300 metros de diferencia de altura— da debida muestra de que eran unos excelentes alpinistas, familiarizados con las técnicas modernas de escalada y de descenso en rápel. Pasaron la Noche Vieja y el Año Nuevo bajo condiciones extremadamente difíciles en la helada pared. Además de la satisfacción por haber cumplido con su deber como guías de montaña, pasaron a la historia como los primeros en hacer la Pared Norte del Eiger en descenso.

La rivalidad entre los alpinistas de Cataluña y de Aragón se saldó a favor de los catalanes en el verano de 1964. José Anglada y Jordi Pons, de Barcelona, lograron la primera ascensión española a la pared. Los catalanes tuvieron éxito, pero fueron los aragoneses los que habían mostrado el camino.

El año 1963 termina con tristeza, pero también con armonía y dignidad. Prácticamente dos semanas más tarde comienza el nuevo año en el Eiger, marcado por la llegada de la *Direttissima*.

## La primera ascensión femenina y la *Direttissima*

A principios de agosto de 1964, dos alemanes, Georg Ostler y Dietmar Bachstein, consiguieron redondear la cincuentena de escaladas al Eiger en 26 años, antes de que la siguiente, la número 51, trajese consigo una novedad. Werner Bittner, un electricista de Múnich, tenía esta vez como compañera de cordada a una mujer. Bittner no era un desconocido. Junto con otros tres alemanes, entre ellos Peter Siegert, había escalado la pared en invierno, el 12 de enero del mismo año, siguiendo el itinerario de Sedelmayr y Mehringer para intentar la *Direttissima*. Realizaron grandes esfuerzos, casi se hundieron en la nieve, pero tuvieron que retirarse a los tres días cuando todavía estaban bastante más abajo del Primer Nevero. La estación Eigerwand del ferrocarril del Jungfrau los acogió ofreciéndoles protección.

Bittner, en cambio, había tenido éxito en febrero de 1962 al escalar en invierno la pared norte del Cervino, con cuatro compañeros y bajo un intenso frío. Paul Etter y Hilti von Almen alcanzaron la cima un día antes por la vía de la cara norte. El precio que se tenía que pagar en aquel entonces por tamaña empresa era la amputación de todos los dedos de los pies. A pesar de ello, Bittner no abandonó la escalada extrema.

Se trataba, pues, de un experto consumado, en cuyas manos se puso la secretaria múniquesa Daisy Voog. Nacida en Estonia, rubia y de aspecto deportivo, Daisy no tenía experiencia en escalada en los Alpes Occidentales, a excepción de los Dolomitas. A pesar de que aquí y allá surgían voces de que el Eiger ya no era tan difícil —se conocía cada pasaje de él y se encontraban cuerdas y clavos durante la travesía— los años venideros, desgraciadamente, nos convencerán de lo contrario. La pared seguía presentando los mismos problemas, y por esa razón es aún más digno de admiración que Daisy Voog, apoyada por su compañero, consiguiera tal resultado. Esta joven y el múniques Bittner llegaron a la cima después de tres vivacs.

El siguiente gran desafío de la pared, pendiente por resolver, era la *Direttissima*.

En primer lugar, veremos exactamente la inclinación de la Pared Norte del Eiger. La vía directa absoluta e inmejorable partiendo desde abajo es la que escogieron Sedelmayr y Mehringer. Terminaron su línea de ascensión en el Vivac de la Muerte y siguieron un poco más hacia arriba. Gstrein y Drachsler lograron ascender un poco más, hasta un largo de cuerda del límite inferior de la Araña. Si fuera posible llegar a la Araña —es decir, por la vía por la que descendieron en rápel Etter y sus compañeros para rescatar los cuerpos de los dos españoles— entonces se habría seguido siempre la línea directa. Pero no se podía salir de la Araña diagonalmente hacia la izquierda siguiendo las Fisuras de Salida en dirección del Nevero Cimero y de la Arista Mittellegi superior, sino que había que encontrar una salida más a la derecha en el muro rocoso de la cima. Pero tener que ir buscando un camino en el muro somital del Eiger desembocaría, con certeza, en una escalada extremadamente

difícil y peligrosa. No se podría hacer sin pasos en artificial. Probablemente se tendrían que usar clavos de expansión o se impondría la noche en un vivac colgante, suspendido en el muro somital.

Se puede ver asimismo la proyectada *Direttissima* mirando por unos prismáticos de largo alcance, sobre todo a última hora de la tarde, cuando el sol está perpendicular y se pueden distinguir resaltes y fisuras en la pared lisa. También la nieve, dispersa por aquí y por allá, hace que resulte un efecto visual de tal plasticidad. Pero este no fue el motivo por el que Werner Bittner y su compañera realizaron la *Direttissima* en invierno: lo hicieron para adelantarse a la competencia.

Pero volvamos a la *Direttissima*. No se les puede quitar a Sedelmayr y Mehringer el mérito del tramo inferior, hasta llegar al Segundo Nevero. Pero partiendo del Segundo Nevero, no sigamos desde su límite superior en dirección a las rocas de la Plancha, sino hacia la derecha, en dirección oeste. Allí encontraremos una formación de rocas que tiene el aspecto de una segunda Plancha. Desde allí en diagonal y hacia la izquierda se extiende un diedro cortando la pared lisa; lo podríamos llamar una segunda Rampa. Arriba, a más altura, hay un nevero en un lecho de rocas escarpadas y verticales que, en cierto modo, viene a ser una segunda Araña. Por encima sólo se ven rocas lisas y ningún tipo de Fisuras de Salida.

Quizás se podría escalar por un pilar y ascender hasta el lado superior noroeste de la arista. Pero esto también sería una imperfección. Para seguir la absoluta *Direttissima* se tendría que pasar por encima de la pared coronada de cornisas de hielo. ¿He dicho «se tendría»? Se hará, seguro que se hará. Eso no hay quien lo impida: ha llegado el momento de la *Direttissima*.

Pocos años antes se había oído por primera vez el nombre de un excelente alpinista americano, John Harlin, un hombre rubio de aspecto deslumbrante, piloto de cazabombardero, de Kansas City, seguro de sí mismo y provisto de un infalible instinto para la publicidad. Ya había realizado la ascensión de la Pared Norte por la vía *Heckmair* con el modesto y silencioso alemán Konrad Kirch en agosto de 1962. En un principio, había intentado ganarse para esta empresa al Sherpa Tenzing Norgay, quien se encontraba en aquel momento en Grindelwald como invitado del Club Alpino Suizo. Hay que imaginárselo: el primer americano en el Eiger con el famoso Tenzing Norgay, que había realizado la primera ascensión al Mont Everest... Hubiese sido una sensación para la prensa mundial, y al ambicioso Harlin le hubiese venido como anillo al dedo.

Tenzing fue uno de los pioneros del Himalaya que empezaron a escalar muy pronto sin cuerda, sin crampones y sin oxígeno artificial, le conocí en 1948, cuando vino a Lhasa en compañía del profesor Giuseppe Tucci, eminente tibetólogo.

Estábamos tan emocionados hablando que quedamos en que vendría conmigo a la Pared Norte del Eiger y que a cambio compartiría conmigo su experiencia en el

Himalaya, pues él ya había estado varias veces a más de 8000 metros. Planeamos intentar juntos el Kangchenjunga, en Sikkim, ya que hasta aquella fecha todavía no se había conseguido ascender ningún ochomil. Cuando tuve que abandonar Lhasa tras la ocupación china del Tíbet, me encontré frecuentemente con Tenzing en Darjeeling, su nueva tierra. Por cierto, su madre era de Lhasa y su padre de Rongbuk, situado en la vertiente norte del Everest, la montaña que le dio fama mundial cuando realizó, en 1953, su primera ascensión junto a Sir Edmund Hillary. Estuve a menudo en la casa de Tenzing en Darjeeling, un lugar lleno de recuerdos y regalos de todo el mundo. Un gran alpinista y un hombre modesto, fallecido desgraciadamente en 1987. Naturalmente, tras su éxito en el Everest fue invitado por todos los países relacionados con el alpinismo y viajó por todo el mundo.

Quiso la casualidad que en el verano del 1962, el año en que John Harlin hacía su reconocimiento del Eiger, Tenzing cumpliera el deseo que había expresado en nuestra conversación en Lhasa de ver de cerca la Pared Norte del Eiger. John Harlin aprovechó la gracia que le era concedida para ascender con Tenzing sobre la arista oeste del Eiger, desde donde se podía estudiar la Pared Norte. Le bastó una mirada al experimentado alpinista para rehusar la propuesta de John Harlin. Ésta no era su manera de hacer alpinismo. Su fortaleza residía en su resistencia al hielo y la nieve de las grandes altitudes del Himalaya.

A John Harlin no le bastaba con haber sido el primer americano en el Eiger: quería más. Quería ser el primero en realizar la ascensión de la pared vertical, siguiendo una línea ideal: la *Direttissima*. Pasarían algunos años antes de que Harlin pudiese intentar hacer realidad ese sueño. El Eiger se había convertido en una obsesión para él, y ni él mismo sabría decir cuántas veces había estado delante de la pared desde 1962 estudiando su estado, ni cuántos intentos interrumpió, ni con cuántos compañeros diferentes se había metido en ella. En febrero de 1964, pocas semanas después del intento del alemán Werner Bittner, John Harlin ascendió con cuatro italianos. Los cinco alpinistas no llegaron ni a alcanzar el Primer Nevero. Tuvieron que protegerse de una tormenta de nieve en el boquete del túnel.

A principios de 1966, su equipo de cuatro alpinistas estaba listo para la *Direttissima*. John Harlin, y con él Dougal Haston, Chris Bonington y Layton Kor esperaban en Kleine Scheidegg que llegara un tiempo favorable. El material que llevaban era el mejor que pueda imaginarse. Desde calzado especialmente diseñado hasta anoraks de plumas, mochilas ligeras y hasta cuerdas finas de siete a once milímetros. Harlin, en su ánimo de perfección, había preparado todo lo necesario. Incluso le pidió al famoso piloto de glaciares Hermann Geiger que sacara fotografías de la Pared Norte desde la distancia más corta posible. Nada debía dejarse al azar.

Las condiciones meteorológicas eran tempestuosas y no paraba de nevar. Durante esos largos días de espera impaciente decidieron aprovechar el tiempo para depositar

parte de su equipo bajo los ventanales de la estación de ferrocarril Eigerwand. Un método que desde los primeros tiempos pioneros en el Himalaya había demostrado sus ventajas. Se montó un campamento base, luego un campamento 1, 2, ..., etc. En otros tiempos en los Alpes uno se ponía en marcha llevando todo lo necesario en su mochila, pero actualmente se montan campamentos para depositar el material como si se tratase de una expedición, es decir, al contrario que en el Himalaya, donde los campamentos son cada vez más reducidos y se intenta, como hiciera Reinhold Messner, escalar los ochomiles en estilo alpino y a ser posible en solitario o con un compañero.

Una vez más hubo un aplazamiento, debido a que Harlin se lesionó un hombro esquiando y tuvo que recuperarse durante algunas semanas en su casa. Durante este tiempo les llegó a él y a Haston la mala noticia de que ocho alpinistas alemanes estaban esperando el buen tiempo para intentar la *Direttissima*. Como consecuencia de ello, Harlin y Haston se apresuraron a regresar al Eiger y se encontraron con los que allí se habían quedado, Kor y Bonington.

Bonington, que era el único que afrontaba la empresa con cierto escepticismo, o que como mínimo estaba a la expectativa de los acontecimientos, había recibido entretanto una oferta del *Daily Telegraph* para hacer fotos de la ascensión al Eiger, pues tenía fama de ser un buen fotógrafo. Aceptó encantado, ya que veía la oportunidad de aprovechar su habilidad como escalador para realizar una actividad artística y creativa. Los de la BBC y otros reporteros internacionales se dirigieron hacia Kleine Scheidegg para observar los acontecimientos. Todos esperaban conseguir relatos sensacionales. Y realmente merecería la pena.

Los acontecimientos en torno a la *Direttissima* duraron ocho semanas. Ocho semanas de tensiones sin fin, ataques a diario y excelentes escaladas. También hubo discusiones, competencia y compañerismo, y también, lamentablemente, poco antes de alcanzar la meta, la terrible tragedia. Precisamente aquel hombre que desde hacía años soñaba con ser el primero en realizar la vía directa, John Harlin, cayó desde la Araña. No cometió ningún fallo escalando: la cuerda fija de siete milímetros se rompió.

¿Qué hicieron los demás, Dougal Haston y los alemanes? Su primera intención fue regresar, retirarse, pero luego pensaron que si así lo hacían, todo el tiempo invertido por John Harlin en pensar y planear aquella empresa hubiera sido en vano. Su muerte, pues, no tendría sentido. Decidieron finalizar la ascensión, pues eso era lo que John hubiese querido a toda costa. Dougal Haston y los alemanes finalizaron la primera ascensión directa y la llamaron la vía *John Harlin*.

Algunos periodistas dudaron de que la línea directa del Eiger fuese una gran hazaña, ya que se cruzaba en dos puntos con el itinerario de la primera ascensión. Sobre todo criticaron la manera cómo se había llevado a cabo. De todos modos, para

los participantes fue, con toda seguridad, algo más que una escalada complicada: fue todo un acontecimiento que doce hombres jóvenes de distintas nacionalidades, tras el descontento y rivalidad iniciales, se juntaron y llegaron a ser amigos, superando conjuntamente todas las dificultades. Chris Bonington ya había descrito el inicio de esta amistad antes de la trágica muerte de John Harlin. Los dos equipos hubiesen alcanzado juntos la cima por la línea directa, en armonía, si no se hubiese roto esa maldita cuerda...

La apertura de la *Direttissima*, la vía directa, el acortamiento del itinerario clásico, había durado ocho semanas, acompañada por todos los cambios de tiempo que la Pared Norte puede ofrecer: tormentas de nieve de 150 kilómetros por hora, sol y temperaturas de hasta 25 grados bajo cero. Los detalles de esta expedición en línea vertical son interesantes, y exigió a los hombres un esfuerzo sobrehumano.

Ya se ha descrito en varios libros el dramático transcurso de esas semanas en la pared. Por ello me limitaré a decir los nombres de aquéllos que formaron parte de esta espléndida cordada:

- Sir Christian Bonington, escritor, el mejor y más famoso alpinista británico. Fue declarado noble por la reina Isabel II en 1976, tras sus éxitos en el Everest.
- Dougal Haston, escocés. Había superado la vía normal de la Pared Norte del Eiger con Robert Baillie, de Rodesia, en 1963, y más tarde alcanzaría las cimas del Annapurna y del Everest.
- Don Whillans, minero inglés. Expediciones a la Patagonia y al Himalaya.
- Layton Kor, albañil de Colorado (EE.UU). Especialista en roca y en el manejo de medios técnicos.

Casi todos los alemanes provenían de la zona de Stuttgart.

- Karl Golikow había realizado las vías más difíciles de los Dolomitas.
- Peter Haag había escalado todas las grandes paredes norte de los Alpes.
- Siegfried Hupfauer, quien posteriormente llegaría a ser uno de los mejores himalayistas.
- Jörg Lehne. Muere en 1969 en el Pilar Walker de las Grandes Jorasses por una caída de piedras.
- Rolf Rosenzopf.
- Günther Schnaidt.
- Günther Strobel.
- Roland Votteler.

Cinco alpinistas de esta cordada internacional de doce alcanzaron la cima el 25 de marzo de 1966: Dougal Haston, Jörg Lehne, Günther Strobel, Roland Votteler y

Siegfried Hupfauer.

Chris Bonington y Dougal Haston consiguieron diez años más tarde realizar la primera ascensión del imponente flanco sudoeste del Everest, una de las tres paredes más elevadas de la montaña más alta del mundo. Haston murió sepultado por un alud en Leysin.

## Llegan los japoneses

El año 1967 no fue un buen año. Al que escribe no le queda otro remedio que informar, junto a las seis escaladas exitosas, también sobre las tragedias sucedidas.

En la primavera llegó el francés Roland Thivellini para realizar en solitario la vía directa *John Harlin*. Una mañana, a principios de marzo, se subió a la pared y nunca más supo nadie de él.

En junio llegaron a Grindelwald cuatro buenos alpinistas de Sajonia. Tenían un entrenador y un sustituto y eran miembros del Equipo Nacional de Alpinismo de la RDA. Fritz von Almen les estaba observando el 21 de junio por los prismáticos, admirando su habilidad. Un joven funcionario de los ferrocarriles también estaba observando por los prismáticos, justo en el momento en que los cuatro se encontraban bajo la Travesía Hinterstoisser sobre un rellano, cuando vio algo espantoso: de repente el primer escalador caía de la pared, llevándose consigo a los demás, uno tras otro, hacia el abismo. En los cincuenta años de la historia de la Pared Norte del Eiger desde su primera ascensión, esta fue la peor desgracia y la que causó más víctimas.

En cambio, el drama de 1936 en el que Toni Kurz, último sobreviviente de una cordada de cuatro, murió en presencia de sus salvadores, fue sin duda el acontecimiento más estremecedor, debido a que se desarrolló lentamente. Se han rodado películas al respecto, y el Dr. Peter Sayer realizó una grabación de esta historia en versión audio.

En agosto de 1967 dos austríacos de Estiria, Hans Herzel y Kurt Reichardt, escalaron con éxito la pared (ascensión número 57), pero al regresar se equivocaron de camino en la cara oeste, sufriendo una caída mortal. Lamentablemente no fue la primera vez que la cara oeste, que no conlleva dificultad alguna, resultó ser fatídica para los que por allí descienden. La cordada de Graz no había tomado en serio mis palabras, ni había seguido los consejos de Toni Hiebeler en lo referente a inspeccionar bien la cara oeste durante el periodo del mal tiempo. Como otros antes que ellos, murieron por desconocimiento.

En 1967 se mantiene la avalancha de personas que acuden al Eiger, y llega un momento en que es prácticamente imposible hacer un seguimiento exacto de lo que allí acontece. Sobrepasaría, pues, el marco de este libro seguir enumerando todas y cada una de las ascensiones al Eiger, por lo que creo más conveniente describir a grandes rasgos lo que me parece importante sobre la historia del Eiger y lo que podrá interesar al lector. Cada ascensión a la Pared Norte es algo extraordinario. Incluso hoy día, en estos tiempos del alpinismo extremo, cada ascensión es como una afirmación, un criterio. Cada persona que la ha subido es digna de ser mencionada, ya que la Pared Norte del Eiger sigue siendo la «Pared de las Paredes». Pero con tanta

información existente, no me queda otro remedio que escoger aquello que me parece significativo.

Y éste es el caso de los japoneses. En 1963, Okura y Yoshin ya lo habían intentado en el Eiger, pero sólo llegaron hasta el Nido de Golondrinas y tuvieron que emprender la retirada.

En su segundo asalto, en el año 1965, no les fue tan bien. Mitsumasa Takada y Tsuneaki Watabe atacaron la pared el 19 de agosto por la tarde y montaron su primer vivac en el Nido de Golondrinas. Al día siguiente llovía. La lluvia era cada vez más intensa, y trajo consigo la tan peligrosa caída de piedras. Takada y Watabe superaron con éxito el Segundo y Tercer Nevero, y montaron su segundo vivac, bajo condiciones adversas, en la Rampa. Al tercer día alcanzaron la Travesía de los Dioses, donde Takada al pisar hizo que se desprendiera un trozo de hielo, sufriendo una caída de unos treinta metros sin resultar herido. Más tarde, en la Araña, volvieron a perder una vez más un tiempo precioso, ya que se equivocaron de camino y tuvieron que corregir el rumbo. Montaron su tercer vivac en las Fisuras de Salida bajo una fuerte precipitación de nieve. La cima ya estaba cerca de su alcance, cuando Watabe, tras lograr pasar la última fisura de salida, cayó cincuenta metros al vacío, rompiéndose la pierna. Takada se ocupó de él tan bien como pudo, le dejó su mochila con provisiones y le prometió enviar ayuda lo antes posible. Alcanzó la cima, descendió por la cara oeste, y el 22 de agosto, a las cuatro de la mañana, estaba de regreso en Kleine Scheidegg. Entretanto el tiempo era tan malo que la acción de rescate que se preparó inmediatamente tuvo que posponerse. El helicóptero tampoco estaba en condiciones de hacer nada. Seis de los alpinistas amigos de Watabe intentaron su rescate desde la cara oeste, pero todo fue en vano.

El 24 de agosto se encontró el cuerpo de Watabe estrellado contra el resalte de la pared. Nadie puede explicarse cómo pudo ocurrir esa caída mortal.

En el año 1969 hay más de treinta cordadas que escalan la pared con éxito, seis de ellas japonesas. El País del Sol Naciente posee un gran número de buenos alpinistas que demuestran su maestría por todo el mundo, tanto en los Alpes como en el Himalaya.

El funcionario responsable de los permisos para las ascensiones a las altas montañas del Himalaya en la oficina de Katmandú, me explicó que el número de expediciones japonesas era igual a las que procedían del resto del mundo. Era previsible que algún día se presentarían por el Eiger un gran número de japoneses para demostrar su habilidad.

Una cordada de seis —con una mujer entre ellos, la médico Michiko Imai— decidió intentar en verano una nueva *Direttissima* que fuese aún más directa. Tras ser abierta con éxito, fue denominada la *Vía de los Japoneses*. Necesitaron cuatro semanas escalando por la parte oeste, más vertical y más difícil de toda la pared.

Estuvieron dieciséis días sin contacto alguno con Kleine Scheidegg, dependiendo sólo de sí mismos. Fue un gran trabajo de los seis, quienes, a pesar de disponer de mucho material y de los enormes costes (80 000 marcos), llegaron a la cima completamente exhaustos y al límite de sus fuerzas. Junto a la joven médico estaban los cinco japoneses siguientes: Takio Kato, su hermano Yasuo Kato, Satoru Nigishi, Amano Hirofumi y Susumu Kubo.

A continuación, se produjo un nuevo récord que puede denominarse la mayor batalla de material nunca vista en el Eiger. La *Direttissima* volvía a seducir una vez más. Después de que el francés Roland Travellini desapareciera sin dejar rastro en 1967 en su intento de lograr en solitario la *Direttissima*, en diciembre de 1969 siete japoneses se reunieron para realizar la segunda escalada invernal de la *Direttissima* *John Harlin*. No estaría de más tener presentes sus nombres: Jiro Endo (el guía); le acompañaban Noduyiki Ogawa, Takao Hocino, Yukio Shimamura, Ryochi Fukata, Maseru Sanba y Yukio Tabaku. Fue una escalada al estilo de las expediciones en el Himalaya, debido a la gran aportación de material y a la gran cantidad de tiempo invertido. Según Breuer, el material alcanzaba un peso de 1,5 toneladas, y los costes totales ascendían a 60 000 marcos. Necesitaron 87 días para su empresa, 42 de ellos para la ascensión, interrumpida una y otra vez para regresar a Kleine Scheidegg a descansar. En cualquier caso, se decía que algunos del grupo aguantaron 26 días sin interrupción en la pared.

Las condiciones climáticas eran tan catastróficas como en ningún invierno anterior. Tras pasar penurias imposibles de describir, llegaron todas a la cima el 18 de marzo de 1970. Para no perder todo ese variado y costoso material, descendieron de nuevo por la pared y pudieron poner a salvo todo su equipo después de hacer tres vivacs.

En 1969, dejando a un lado las 13 ascensiones japonesas, hubo otras también bien preparadas que se sucedieron sin ningún incidente relevante. Esta lista está encabezada por 29 alpinistas suizos, seguidos por diez alemanes. En 1969 un total de ocho naciones y setenta alpinistas escalaron con éxito la Pared Norte del Eiger.

# Bajo el signo de los medios de comunicación de masas

## Esquiadores

La Pared Norte de Eiger, con sus numerosas historias de escaladas aventureras, ha llevado a algún que otro autor a publicar relatos sensacionalistas bajo atractivos títulos. En lo que a mí respecta, he puesto empeño en escribir objetivamente, siempre fiel al proverbio inglés: «*Truth is stranger than fiction*» (la verdad es más sorprendente que la ficción), pues no han faltado hechos sensacionales verdaderos. En este capítulo quiero explicarle al lector que me ha seguido tan pacientemente hasta aquí, algunos más de aquellos acontecimientos insólitos, sorprendentes y «modernos» del Eiger. Y lo haré de manera ligera, sin seguir un orden cronológico hasta el año 1998, año del 60 aniversario de la primera escalada de la Pared Norte del Eiger.

En el año 1858 se logró la primera ascensión al Eiger. Fue por la cara oeste que tiene una altura de 1600 metros. No se debe subestimar esta vía, pues lamentablemente algunos alpinistas murieron aquí después de haber superado la Pared Norte.

Se hablaba de nuevas ideas. ¿Por qué no descender el Eiger esquiando? No se conoce exactamente el número de personas que habían barajado ya esta idea, pero lo que es seguro es que el esquiador extremo del Valais, Sylvain Saudan, fue el primero que estuvo observando la cara oeste del Eiger durante días, e incluso semanas enteras, desde Kleine Scheidegg. Observaba el tiempo, el estado del hielo y de la nieve por las mañanas, al mediodía, por la tarde e incluso por la noche. Tuvo que esperar mucho tiempo hasta que las condiciones fuesen lo bastante propicias para la arriesgada empresa de descender la cara oeste esquiando. El hielo estaba casi siempre como si de un espejo se tratase, o bien la nieve formaba una capa demasiado fina, como si la hubiesen espolvoreado. Pero finalmente, el 9 de marzo de 1970, la empresa le pareció posible. No había niebla que impidiese al helicóptero llevarle hasta la arista del Eigerjoch (Collado del Eiger). La nieve se había fundido con el hielo, tal y como suponía Saudan, así que empezó la ascensión hasta la cima acompañado por el fotógrafo Dany Martínez. La escalada fue difícil, dura y peligrosa porque la nieve estaba muy suelta y se despegaba del hielo que se encontraba por debajo.

De repente, apareció un helicóptero que les pegó un buen susto, ya que sólo podía

tratarse del japonés que también hacía días que esperaba en Kleine Scheidegg a que mejorase el tiempo. ¿Pediría que lo dejaran en la cima, adelantándose a él de esa manera?

El suizo no podía hacer nada para evitarlo y siguió ascendiendo, infatigable. Lo que no sabía Saudan es que el japonés, por el contrario, estaba de regreso ya que había desistido de su empresa. Saudan y su acompañante avanzaban despacio. Saudan temía perder la condición física que necesitaba perentoriamente para la bajada, y esta escalada le estaba arrebatando las fuerzas. Así pues, se puso en contacto por radio con el piloto de su helicóptero y le pidió que les llevase a él y al fotógrafo hasta la cima. No fue tarea fácil para el piloto, pero lo consiguió.

Por fin empezó la difícil bajada por la cara oeste, con hielo liso, peldaños escarpados y losas cubiertas de una capa fina de nieve. Frecuentemente, los filos de acero de sus esquís no conseguían aferrarse al terreno.

Desde Kleine Scheidegg lo observaban por los prismáticos, paralizados. Los espectadores estaban dominados por la sorpresa, la preocupación y la admiración. El conocido periodista Guido Tonella y Fritz von Almen miraban hacia arriba absortos y fascinados. Los expertos en todos los itinerarios opinaban que Saudan había dado con la mejor vía para bajar esquiando por primera vez la cara oeste. De esta manera fue audazmente vencido otro de los desafíos del Eiger.

Después de esta sensacional experiencia pasarían trece años hasta que alguien se atreviese a bajar esquiando por la —mucho más inclinada— pared noreste del Eiger. Se consideraba una empresa imposible, e incluso los habitantes de Grindelwald, ya acostumbrados a las sensaciones, sacudieron la cabeza en esta ocasión. Pero el experto Toni Valeruz de Alba-Canazei, en el Tirol del Sur, quiso tomar ese riesgo. Kleine Scheidegg se vio sitiado por reporteros y periodistas. Aquel mayo de 1983 recordaba el torbellino que también se montó en torno a Bonatti. Junto con su acompañante, el guía Bruno Pederiva, necesitó cerca de una hora para su increíble proeza.

¡Récords! ¡Récords! El 22 de abril de 1987, los turistas de Kleine Scheidegg volvieron a tener la ocasión de sorprenderse. El francés Bruno Gouvy consiguió realizar la bajada de la cara oeste del Eiger sobre una tabla de snowboard en 28 minutos. No había obtenido el permiso de las autoridades aeronáuticas suizas para aterrizar en helicóptero sobre la cima y tuvo que escalar desde el Jungfrauoch durante siete horas y media con nieve nueva de gran espesor. Tras la bajada del Eiger, quiso más. Voló con helicóptero hasta el lado italiano del Cervino para bajar en dos horas y media su cara este con la tabla de snowboard y provisto con dos piolets pequeños para ir frenando. Es increíble que algo así sea posible, y sólo pudo conseguirlo porque era un buen escalador, si tenemos en cuenta que tuvo que descender en rápel varias fallas bien escarpadas. Después de estas acciones

excepcionales tuvo suficiente tiempo y fuerzas para bajar por la cara sur de las Grandes Jorasses sobre su tabla de snowboard en una hora. En esta ocasión, la televisión italiana también rodó una película.

Estos hechos espectaculares son la expresión de una nueva generación. En la actualidad, es normal que este tipo de acciones se preparen de modo profesional, con cámaras, periodistas y muchos ayudantes, y que sean patrocinadas con propósitos publicitarios.

## Nuevos récords

Cuando en el año 1950 Erich Waschak y Leo Forstenlechner realizaron la cuarta ascensión a la Pared Norte del Eiger en dieciocho horas, es decir en un día; se pensó que este casi increíble récord iba a marcar el inicio de una nueva era, en la que los escaladores no necesitarían nunca más de uno o dos días para escalar la pared. Fue éste un gran error, pues incluso hoy día, sesenta años después de la primera ascensión, sigue habiendo cordadas que necesitan muchos días hasta llegar a la cima, y a menudo ocurre que tienen que ser rescatadas.

El tiempo logrado por los austríacos Waschak y Forstenlechner en su escalada fue únicamente el inicio de los récords de rapidez.

En agosto de 1974 llegaron a Grindelwald, procedentes de Tirol del Sur Reinhold Messner y su compañero de Zillertal, el guía Peter Habeler. Una vez en la pared, adelantaron sin problemas a un grupo de cuatro del Tirol, vivieron de cerca el perfecto rescate en helicóptero de dos polacos, para seguidamente, después de diez horas en la pared, a las 15 h, llegar a la cima del Eiger. Así pues, se trataba de una cordada que escaló con armonía, seguridad y rapidez.

Para Reinhold Messner comenzaron los años de los ochomiles, y con ellos la gesta que marcó el camino hacia el futuro por ascender la montaña más alta del mundo sin botella de oxígeno. ¡Vaya equipo! Parecía que la tradición de las grandes cordadas continuaría con estos dos excepcionales alpinistas. Pero aquello que se había iniciado en armonía, finalizara lamentablemente en discordia. Y así comenzó el individualismo de los profesionales del alpinismo. Una verdadera pena para la cordada.

Más tarde Reinhold Messner encontró a un nuevo compañero: su compatriota y gran amigo Hans Kammerlander. Ascendieron juntos los últimos siete de los catorce ochomiles. Reinhold Messner considera que su amistad con Hans Kammerlander es una cordada «simbiótica». Con ello quiere expresar que dos caracteres distintos se han juntado para sacar provecho de su divergencia.

La rapidez de las cordadas sería superada muy pronto y de modo considerable por los alpinistas en solitario.

En el verano de 1981 el suizo Ueli Bühler, de profesión guarda forestal, superó la pared en ocho horas y media siguiendo la vía *Heckmair*. Dos años más tarde, a finales de julio de 1983, con unas condiciones en la pared excepcionalmente buenas —la gente del lugar hablaba del verano del siglo— dos alpinistas ascendieron la pared en solitario en el transcurso de una semana en el sensacional tiempo de alrededor de cinco horas. El primero de ellos era el austríaco Thomas Bubendorfer, que necesitó cuatro horas y cincuenta minutos desde la salida hasta la cima. Este récord se

mantiene hasta la actualidad<sup>[6]</sup>. Reinhard Patscheider, del Tirol del Sur, lo consiguió en cinco horas. Los dos eran típicos alpinistas en solitario. Bubendorfer llevaba un equipaje mínimo: piolet, crampones, arnés de cintura y una tableta de chocolate. Patscheider, al menos, llevaba una cuerda de cincuenta metros, tornillos de hielo y pitones de roca.

Hay que imaginárselo: dos alpinistas superan el mismo desnivel en una pared vertical en el mismo tiempo que un montañero por un camino de pastos alpinos bien marcado. Para dejar atrás los 1800 metros de altura en cinco horas, hay que llevar un ritmo de escalada ligero y no pararse. Había sido una buena idea que Bubendorfer conociese unos días antes la vía escalando la pared en diez horas en cordada con Peter Rohmoser. Poco importa si durante la ascensión en solitario sin cuerda, como él la denomina, tocara o no las numerosas cuerdas que se encontró a su paso, y también es igual cuándo exactamente pulsó el cronómetro al iniciar la escalada. Ascender en solitario la Pared Norte del Eiger en cinco horas es un mérito excepcional para los dos, y no fue pura casualidad.

Bubendorfer ya había llamado la atención por la rapidez de su ritmo de escalada. El Espolón Walker, en las Grandes Jorasses, en siete horas; la pared norte del Cervino en menos de cuatro horas. Reinhard Patscheider, originario de Vintschgau, un hombre con una condición física asombrosamente fuerte, había superado la combinación de Ortler, Zeburu y la pared norte del König en diez horas. Los dos vieron cumplido el deseo de algunos alpinistas de subir a la pared por la mañana y el mismo día al anochecer cenar en un acogedor salón.

## La Pared Norte del Eiger sin fin

Hay un nombre que aparece a menudo en los anales de la historia de la Pared Norte. Se trata de Kaspar Ochsner, de Ringgenberg, un ejemplo de que la maestría y la modestia pueden ir unidas. La primera ascensión al Pilar de la Arista Oeste, denominado Pilar de los Ginebrinos, fue realizada en agosto de 1979 por los ginebrinos Michel Piola y Gérard Hopfgartner, y es una de las vías más difíciles del Eiger. Durante mucho tiempo nadie volvió a repetir esa *Direttissima*. En febrero de 1981, Kaspar Ochsner realizó, junto a Norbert Joos, del Cantón de los Grisones, la primera ascensión invernal a ese pilar.

De nuevo surgieron los nombres de los dos que el 1 de enero de 1983 habían realizado, junto a Martin Grossen y Bernhard Misteli, la primera escalada invernal del Pilar Norte del Eiger, situado en el extremo este de la pared. Alcanzaron la cima tras tan sólo doce horas de tiempo de escalada. El guarda forestal Kaspar Ochsner, que había ascendido hasta esa fecha cinco veces la pared del Eiger —la primera vez en 1978 a la edad de diecinueve años—, volvió a marcar un récord. Era la cuarta vez que Norbert Joos estaba en la pared. Kaspar Ochsner, ese simpático alpinista, no iba buscando sensacionalismos. «Para mí lo más importante es la experiencia personal, el éxito viene en segundo lugar», aseguró en una entrevista concedida al periódico regional de Grindelwald *Volksblatt-Echo*.

El número de alpinistas que han subido a la pared varias veces va en aumento. Me acuerdo muy bien de aquellos tiempos en los que preguntaba a escaladores famosos y excelentes después de realizar la ascensión: «¿Volveríais a hacerlo?». Siempre me contestaban igual: «Nunca más, la Pared Norte sólo se hace una vez». En esto también los tiempos han cambiado completamente.

¿Qué nuevas ideas podían ver la luz? ¿Cómo podía ser que hasta la fecha siempre se hubiese superado todo lo que se había conseguido en el Eiger? El alpinista francés Christophe Profit tuvo la idea de escalar en solitario, una tras otra, las Paredes Norte de las Grandes Jorasses en el Macizo del Mont Blanc, del Eiger y del Cervino. Hasta aquel momento algunos intentos similares habían fracasado debido al mal tiempo. Profit consiguió realizarlo en cuarenta horas. Con ello parece que ya se ha llegado a los límites de lo posible. Evidentemente el alpinista tuvo que servirse de la técnica. Para desplazarse de una montaña a otra necesitó un helicóptero y con un paracaídas ahorra tiempo en el descenso. Para un alpinista profesional todo esto no supone problema alguno, pues el helicóptero le lleva el material hasta la cima. Pero el alpinista normal tiene que llevar consigo el paquete con el paracaídas, que pesa más de cuatro kilos, además del material de escalada.

Christophe Profit fue uno de los primeros que utilizaron en sus ascensiones un

parapente para volar en pocos minutos desde la cima hasta el valle.

Inmediatamente después los parapentes hacen su aparición en los catálogos de las marcas de artículos deportivos, atrayendo a los hombres que quieren hacer realidad el eterno sueño de volar. Y de esta manera estalla un verdadero *boom* de este deporte del parapente. Georg Bachler, él mismo profesor de parapente, avisa sobre sus peligros. Sólo se debe practicar este deporte en las montañas si se tiene mucha práctica, conocimientos teóricos y noción de las condiciones meteorológicas.

El 1 de marzo de 1985 Christophe Profit llegó al Hotel Bellevue en Kleine Scheidegg tras haber ascendido la Pared Norte del Eiger en solitario en diez horas, justo veinte años después de que el primer escalador en solitario de la pared, Michel Darbellay, también hubiese sido recibido por la amable Heidi von Almen. Las primeras palabras de Profit mientras se tomaba una taza de té caliente fueron: «Ha sido endiablado y maravilloso». La historia de las escaladas a la Pared Norte del Eiger es inconcebible sin estos dos alpinistas, Darbellay y Profit.

Cuando Profit alcanzó la cima del Cervino, la última de las tres paredes norte, dijo con una voz visiblemente exhausta: «Es una locura, una verdadera locura». A la pregunta de qué es lo que deseaba en ese momento contestó: «Dormir toda la noche».

## La cordada

Habría todavía mucho que relatar sobre el Eiger. Tendríamos que mencionar aún algún que otro nombre indefectiblemente unido a determinados logros o experiencias espectaculares que fueron tan importantes como las demás, pero que tuvieron lugar en el anonimato.

Desde el comienzo de este libro hasta hoy ha transcurrido un largo periodo de tiempo, años en los que he vivido con mis sentimientos y pensamientos girando alrededor del Eiger. Mi relación con esa extraordinaria pared se iba volviendo cada vez más estrecha y mis recuerdos no encontraban fin. Yo no quería separarme de ese fascinante tema... Mi esposa, que me ha ayudado con toda esa cantidad de trabajo e inspección del material, suspiraba frecuentemente, comentando: «Eres inagotable. Alguna vez tienes que terminar; debes moderarte».

Hace sesenta años que los jóvenes alpinistas que éramos nosotros entonces, alegres y plenos de iniciativa, iniciamos la escalada de la Pared Norte, cuya historia he tratado de relatar aquí. El ser humano tiene derecho a cambiar y, según mi opinión, debe incluso hacerlo, pues la vida significa en realidad seguir desarrollándose. Y así, hoy día veo muchas cosas de manera diferente a como lo hacía hace sesenta años. La construcción de la vida, orgánica y por etapas, es lenta y exige paciencia y constancia. Se necesitan modelos ejemplares que sean para uno a la vez ejemplo y estímulo. Hay que aprender a respetar y reconocer los logros de los demás, pues quien quiera ser valorado tiene que saber valorar a los demás.

Y así pues, no veo problemas generacionales. En todo caso esos problemas no deberían existir, aunque, desgraciadamente, muchas veces se creen artificialmente. Nosotros, los mayores, debemos alegrarnos de que sigan existiendo jóvenes y prometedores alpinistas que sobresalen en la multitud por su iniciativa y fantasía. Los jóvenes, a su vez, que alcanzan hoy logros más importantes, deben reconocer que para conseguirlos necesitaban tener esos predecesores que les allanaron más de un camino. Como ideal me imagino —como es el caso los exploradores e investigadores— a un hombre dotado de creatividad que tiene una idea —yo suelo decir que tiene «truco»—, que consigue llevarla a cabo y que después —y quizás sea esto lo más difícil— consigue describirla de una manera comprensible para todos.

A menudo me preguntan por qué me he suavizado tanto en lo que concierne a enjuiciar a personas y cosas. Es ciertamente un privilegio de la edad haber aprendido a ejercitar la tolerancia y a no emitir juicios demasiado precipitados. Esta es la razón por la que ya no me gustan todas esas palabras como «victoria», «triumfo», «dominación» y «conquista de la montaña». Pienso que la motivación para escalar montañas no tiene que formularse imperativamente de manera tan altisonante como, por ejemplo, «autorrealización», o bien «alcanzar los últimos límites de la propia

persona», y otras muchas palabras y frases grandilocuentes de ese tipo. Naturalmente, los récords tienen que existir y son, además, parte integrante de nuestra época. Pero, citando la acertada expresión de Walter Bonatti, ¿es realmente necesario dejarse utilizar como «instrumento publicitario de gente que sólo quiere hacer negocio?». Deseo repetir aquí nuevamente las palabras de Julius Kugy, explorador de los Alpes Julianos, refiriéndose a cómo, según él, debe ser el alpinista: «genuino, bien educado y discreto». Esto no quiere decir que para conseguir éxitos no sea necesario tener un sano concepto de sí mismo, que debe ir unido a ser consciente de las facultades que cada uno posee. Viktor E. Frankl, Profesor de Neurología y Psiquiatría austríaco de fama mundial, dijo lo siguiente en su discurso pronunciado con motivo de la celebración del 125 aniversario de la Asociación Austríaca de Alpinismo: «El deporte de competición está formado por competidores y rivales. El alpinista, sin embargo, compite y rivaliza sólo con una persona, que no es otra que él mismo. El alpinista se exige algo a sí mismo, un logro deportivo, quizás, pero también se exige a sí mismo saber renunciar, si es necesario».

¿Es que siempre tienen que ser éxitos superlativos lo que necesitamos los alpinistas? Nada se desgasta tan fácilmente como esos éxitos. Y además, forzosamente, ese tipo de éxito es imposible sobrepasarlo, ya que un día se llega a tocar techo. Los éxitos extraordinarios son precisamente eso y nada más: extraordinarios.

Yo admiro y adoro el clásico *understatement* inglés, o aún dicho más fácilmente: la alegría. El amor por la montaña, por la naturaleza; un amor que para mí siempre ha sido lo más natural del mundo durante todas mis escaladas y expediciones, algo que disfrutaba y respetaba, algo que nunca intenté someter ni vencer. Y así llega el día en el que uno se da cuenta de que el camino hacia la cima queda grabado tan gratamente en la memoria como la propia cima.

¿No es ese lado inexpugnable, indomable, que posee la naturaleza, lo que fascina al ser humano una y otra vez? Es la incertidumbre, el ansia de descubrir algo nuevo lo que llevó a Alexander von Humboldt, a Karl von den Steinen o a Alfred Wegener a salir por esos mundos y conocer todo tipo de aventuras. Nunca podrá existir una aventura reservada por adelantado, y, por tanto, incitar a la gente a la aventura es absurdo. Una aventura no puede estar limitada en el tiempo, por lo que un viaje de aventuras reservado a un ochomil —viaje que deberá forzosamente terminar el día del vuelo de regreso— no puede existir.

Una montaña como el Eiger, con una pared que sin duda merece el calificativo de «carismática», incita fácilmente a la exageración a la hora de redactar un relato, pues cuanto más impresionante sea el objeto tanto mayor será el peligro que conlleva, y, por tanto, el escritor debe hacer continuamente un esfuerzo por informar de manera objetiva e imparcial.

Yo ya hace tiempo que he llegado a una edad en la que uno analiza y reflexiona sobre lo que ha vivido, y que, en mi caso, está contenido en muchos diarios personales. Durante la época de intensa actividad física, la motivación por la cual se escala esa montaña precisamente, y no otra, o se explora aquella isla, y no otra, se encuentra profundamente escondida. Son las frecuentes preguntas de las personas ajenas sobre el porqué, en realidad, las que nos llevan a reflexionar. Pero uno tendría que evitar desear vivir de las sensaciones, pues nada es más efímero que eso, y una vez que la sensación se acaba, nadie quiere saber más del asunto.

En este sentido el Eiger constituye también un buen ejemplo. Para los habitantes de Grindelwald los sucesos de la Pared Norte forman parte de lo cotidiano desde hace tiempo, y casi nadie se fija ya allí ni siquiera en los helicópteros de salvamento.

Hay una experiencia, sin embargo, que deseo calificar únicamente como positiva: se trata de la cordada. Durante toda mi vida me he declarado valedor de ella, y precisamente la cordada —en el sentido más amplio de la palabra— me parece tan importante que incluso le he dedicado este libro. A mi avanzada edad puedo decir que he estado —y sigo estando— en la feliz situación de haber tenido siempre un compañero de cordada.

La primera vez que fui consciente de ese regalo fue cuando estábamos realizando a cuatro la primera ascensión de la Pared Norte del Eiger. Hoy ya sólo siguen en vida dos de aquellos compañeros de cordada: Anderl Heckmair, y yo.

Anderl describió nuestra cordada —que ya dura sesenta años— así: «En el Eiger nos conocimos como competidores, en la Pared Norte nos hicimos compañeros y hoy somos amigos».

Una de mis cordadas más importantes fue aquella formada con Peter Aufschneider. Esa cordada tuvo su prueba de confirmación en el curso de nuestra huida durante dos años a través del Himalaya hasta llegar a Lhasa. Ninguno de los dos hubiera alcanzado la meta sin el otro. Ya sea porque en las heladísimas noches de hasta cuarenta grados bajo cero nos dábamos mutuamente calor poniéndonos espalda contra espalda, o bien porque nuestro firme propósito de no separarnos nos protegió de ser asesinados por los ladrones. En aquella época aprendí que los hombres pueden ser hermanos, independientemente de sus respectivos lugares de origen y destino. Fue la lucha cotidiana común contra unos obstáculos poderosísimos, así como la situación exterior y mental lo que nos unió de esa manera, creando la cordada que se mantuvo viva hasta la muerte de Peter.

Mal terminó, sin embargo, una cordada que planeaba algo parecido a lo que conseguimos Aufschneider y yo. Ludwig Schmaderer era un famoso alpinista muniqués que había sido el primero en realizar la escalada de la Arista de Peuterey al Mont Blanc. Él también estaba internado en el campo de prisioneros de Dehra Dun, y, como ambos nos interesábamos por el alpinismo, hicimos amistad. Estrechamente

unido a H. Paidar —hecho prisionero junto a Ludwig en Sikkim tras la primera ascensión al Tent Peak, de 7365 metros de altitud—, decidió huir con su compañero. En 1945 consiguieron evadirse del campo. Siguiendo nuestras huellas a lo largo de la orilla del alto Ganges llegaron al valle Spiti, desde donde Aufschnaiter y yo el año anterior habíamos alcanzado finalmente el Tíbet después de pasar dos puertos de casi 6000 metros de altitud. En esa zona consiguieron obtener alimentos en un pueblo. Alentados por la facilidad con la que habían conseguido comprarlos, decidieron aumentar sus provisiones. Schmaderer volvió al pueblo y Paider se quedó con el equipaje. Este fue el fallo de Schmaderer, quien, por lo demás, era siempre muy precavido: ¡la cordada se había separado! Schmaderer fue asesinado por la espalda a pedradas. Su cadáver yacía en el lecho de un río.

Los años anteriores a la guerra marcaron la época de las grandes expediciones alemanas al Nanga Parbat y Kangchenjunga bajo la dirección de Paul Bauer, cuyos equipos, llenos de armonía, estaban compuestos por excelentes cordadas. Naturalmente, hoy todavía existe la cordada en montaña, pero aquellas famosas de los primeros años han sido desbancadas por alpinistas en solitario, por individualistas. El alpinismo es ciertamente uno de los pocos deportes en los que se pueden conseguir éxitos en equipo y en solitario, pero es algo propio de nuestra época actual darle más fama y publicidad al solitario. Existen patrocinios, se gana dinero y, como no, hay que conseguir éxitos. Es una nueva forma de competición. Se busca lo nuevo, se guardan celosamente los planes ante el miedo de que alguien pueda conocerlos y adelantarse. Estamos, pues, ante una situación que puede que tenga su razón de ser.

Deseo citar aquí las palabras del octogenario Catón: «¡Siempre es difícil justificarse ante una generación que no ha vivido con nosotros!». Séame permitido, por ello, estar algo triste cuando pienso en las cordadas de antaño y compruebo que hoy son tan poco frecuentes. Tanto en la vida como en la montaña hay «desplomes» que son más fáciles de superar con un compañero. Nunca se debe subestimar a la cordada, pues con la cuerda que une y salva, el compañero fuerte puede ayudar al más débil, y tiene que experimentarse ciertamente una gran sensación de agradecimiento y liberación cuando un accidentado que se encuentra en una situación desesperada es devuelto nuevamente a la vida con la cuerda de la que tira su compañero y salvador.

Con posterioridad a Anderl Heckmair y Peter Aufschnaiter formé parte de otras «cordadas» que recuerdo con agradecimiento. En Nueva Guinea, por ejemplo, donde con un acompañante visité tribus que nunca antes habían visto a un hombre blanco y ante cuyo comportamiento se podía reaccionar mejor siendo dos que uno solo. O años más tarde, con mi amigo el rey Leopoldo de Bélgica, con quien formé una interesante comunidad de intereses que se complementaba maravillosamente. Pienso asimismo en los días pasados con los hombres primitivos de los Andamanes, o también en las

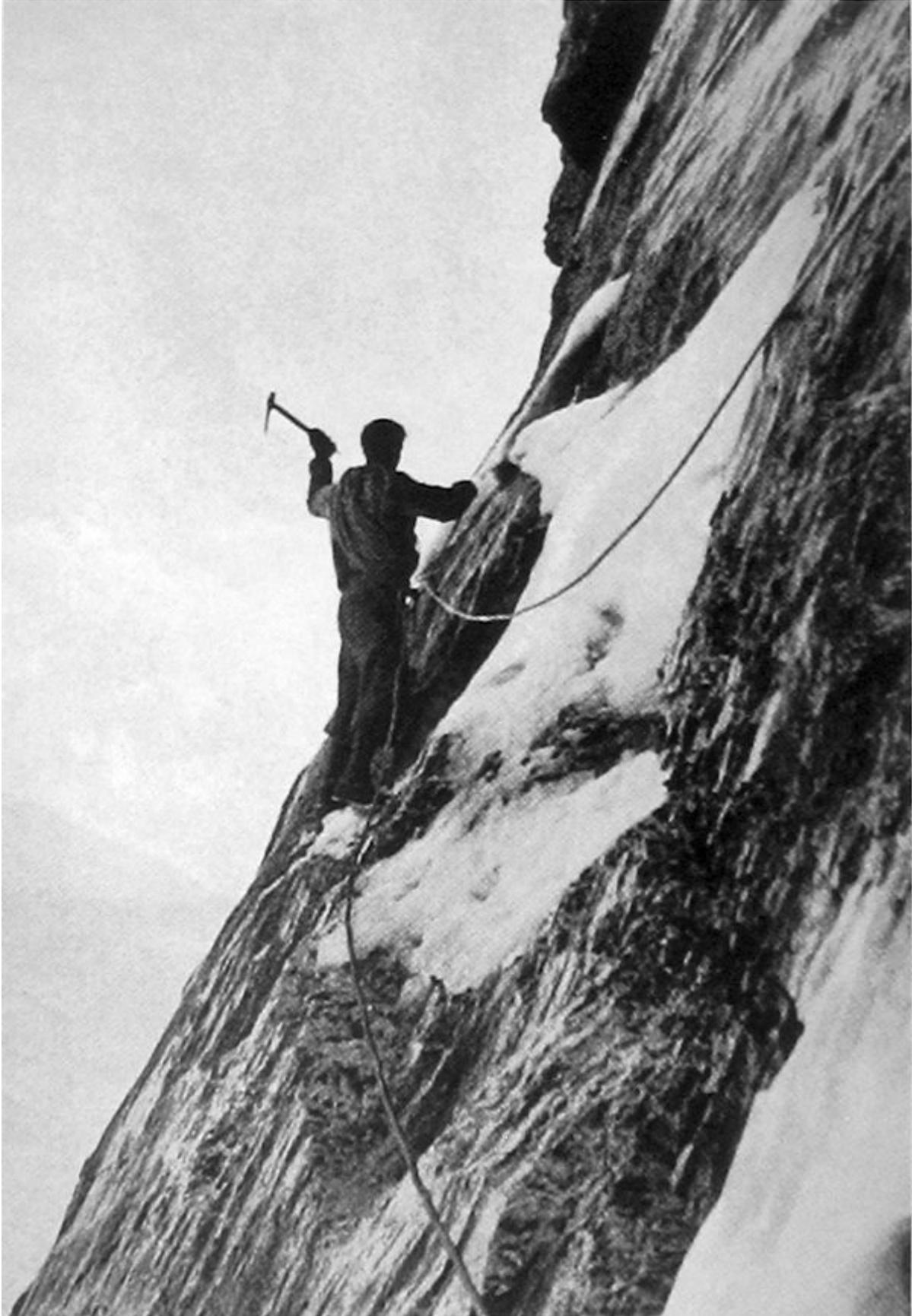
tribus indias del Amazonas. Nuestra cordada se creaba de forma natural, haciéndose responsable de lo que se comparte y se tiene en común, aunque no se hable mucho de ello, y también, como no, de la disposición a sacrificarse. Éramos compañeros tan ideales que podíamos vivir conjuntamente lo que llevábamos dentro de nosotros sin expresarlo.

Hoy, cuando me ha sido concedida la suerte de mirar hacia el pasado y pasearme por mi vida pasada, deseo como colofón referirme a aquella «cordada» que quizás sea la más importante: la «cordada» que formamos con la persona con quien compartimos la vida. Si se nos concede la suerte de encontrar nuestra pareja, alguien de confianza, leal y parecido a nosotros en esencia, compañero y confidente en todas las situaciones de la vida, entonces se podrá superar más fácilmente cualquier desplome, subida o bajada. Un matrimonio o unión que se basa en una profunda confianza y respeto, construido con esfuerzo y gran simpatía mutua, es la base de una «cordada» entre un hombre y una mujer que puede aportar muchas cosas buenas en ese camino a dos. Y así se puede formar esa bella unión de lo indestructible e intacto entre seres humanos, que es el arte de vivir más elevado. Hoy día, época en la que los hombres y las mujeres trabajan conjuntamente en casi todos los campos, se conoce bien el contenido y el éxito de tales «cordadas». Y aún podríamos extender hasta el infinito esa idea de la cordada y describir muchas de sus fructuosas posibilidades. Pero estoy escribiendo aquí el libro del Eiger, y he tomado esta palabra de la montaña en su primer significado para luego utilizarla en un sentido más amplio. Por esta razón deseo dedicar este libro a todas las cordadas.

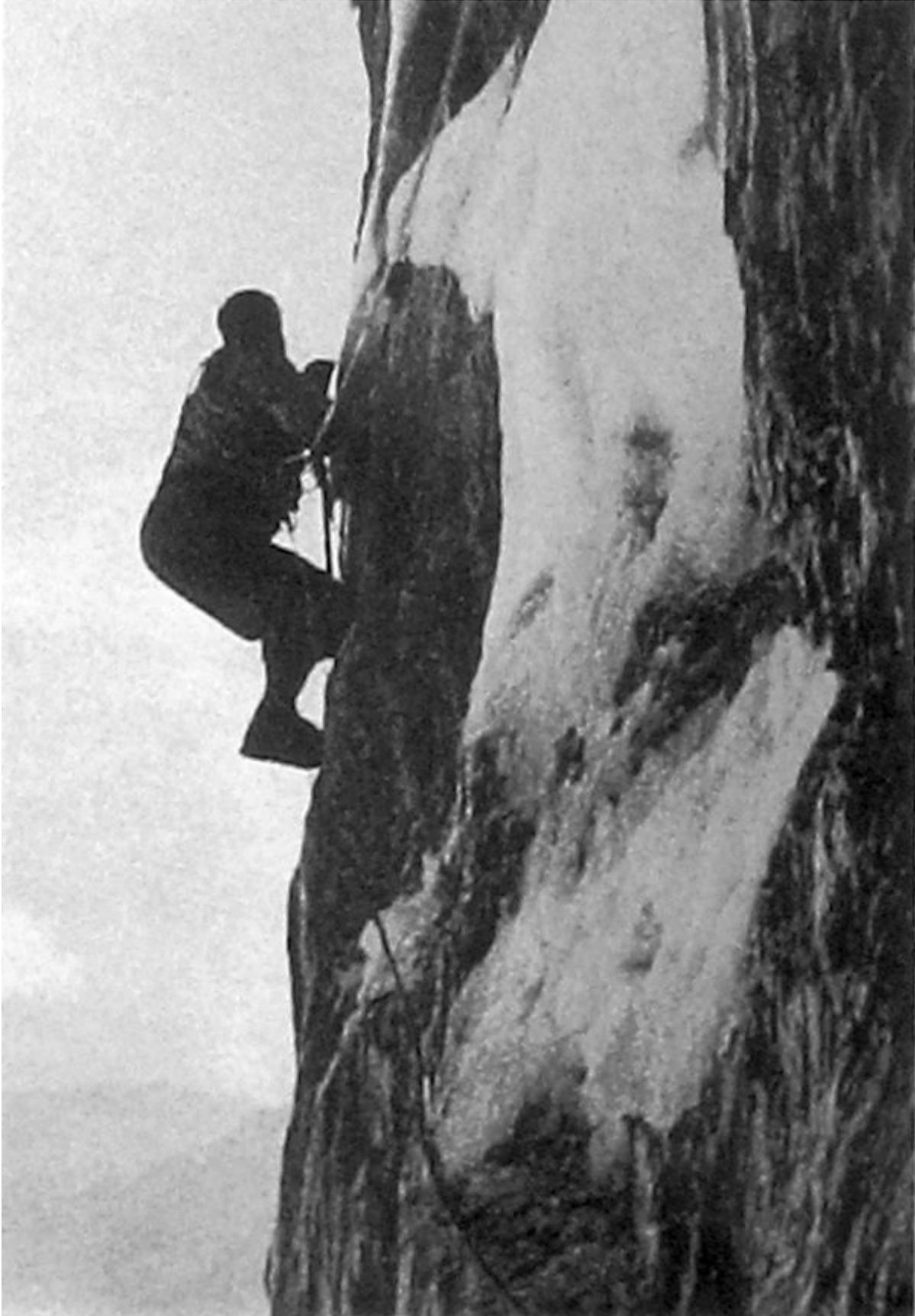
## Fotos históricas



La primera ascensión a la Pared Norte del Eiger: Heinrich Harrer en la Travesía Hinterstoisser.



Fritz Kasparek en la Travesía Hinterstoisser. Se aprecia la inclinación real de la travesía.



En relación con la foto anterior, ésta es una imagen tergiversada del mismo punto, que se puede encontrar en algunos libros sobre el Eiger.



Descanso en el Nido de Golondrinas. Heinrich Harrer con el bocadillo que le había preparado su madre para la ascensión dos semanas antes. A su izquierda, una cuerda de reserva de cuarenta metros que dejaron allí para una eventual retirada y regreso.



Todo colgaba de ese clavo en el primer vivac de Heinrich Harrer y Fritz Kasparek.



Anderl Heckmair y Wiggerl Vörg durante su primer vivac en la Rampa. Parte importante del equipo perfecto: las zapatillas de vivac.



Fritz Kasparek en la Travesía de los Dioses, cuando ya se oían los truenos.



Segundo vivac en la Rampa. Heinrich Harrer prepara té. Tiene puesto un viejo anorak de esquí.



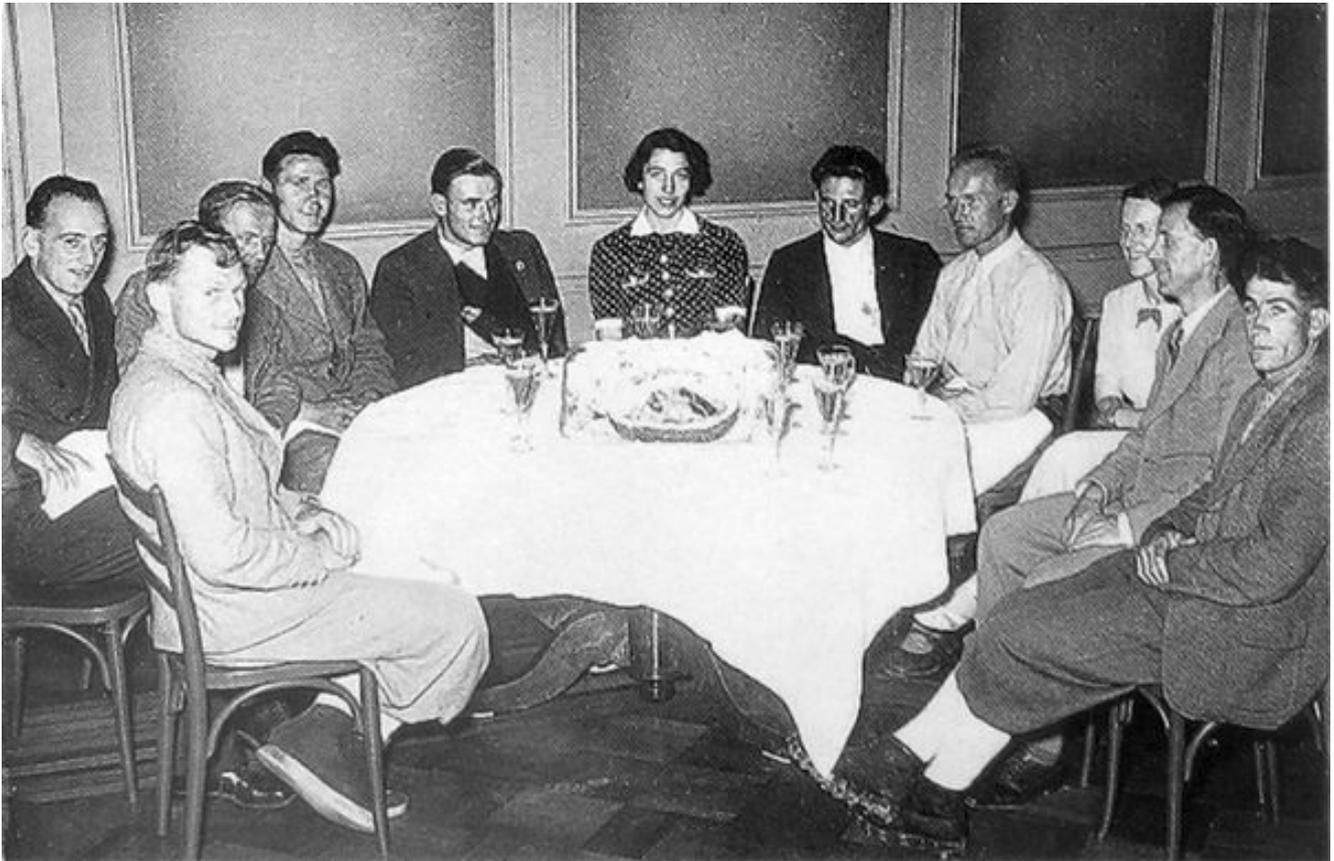
24 de julio de 1938 (ya de noche) por encima del Hotel Eigergletscher tras finalizar la primera escalada de la pared. De izquierda a derecha: Heinrich Harrer, Fritz Kasparek, Anderl Heckmair y Wiggerl Vörg.



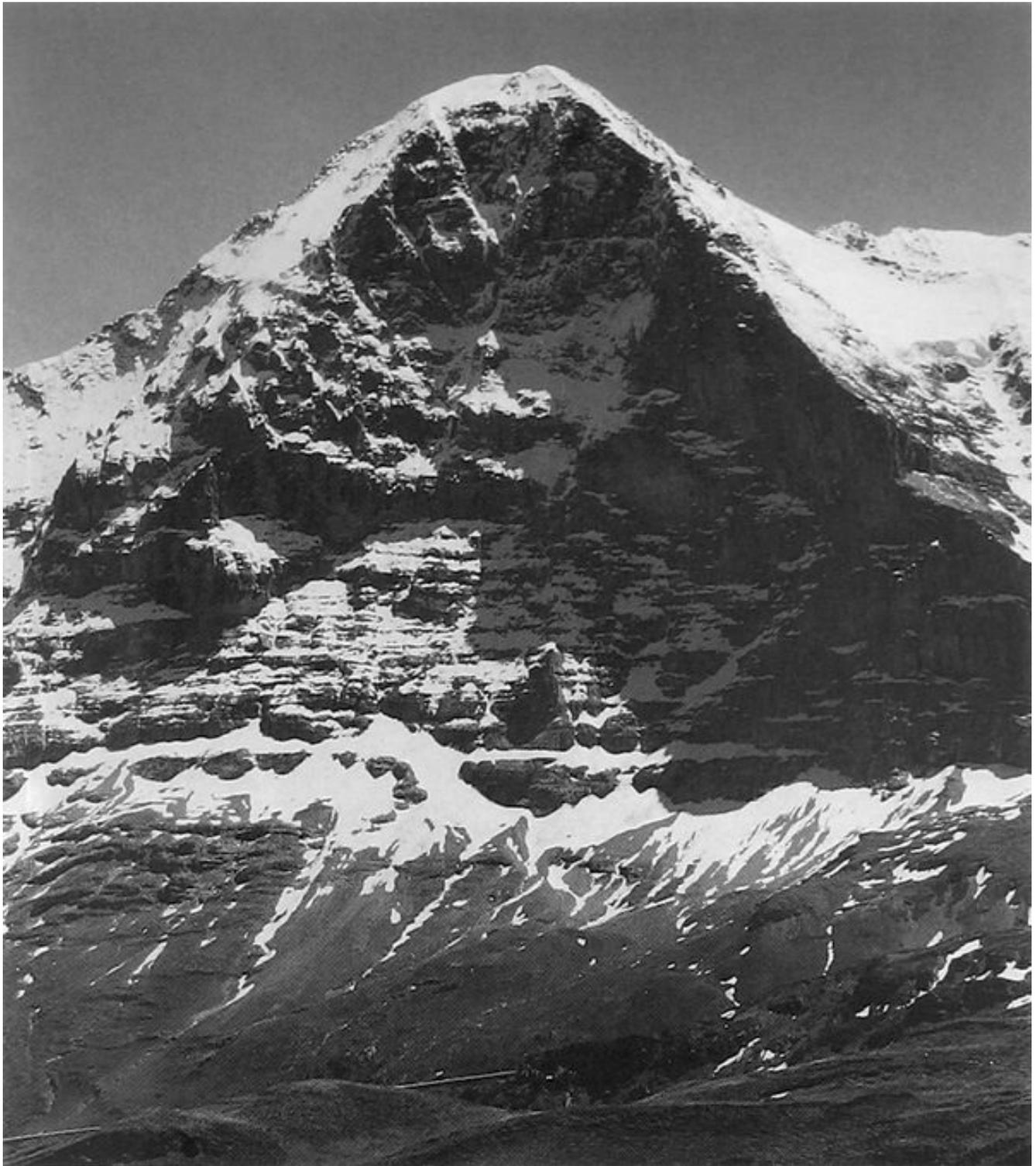
Wiggerl Vörg en la Estación Eigergletscher, a la mañana siguiente, con su mano —en la que había sufrido heridas en las Fisuras de Salida— ya cuidada y vendada.



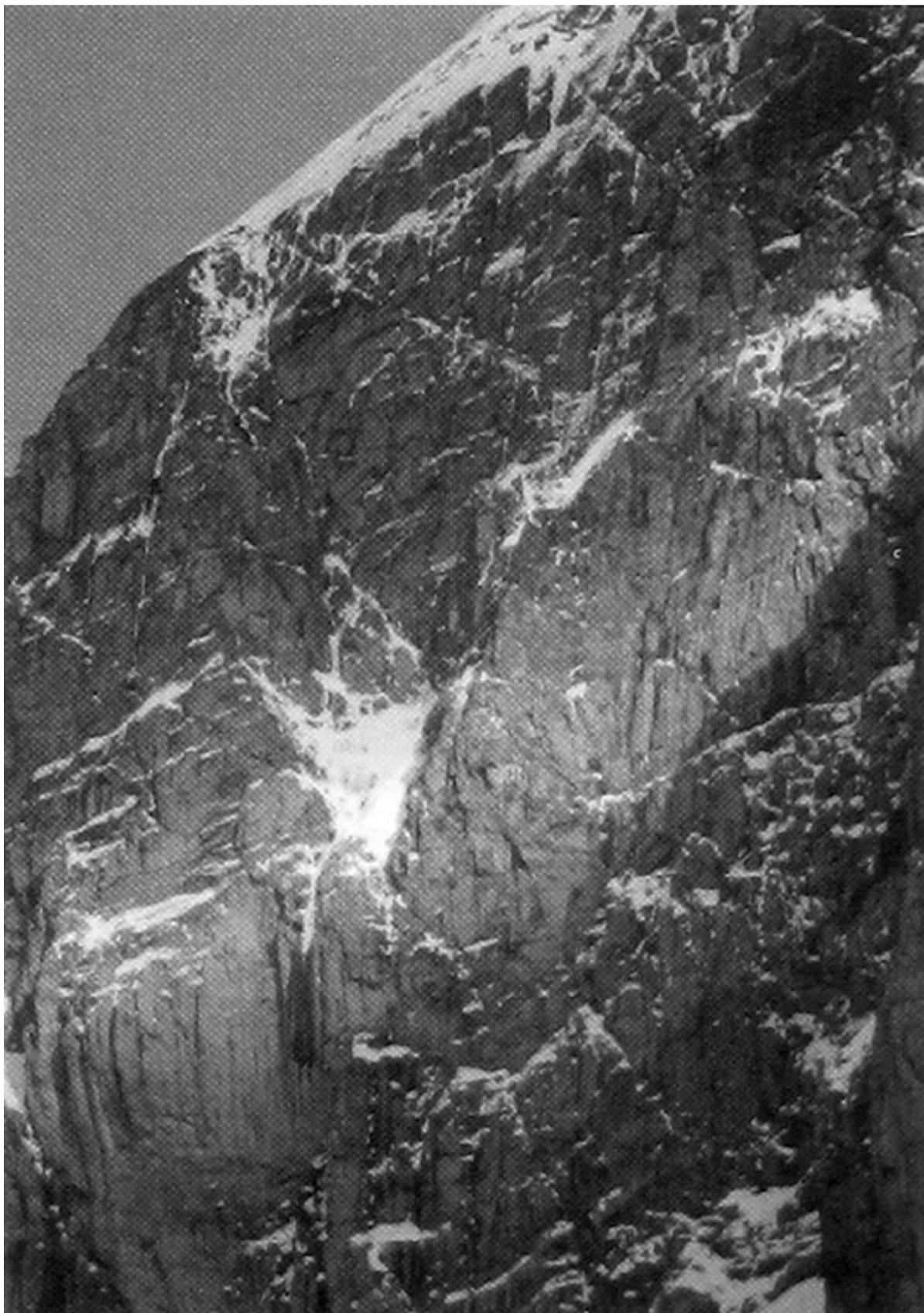
En la Estación Eigerletscher, en la mañana del 25 de julio de 1938. De izquierda a derecha: Fritz Kasperek, Gottfried Schmidt-Ehrenberg, Heinrich Harrer y Leo Brankowsky. Gottfried Schmidt-Ehrenberg había llegado de los EE.UU. para recibir a su amigo Heinrich Harrer.



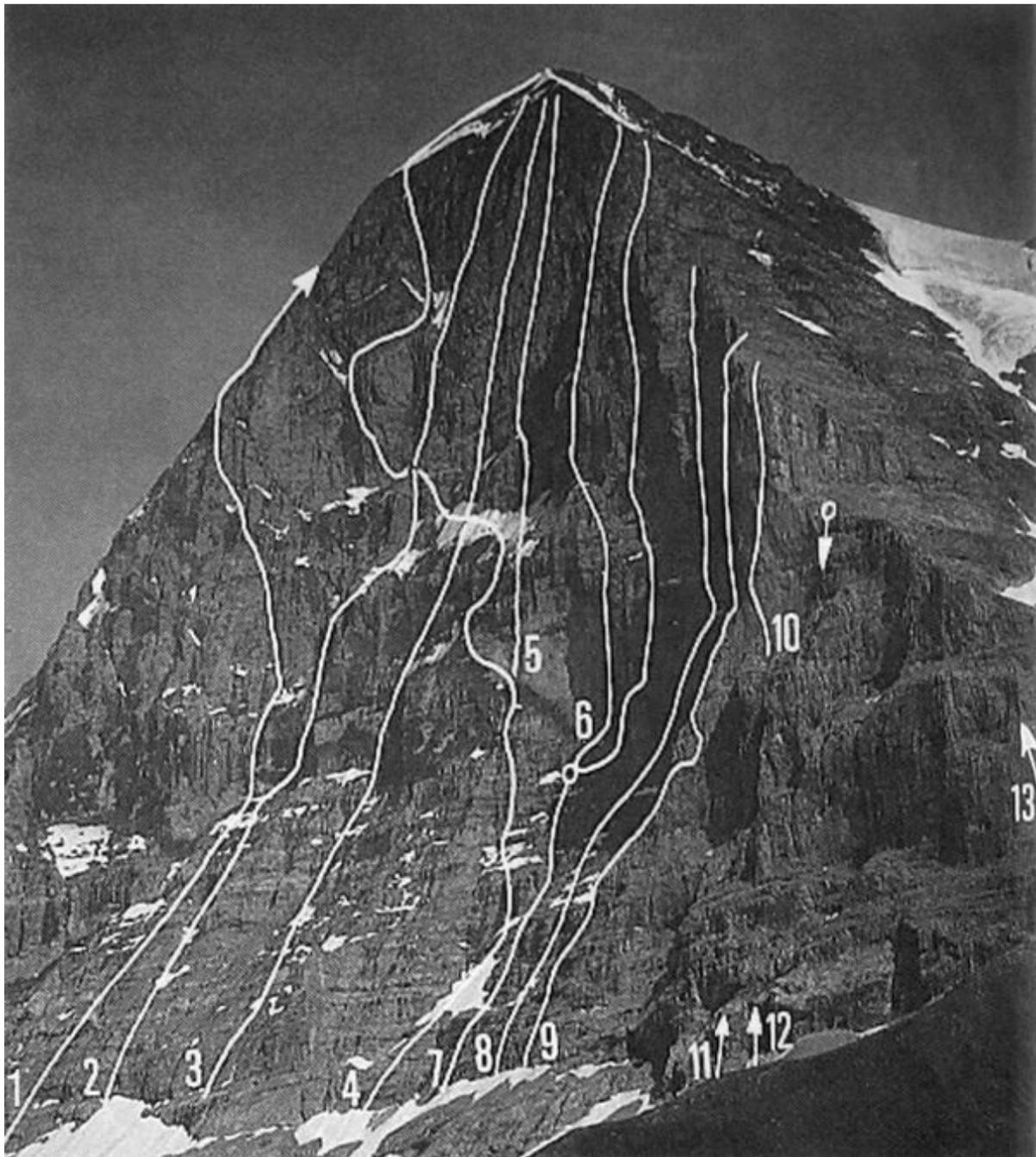
Cena en el Hotel Regina organizada por los guías de montaña de Grindelwald. En el centro, la doctora Belart; a su izquierda, Wiggerl Vörg, a su derecha, Anderl Heckmair, en primer término, a la izquierda, Heinrich Harrer.



La «Pared de las Paredes», que continúa fascinando a los alpinistas hasta hoy día.



La Araña Blanca, en la parte superior de la pared. A la izquierda, abajo, la Travesía de los Dioses; a la izquierda, arriba, las Fisuras de Salida que conducen al Nevero Cimero.



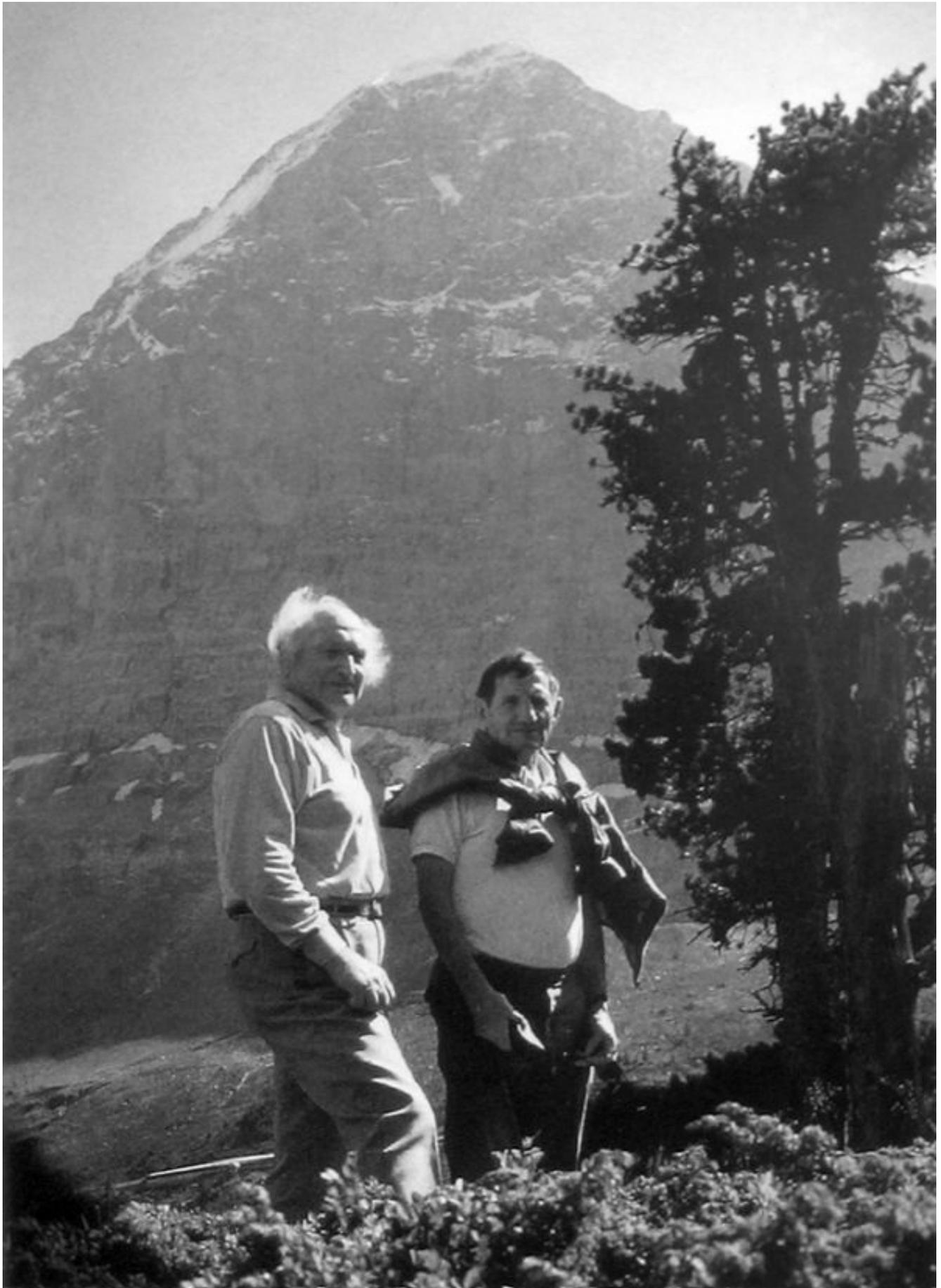
Algunas de las vías de la Pared Norte del Eiger: **1.** *Vía de los Checos 2*: 16 de enero-27 de febrero de 1978. **2.** *Vía John Harlin*: 13 de febrero-25 de marzo de 1966. **3.** *Directísima Ideal*: 20 de marzo-2 de abril de 1983, vía Pochyly. **4.** *Vía Clásica* (versión de los primeros en escalarla): 21-24 de julio de 1938. **5.** *Vía de los Japoneses*: 15 de julio-15 de agosto de 1969. **6.** *Vía de los Checos 1*: 4-19 de marzo de 1976. **7.** *Vía Piola*: 25-30 de julio de 1983. **8.** *Diedro Norte*: 26-27 de agosto de 1981. **9.** *Pilar de los Ginebrinos* también llamada *Puerta del Caos*: 13-15 de agosto de 1979. **10.** *Pilar Westgrad*: 3-12 de julio de 1983. **11.** *Pilar Noroeste* (Ochsner): 13 de agosto de 1982. **12.** *Vía de los Eslovenos*: 1982. **13.** *Arista Noroeste*: 1980.



Thomas Bubendorfer, quien realizó la ascensión en sólo cuatro horas y cincuenta minutos.  
En la foto, en el Segundo Nevero.



Transmisión en directo de la Televisión Suiza DRS de la escalada de la Pared Norte del Eiger en el verano de 1999. Cuatro alpinistas escalan la pared ante las cámaras de televisión. Los ensayos para el primer intento de transmisión se llevaron a cabo en 1998.



Anderl Heckmair y Heinrich Harrer delante del Eiger.



Un equipo va a ser transportado en avión hasta la pared. Está compuesto por un cámara y dos guías de montaña.



Evelyne Binsack, uno de los cuatro alpinistas que escalan la Pared Norte del Eiger por la vía Heckmair en el verano de 1999, ante las cámaras de la DRS, en acción.



Hansruedi Gertsch, otro de los cuatro alpinistas que escalan la Pared Norte del Eiger por la vía Heckmair en el verano de 1999, ante las cámaras de la DRS, en acción.



Inspección preparatoria de la pared antes de la transmisión en directo.

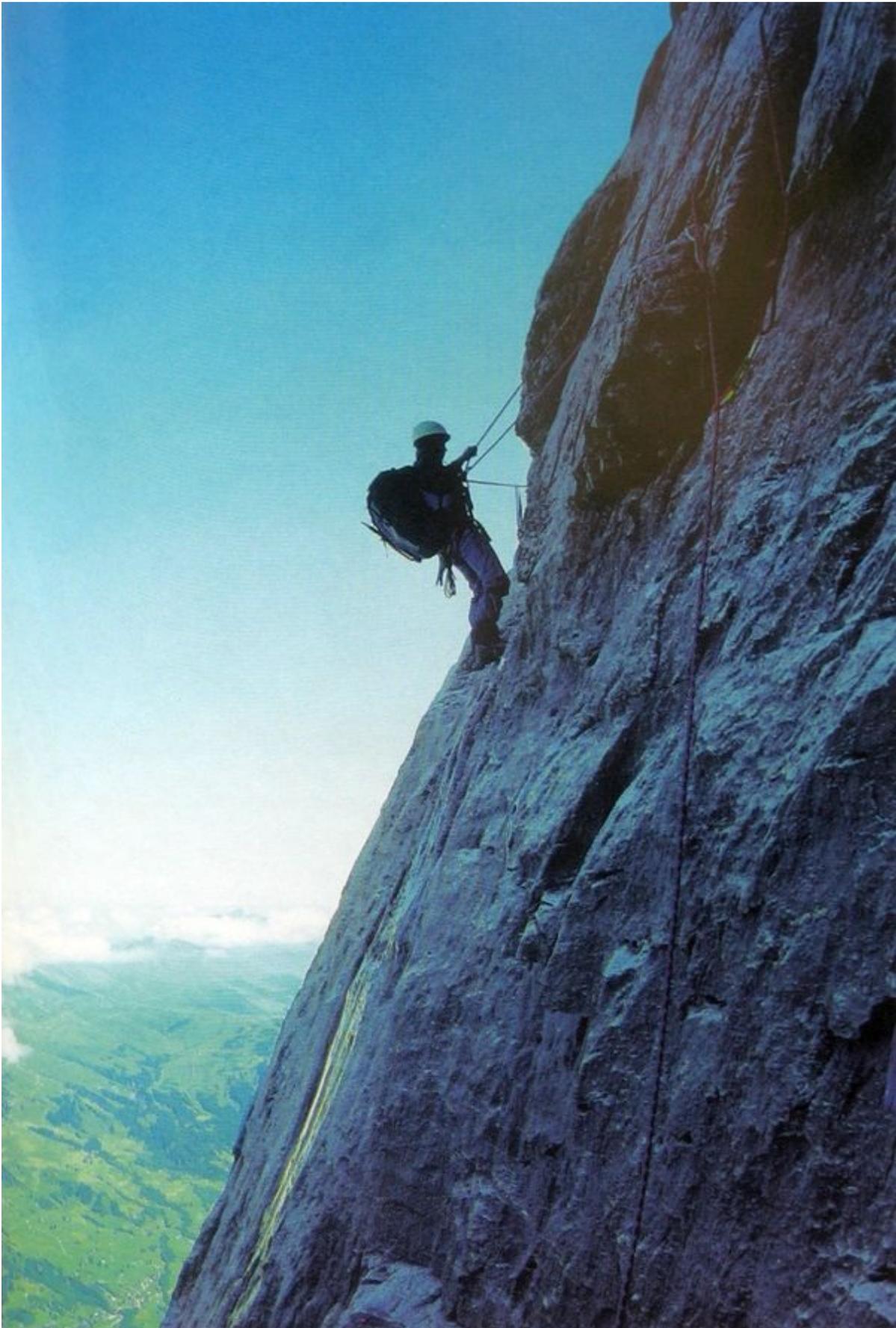
## **Recorrido fotográfico de la ascensión.**



Vista del Eiger desde el oeste.



La vía *Heckmair*.



La Travesía Hinterstoisser.



En la Travesía Hinterstoisser.



Entre el Primer y el Segundo Nevero.



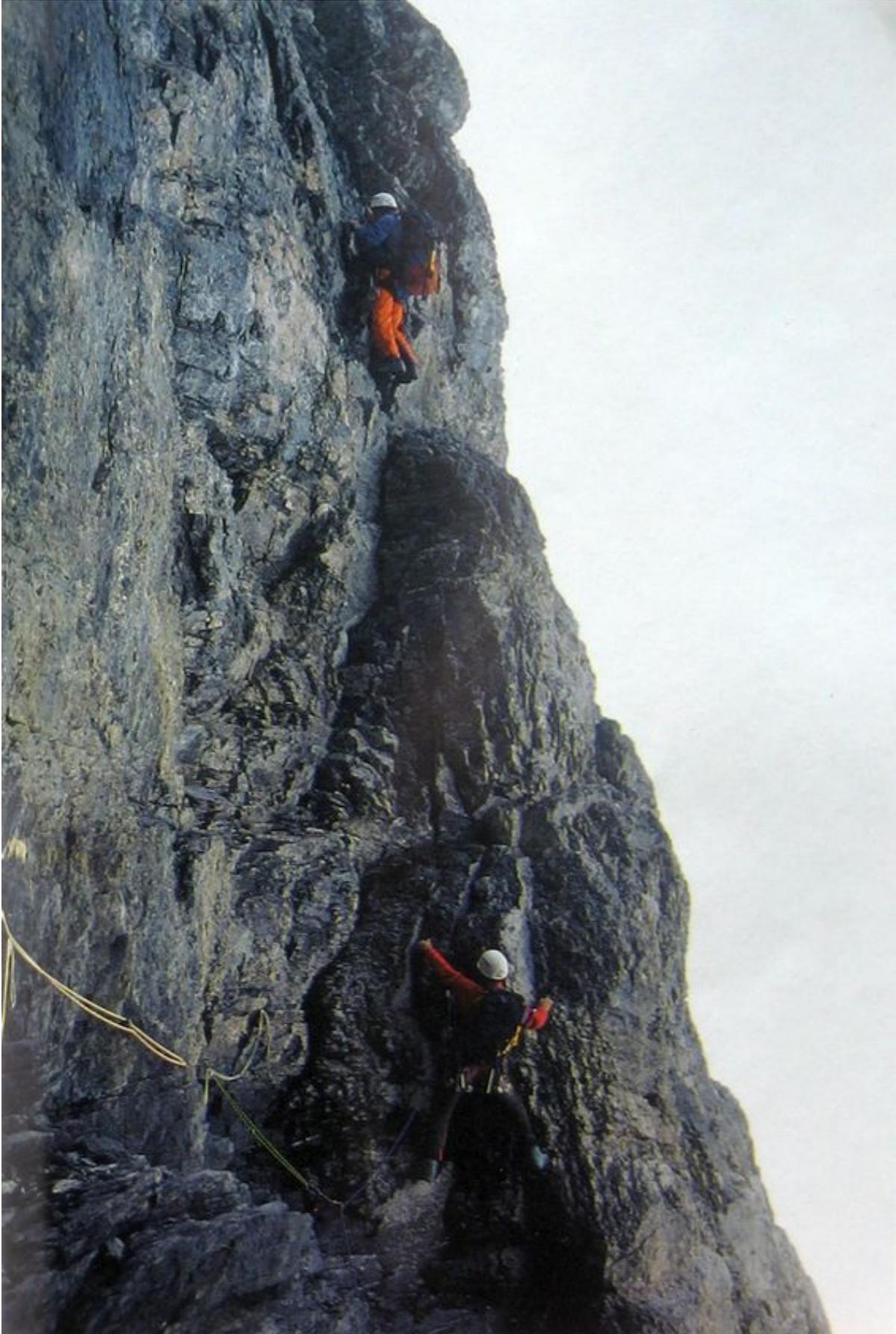
El Vivac de la Muerte.



Escalando en la Rampa.



Chimenea de la Cascada.



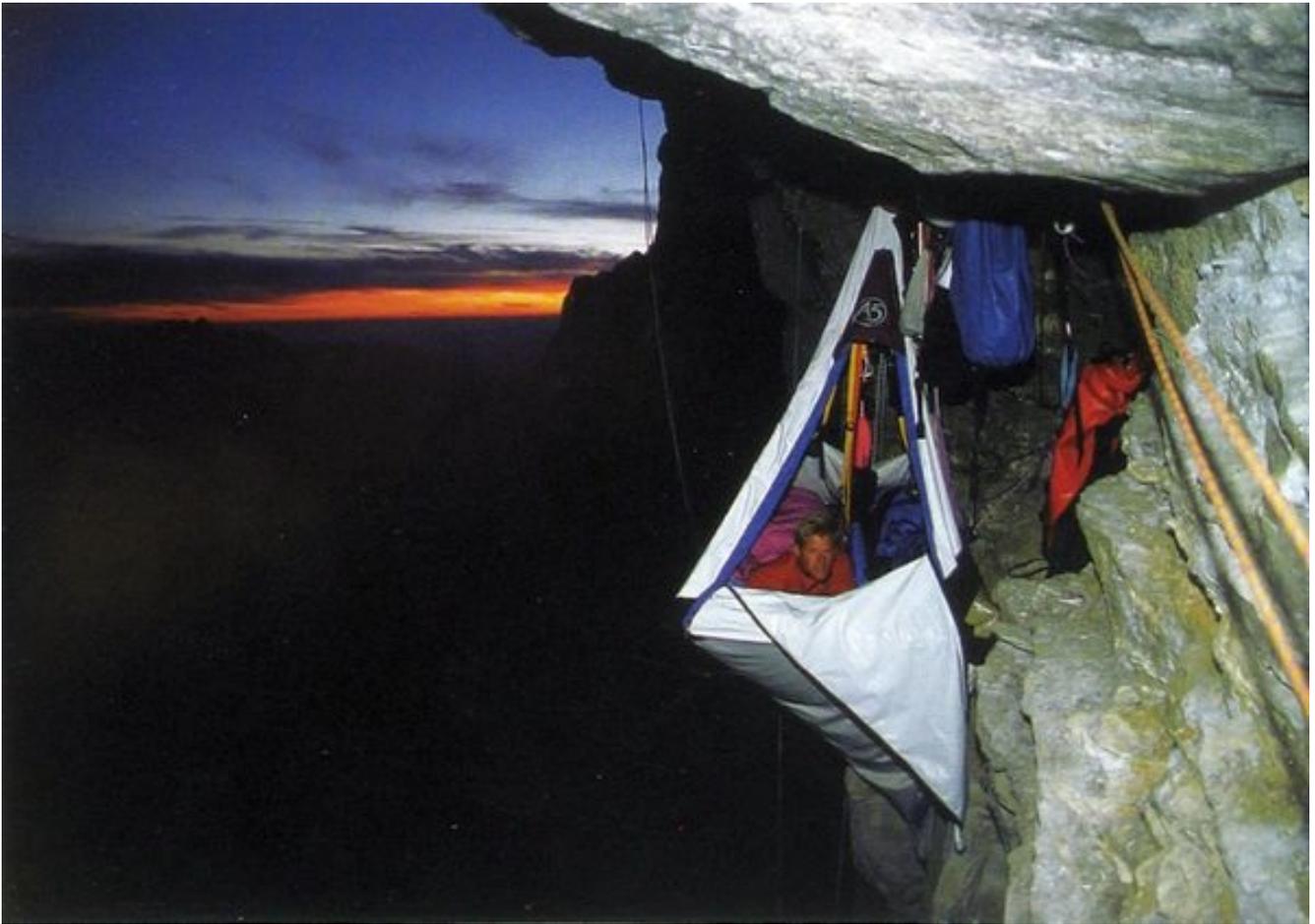
En la Fisura Delicada.



La Travesía de los Dioses.



Taladrando para poner un parabolt durante la apertura de la *Direttissima*.



Vivac en la pared.



Escalando en la Araña.



En las Fisuras de Salida.



En la Fisura de Salida por encima de la Araña.



Los últimos pasos: la arista somital.

## La crónica del Eiger

- 1173** Primera mención del nombre «Eiger», certificada en documento de patronazgo firmado por el emperador Barbarroja.
- 1578** Se menciona el nombre en la antigua obra de los inicios de la literatura alpina *Deliveratio Chronographica*, del Dr. Thomas Schöpf.
- 1751** El Eiger es mencionado como «montaña terrible» en la descripción incluida en *Die Helvetischen Eisberge* (Las montañas de hielo helvéticas), de Johann Georg Altmann.
- 1760** El Eiger aparece mencionado en *Die Eisgebirge des Schweizerlandes* (Las sierras de hielo del País Suizo).
- 1858** Primera ascensión del Eiger, el 11 de agosto, por el irlandés Charles Barrington acompañado de los guías de montaña de Grindelwald: Christian Almer y Peter Bohren. Su ruta de ascenso discurre por la cara oeste y la arista oeste.
- 1861** Segunda ascensión, el 27 de julio, por el Dr. Porges, de Viena, acompañado de los guías de montaña Christian Michel y Hans y Peter Baumann.
- 1862** Tercera ascensión, el 26 de julio, por los británicos Hardy y Liveing, acompañados de los guías de montaña Christian Michel, Peter Inäbnit y Peter Michel.
- 1864** Cuarta ascensión por la familia Walker, de Inglaterra.
- 1864** Quinta ascensión, el 23 de agosto, por el Prof. Aeby, de Inglaterra, con los berneses E. von Fellenberg y Gerwer (Párroco de Grindelberg).
- 1864** Se menciona por primera vez la Pared Norte del Eiger en la obra de literatura alpina *The Alps in 1864*, de A.W. Moore.
- Se edita el grabado *Karte des Hochgebirges von Grindelwald* (Mapa de las altas montañas de Grindelwald), elaborado y grabado por R. Leuzinger.
- 1870** Primer proyecto de un ferrocarril en el Jungfrau, realizado por el diputado nacional F. Seiler, *El ferrocarril que pasa a través del Eiger*.
- 1871** Ascensión, el 14 de julio, por W. A. B. Coolidge con su tía Marguerita Brevoort y los guías Christian y Ulrich Almer, partiendo de Kleine Scheidegg.
- 1871** Ascensión a finales del otoño por el Sr. Lindt, de Berna, con los guías P Schlegel y P Kaufmann.

- 1871** Primera escalada del Rotstock, situado al noroeste del Eiger, el 31 de julio, por los británicos F. F. Tuckert, J. H. Fox y E. R. Whitwell, con los guías Ch. y U. Lauener, por la cara este.
- 1874** Primera escalada de la arista sudoeste, el 14 de julio, por la norteamericana Marguerita Brevoort y su sobrino W. A. B. Coolidge con los guías Christian y Ulrich Almer. Primera ascensión realizada por una mujer.
- 1874** Intento de ascensión de la arista noreste del Eiger (Arista Mittellegi), el 6 de julio, por los británicos F. W. y F. C. Hartley, con los guías Peter Rubi y Rudolf Kaufmann.
- 1874** Intento de escalada del Eigerjoch (Collado del Eiger), a mediados de 1874, por el británico G. E. Foster con el guía H. Baumann.
- 1876** Primera ascensión al Eiger partiendo desde el Eigerjoch (primera escalada de la arista sur), el 31 de julio, por el británico G. E. Foster, con los guías Hans Baumann y Ulrich Rubi.
- 1878** Primera escalada del Eiger sin guías por Paul Montandon, Müller von Thun, R. Wyss y A. Rubin.
- 1879** Segundo intento de la cara este, por Mittellegi, por J. Oakley-Maund y S. Hoare.
- 1880** Primera ascensión del Mittellegipass, el 18 de julio, por J. W. y F. C. Hartley con los guías P Rubi y P Kaufmann.
- 1881** El 18 de julio el británico J. Oakley-Maund emprende un nuevo intento con los guías H. Baumann, J. Jaun, E. Rey y A. Maurer.
- 1884** Primera escalada por el Eigerjoch meridional y primera superación de las rocas situadas entre el Eigerjoch septentrional y meridional por Anderson y Baker, con los guías Ulrich Almer y A. Pollinger.
- 1885** Primer descenso por la Arista Mittellegi (arista noreste del Eiger) por el austríaco Moritz von Kuffner, con los guías Alexander Burgener y Josef M Biner (parte inferior en ascenso del 28 al 29 de julio; parte superior en descenso del 31 de julio al 1 de agosto).
- 1890** Primera ascensión invernal por la cara oeste, el 7 de enero, por los británicos M. M. Meade y Woodroff, con los guías Ch. Jossi y U. Kaufmann.
- 1896** Primera ascensión del Pequeño Eiger (cima secundaria que introduce la arista sudoeste del Eiger en el glaciar), por los británicos J. Outram y F. W. Oliver, con los guías Ulrich y Hans Almer (padre e hijo), realizada por la cara sur.

- 1897** 29 de mayo: su Majestad el Rey de Siam inspecciona el Eiger.
- 1901** Primera escalada del Pequeño Eiger por la cara norte en agosto, realizada por el británico H. Sommerset Bullock con un compañero.
- 1903** 28 de junio: inauguración de la estación Eigerwand (Pared del Eiger) del ferrocarril del Jungfrau (2865 metros de altitud).
- 1904** Segundo descenso de la Arista Mittellegi, el 7 de julio, por Gustav Hasler, Ch. Jossi (padre) y F. Amatter.
- 1905** 25 de julio: inauguración de la estación de ferrocarril «Eismeer» (Mar de Hielo) situada a 3159 metros de altitud.
- 1912** 1 de agosto: inauguración de la estación de ferrocarril en el Jungfraujoch (Collado del Jungfrau).
- 1914** 14 de julio: primera travesía del Rotstock por el británico C. Wilson con el guía H. Rey (3454 metros).
- 1921** Primera escalada de la Arista Mittellegi en ascenso (escalada completa), el 10 de septiembre, por el japonés Yuko Maki con los guías Franz Amatter, Samuel Brawand y Fritz Steuri.
- 1924** Primera ascensión del glaciar del Eiger con esquís hasta el Eigerjoch septentrional, el 17 y 18 de mayo, por A. Lunn, W. Richardet, W. Amstutz y F. Amachen.
- 1924** Primer intento de pared noreste del Eiger por los suizos A. Gassmann y A. Fleuti. Tras efectuar un vivac al pie de la pared, el mal tiempo impidió iniciar el intento.
- 1924** Inauguración de la cabaña Mittellegi, en la Arista Mittellegi, a 3354 metros de altitud.
- 1927** Superación por primera vez de todos los Hörnli (situados a pie de la Arista Mittellegi), el 6 de agosto, por los dos japoneses S. Matsukata y S. Uramatsu con los guías F. Steuri y S. Brawand.<sup>[7]</sup>
- 1932** Intento de escalada de la cara noreste, en julio, por los franceses L. Devies y J. Lagarde.
- 1932** Primera escalada de la cara noreste, el 20 de agosto, por los suizos Dr. Hans Lauper y Dr. Alfred Zürcher, con los guías Alexander Graven y Joseph Knubel, por la que se llamaría después vía *Lauper*, en catorce horas. Primera repetición: el 23 de junio de 1945, por A. Suter, A. Graven y A. Taugwalder, en diez horas, partiendo de Alpiglen.

Segunda repetición: el 22 de julio de 1945, por E. Hediger y F. Y. H. Steuri, en diecisiete horas.

Otras ascensiones: 1947, por Jakob Pargätzi; 1949, el 3 de julio, por E. Reiss, A. Reist y H. Kaufmann (16,5 horas); 1949, agosto, por los austríacos K. Blach, K. Reiss y A. Ratay.

Primera ascensión invernal: del 10 al 12 de febrero de 1964, a cargo de los suizos Hans Peter Trachsel y Gerd Siedhoff.

- 1934** Julio: primer intento en la pared sudeste, por los alemanes W. Beck y K. y G. Löwinger.
- 1934** Julio: primer intento en la Pared Norte del Eiger, por los alemanes W. Beck y K. y G. Löwinger. Altitud alcanzada: 2900 metros. Rescatados en las galerías del ferrocarril del Jungfrau tras haber sufrido una caída.
- 1935** 16 de julio: primera travesía de las tres cumbres Eiger-Mönch-Jungfrau, a cargo de los guías suizos Adolf Rubi y Hans Schlunegger, partiendo de la cabaña Mittellegi hasta llegar a Stechelberg.
- 1935** 21 al 25 de agosto: intento de escalada de la Pared Norte del Eiger por los alemanes Max Sedelmayr y Karl Mehringer. Ambos fallecen por congelación en el Vivac de la Muerte, a 3300 metros. En 1976 se encuentra la última noticia de ellos en una lata de cigarrillos.
- 1936** 18 al 22 de julio: muerte de los austríacos Edi Rainer (por congelación), Willi Angerer (estrangulamiento con cuerda) y de los alemanes Andreas Hinterstoisser (caída mortal) y Toni Kurz (muerte por agotamiento en el descenso en rápel), cuando estaban de regreso tras haber alcanzado 3350 metros.
- 1936** El Consejo del Cantón de Berna declara la prohibición de escalar la Pared Norte del Eiger.
- 1937** El Consejo del Cantón de Berna reduce la prohibición de 1936 mediante una nueva disposición de fecha 6 de julio.
- 1937** 15 de julio: los austríacos Franz Primas y Bertl Gollackner, se adentran en la vía *Lauper*. Con mal tiempo reinante, Primas es rescatado con vida, Gollackner muerto.
- 1937** Primera escalada de la pared sureste (pared de sol) por los alemanes Otto Scheidenschink, Ernst Möller, Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg.
- Segunda escalada en el verano de 1964 por los suizos A. Schelbert y G. Steiger.

Primera escalada en invierno, del 21 al 23 de diciembre de 1972, por K. Haas, W. Müller, E. Ott y M. Wacker.

Primera ascensión de la vía directa de la pared suroeste por los suizos K. Moser y W. Müller.

- 1937** Inspección de la Pared Norte por los alemanes Andreas Heckmair y Theo Lesch. Altitud alcanzada: 2900 metros. 1937 Intento de escalada, a mediados de julio, de la Pared Norte por los austríacos R. Fraissl y L. Brankowsky. Altitud alcanzada: 2700 metros.
- 1937** Intento de escalada, a mediados de julio, de la Pared Norte por los alemanes Lohner, Wollenweber y Zimmermann. Altitud alcanzada: 2800 metros. 1937 21 de julio: intento realizado por los suizos P Bonnant y L. Boulaz. Altitud alcanzada: 2700 metros.
- 1937** 27 de julio: intento de escalada por Matthias Rebitsch (Austria) y Ludwig Vörg (Alemania). Interrupción debido al hallazgo del cadáver de Andreas Hinterstoisser. Descenso desde una altitud de 2850 metros.
- El 30 de julio, nuevo intento por los mismos alpinistas. Altitud alcanzada: 3 000 metros. Caída de nieve. Descenso.
- 1937** 11 a 14 de agosto: Matthias Rebitsch y Ludwig Vörg regresan del Vivac de la Muerte, desde una altitud de 3350 metros, debido a un empeoramiento radical del tiempo.
- 1938** Caída mortal de los italianos Bartolo Sandri y Mario Menti a la altura de la Fisura Difícil, a 3200 metros de altitud.
- 1938** Del 20/21 al 24 de julio: primera escalada completa de la Pared Norte del Eiger por los alemanes Andreas Heckmair y Ludwig Vörg y los austríacos Heinrich Harrer y Fritz Kasparek. Ese itinerario se denomina desde entonces vía *Heckmair*.
- 1945** 23 de junio, primera repetición de la pared noreste por A. Sutter, A. Graven y A. Taugwalder.
- 1945** 22 de julio: segunda repetición de la pared noreste, por E. Hedinger con los guías F. y H. Steuri.
- 1946** 16 y 17 de agosto: Edwin Krahenbühi y Hans Schlunegger (Suiza) escalan la pared. Tras un cambio brusco y radical de tiempo, instalan un vivac a 3500 metros. Seguidamente descienden desde el límite superior de la Rampa.
- 1947** Escalada de la pared noreste por Jakob Pagärtzi.

- 1947** 14 a 16 de julio: primera repetición de la Pared Norte del Eiger por Lionel Terray y Louis Lachenal (Francia).
- 1947** 4 y 5 de agosto: segunda repetición de la Pared Norte por Hans Schlunegger, Karl Schlunegger y Gottfried Jermann (Suiza). Primera cordada suiza. Inicio: 4 de agosto a las 02:30 horas. La Vira Delicada es alcanzada a las 16:00 horas. Tormenta, vivac. Llegada a la cima el 5 de agosto a las 16:25 bajo una tormenta.
- 1949** 3 de julio: escalada de la pared noreste por E. Reiss, A. Reist y el guía H. Kaufmann.
- 1949** 28 de julio: Jean Fuchs y Raymond Monney (Suiza) alcanzan la altitud de 2900 metros en la Pared Norte. Cambio brusco y radical del tiempo y seguidamente retirada.
- 1949** Escalada de la pared noreste por los austríacos K. Blach, K. Reiss y A. Ratay.
- 1950** 9 de julio: M. Hamel y R. Seiler (Suiza). Altitud alcanzada: 3000 metros. Cambio brusco y radical del tiempo, descenso.
- 1950** 14 de julio: M. Hamel y R. Seiler (Suiza). Altitud alcanzada: 3100 metros. Cambio brusco y radical del tiempo. Descenso hasta el boquete del túnel. Un vivac.
- 1950** 22 de julio: Karl Reiss y Karl Blach (Austria). Ambos llegan hasta la Fisura Difícil, a 2900 de altitud, donde Karl Blach se rompe la mano después de una caída. Retirada.
- 1950** 26 de julio: cuarta escalada por Leo Forstenlechner y Erich Waschak (Austria). Esta escalada se realizó por primera vez en un día, en sólo 18 horas.
- 1950** 25 al 27 de julio: quinta escalada por Jean Fuchs, Raymond Monney, Marcel Hamel y Robert Seiler (Suiza). Por encima de la Araña esta cordada de cuatro fue sorprendida por un cambio radical del tiempo. Tres vivacs en total. La cima fue alcanzada el 27 de julio a las 20:00 horas.
- 1952** 22 y 23 de julio: sexta escalada por Maurice Coutin y Pierre Julien (Francia). Muy buenas condiciones meteorológicas. Inicio muy temprano por la mañana. Vivac al final de la Rampa. Llegada a la cima el 23 de julio de 1952 a las 16:00 horas.
- 1952** 26 y 27 de julio: séptima escalada, por Karl Winter y Sepp Larch (Austria).
- 1952** Dos alpinistas de Mónaco presentes en la pared.

- 1952** 26 al 29 de julio: octava escalada, por Hermann Buhl y Sepp Jöchler (Austria).
- 1952** 26 a 29 de julio: escalada por Otto Maag y Sepp Maag (Alemania). Tres noches en la pared sin equipo de vivac.
- 1952** 27 al 29 de julio: escalada por Jean Bruneau, Paul Habran, Pierre Leroux, Guido Magnone y Gastón Rébuffat (Francia).  
El 29 de julio escalan estas tres cordadas el Nevero Cimero por separado.
- 1952** 6 a 8 de agosto: novena escalada por Karl Lugmayer, Hans Ratay y Erich Vanis (Austria). En la tarde/noche del 8 de agosto alcanzan con éxito la cima. Tercer vivac en descenso. Durante esta escalada K. Lugmayer resultó herido por caída de piedras.
- 1952** 14 y 15 de agosto: décima escalada por Karl Blach (Austria) y Jürgen Wellenkamp (Alemania).
- 1952** 15 y 16 de agosto: undécima escalada por Karl Reiss y Siegfried Jungmeier (Austria).
- 1953** Los alemanes Paul Körber y Roland Voss llegan al Vivac de la Muerte (3300 metros). Tras un repentino cambio de tiempo ambos alpinistas caen mortalmente durante la retirada del Segundo Nevero. Estuvieron en la pared del 26 al 28 de julio.
- 1953** 20 a 22 de agosto. Duodécima escalada por Uli Wyss (Suiza) y Karl Heinz Gonda (Alemania). El 20 de agosto esta cordada intentó una escalada directa hasta la Araña desde la Plancha. Retirada. Vivac en el Vivac de la Muerte. El 21 de agosto cambio brusco y radical del tiempo. Segundo Vivac en las Fisuras de Salida con nieve nueva y formación de una gruesa capa de hielo. El 22 de agosto hacia el mediodía U. Wyss y K. H. Gonda se desploman mortalmente del Nevero Cimero —a unos 3 950 metros—, por debajo de la arista somital. La causa es desconocida. La pared del Eiger, sin embargo, había sido escalada completamente, por lo que esta duodécima escalada les pertenece a esta cordada.
- 1953** 25 al 27 de agosto 13ª escalada por Albert Hirschbichler y Erhard Riedl (Alemania).
- 1956** 8 de agosto: Dieter Sähnel y Walter Moosmüller (ambos de Alemania) sufren una caída mortal en la pared, a la izquierda de la Fisura Difícil.
- 1956** 8 de agosto; Klaus Buschmann y Lothar Brandler (Alemania). Altitud alcanzada; 2900 metros. Interrupción tras la caída mortal de Sähnel y

Moosmüller. Retirada.

- 1957** Julio: Günther Nothdurft (Deutschland). Intento de escalada en solitario.
- 1957** 3 de agosto: entrada de dos cordadas en la pared. Dos italianos, Stefano Longhi y Claudio Corti, y dos alemanes, Günther Nothdurft y Franz Mayer. Tras un cambio radical brusco de tiempo, muere Longhi en la pared. Su cuerpo es rescatado en 1959. Corti es salvado, siendo éste el primer rescate con éxito realizado en la pared. En 1961 son rescatados los cuerpos de los dos alemanes en la cara oeste. A éstos últimos se les atribuye oficialmente la 14ª escalada de la Pared Norte del Eiger.
- 1957** 7 de agosto: Wolfgang Stefan y Götz Mayr (Austria). Retirada y descenso desde el Primer Nevero.
- 1958** 31 de julio al 1 de agosto: Hias Noichl, Herbert Raditschnig y Lothar Brandler (Deutschland). Esta cordada de tres regresa desde el Vivac de la Muerte después de resultar herido H. Noichl.
- 1958** Engelbert Titl, alpinista vienés, es dado por desaparecido después de su ascensión a la Arista Mittellegi.
- 1958** 5 y 6 de agosto: 15ª escalada por Kurt Diemberger y Wolfgang Stefan (Austria). (Diemberger subirá además en total seis ochomiles).
- 1959** 10 al 13 de agosto: 16ª escalada por Adolf Derungs y Lukas Albrecht (Suiza).
- 1959** 13 y 14 de septiembre: 17ª escalada por Peter Diener y Ernst Forrer (Suiza).
- 1960** Intento de escalada invernal por Karl Frehsner y K. Larch (Austria). Intentaron escalar la pared bajo las peores condiciones meteorológicas imaginables.
- 1961** Primera escalada invernal —del 6 al 12 de marzo— de la Pared Norte del Eiger por la vía *Heckmair*, a cargo de los alemanes Toni Kinshofer, Anderl Mannhardt, Toni Hiebeler y el austríaco Walter Amberger, en 150 horas.
- 1961** Finales de julio: Jan Mostowski, Stanislaw Biel, Czeslaw Momatiuk y Jan Dlugosz (Polonia). Estos cuatro alpinistas polacos llegan hasta la Travesía Hinterstoisser e inician luego la retirada.
- 1961** El austríaco Adolf Mayr sufre una caída mortal desde la Chimenea de la Cascada cuando realizaba un intento en solitario. Estuvo en la pared el 27 y 28 de agosto.
- 1961** 30 de agosto al 2 de septiembre: 19ª escalada por Radovan Kuchar y Zedon Zibrin (Checoslovaquia). Primera cordada checoslovaca en la Pared Norte

del Eiger.

- 1961** 30 y 31 de agosto: Ernst Schmied y Alois Stricker (Suiza). Estos dos alpinistas tuvieron que retirarse desde el Nido de Golondrinas debido a que Schmied se puso enfermo.
- 1961** 31 de agosto a 2 de septiembre: 20ª escalada, por Leo Schlommer (Austria) y Alois Stricker (Suiza).  
Stanislaw Biel y Jan Mostowski (Polonia). Escalada número 20. Primera ascensión a cargo de una cordada polaca. Kurt Grüter y Sepp Inwyler (Suiza). Escalada número 20.
- 1961** 19 al 22 de septiembre: 21ª escalada por Georg Huber y Gerhard Mayer (Alemania), Karl Freshner y Helmut Wagner (Austria).
- 1961** 23 y 24 de septiembre: 22ª escalada por Hilti von Almen y Ueli Hürlimann (Suiza).
- 1961** 26 al 29 de septiembre: 23ª escalada por Erich Streng y Robert Troier (Austria).
- 1962** 23 al 25 de julio: 24ª escalada por Jean Braun, André Meyer, Bernard Meyer, y Michel Zuckschwert (Suiza).
- 1962** 24 al 26 de julio: Brian Nally y Barry Brewster (Gran Bretaña). El 25 de julio cae mortalmente B. Brewster desde el Segundo Nevero. Su compañero de cordada, B. Nally, es rescatado con vida de la pared.
- 1962** 28 al 31 de julio: Loulou Boulaz, Michel Darbellay, Yvette Attinger-Vaucher y Michel Vaucher (Suiza). Se retiraron desde la Rampa debido al mal tiempo, la espesa niebla y nevada.
- 1962** 31 de julio al 1 de agosto: Adolf Derungs (Suiza). Este intento de escalada en solitario termina con la caída mortal de A. Derungs antes de la Travesía Hinterstoisser.
- 1962** 31 de julio a 3 de agosto: 25ª escalada por Helmuth Drachsler y Walter Gstrein (Austria).
- 1962** Mediados de agosto: José Manuel Anglada, Jordi Pons (España) y Heinz Pokorski (Alemania). Retirada desde el Nido de Golondrinas debido al mal tiempo.
- 1962** 26ª escalada por Klaus Hoi, Walter Amberger, Hugo Stelzig y Adolf Weissensteiner (Austria).
- 1962** 13 al 15 de agosto: 27ª escalada por Pierlorenzo Acquistapace, Armando As

te, Gildo Airoidi, Romano Perego, Franco Solina y Andrea Mellano. Primera escalada completa realizada por una cordada italiana.

- 1962** 19 al 22 de agosto: 28ª escalada por Félix Kuen y Dieter Wörndl (Austria). Konrad Kirch (Alemania) y John Harlin (EE.UU.); Escalada 28ª.  
Franz Gnosjoseph Jauch y Josef Zurfluh (Suiza). Escalada 28ª.
- 1962** 19 al 23 de agosto: 29ª escalada por Hans Hauer y Nikolaus Rafanowitsch (Austria).
- 1962** 22 de agosto: Diether Marchart (Austria). Intento en solitario, caída mortal entre el Primer y Segundo Nevero.
- 1962** 29 y 30 de agosto: 30ª escalada por Paul Etter y Martin Epp (Suiza).
- 1962** 30 y 31 de agosto: 31ª escalada por Chris Bonington y Ian Clough (Gran Bretaña). Primera cordada británica.
- 1962** 30 de agosto: Egon Moderegger (Austria) y Tom Aston Carruthers (Gran Bretaña). Ambos caen mortalmente desde el Segundo Nevero.
- 1962** 28 al 31 de agosto: 32ª escalada por Werner Hausheer y Paul Jenny (Suiza).
- 1962** 29 al 31 de agosto: 33ª escalada por Robert Bögli y Willy Mottet (Suiza).
- 1962** 2 y 3 de septiembre: 34ª escalada por Walter Spitzenstätter y Otto Wiedmann (Austria).
- 1962** 2 y 3 de septiembre: 35ª escalada por Kurt Walter (Alemania) y Otto Wintersteller (Austria).
- 1962** 2 y 3 de septiembre: 36ª escalada por Claude Asper, Bernard Voltolini, Christian Dalphin y Robert Habersaat (Suiza).
- 1962** 3 al 5 de septiembre: 37ª escalada por Alfred Brunner y Edwin Brunner (Suiza).
- 1963** Marzo: Rainer Göschl y Leo Schlommer (Austria). Retirada desde el Nido de Golondrinas.
- 1963** Abril: Jan Mostowski y Czeslaw Momatiuk (Polonia). Estos dos polacos llegan hasta el Primer Nevero. Retirada. Intento de escalada directa de la Pared Norte.
- 1963** 18 de julio: Albino Michielli, Bruno Menardi y Lorenzo Lorenzi (Italia). Cambio brusco y radical del tiempo. Retirada. (Intento de abrir una *Direttissima*).
- 1963** 28 de julio: Walter Bonatti (Italia). Inicio a las 02:45. En este intento en

solitario llegó hasta el límite inferior del Segundo Nevero. Vivac. Retirada el 29 de julio.

- 1963** 30 y 31 de julio: 38ª escalada. Por Erich Friedli y Arnold Heinen (Suiza). Inicio a las 02:00. Vivac en las Fisuras de Salida. Alcanzan la cima el 31 de julio a las 12:00 horas. Tiempo real de escalada: 19 horas.
- 1963** 29 al 31 de julio: escalada por Max Friedwanger y Friedl Schicker (Austria). Tres vivacs. Esta cordada fue alcanzada y adelantada por los dos alpinistas suizos (ver 38ª escalada).
- 1963** 29 al 31 de julio: 40ª escalada por Dougal Haston (Gran Bretaña) y Robert Baillie (Rodesia).
- 1963** 1 y 2 de agosto: Ekkert Gundelach y Dieter Zelnhefer (Alemania). Retirada desde el Vivac de la Muerte.
- 1963** Primera escalada en solitario de la Pared Norte por la vía *Heckmair*, a cargo del suizo Michel Darbellay, el 2 y 3 de agosto. 41ª escalada. Inicio a las dos de la mañana saliendo de Kleine Scheidegg. El 3 de agosto a las 08:07 horas Darbellay alcanzó la cima, y a las 13:00 horas estaba ya de regreso en Kleine Scheidegg.
- 1963** 3 al 4 de agosto: 42ª escalada por Helmut Salger y Horst (Cuerda larga) Wels (Alemania).
- 1963** Agosto: Ignazi Piuzzi y Roberto Sorgato (Italia). Intento de realizar una *Direttissima*. Cambio radical y brusco del tiempo después del primer resalte. Retirada.
- 1963** 11 y 12 de agosto: Daihachi Okura y Mitsuhiho Yoshin (Japón). Descenso desde el Nido de Golondrinas.
- 1963** 11 al 15 de agosto: Alberto Rabadá y Ernesto Navarro (España). Rescate de los cuerpos sin vida el 29 de diciembre.
- 1963** 27 al 31 de diciembre: primer descenso completo de la Pared Norte del Eiger por Paul Etter, Ulli Gantenbein y Sepp Henkel (Suiza) con motivo del rescate de los cuerpos sin vida de los dos españoles A. Rabadá y E. Navarro.
- 1964** 12 al 15 de enero: W. Bittner, R. Kauschke, P Siegert y G. Uhner (Alemania). El estado del resalte de la pared, profundamente cubierto de nieve, no permitió a esta cordada llegar hasta el Primer Nevero. Cambio brusco y radical del tiempo. Retirada hacia la estación de ferrocarril Eigerwand. (Intento de *Directísima*).
- 1964** Primera escalada invernal de la pared noreste del Eiger, del 10 al 12 de

febrero, por los suizos Hans Peter Trachsel y Gerd Siedhoff.

- 1964** 22 de febrero: M. Bonafede, N. Menegus, I. Piuss, R. Sorgato (Italia) y John Harlin (EE.UU.). Intento de realizar una *Direttissima*. Estos cinco alpinistas llegaron hasta el primer resalte de la pared. Cambio brusco y radical del tiempo. Retirada hacia el boquete del túnel.
- 1964** Junio: Tsuneaki Watabe y Hattori Yoshino (Japón). En el primer tercio de la pared H. Yoshino resultó herido en una mano por una piedra. Los dos japoneses descendieron seguidamente.
- 1964** 25 al 27 de julio: 43ª escalada por Michl Anderl y Gebhard Plangger (Alemania).
- 1964** 26 y 27 de julio: 44ª escalada por Hans Peter Trachsel y Hans Grossen (Suiza).
- 1964** Repetición de la pared sureste del Eiger en verano por los suizos A. Schelbert y G. Steiner.
- 1964** 26 al 29 de julio: 45ª escalada por Karlheinz Werner, Ernst Mahner, Pit Schubert y Rüdiger Steuer (Alemania).
- 1964** 30 de julio al 1 de agosto: 46ª escalada por Franz Häppl y Herbert Kettner (Alemania).
- 1964** 30 de julio al 2 de agosto: 47ª escalada por Kurt y Rolf Güngerich (Suiza).
- 1964** 4 al 7 de agosto: 48ª escalada por José Anglada y Jordi Pons (España). Primera ascensión española de la Pared Norte.
- 1964** 4 al 7 de agosto: 49ª escalada por Gert Uhner y Wulf Schefeler (Alemania).
- 1964** 5 al 7 de agosto: 50ª escalada por Geors Ostler y Dietmar Bachstein (Alemania).
- 1964** 1 al 4 de septiembre. 51ª escalada por Daisy Voog y Werner Bittner (Alemania). Primera escalada femenina de la Pared Norte del Eiger.
- 1964** 3 al 5 de septiembre: 52ª escalada por Stefan Rausch y Franz Grundner (Alemania).
- 1964** 9 al 13 de septiembre: 53ª escalada por una cordada de dos compuesta por un francés y un argelino (nombres desconocidos).
- 1965** 19 al 22 de agosto: 54ª escalada por Mitsumasa Takada y Tsuneaki Watabe (Japón). Inicio: el 19 de agosto por la tarde. El 24 de agosto se encuentra el cuerpo destrozado de T. Watabe en el resalte de la pared.

**1966** Daisy Voog es la primera mujer en escalar también la pared noreste por la vía *Lauper*.

**1966** 23 al 25 de agosto: *Direttissima John Harlin* o también *John Harlin Memorial*, llamada así en honor al norteamericano John Harlin, líder del equipo americano-británico que realizó la primera escalada por esa vía. Harlin sufrió una caída mortal el 21 de marzo debido a la rotura de una cuerda cuando se encontraba en la Araña.

Apertura: del 23 de febrero al 25 de marzo de 1966. El 25 de marzo de 1966 alcanzaron la cima del Eiger el británico Dougal Haston y los alemanes Jörg Lehne, Günther Strobel, Roland Votteler y Siegfried Hupfauer. Esa escalada fue asimismo la primera invernal de esa vía.

Equipos de escalada:

John Harlin y Layton Kor (EE.UU.).

Chris Bonington, Dougal Haston y Don Whillans (Gran Bretaña).

Karl Golikow, Peter Haag, Siegfried Hupfauer, Jörg Lehne, Rolf Rosenzopf, Günter Schnaidt, Günther Strobel y Roland Votteler (Alemania).

Otras ascensiones a la vía *John Harlin*:

Primera repetición: 24 de diciembre al 21 de marzo de 1970 (2ª invernal de la *Direttissima John Harlin*) por los japoneses Jiro Endo (líder) Nobuyiki Ogawa, Takao Hoshino, Yukio Shimamura, Ryoichi Fukata, Masaru Samba y Yukio Takaku.

Segunda repetición: 3 al 9 de agosto de 1976 (la escalada en verano de la *Direttissima John Harlin*) por los checos Petr Bednarik, Pavel Cicvarek, Pavel Sevcik y Jindrich Sochor.

Cuarta escalada: 13 al 17 de octubre de 1977 por Sorenson Tobin (EE.UU.) y Alexander Mac Intyre (Gran Bretaña). Descendieron de la cima del Eiger al Eigerjoch sin asegurarse con cuerda.

Quinta escalada: 24 de febrero al 11 de marzo de 1978 por los franceses J.C. Marmier, M. Rabet, D. Begnier, A. Rey, M. Grohens, P Royer, P Martínez y B. Muller.

**1967** Principios de marzo: Roland Travellini (Francia) intentó recorrer la vía *John Harlin* en solitario. Desde entonces está dado por desaparecido.

**1967** El 21 de junio atacan la Pared Norte cuatro alemanes del este: Fritz Eske, Günter Kalkbrenner, Kurt Richter y Günther Warmuth. A dos largos de

cuerda de la Travesía Hinterstoisser sufren una caída mortal supuestamente debida a una presa que cedió sin estar asegurados.

- 1967** 4 al 7 de julio: 55ª escalada por Otto Cudrich, Toni Schramm y Franz Hawelka (Austria).
- 1967** 8 al 9 de agosto: 56ª escalada por Ignaz Gansberger y Helmut Fiedler (Austria).
- 1967** Dos austríacos, Hans Herzel y Kurt Reichardt, se meten en la Pared Norte el 12 de agosto. Tras haber soportado un cambio de tiempo brusco y radical, alcanzan la cima del Eiger el 15 de agosto (57ª escalada de la Pared Norte). Cuando descendían por la cara oeste, resbalan en un terreno de roca cubierto de hielo y caen, encontrando la muerte.
- 1967** 22 al 25 de agosto: 58ª escalada, realizada por Hans Saler y Manfred Rogge (Alemania).
- 1967** 22 al 26 de agosto: 59ª escalada por Ernst Neerecher y Paul Nigg (Suiza).
- 1967** 26 al 28 de agosto: 60ª escalada por Helmut Lenes y Hermann Göllner (Austria).
- 1967** 26 al 28 de agosto: 61ª escalada por Karl Winkler y Michael Schneider (Alemania).
- 1967** 26 de agosto al 1 de septiembre: 62ª enalada por Jack Sangnier y Christine de Colombelle (Francia).<sup>[8]</sup>
- 1968** Pilar Norte del Eiger (*Vía de los Polacos*), 28 al 31 de julio: apertura a cargo de los polacos Krzysztof Cielecki, Tadeusz Laukajtys, Adam Zysak y Ryszard Szafirski.
- 1968** Apertura de la variante del Pilar Norte, del 30 de julio al 1 de agosto por los surtiroleses Reinhold y Günther Messner, con los alemanes T. Hiebeler y Fritz Maschke.
- 1968** 4 al 8 de agosto: Pared Norte por Harry Rost (Alemania) y Oldřich Gult (Checoslovaquia).
- 1969** Primera escalada de la Pared Norte por la *Vía de los Japoneses* —*Direttissima de los Japoneses*— en la vertical zona occidental de la pared del Eiger (*Direttissima* de verano), del 15 de julio al 15 de agosto, por los japoneses Takio Kato, Yasuo Kato, Susumo Kubo, Hirofumi Amano, Satotu Nigishi y la doctora Michiko Imai (primera femenina de la vía, al mismo tiempo).
- 1969** 20 y 21 de julio: Yves Morin y Vincent Renard (Francia).

- 1969** 22 de julio: Albrecht Bosch y Andreas Scherrer (Suiza).
- 1969** 20 al 22 de julio: Wolfgang Borg y Wolfgang Ries (Alemania).
- 1969** 22 y 23 de julio: Isamu Tatuno y Sanji Nakatani (Japón).
- 1969** 21 al 23 de julio: Manfred Schreck y Peter Heil (Alemania).
- 1969** 21 al 23 de julio: Michael Dacher y Franz Martin (Alemania).
- 1969** 22 al 24 de julio: Janez Resnik y Dusan Kukovec (Yugoslavia). Primera cordada yugoslava en la Pared Norte del Eiger.
- 1969** 25 al 27 de julio: Tadashi Tomiyasu y Daihachi Okura (Japón).
- 1969** 28 de julio: Toni Rosifka y Robert Kittl (Austria).
- 1969** 27 al 29 de julio: Lothar Mauch y Thierry Cardón (Francia).
- 1969** 28 al 30 de julio: Paul Vogler y Peter Vogler (Alemania).
- 1969** 27 de julio al 1 de agosto: César Pérez de Tudela, y Carlos Romero (España).
- 1969** 31 de julio al 2 de agosto: Peter Loos y Willi Hermann (Alemania).
- 1969** 1 al 3 de agosto: Isao Yagi y Masahumi Konishi (Japón).
- 1969** 2 y 3 de agosto: Gerhard Egloff y Fredi Deutsch (Suiza).
- 1969** El 3 de agosto la pared recibe de nuevo a un escalador solitario. Esta vez se trata del austríaco Martin Weiss. Cuando escalaba un tramo empinado situado en el pilar de la pared, sin cuerda, resbaló, cayendo cien metros al vacío y falleció.
- 1969** 5 al 7 de agosto: Iwor Ganahl y Heinz Bächli (Suiza).
- 1969** 4 al 7 de agosto: Kenji Kimura y Masao Tomoda (Japón).
- 1969** 7 y 8 de agosto: Daniel Corminboeu, Theo Marti y Hans Peter Ryf (Suiza).
- 1969** 6 al 8 de agosto. Daniel Grimm, Hansruedi Jost, Alfred Hennet, Michel Vallat, Jean René Affolter y Raymond Monnerat (Suiza).
- 1969** 7 al 9 de agosto: Hans Zebrowski y Rudi Bollier (Suiza).
- 1969** 8 y 9 de agosto. Armand Sarrasin y René Mayor (Suiza).
- 1969** 8 y 9 de agosto: Francis Gselman, Milán Meden, Ivan Sturm y Beno Reis (Yugoslavia).
- 1969** 9 y 10 de agosto: Walter Fuchs y Walther Lüthy (Suiza). Tiempo real de escalada: 21 horas.
- 1969** 9 y 10 de agosto: Masaru Okabe, Masatoshi Techima y Toru Nakano (Japón).

- 1969** 9 y 10 de agosto: Gübi Luck y Toni Lampert (Suiza).
- 1969** 8 al 10 de agosto: Murray Jones y Graeme Dingle (Nueva Zelanda).
- 1969** 8 al 11 de agosto: Fujikato y Mutsui (Japón).
- 1969** 9 y 10 de agosto: Gerd Siedhoff y Peter Jungen (Suiza).
- 1969** 9 y 10 de agosto: Hans Müller y Peter Allenbach (Suiza).
- 1969** 9 y 10 de agosto: Walter Keusen y Hans Rufibach (Suiza).
- 1969** 11 y 12 de agosto: Georg Wurm y Erwin Murg (Austria).
- 1970** 24 de diciembre de 1969 al 21 de marzo de 1970: primera repetición invernal de la *Direttissima John Harlin* por los japoneses Jiro Ende (Líder), Nobuyiki Ogawa, Takao Oshino, Yukio Shimamura, Ryoichi Fukata, Masaru Sanba y Yukio Takaku.
- 1970** 19 al 27 de enero: primera repetición invernal de la vía *Heckmair* por Masaru Monta, Masaru Okabe, Yuji Hattori y Tetsuo Komiyama (Japón).
- 1970** Primera repetición y al mismo tiempo primera invernal de la *Vía de los Japoneses*, del 20 al 25 de enero, por los suizos Hans Peter Trachsel, Peter Jungen, Otto von Almen, Hans Müller, Max Dörflinger.
- 1970** 25 de enero: primer salvamento en invierno. Cinco alpinistas japoneses tienen previsto realizar la segunda repetición invernal de la Pared Norte. Kenji Kimura, de 24 años, sufre una caída en las Fisuras de Salida rompiéndose una pierna. Es salvado por los guías de montaña Oskar Gertsch y Rudolf Kaufmann desde la cima utilizando tornos dotados de cables de acero.
- 1970** El 9 de marzo el suizo Sylvain Saudan realiza el primer descenso con esquís por la cara oeste.
- 1970** El 13 de julio se puede ver a los italianos Angelo Ursella y Sergio de Infanti en la vía *Heckmair*, en la Pared Norte del Eiger. En la Araña les sorprende un cambio brusco del tiempo. El 16 de julio alcanzan las Fisuras de Salida, donde A. Ursella sufre una caída de unos treinta metros debido a que un pitón se había desencajado, estrangulándose en la caída. Su compañero de cordada S. de Infanti es arrancado de su punto de reunión en la pared. Poco más tarde es rescatado.
- 1970** Septiembre: Leo Dickinson, Eric Jones, Cliff Phillips (Gran Bretaña) y un británico más.
- 1970** 26 al 28 de septiembre: Ernst von Almen, Fritz Gertsch y Martin von Kanel (Suiza).

- 1971** Principios de julio; Martin Burrows-Smith y Dave Barton (Gran Bretaña).
- 1971** 5 al 7 de julio: Chris Radcliffe y Pete Scott (Gran Bretaña).
- 1971** 5 al 7 de julio: Dos franceses.
- 1971** 13 al 15 de julio: Wolfgang Retzschitzegger y Alfred Imitzer (Austria).
- 1971** 14 y 15 de julio: Peter Scholz y Jürgen Vogt (Alemania).
- 1971** Finales de julio: Braithwate, Holden y Leppart (Gran Bretaña).
- 1971** 29 al 31 de julio: Alien Fyffe, Kennedy Spence, Dave Knowles y Ian Nicholson (Gran Bretaña).
- 1971** 29 al 31 de julio: R. Von Malderen y V. de Waele (Bélgica).
- 1971** 17 y 18 de agosto: Joos Flütsch y Jöri Bardill (Suiza).
- 1971** Finales de agosto: Martin Biock y Peter Siegert (Alemania). Sin éxito. Cambio radical del tiempo. Retirada desde el Muro Rojo.
- 1971** 5 al 7 de septiembre: J. Soldan y W. Sirl (Checoslovaquia).
- 1971** 5 al 8 de septiembre: J. Novak y K. Prochazka (Checoslovaquia).
- 1971** 6 al 10 de septiembre: J. Pechous y F. Pulpan (Checoslovaquia).
- 1971** Dos alemanes, Martin Biock y Peter Siegert, están en la pared El 9 de septiembre inician la escalada y llegan hasta la Fisura Difícil, donde hacen vivac. El 11 de septiembre llegan al Vivac de la Muerte situado sobre la Plancha, a unos 3 350 metros de altitud, En este lugar los alemanes son sorprendidos por una fuerte tormenta acompañada de nieve. Debido al mal tiempo descienden M. Biock y P Siegert hasta el Segundo Nevero El 12 de septiembre son rescatados en helicóptero (cuerda y torno). Este salvamento fue el primero realizado directamente (salvamento por helicóptero) desde el aire en la Pared Norte del Eiger por el Servicio Suizo de Vigilancia y Salvamento Aéreo (SRFW) con el piloto Günther Amann y el guía de montaña Rudolf Kaufmann, de Grindelwald.
- 1972** Los checos Jiri Schmid y Sylvia Kylsikova son rescatados de la pared (Manguera de hielo) mediante helicóptero a causa del mal tiempo, escasez de víveres y daños en la vestimenta.
- 1972** Julio: Dave Morris y John Yates (Gran Bretaña).
- 1972** 10 y 11 de agosto: W. Prax y R. Franzl (Austria).
- 1972** 1 de agosto: los japoneses F. Masahiro y M. Miyagawa sufren una caída mortal tres horas después del inicio de la escalada a la altura de la Fisura

Difícil.

- 1972** Primera invernada a la pared sureste, del 21 al 23 de diciembre, por K. Haas, W. Müller, E. Ott y M. Wacker.
- 1973** 7 al 12 de enero: tercera ascensión invernada de la vía *Heckmair*, a cargo de Hans von Känel y Hansjürg Müller (Suiza).
- 1973** El 15 de agosto los japoneses Teruo Kato y Buntaro Yamakazi inician la escalada de la Pared Norte. B. Yamakazi sufre una caída de unos 15 metros en las Fisuras de Salida; la cuerda aguanta la caída, pero el escalador se rompe la pierna derecha. Ambos alpinistas son rescatados mediante cuerda y torno situado en la cima del Eiger y trasladados seguidamente en helicóptero al Hospital de Interlaken (18 de agosto).
- 1973** 15 al 17 de agosto: Xaver Aumeier y Sepp Huber (Alemania).
- 1973** 17 al 19 de agosto: Georg Basler y Horst Schneider (Austria).
- 1973** Intento de escalada de la *Vía de los Japoneses*, del 16 al 22 de agosto, por los yugoslavos Ivo Kotnik y Franz Verko. Estos dos alpinistas entran en la *Direttissima John Harlin*, ya en la parte superior de la pared, tras haberse equivocado de vía.
- 1973** 18 al 21 de agosto: Heinz Zembsch y Bruno Wimmer (Alemania).
- 1973** 18 al 21 de agosto. P. Scetin (Yugoslavia) y Georg Haider (Alemania).
- 1973** 18 al 21 de agosto: Una cordada alemana de tres miembros.
- 1973** 19 al 21 de agosto: P Hofer y J. Nyffenegger (Suiza).
- 1973** 22 y 23 de agosto: Richard Steiger y Markus Gaudenzi (Suiza).
- 1973** 6 al 8 de septiembre: F. Boeye, M. Massenat y P Riga (Bélgica).
- 1973** Tres semanas después del rescate de los japoneses, los suizos Paul Marti y Ulrich Kämpfer se encuentran escalando la pared. Tras un cambio de tiempo radical y repentino son rescatados de la Plancha por helicóptero. Permanecieron en la pared del 9 al 11 de septiembre.
- 1974** En abril muere Fritz von Almen, propietario del Hotel Bellevue de Kleine Scheidegg y observador de la Pared Norte del Eiger.
- 1974** Agosto: repetición de la vía *Heckmair* a cargo de los catalanes Jordi Camprubí y Xavi Pérez Gil.
- 1974** Un equipo de rodaje cinematográfico se encuentra en la pared, en las cercanías de la Westgratschulter (espalda de la arista oeste), para filmar

escenas de la película *The Eiger Sanction*. Un extra inglés, Dave Knowles, muere durante el rodaje por un golpe de piedra en la cabeza.

- 1974** El polaco Wladyslaw Wozniak es rescatado el 15 de agosto del Segundo Nevero por un helicóptero del Servicio Aéreo Suizo de Vigilancia y Salvamento con una pierna rota.
- 1974** 13 al 15 de agosto: F. Kröll, W. Lackner, O. Pucher y O. Zöttl (Austria).
- 1974** 15 de agosto: Reinhold Messner (Italia) y Peter Habeler (Austria) ascienden la Pared Norte del Eiger en diez horas.
- 1974** 18 al 20 de agosto: Cordada japonesa de dos.
- 1974** 19 al 22 de agosto: N. Schwarz y L. Breitenberger (Italia).
- 1974** 19 al 22 de agosto: 19 al 22 de agosto: F. Deutschmann, G. Hasenhüttl y M. Andrlík (Austria).
- 1974** Primera ascensión de la vía directa de la pared sureste por los suizos K. Moser y W. Müller, el 24 de agosto.
- 1975** 3 al 8 de marzo: cuarta ascensión invernal de la vía *Heckmair* por J. Tasker y D. Renshaw (Gran Bretaña).
- 1975** 28 al 30 de julio: B. Dearman y P. Burke (Gran Bretaña).
- 1975** Agosto: una cordada española, compuesta por Pedro Antonio Ortega *El Ardilla* y Daniel Guiles escalan la Pared Norte por la vía *Heckmair*.
- 1975** 3 y 4 de agosto: B. Friedrich (Alemania) y R. Kajanne (Finlandia).  
Simultáneamente está en la pared una cordada de dos españoles y otra británica, que no alcanzan la cima.
- 1975** 5 al 6 de agosto: Ph. Albrecht y J. Trenkle (Alemania).
- 1975** 5 al 7 de agosto: G. Ruckert y S. Kimmel (Alemania).
- 1975** 6 al 8 de agosto: K. Suzuki y H. Umeno (Japón).
- 1975** En agosto están en la Pared Norte del Eiger los suizos Michel Vaucher y Jean Juge. Éste último es, con sus 67 años, el escalador de mayor edad que escala la vía *Heckmair*. Permanecen en la pared del 9 al 11 de agosto. Jean Juge es rescatado en la cara oeste del Eiger el 13 de agosto por un helicóptero debido al cansancio, tras haber vivaqueado y soportado un cambio radical de tiempo.
- 1975** 9 al 11 de agosto: M. Darbellay y L. Frote (Suiza).
- 1975** 9 al 11 de agosto: T. Gross (Checoslovaquia) y Natacha Gall (Suiza).

- 1975** 9 al 11 de agosto: Yvette Vaucher (mujer) y Stephane Schaffter (hombre), ambos de Suiza.
- 1975** 9 al 11 de agosto: H. Engl y H. Kirchberger (Alemania).
- 1975** 9 al 11 de agosto. K. Pfeiffer y R. Friedhuber (Austria).
- 1976** 19 de febrero al 5 de marzo: cuarta ascensión de la *Vía de los Japoneses*, a cargo los checos Peter Gribek, Leo Herua, Jan Martinek, Milán Moticka, Martin Novak y Ladislav Starcala. Durante el descenso, después de haber alcanzado la cima, Martin Novak, es rescatado por un helicóptero en la cara oeste tras haber sufrido congelaciones y una caída posterior.
- 1976** El 21 de junio una cordada checa de cuatro escaladores encuentra en una lata de cigarrillos un papel con el último mensaje de la cordada Sedelmayr-Mehringer (1935), con la firma de Sedelmayr.
- 1976** 3 al 9 de agosto: tercera ascensión de la vía *John Harlin*, a cargo los checos Petr Bednarik, Pavel Cicvarek, Pavel Sevcik y Jindrich Sochor. (Primera ascensión a la vía en verano).
- 1976** *Direttissima de los Checos (Vía de los Checos I)*, cuyo itinerario discurre al oeste de la *Direttissima de los Japoneses*. Apertura del 4 al 29 de agosto a cargo de los checos Jiri Schmid, Sylvia Kylsikowa, Petr Plachecky y Josef Rybicka.
- 1977** Los guías alemanes Holger y Uwe Schelhas inician la escalada el 28 de febrero. Debido a un cambio brusco del tiempo combinado con una fuerte nevada, estos dos alpinistas son rescatados por un helicóptero de la Plancha.
- 1977** 6 al 23 de marzo: L. Panicek, J. Pechous, K. Prochazka y F. Pulpan (Checoslovaquia). Intento de apertura de un nuevo itinerario entre las vías John Harlin y Heckmair. Retirada de la pared el 22 de marzo debido a un cambio del tiempo.
- 1977** El 3 de julio atacan la pared dos austríacos Wolfgang Merhar y Martin Wechselberger. El 4 de julio una fuerte nevada unida a la caída de piedras les complica enormemente el ascenso cuando están en la Travesía de los Dioses. El 7 de julio estos dos alpinistas son rescatados del nevero de la Rampa mediante helicóptero.
- 1977** 3 y 4 de agosto: primera escalada del Pilar Ostegg-Sureste por dos guías suizos Edi Bohren y H. Stähli.
- 1977** En septiembre el suizo Jürg Frey efectúa el primer vuelo en ala delta desde la cima del Eiger, tras una ascensión por la cara oeste.

- 1977** 13 al 17 de octubre: cuarta ascensión de la vía *John Harlin* por Sornson Tobin (USA) y Alexander MacIntyre (Gran Bretaña).
- 1977** Dos españoles, Miguel A. Pérez Tello y Jesús Domingo Fernández, intentan la vía *Heckmair* el 8 de noviembre. El 18 de noviembre son rescatados los dos de la Rampa con helicóptero, con graves congelaciones, y son llevados al hospital de Interlaken.
- 1977** 12 al 19 de diciembre: cordada de dos españoles. Cima alcanzada.
- 1978** 17 al 21 de enero: primera repetición de la vía *Pilar Norte-de los Escoceses*, y al mismo tiempo primera invernal, a cargo de los checos Jiri Benes y Jan Krch.
- 1978** *Vía de los Checos II*. Apertura, del 16 de enero al 27 de febrero, por los checos Jiri Smid, Miroslav Smid, Josef Rybicka y Jaroslav Flejberk. Jiri Smid vive como techador en Suiza. En invierno pasa mucho tiempo en el Hotel Bellevue, en Kleine Scheidegg, y como agradecimiento por su estancia se dedica a quitar la nieve del tejado del hotel.
- 1978** 24 de febrero al 11 de marzo: quinta ascensión de la vía *John Harlin* por los franceses J. C. Marmier, M. Rabet, D. Begnier, A. Rey, M. Grohens, P Royer, P Martínez y B. Muller.
- 1978** 1 al 5 de marzo: ascensión invernal de la vía *Heckmair*, a cargo de los polacos A. Czok, W. Fint, J. Scorek y J. Wolf.
- 1978** 3 al 9 de marzo: primera invernal en solitario de la Pared Norte por la vía *Heckmair*, a cargo del japonés Tsuneo Hasegawa.
- 1978** Del 7 al 12 de marzo el francés Ivan Ghiradini escala la Pared Norte en solitario.
- 1978** En marzo se encuentran escalando la Pared Norte los checos J. Pechous, J. Slegl, D. Smejkal, H. Scopec, V. Jarolim y el doctor P Jirko. Inicio de la ascensión: 7 de marzo. El doctor P Jirko regresa con una pulmonía tras los primeros días en la pared. El 24 de abril se perciben señales de emergencia provenientes del límite superior del Segundo Nevero. D. Smejkal es rescatado con helicóptero a causa de graves congelaciones. El 29 de abril sufren una caída mortal los alpinistas L. Pechous y J. Slegl cuando se encuentran por encima de la Araña. El 3 de mayo llegan a Kleine Scheidegg V. Jarolim y H. Scopec, después de un descenso agotador.
- 1978** 11 al 16 de marzo: M. Wechselberger (Austria) y W. Studer (Alemania).
- 1978** 29 al 31 de agosto: A. V. Bergen y E. Rubifach (Suiza).

- 1978** 17 y 18 de septiembre: Edi Bohren y Fritz Imboden (Suiza). Es la primera cordada de Grindelwald en escalar la Pared Norte del Eiger.
- 1978** 20 al 22 de septiembre: L. Audoubert y F. Labaye (Francia).
- 1978** 21 y 22 de septiembre: H. Stähli y M. Grossen (Suiza).
- 1978** 12 al 15 de octubre: J.C. Marmier y P Royer (Francia).
- 1978** 13 al 15 de octubre: J. Vaudelle, P Martínez, B. Mullery M. Grohens.
- 1978** 14 al 16 de octubre: A. Estere y H. Iot (Gran Bretaña).
- 1978** Fiesta del cuarenta aniversario de la primera escalada completa en Grindelwald. Estuvieron presentes, entre otros, Heinrich Harrer, Andreas Heckmair y Michel Darbellay, quien había escalado en solitario la Pared Norte del Eiger en 1963.
- 1979** En febrero hay tres cordadas británicas en la Pared Norte. T. Huston, Mc. Cartnes, D. Cuthbertson, Lancashire, W. Barker y Howard pasan nueve días en la pared. Finalmente son rescatados con helicóptero desde la Araña debido al pésimo tiempo.
- 1979** 12 al 19 de abril: S. Haston y T. Saunders (Gran Bretaña).
- 1979** 14 al 20 de abril: S. McCartney y C. Hoyland (Gran Bretaña).
- 1979** 14 y 15 de agosto: Una cordada de dos suizos en la pared. Dos vivacs. Alcanzan la cima.
- 1979** Primera escalada del Pilar de la Arista Oeste, también llamado Pilar de los Ginebrinos o *Puerta del caos*, del 13 al 15 de agosto por los suizos Michel Piola y Gérard Hopfgartner. Después de la vía *Heckmair*, el pilar de la Arista Oeste es a finales de los años ochenta el itinerario más frecuentado de la pared del Eiger.
- 1980** 12 al 15 de febrero. Décima escalada invernal y quinta femenina (al mismo tiempo primera invernal femenina) a la vía *Heckmair* Sus componentes fueron: W. Loacker, W. Amann, B. Kammerlander, D. Galehr y Claudia Heissenberger (apellido de soltera: Galehr), todos de Austria. Wilfried Amann era, a sus diecisiete años, el escalador más joven de la Pared Norte del Eiger hasta entonces.
- 1980** El alemán Gerhard Baur rueda una película en las Pared Norte del Eiger, titulada *Der Weg ist das Ziel* (La meta es el camino), que trata de la tragedia sucedida en la Pared Norte del Eiger en 1936.
- 1981** Primera escalada invernal del Pilar de la Arista Oeste, del 12 al 16 de febrero,

por los guías de montaña suizos Kaspar Ochsner y Norbert Joos; segunda invernal el 26 de febrero a cargo de los también guías de montaña suizos Peter Hilrbrand y Ueli Bühler.

- 1981** El 12 y 13 de julio el italiano Dante Porta inicia en solitario la escalada de la Pared Norte del Eiger en la inclinación de la Gran Torre.
- 1981** A mediados de agosto sufre una caída mortal el japonés S. Ueda durante un intento de escalada en solitario.
- 1981** 25 de agosto: los surtiroleses H. Kammerlander y W. Beikircher (Italia).
- 1981** 25 de agosto: Ueli Bühler (Suiza) en solitario. Asciende por la vía *Heckmair* en escasamente 8,5 horas.
- 1981** Diedro norte de la Pared Norte del Eiger: primera escalada de este diedro gigante situado en la zona occidental de la pared, días 26 y 27 de agosto, a cargo de los suizos Christel Howald, Hans Howald y Marcel Ruedi.
- 1981** 28 y 29 de agosto: Escalada de la vía *Heckmair* por Christel Howald y M. Ruedi (Suiza).
- 1981** 30 y 31 de agosto: F. Bence y S. Frantar (Checoslovaquia).
- 1981** 7 de septiembre: Charles Bryan, Tomas Johnes (Gran Bretaña), Hans Berger y Beda Fuster (Suiza) son rescatados con helicóptero de la Plañe ha tras un cambio brusco y radical del tiempo.
- 1982** Finales de marzo/principios de abril: Dos americanos en la pared.
- 1982** 5 de abril: dos alpinistas británicos en la pared.
- 1982** A mediados de mayo el guía de montaña suizo Hansruedi Abbühl recorre con esquís la cara oeste por su parte superior, por una vía más al sur diferente a la utilizada por Sylvain Saudan en 1970. Este descenso en esquís desde la cima del Eiger (con ascensión anterior a pie) lo repite Abbühl en 1985 dos veces.
- 1982** 15 de julio: el yugoslavo Franc Knez abre en solitario una nueva vía a la derecha del Pilar Oeste.
- 1982** Salvamento en la Plancha de cinco españoles (Nil Bohigas. Óscar Cadiach. Joan Cassola, Enric Lucas y Xavier Pérez Gil) mediante helicóptero.
- 1982** 7 y 8 de julio: ascensión por la vía *Heckmair* realizada por P Guggemos y Freudig (Alemania).
- 1982** Julio. Tres franceses atacan la pared. El 20 de julio uno de ellos es alcanzado en un brazo por una piedra y resulta herido. Sus compañeros lanzan una bengala de emergencia alrededor de las 21:30 horas. El 21 de julio el herido

es rescatado de la pared con helicóptero. Sus compañeros alcanzan la cima.

- 1982** Agosto: una cordada de tres escala la Pared Norte.
- 1982** Agosto: una cordada de cuatro. Escalada con éxito.
- 1982** 13 de agosto: apertura de una nueva vía en la zona occidental de la pared, junto al Pilar de los Ginebrinos, a cargo de los suizos K. Ochsner y U. Brunner.
- 1983** Vía *Hiebeler-Messner-Maschke* en el Pilar Norte. Primera ascensión invernal por Kaspar Ochsner, Norbert Joos; segunda cordada compuesta por: Martin Grossen, Bernhard Misteli.
- 1983** Del 20 de marzo al 2 de abril el checo Pavel Pochyly abrió la *Direttissima assoluta* del Eiger, la vía *Pochyly*, con entrada por la izquierda del primer pilar.
- 1983** 19 de mayo: primer descenso con esquís por la cara noreste del Eiger por los italianos T. Valeruz y B. Pederiva.
- 1983** Apertura de una nueva vía en el Pilar Oeste del Eiger, llamada *Spit Verdoneque Édenté*, en la parte derecha de la Pared Norte, a cargo de los suizos P Maillefer y P A. Steiner, del 3 al 12 de julio. Primera repetición: el 28 de julio por M. Ballerini y M. Pedrini.
- 1983** El 23 de julio escalaron T. Bubendorfer y P Rohrmoser (Austria) la vía *Heckmair* en diez horas.
- 1983** La escalada más rápida de la Pared Norte del Eiger, el 27 de julio, en sólo cuatro horas y cincuenta minutos, por el austríaco Thomas Bubendorfer por la vía *Heckmair*.
- 1983** El 31 de julio de nuevo una escalada rápida, esta vez por el italiano Reinhard Patscheider en cinco horas por la vía *Heckmair*.
- 1983** Vía *Piola-Ghilini*. Apertura de ese itinerario situado en la parte oeste de la pared, del 25 al 30 de julio, por el suizo M. Piola y el francés R. Ghilini.
- 1983** El 31 de julio el francés Jean Marc Boivin escaló por la vía *Heckmair* hasta llegar a la Plancha. Desde allí continuó la vía *John Harlin* hasta llegar a la cima en 7,5 horas.
- 1983** El 31 de julio los alpinistas alemanes Thomas Burger y Holger Wendel atacan la pared. El 1 de agosto se produce un cambio radical del tiempo. Son rescatados el 8 de agosto del Pilar Descompuesto mediante helicóptero.
- 1984** Ese año hubo diferentes cordadas en la Pared Norte: alemanes, franceses,

ingleses y escoceses. Las malas condiciones impidieron hacer cumbre.

**1984** El esloveno Slavko Svetlicic se encuentra escalando bajo pésimas condiciones meteorológicas por la vía *Heckmair*. A pesar de que la roca estaba cubierta de hielo, sólo necesitó ocho horas.

**1984** El 30 de julio hay un rescate en helicóptero de dos checos a la altitud de 2900 metros bajo malas condiciones meteorológicas.

**1985** Este es el año récord de la Pared Norte del Eiger. Imposible enumerar el número de escaladas realizadas. El tiempo era seco y bueno y las condiciones de la roca óptimas. A pesar de ello se produjeron accidentes.

**1985** El 1 de marzo el francés Christophe Profit consigue llevar a cabo la tercera solitana invernal de la Pared Norte por la vía *Heckmair* en algo más de diez horas.

Del 10 al 27 de marzo tres checos exiliados, Jiri Smid, Michal Pitelka y Cestmir Lukes abren una nueva vía en la Pared Norte, la llamada *Vía Conmemorativa Hiebeler*. La primera vía empieza en la inclinación del Primer Nevero, la segunda parte de la vía está situada entre la *Vía de los Japoneses* y el *Pilar de los Checos*, y discurre arriba hacia el Pilar Oeste.

Es el tercer itinerario de Jiri Smid en la Pared Norte.

**1985** El 25 de julio el francés Christophe Profit escala las caras norte del Cervino, del Eiger y de las Grandes Jorasses en un solo día. Para la Pared Norte del Eiger necesitó nueve horas.

**1985** El 27 y 28 de julio los yugoslavos Mayan Freser, Franc Knez y Dani Tic abren una nueva vía: la *Directa de los Yugoslavos*, de 7° grado. Esta vía cruza la *Vía de los Checos* de 1978 en la gran Rampa que sobresale de la pared a la izquierda.

**1985** El 5 de agosto se produce un rescate en helicóptero de los franceses Laurent Terray y Remy Martin en el Vivac de la Muerte.

**1985** El 25 de agosto rescate en helicóptero de una belga, un luxemburgués y dos alemanes que se encontraban en la Plancha.

**1985** A principios de septiembre el guía de montaña suizo Daniel Anker consigue realizar la primera ascensión del Diedro Norte del Eiger.

**1985** 23 de septiembre: primer vuelo desde la cima del Eiger en parapente efectuado por el francés Pierre Gevaux.

El 7 de marzo el yugoslavo Tomo Cesen ascendió en solitario la Pared Norte

por la vía *Heckmair* en doce horas. El 9 de marzo escaló la norte de las Grandes Jorasses y el 12 de marzo del Cervino en doce horas.

Seis alpinistas indonesios bajo el mando de Harry Suliztiarto abren una nueva vía en el verano de 1986, situada entre la *Vía de los Checos* de 1976 y el Diedro Norte de 1986. No se sabe en qué medida se trataría realmente de una nueva vía, pues según el diario *Echo von Grindelwald* de fecha 16 de agosto de 1986, los alpinistas pusieron mucha atención en no utilizar ninguna cuerda o clavo ajenos a ellos para que la ruta fuera una verdadera vía indonesia.

- 1986** 5 de agosto: Paul Stachowitz y Rudolf Stadelwiesel (Austria) son rescatados mediante helicópteros cuando se encuentran en el Vivac de la Muerte debido a enfermedad.
- 1986** En el verano se procede a hacer reformas en la cabaña Mittellegi. Las llaves quedan depositadas en las oficinas de los guías de montaña de Grindelwald.
- 1986** En octubre de 1986 Reinhard Patscheider escala de nuevo en solitario la Pared Norte del Eiger en tan sólo cinco horas y media, y seguidamente la arista noreste del Mönch. Diez horas más tarde estaba en el Jungfrauoch.
- 1986** El 11 de diciembre dos coreanos atacan la Pared Norte. Cambio radical y repentino del tiempo cuando están en las Fisuras de Salida. Ambos fallecen en la pared bajo una tormenta de nieve.
- 1987** Numerosas escaladas. En febrero se produce un rescate mediante helicóptero del español Guillermo Mateo Yeste en la entrada del Segundo Nevero. Sufrió una caída durante el intento de escalar en solitario la vía *Heckmair*.
- 1987** 12 de marzo: El gran escalador Christophe Profi consigue por segunda vez la «Trilogía»: jueves 03:40 horas inicio de la escalada de la pared norte de las Grandes Jorasses. 09:30 horas: llegada a la cima del Espolón Cruz. 10:30 horas: descenso en parapente de unos 3000 metros hacia Courmayeur. 11:00 horas: viaje en coche hasta Chamonix. Tras dos horas de descanso, vuelo en helicóptero a Zermatt. 14:00 horas: cambio de helicóptero y vuelo hasta Kleine Scheidegg. Jueves 16:00 hasta el viernes 09:50 horas: escalada de la Pared Norte del Eiger. 10:00 horas: regreso en helicóptero a Kleine Scheidegg. Descanso hasta las 13:00 horas. Luego vuelo en helicóptero hasta la cabaña Hörnli. 14:00 horas: escalada de la pared norte del Cervino. 20:24 horas: llegada a la cima.

Una empresa de este tipo necesita de grandes conocimientos sobre el funcionamiento de las fuerzas físicas del ser humano, de los procesos

fisiológicos y de resistencia de los órganos. Estos conocimientos fueron aportados por dos especialistas: el médico deportivo Dr. Jen Pierre Herry, de la Escuela Nacional de Esquí y Alpinismo (ENSA) de Chamonix, y el fisiólogo de alimentación Dr. Jean-Maurice Kahn. Tras un año de entrenamiento bajo la dirección del Dr. Herry, Profit acudió a la llamada de las montañas, consiguiendo por segunda vez este gran logro deportivo.

- 1987** El 22 de abril descenso de la cara oeste en snowboard por el francés Bruno Gouvy en 28 minutos.
- 1987** El 31 de agosto sufren una caída mortal en el Segundo Nevero los alpinistas alemanes Andreas Müller y Ulrich Unseld.
- 1987** Los austríacos H. Bärnthaler y P Geyer escalan la Pared Norte por la vía *Heckmair*.
- 1987** Mes de septiembre: última cordada con éxito y, al mismo tiempo, segunda escalada de la Pared Norte por los guías de montaña autóctonos Adolf Schlunegger, Erich Sommer, Hanruedo Rösti y Hansruedi Gertsch en un día.
- 1987** En noviembre fallece el famoso artista y conocido pintor de las montañas de Grindelwald Alex Walter Diggelmann.
- 1988** 13 al 15 de enero: los suizos Daniel Anker y Michel Wirth escalan la vía *Heckmair* como primera cordada en el 50 aniversario de su apertura (la noche en el Vivac de la Muerte, 2ª noche en el Nevero Cimero).
- 1988** El 10 de marzo cuatro alpinistas polacos se dirigen hacia el punto de ataque calzando por nieve fresca profunda con el objetivo de realizar una ascensión invernal a la *Direttissima John Harlin*. Una cornisa de nieve los precipita al vacío. Tres de ellos son rescatados con la ayuda de los perros entrenados para rescate en aludes. Slawomir Maczynski es encontrado sin vida.
- 1988** Celebración en Grindelwald del cincuenta aniversario de la primera escalada de la Pared Norte del Eiger en 1938.
- 1988** El 23 de julio inician la escalada de la Pared Norte dos cordadas bajo malas condiciones meteorológicas. El inglés Edward Hard resbala sobre una placa y sufre una caída, pudiendo ser sujetado por sus compañeros. A la vista de las altas temperaturas y de la caída de piedras que eso conlleva, se hace imposible el rescate. Por la tarde-noche, al bajar las temperaturas y, por tanto, reducirse el riesgo de caída de piedras, el médico de Lauterbrunn y guía de montaña Bruno Durrer consigue acercarse al herido desde el boquete del túnel y organizar un peligroso salvamento por helicóptero. El herido no habría seguramente aguantado la noche en la pared. Éste fue el salvamento

número 65 en la Pared Norte del Eiger.

- 1988** El 28 de julio dos coreanos inician la escalada de la pared por la vía *Heckmair*. El segundo día avanzaron lentamente, viéndose obligados a vivaquear al final de la Travesía de los Dioses. Dos pitones se salieron de su anclaje. Heo Jong Haeng cayó mortalmente unos 1000 metros en caída libre, mientras que Kim Jin Sung pudo ser rescatado por un helicóptero.
- 1988** 5 al 7 de agosto: dos guías de montaña suizos, Michel Piola y Daniel Anker, abren un nuevo itinerario. La vía de escalada libre se encuentra entre el Pilar de los Ginebrinos y el Diedro Norte, y supera una pared completamente vertical y umbría de unos 600 metros de altura para terminar sobre la Arista Oeste, a 3250 metros de altitud.
- 1988** 6 al 11 de agosto: los hermanos M. y M. Coubal (Suiza) abren una nueva vía en la zona oeste de la pared, a la izquierda del Diedro Norte, pasando brevemente por debajo de la Arista Oeste, para finalmente desembocar en el Diedro. El grado de dificultad se valoró en 7+/8-. La vía recibió el nombre de *Gelber Engel* (Ángel Amarillo), debido a que discurre sobre placas de roca de ese color.
- 1988** El 11 de agosto dos coreanos intentan escalar la Pared Norte por la vía normal. Se equivocan, debiendo regresar tras haber sufrido una pequeña herida. Llegan a Kleine Scheidegg el 15 de agosto.
- 1988** 13 y 14 agosto: a pesar de las malas condiciones (calor excesivo) hay 24 escaladores en la vía *Heckmair*.
- 1988** 16 de agosto: dos indonesios atacan la Pared Norte del Eiger por la vía *Heckmair*. El 19 de agosto se encuentran con dos coreanos que se habían metido en la pared el 16 de agosto. Ese mismo día dos yugoslavos se unen a esta cordada de cuatro. Los asiáticos estaban agotados y no disponían ya de más víveres. En la cima los coreanos se hacen cargo de la cordada, pues eran los únicos que ya conocían el descenso. A pesar de ello, se equivocan. El yugoslavo Milán Jolic sufre una caída mortal el 21 de agosto. Su compañero de cordada Franc Topolec y los cuatro asiáticos fueron rescatados mediante helicóptero.
- 1988** 19 de agosto: tres indonesios, Syahbudin, Yosep Calasantins Danang Supriyadi y Firmen S. Duta, llegan a la Arista Oeste, a la altitud de 3350 metros, como miembros de una expedición de doce alpinistas después de una escalada de 28 días al estilo del Himalaya (de los cuáles 24 ininterrumpidamente en la pared) por una vía posiblemente nueva a través de la Pared Norte del Eiger. Según las poco precisas informaciones obtenidas,

esta vía supera el límite izquierdo del Diedro Norte.

- 1988** Para celebrar el aniversario de la Pared Norte, Daniel Anker y Michael Gruber abren una nueva vía de escalada libre en la parte derecha de la pared. Tiene siete largos de cuerda sobre roca buena con agujeros de agua, a los que debe su nombre de *Löcherspiel* (Juego de agujeros). Si tomamos en cuenta también la pared noreste, ésta es la vía número 21 de la cara norte del Eiger.
- 1988** 10 de septiembre: El francés de diecisiete años Jean-Christophe Etienne escala en solitario la pared en nueve horas y veinte minutos por la vía *Heckmair*.<sup>[9]</sup>
- 1989** El 18 de enero los suizos André Georges y Erhard Loretan escalan la vía *Heckmair* en diez horas en el marco de una empresa única. Del 14 al 26 de enero estos dos alpinistas escalaron trece paredes norte: Fiescherhorn, Jungfrau, Mönch, Ebnefluh, Gletscherhorn, Grosshorn, Breithorn, Morgenhorn, Weisse Frau, Blümlisalp, Fründenhorn, Doldenhorn, y en el Ínterin, ¡la Pared Norte del Eiger en diez horas!
- 1989** Los suizos Heinz y Ueli Bühler escalan en apenas quince horas la *Direttissima de los Japoneses*.
- 1989** 10 de febrero: el joven suizo Michel Wirth necesitó sólo seis horas para escalar la Pared Norte (vía *Lauper*).
- 1989** 30 de julio: tres italianos se meten en la pared. Quieren hacer cima por el Pilar Norte. Ese mismo día alcanzan la Arista Mittellegi. El 31 de julio por la mañana fueron sorprendidos por un cambio brusco del tiempo con nevada. Esperaron tres días a que llegara ayuda, con temperaturas de diez grados bajo cero, siendo rescatados mediante helicóptero con congelaciones en manos y pies.
- 1989** El 15 de agosto el español Emilio Albir Sánchez ataca la pared para escalarla en solitario por la vía normal. El 16 de agosto hacia mediodía se dispuso a hacer una pausa. Se quitó las botas con los crampones. De repente oyó un alud de piedras. Dio un giro y se agarró fuertemente con dos martillos de hielo. No resultó herido, pero tuvo que constatar que sus botas con los crampones habían sido arrastradas, por lo cual era imposible continuar la escalada. Se subió a una repisa de roca seca y se dispuso a esperar la llegada de ayuda, después de haber pedido a dos escaladores italianos que notificaran su situación a la estación de salvamento. El 18 de agosto el jefe del Servicio de Salvamento del Club Alpino Suizo, Kurt Schwendener, recibió la notificación. La Pared Norte del Eiger estuvo envuelta en la niebla hasta las 19 horas, pero se pudo comprobar mediante un vuelo de reconocimiento que

el alpinista podía ser rescatado de ese lugar sin problemas. El 19 de agosto a las 06:30 horas Sánchez pudo ser rescatado mediante helicóptero y torno de salvamento.

- 1990** 13/14 de julio: dos coreanos se encuentran en la pared desde hace dos días. Avanzan relativamente rápido, pero parecen prestar poca atención a los peligros. Así, se disponen a escalar la Araña al empezar la tarde, bajo el calor más intenso. Allí son sorprendidos por un alud de piedras. Uno de ellos sufre una caída, es retenido por la cuerda, resultando herido en ambos pies. Debido a las altas temperaturas y a la continua caída de piedras resulta imposible efectuar un salvamento con helicóptero. A la mañana siguiente se consigue sacar de la pared al herido y a su compañero de cordada mediante helicóptero y torno de salvamento.
- 1991** 3 de marzo: un japonés en solitario lleva nueve días en la Pared Norte del Eiger, en la ya clásica *Vía de los Japoneses*. Cerca de la cima se encuentra con dificultades debido, sobre todo, a la nieve fresca. Tiene mucha suerte de no ser arrastrado por uno de los aludes de nieve que caen continuamente sobre él. Sus compañeros le convencen por radio desde Kleine Scheidegg, y el alpinista se resguarda finalmente en una cavidad de la roca para esperar a sus rescatadores: el equipo de rescate y la Guardia Aérea Suiza de Salvamento.
- 1991** 3 de junio: un joven yugoslavo ataca la pared en solitario con malas condiciones meteorológicas. Ya en las cercanías del Pilar Descompuesto es alcanzado por un desprendimiento de nieve y queda sepultado. No se constata el accidente hasta que la empresa de Grindelwald en que trabaja pregunta por él en la estación de salvamento. Los equipos de rescate comienzan enseguida una acción de búsqueda en helicóptero y localizan bastante rápidamente el lugar del accidente. El cuerpo del alpinista, que lleva dos días sepultado, tiene que ser liberado retirando a golpes de pico la nieve apelmazada.
- 1991** 7 de agosto: dos ingleses se encuentran en la pared desde hace ya dos días, cuando uno de ellos es alcanzado directamente en la cara por una piedra. Su compañero lo lleva hasta la Travesía de los Dioses, donde el herido pierde repentinamente el conocimiento. Con chaquetones de colores vivos y linternas el alpinista intenta llamar la atención de alguien allá en el valle o en Kleine Scheidegg, lo que finalmente consigue. Debido al peligro de caída de piedras, el rescate debe posponerse hasta la mañana siguiente. El estado del herido, sin embargo, se vuelve crítico durante la noche. A las 05:45 de la mañana, partiendo de Männlichen, se pone en marcha un equipo de

salvamento. El accidentado recibe los primeros auxilios, es rescatado y trasladado seguidamente al hospital.

- 1991** 10 de agosto: dos checos inician la escalada del Pilar Norte a pesar del pronóstico de mal tiempo. Ya el primer día son sorprendidos por la lluvia y quedan completamente empapados. Permanecen dos días en el mismo sitio esperando ayuda. Al tercer día son rescatados por guía de montaña mediante helicóptero.
- 1991** 29 y 30 de agosto: un escalador en solitario español ataca la pared, pero sólo consigue avanzar muy lentamente. Llega a la Plancha. Probablemente por respeto —o incluso miedo— a la ruta, intenta unirse a una cordada de tres que viene detrás de él, pero ésta rechaza su propuesta, prometiéndole, al menos, alarmar al equipo de salvamento en cuanto regresen. Dos días más tarde pudo ser rescatado sin daño alguno, pero, eso sí, tras haber sufrido hambre y sed.
- 1991** 11 y 12 de septiembre: una joven pareja de escaladores de la región inicia la escalada de la pared. Ya en la pared, dan muestras de tener dificultades. Cuando, además, la escalada se complica en la conocida y temida Chimenea de la Cascada, en la parte superior de la Rampa, deciden pedir ayuda por radio a la estación de salvamento. Hace todavía mucho calor para esa época del año y, por tanto, existe alto riesgo de caída de piedras. El jefe de salvamento decide posponer la operación de rescate hasta la mañana siguiente. Se les pide que, al menos, desciendan hasta el Vivac de la Muerte, que es un lugar mucho más adecuado para una acción de salvamento que la Rampa superior. Los alpinistas obedecen, y son rescatados allí a la mañana siguiente.
- 1992** 1 de febrero: dos coreanos están bloqueados en la Plancha, debido a que uno de ellos está herido en la rodilla. Por radio dan parte del accidente a sus compañeros en Kleine Scheidegg. Éstos, a su vez, se lo comunican a la estación de salvamento de Grindelwald. El tiempo es favorable, por lo que la acción de rescate se efectúa sin grandes problemas.
- 1992** 12 de marzo: dos eslovenos se encuentran en la pared desde hace varios días. Se mantienen en contacto con sus compañeros en Kleine Scheidegg. Cuando al tercer día se les acaban los víveres, avanzan aún más lentamente y casi no progresan. Entretanto, el tiempo ha empeorado y, además, ha empezado a nevar. Los compañeros en Kleine Scheidegg, ante esta situación, instan a la estación de salvamento a emprender una acción de rescate, que resulta imposible a la vista de las condiciones meteorológicas reinantes. Cuando el tiempo aclara algo a la mañana siguiente, la estación de salvamento decide

actuar inmediatamente. En una difícil operación con cable y torno, durante la cual el rescatador tiene que permanecer durante largo tiempo en la Travesía de los Dioses, los dos alpinistas pueden finalmente ser rescatados en un estado de agotamiento completo. Al mismo tiempo, Catherine Destivelle se convierte en la primera mujer en realizar una escalada invernal en solitario. En sólo 17 horas supera los 1800 metros de la pared bajo malísimas condiciones meteorológicas.

- 1992** 2 de mayo: dos alpinistas alemanes atacan la pared en condiciones inseguras. Parecen no querer prestar atención al inminente peligro de aludes. Llegan hasta el Segundo Nevero, donde se ven amenazados por continuos desprendimientos de nieve. Finalmente, la razón se impone y deciden iniciar el descenso. En la zona del Primer Pilar, uno de ellos es arrastrado por una cornisa de nieve, sufriendo una caída de unos 100 metros sobre roca. Allí queda atrapado en una cornisa de nieve, pudiendo ser liberado, sin embargo, por su compañero, quien deja solo al herido grave y desciende enseguida a Alpiglen para recabar ayuda. Bajo condiciones extremadamente difíciles y gran riesgo de aludes, el equipo de salvamento consigue finalmente rescatar al herido.
- 1992** 1 de agosto: dos ciudadanos británicos son alcanzados por la caída de piedras cuando se encuentran en la parte superior del Segundo Nevero. Uno de ellos resulta gravemente herido. A pesar de todo, consiguen ascender hasta ese lugar seguro que es el Vivac de la Muerte para desde allí lanzar señales de emergencia que, desgraciadamente, pasan inadvertidas. Una cordada coreana descubre a los dos al día siguiente y consigue alarmar por radio a la estación de salvamento. Dos guías de montaña son llevados en helicóptero hasta la Plancha, administran primeros auxilios al herido y consiguen rescatar en helicóptero a los dos alpinistas con ayuda de cuerda y torno.
- 1992** El Jefe de Salvamento, Kurt Schwendener, entrega su cargo —de gran responsabilidad, por lo demás— a su sucesor Kurt Amacher. Schwendener, originario de Glarn, había dirigido con éxito casi 400 acciones en 28 años de servicio. Muy frecuentemente asistía él mismo —a pesar de no ser guía de montaña— a las acciones, ofreciendo ayuda y consejo. Prestó servicios especiales en las numerosas acciones de salvamento realizadas en la Pared Norte del Eiger. Desde los más tempranos comienzos, cuando todavía se llegaba a la cima atravesando los collados del Eiger y utilizando cuerdas de cáñamo, pasando por los difíciles salvamentos con cable de acero, hasta llegar a los salvamentos directos con helicóptero, Kurt Schwendener experimentó personalmente todo ese desarrollo. No pudo ni quiso

acomodarse únicamente a la técnica actual de Long Line, que se iba imponiendo, dejando a su sucesor esa responsabilidad. La Asociación de Guías de Montaña y la Sección del Club Alpino Suizo de Grindelwald lo nombran miembro honorario por sus méritos.

Su sucesor, Kurt Amacher, se hace cargo de una difícil misión. Su experiencia profesional de veinte años como guía de montaña y miembro del servicio de salvamento, unida a la estrecha colaboración de sus substitutos y de su círculo familiar, de amigos y conocidos, hace que esté convencido de poder cumplir esa difícil tarea.

- 1993** 3 de enero: tres jóvenes alpinistas de la región se encuentran desde hace dos días en la pared. El tiempo es bueno, pero hace un frío traidor y en el sector superior de la pared sopla sin cesar un viento helado. Completamente agotados, deciden interrumpir la empresa cuando se encuentran en las Fisuras de Salida y avisan por radio a la estación de salvamento. Deberán aguantar otra noche en el Nevero Cimero hasta que, por fin, el viento cede un poco al día siguiente. En una complicada acción de salvamento son rescatados todos con éxito.
- 1993** 7 de febrero: dos jóvenes suizos avanzan con celeridad bajo condiciones invernales favorables, cuando de repente en lo más alto de la Araña uno de ellos es alcanzado en la cabeza por una piedra. Es imposible pensar en seguir escalando, y tienen que servirse del aparato radiotransmisor de emergencia que llevan consigo para pedir ayuda. En el vuelo de reconocimiento, el rescatador y el piloto comprueban que en ese lugar no es posible efectuar un salvamento normal con cuarenta metros de cuerda de torno. En la cabaña Mittellegi alargan la cuerda 25 metros, pudiendo rescatar así a los dos alpinistas del lugar donde se encuentran.
- 1993** 24 de julio: dos españoles escalan la pared y descienden por la cara oeste. A 3300 metros uno de ellos sufre una caída de unos 500 metros hacia la muerte. Debido a que ambos marchaban sin estar asegurados con una cuerda, su compañero observa con horror e impotencia lo ocurrido. Este es, una vez más, un ejemplo de que la excursión a la Pared Norte no se acaba en la cima.
- 1993** 26 de noviembre: dos coreanos se encuentran en la zona del Pilar Descompuesto, cuando uno de ellos sufre el mal de altura. Su compañero desciende entonces solo y avisa a la estación de salvamento desde Kleine Scheidegg. Un guía de montaña es descendido desde un helicóptero al lugar donde se encuentra el paciente para aplicarle los primeros auxilios médicos. Seguidamente el guía de montaña y el alpinista enfermo son rescatados de la pared con la ayuda del torno de salvamento.

- 1994** 23 de marzo: dos checos con, al parecer, poca experiencia en montaña, se meten en la pared bajo malas condiciones atmosféricas. Tras cuatro días alcanzan, completamente agotados, el límite superior del Segundo Nevero. Reúnen entonces sus últimas fuerzas e intentan llamar la atención con sus ropas de colores vivos. Cuando uno de ellos desciende en rápel unos treinta metros hacia el interior del nevero, es por fin visto desde Kleine Scheidegg. En esta ocasión hay que volver a alargar la cuerda para poder rescatar también al alpinista que está a más altura.
- 1994** 23 de julio: dos alpinistas se ven sorprendidos por la caída de piedras en la llamada Fisura de Cuarzo. Uno de ellos, un joven estudiante de Medicina, tiene la mano aplastada. Con las últimas fuerzas y una voluntad increíble, los dos alpinistas consiguen alcanzar la cima a las 22:00 horas. Conscientes de la gravedad de su situación —pues el herido sabe que su mano debe ser operada lo antes posible—, avisan por radio a la estación de salvamento a las 22:15 horas. El herido describe el accidente y pide, cosa comprensible, que hagan al menos un intento de rescate con helicóptero, a pesar de la oscuridad de la noche. Seguidamente empieza la primera acción de salvamento nocturna con helicóptero. Los rescatadores se acercan a la cima iluminándola mediante focos, cuando de repente ven a un grupo de alpinistas que, de toda evidencia, aprovechan la cálida noche para vivaquear en la cima. Es increíble: los alpinistas les ofrecen su ayuda en alemán, francés, italiano e inglés. Bajo el haz de luz de diferentes linternas frontales, el herido es preparado cuidadosamente para el traslado. El helicóptero, con sus potentes focos, se acerca a la cima una vez más. El gancho de la cuerda que hacen descender apenas es visible a causa de la potente y deslumbrante luz. El rescatador y el herido son enganchados y enseguida se encuentran a salvo, flotando en la oscura noche. Todo ha funcionado ejemplarmente, no ha habido ninguna complicación. Pero, ¿no habrá establecido el equipo de salvamento un precedente con este tipo de salvamento?
- 1994** 26 de julio. Éste es un día que pasará a la historia del servicio de salvamento alpino, pues se trata de utilizar por primera vez en la Pared Norte del Eiger, en un caso real de emergencia, la técnica de salvamento Long Line, aprendida y ejercitada concienzudamente en los últimos meses.
- A las 16:42 horas se recibe en la estación de salvamento de Grindelwald un aviso de alarma: en el Pilar de los Ginebrinos, una vía de escalada extremadamente vertical —e incluso con desplomes— situada en la parte oeste de la Pared Norte, un alpinista holandés había sufrido graves heridas en los pies. El jefe de salvamento sabía perfectamente que la roca era demasiado

vertical en ese lugar como para poder llevar al herido ayuda con el helicóptero mediante una acción de salvamento con torno. A ello había que sumar el factor tiempo, que exigía una actuación rápida. Tras una corta deliberación con el piloto de rescate de la Guardia Aérea Suiza de Salvamento, Gsteigwiler, se decidió emplear el procedimiento Long Line, introducido recientemente y ejercitado ya en los cursos. Dos horas más tarde, los dos alpinistas fueron ingresados en el hospital de Interlaken. Una acción de salvamento que con los medios habituales hubiera durado dos o tres días, pudo realizarse en dos horas, poco antes de que una tormenta se desatara sobre la pared, convirtiéndola en un infierno. Según las informaciones de los médicos, el pie del holandés no habría podido ser salvado si hubiesen llegado dos horas más tarde.

- 1994** 9 de septiembre: dos parejas de escaladores de Inglaterra se encuentran en la Pared Norte del Eiger desde hace días. Avanzan muy lentamente y al quinto día envían finalmente señales de socorro desde la Travesía de los Dioses. Los equipos de salvamento despegan, como habitualmente, con un helicóptero de tipo Alouette III, pero tienen que abandonar el intento debido al fuerte viento. Sólo cuando despegan con el aparato más pequeño, que dispone de más maniobrabilidad, de tipo Lama, consiguen por fin hacer descender a un guía hasta donde se encuentran los agotados ingleses y rescatarlos seguidamente.
- 1995** 1 de febrero: dos alpinistas polacos atacan la pared. Es obvio que no dan la debida importancia a las poderosas masas de nieve fresca, y permanecen dos días a la altura del boquete del túnel. Se desvían del itinerario original y se encuentran ya excesivamente al oeste. No pueden ver la entrada de la galena salvadora a causa de la gran cantidad de nieve fresca Metidos a veces hasta la espalda en la nieve, abandonan su empresa e intentan llamar la atención agitando sus ropas. Dado que están completamente agotados, les es imposible regresar por sus propias fuerzas. El salvamento de ambos alpinistas se realiza sin complicaciones, pero les trae a los rescatadores la crítica de un conocedor de la Pared Norte, de que son un taxi aéreo. La pregunta posterior de quién hubiera aceptado la responsabilidad en una supuesta caída de ambos alpinistas —quienes, sin duda alguna, se encontraban al límite de sus fuerzas— quedó sin respuesta. El equipo de salvamento es consciente de que muchas veces su actuación se convierte en un arma de doble filo. Siempre existirá la crítica, independientemente del modo de actuar ante una situación determinada. La misión, sin embargo, es y seguirá siendo llevar ayuda a aquellos alpinistas que se encuentren en peligro, y ése había sido con toda seguridad el caso en la situación descrita.

- 1995** 1 de agosto: segunda acción de salvamento Long Line en el Eiger. Dos coreanos se encuentran escalando hacia la Travesía Hinterstoisser. De repente el escalador que se encuentra en cabeza sufre una caída desde la estrecha plataforma hasta el punto de reunión y resulta gravemente herido en las piernas. La causa ha sido un viejísimo clavo de roca, de la época de principios de la escalada en la Pared Norte, que no ha aguantado lo que prometía. Es la hora del almuerzo, y la pared parece realmente tener vida, debido al agua que corre por ella y a las piedras que caen. Sólo gracias al nuevo procedimiento de rescate, que permite al helicóptero mantenerse muy alejado de la pared y de la caída de piedras, es posible abordar un intento de salvamento. Pero enseguida se topa con el siguiente problema: todos los especialistas en la técnica Long Line se encuentran en ese momento ausentes o actuando en otras misiones. Por radio consiguen finalmente contactar con el Jefe de Salvamento, quien está realizando un descenso en la cara oeste del Eiger. El rescate, con la longitud máxima de cuerda posible de 230 metros, se hace muy difícil, pero puede finalmente ser finalizado con éxito. A la pregunta del rescatador, de si el herido le podría dar ese memorable clavo, casi se le saltan las lágrimas al escalador gravemente herido, de alivio, de susto y de felicidad al mismo tiempo. El herido indica que desea llevarse el clavo a casa como recuerdo. Naturalmente, su deseo será respetado.
- 1995** 10 de agosto: tercer salvamento con la técnica Long Line. Dos alpinistas de Suiza Occidental se encuentran en la línea inclinada de la Araña, en el límite superior del Segundo Nevero, cuando de repente uno de los dos es alcanzado en el hombro y en la cabeza por la caída de piedras. El accidente es observado desde Kleine Scheidegg, desde donde se avisa inmediatamente a la estación de salvamento. Ya un año antes tuvieron que evacuar de ese mismo sitio a dos checos, hasta los que los rescatadores sólo pudieron llegar alargando la cuerda del torno. Hoy la situación es diferente, pues estamos en pleno verano y el límite de temperatura de cero grados se encuentra a 4000 metros de altura. La caída de piedras proveniente de la Araña complica un poco la situación. ¿Qué gravedad presentarán las heridas del alpinista? ¿Podría esperarse eventualmente hasta mañana? Preguntas y más preguntas que nadie puede ni quiere contestar. Los miembros del equipo de rescate deciden intentar un salvamento Long Line con una cuerda de 230 metros. El intento tiene éxito, y una hora más tarde el paciente ya está en camino hacia el hospital. Sin esta nueva técnica un rescate directo habría supuesto un acto de irresponsabilidad.
- 1995** 1 de noviembre: un joven austríaco intenta escalar la pared en solitario. Avanza con presteza, asegurándose siempre en los pasos complicados, y llega

al nevero de la Rampa al segundo día. En un punto arriesgado —que, prudentemente, pasa asegurado— sufre repentinamente una caída de unos cinco metros y la cuerda lo retiene, pero sufre heridas en la rodilla y en la cabeza. Inicia entonces el descenso hasta llegar a la Manguera de Hielo, por encima del Nido de Golondrinas. Allí ve que ya no puede continuar y decide subir de nuevo hasta una repisa bien marcada al oeste del Segundo Nevero. Allí empieza a dar señales de socorro con su saco de vivac rojo. A pesar de que un fuerte viento del oeste dificulta la acción, el equipo de salvamento consigue rescatar al joven antes de la caída de la noche.

**1996** 31 de enero: segundo salvamento directo nocturno. Dos jóvenes suizos, un hombre y una mujer, desean escalar la pared sin hacer vivac. El material de vivac (de invierno) imprescindible y absolutamente necesario, así como material de reserva, lo han dejado en casa para reducir peso. Ya en el Segundo Nevero la mujer da muestras de cansancio. En la Travesía de los Dioses llega al final de sus fuerzas y pierde el piolet. Entretanto se ha hecho de noche, y en las montañas sopla un fuerte viento del suroeste. La estación meteorológica del Jungfraujoch anuncia vientos de 80 a 120 kilómetros por hora. El joven pide ayuda por radio. Ante la respuesta de que un rescate directo de noche y con esas condiciones de viento es imposible, el joven contesta: «¡Si no nos recogéis inmediatamente, mi compañera de escalada morirá!». Los rescatadores deben decidir si emprender o no una acción. El Jefe de Salvamento decide, tras larga meditación, que despegue el helicóptero de salvamento, ordenándole al piloto hacer primero un intento de quedar suspendido en el aire sobre la Travesía de los Dioses y notificarle las condiciones que presenta el viento. Entretanto, un rescatador se prepara para el rescate. Poco tiempo después se recibe la notificación por radio de la Guardia Aérea Suiza de Salvamento: hasta cincuenta metros de la pared turbulencias de viento extremas; más cerca de la pared, viento en calma. La forma cóncava de la pared, por una vez, protege del viento. De acuerdo. Seguidamente recoge al rescatador. Por radio el piloto recibe el plan de rescate. El rescatador deberá ser descendido con el torno un máximo de 25 metros. Así se procede, y seguidamente el rescatador se posa sobre la cinta, luego atrae hacia sí, en suspensión, a la agotada mujer y el helicóptero se aleja después con ellos a bordo. Al que queda en la pared se le entrega un saco con víveres y material de vivac, dado que es bastante posible que no pueda realizarse un segundo vuelo. La primera persona es transportada a Männlichen, donde el viento está en calma en esos momentos, e inmediatamente después se inicia el segundo vuelo. Gracias a la perfecta sincronización entre la tripulación del helicóptero, rescatador y dirección de

la acción de salvamento, se consiguió terminar con éxito uno de los más difíciles salvamentos efectuados en la Pared Norte del Eiger sin ningún tipo de adversidades.

- 1996** 1 de agosto: tres jóvenes suizos desean escalar la pared. Ya han conseguido ganar laureles en la escalada deportiva, pero en terreno mixto tienen, hasta ese momento, poca experiencia. La ascensión marcha bien, hasta que al segundo día empieza una tormenta. Completamente empapados y extenuados avisan por el canal de emergencia de la radio a la estación de salvamento, pero debido al mal tiempo tienen que soportar una noche más en las Fisuras de Salida, hasta que a la mañana siguiente el equipo de rescate consigue finalmente llevárselos.
- 1997** 28 de julio: tercera acción de salvamento Long Line. Dos coreanos entran en la pared. A juzgar por las apariencias no parecen estar bien preparados y, por tanto, progresan lentamente. Cuando se encuentran en la Manguera de Hielo, por encima del Nido de Golondrinas, uno de ellos se cae y es retenido por la cuerda, pero pierde el piolet y la mochila y sufre heridas leves. Sus compañeros que están en Kleine Scheidegg dan inmediatamente aviso a la estación de salvamento. Es uno de esos calurosos —y por ello peligrosos— días de verano. Además, pequeños bancos de niebla complican por momentos la situación. El equipo de rescate decide utilizar una cuerda de 75 metros para mantener el helicóptero fuera de la línea de caída de piedras. Afortunadamente, este salvamento se efectuó sin ningún tipo de adversidad.
- 1997** 27 de agosto: dos coreanos se encuentran con dificultades en el Vivac Corti. Según parece, uno de ellos ha sido alcanzado por una piedra y está seriamente herido en el hombro. Sus compañeros en Kleine Scheidegg piden ayuda vehementemente. Un funcionario del ferrocarril consigue finalmente comprender a grandes rasgos lo que ha sucedido, y avisa seguidamente a la estación de salvamento. La parte superior de la pared se encuentra intermitentemente envuelta en la niebla, lo que origina que la acción de salvamento ya iniciada sea interrumpida una y otra vez y sufra por ello retraso. Poco antes del anochecer consiguen rescatar primero a uno, y más tarde también al otro alpinista y liberarlos, por tanto, de esa delicada situación.
- 1997** 30 de septiembre: con buen tiempo reinante, tres suizos atacan la pared. Por debajo de la Fisura Difícil, uno de ellos provoca el desprendimiento de una laja de unos veinte kilos, que le produce graves heridas en el muslo. Uno de sus compañeros desciende inmediatamente solo y busca ayuda. El herido recibe primeros auxilios médicos en la pared, para luego ser rescatado por el

aire con la red horizontal.

- 1998** Éste es un año tranquilo en la Pared Norte del Eiger. La excepción la forma una acción de búsqueda de dos españoles que habían escalado la pared en cuatro días, pero que durante el descenso se habían desorientado debido a la persistente niebla. Por lo demás, los equipos de salvamento afortunadamente no tendrán que salir a efectuar ningún salvamento en la pared. Una razón para ello es seguramente que a causa del continuo mal tiempo sólo ha habido unos pocos intentos de escalada.
- 1998** El 24 de julio se celebra el sesenta aniversario de la primera escalada completa de la Pared Norte del Eiger. Se descubre una placa conmemorativa con los nombres de los cuatro primeros escaladores, con la asistencia de numerosos medios de comunicación.
- 1999** Enero de 1999: cuatro alpinistas checos se encuentran en la pared desde hace cinco días. Otro alpinista está en Kleine Scheidegg, muy preocupado por sus compañeros. Y con razón, pues lleva varios días nevando ininterrumpidamente, hay tormenta y la pared se encuentra cubierta por una espesa niebla. Los equipos de rescate de la estación de salvamento no pueden hacer nada por el momento. Además, no conocen el lugar en el que se encuentra exactamente el grupo de alpinistas. Los cuatro checos tienen que aguantar en la pared más de diez días bajo una fuerte ventisca de nieve y condiciones climáticas de tormenta. El contacto con el mundo exterior ya hace días que ha quedado interrumpido. El quinto hombre, abajo en el valle, está seriamente preocupado, por lo que regularmente se pone en contacto con Kleine Scheidegg. Como por un milagro, cuando el tiempo mejora y la niebla se esfuma, se ve a los cuatro en descenso por debajo del boquete del túnel. No habían podido encontrar la entrada del túnel, ya que estaba cubierto por nieve fresca. Descienden finalmente hasta el punto de ataque y, a pesar del riesgo de aludes, se reúnen con su compañero en el campamento base, desapareciendo poco después sin dejar ningún tipo de notificación.

La respuesta a la pregunta de cómo pudieron esos alpinistas aguantar esos días en la pared sólo puede ser objeto de especulación. Es simplemente un enigma sin solución, pues su descenso es un milagro. Pero, ¿por qué se fueron tan precipitadamente? ¿Tenían miedo de la cuenta que les esperaba?

## **Descripción de una vía de la pared norte del Eiger el itinerario clásico del año 1938 (vía *Heckmair*)**

**Altitud de la pared: 1800 metros**

Hay que ascender tres largos de cuerda a la derecha del Primer Pilar por un sistema de chimeneas y fisuras. Luego travesía hacia la derecha hacia un gran nevero que subiremos por su límite izquierdo, para seguidamente desde su límite superior izquierdo dirigirnos hacia el pie del Pilar Descompuesto, subiendo hacia él hacia la izquierda sobre viras en zigzag. Una vez allí tomaremos hacia la derecha todo lo que se pueda hasta que se pueda escalar derecho hacia arriba (aquí se hará más fácil la escalada de las dos paredes de unos cuatro metros mediante paso de hombros). Seguidamente travesía en horizontal hacia la izquierda sobre la repisa del Pilar Descompuesto. Ascenderemos luego por una canal fácil hasta llegar al pie de la pared vertical y luego hasta la Cueva de Vivac húmeda. A continuación escalaremos en línea recta hacia arriba un largo de cuerda aproximadamente, y después en travesía 45 metros hacia la derecha, lugar en el que una pequeña repisa nos indica el comienzo de la Fisura Difícil. La Fisura Difícil tiene una altura de 25 metros (¡aquí pitón V!). Luego sigue un diedro de 20 metros de altura. Desde allí, una travesía en ascensión hacia la izquierda de unos cuatro largos de cuerda hacia un rellano. Ahí está el comienzo de la Travesía Hinterstoisser. Subir algunos metros hacia varios pitones.

Colocación de la cuerda de cuarenta metros necesaria para la travesía. Desde el punto de reunión situado al final de la travesía hay que subir por una fisura vertical de veinte metros hasta llegar al Nido de Golondrinas. Luego corta travesía hacia la izquierda para llegar al Primer Nevero (55 grados de inclinación). Luego ascensión en línea recta de dos largos de cuerda hasta el pie de la barrera de rocas entre el Primer y el Segundo Nevero. Allí la mejor posibilidad está 15 metros a la izquierda de la Manguera de Hielo, por una pared vertical de 12 metros de altura (IV) hasta una reunión. Allí tomaremos en diagonal hacia la derecha hasta la Manguera de Hielo y una vez en la Manguera de Hielo la subiremos hacia arriba en dirección al Segundo Nevero. En caso de haber mucho hielo, es posible ascender toda la Manguera de Hielo. Seguidamente, escalada hacia arriba en diagonal hasta el límite superior del Segundo Nevero (55 grados de inclinación). Utilizando como ayuda la separación existente entre el hielo y la roca atravesaremos hacia la izquierda hasta unos cuarenta metros antes del abombamiento de la pared que hay antes de la Plancha. Pitón de anilla por debajo de un techo de roca. Desde allí ascensión ligeramente hacia la izquierda por un pequeño desplome y pitón (V-) hacia arriba hacia una vira. Luego tres largos de cuerda fáciles, al principio en horizontal, y seguidamente ligera travesía en ascenso hacia la cresta de la Plancha (¡Atención, aquí grave peligro de caída de

pedras!). Ascensión de un largo de cuerda sobre la cresta hasta un punto de reunión por debajo de una pared en desplome (Vivac de la Muerte). Seguidamente travesía horizontal en el Tercer Nevero (60 grados de inclinación) hasta la más cercana esquina rocosa. Luego ligero descenso hasta el comienzo de la Rampa. Cinco largos de cuerda para subir la Rampa, que tiene puntos complicados (IV), hasta una chimenea (cascada o hielo). Éste es un buen lugar para el vivac. Ascender un largo de cuerda a través de esa chimenea (IV+) (hay una variante de VI a la derecha). Punto de reunión. Travesía de dos metros hacia la izquierda a lo largo de una arista y luego 10 metros hacia arriba (V-). Punto de reunión. Luego quince metros a través de una canal de hielo hasta el abombamiento de hielo. A través de éste, o mejor desviándose hacia la izquierda por la roca (pitón, IV+), escalada hacia arriba hasta el nevero situado en la parte superior de la Rampa. Luego cincuenta metros recto hacia arriba (55 grados de inclinación) hacia el comienzo de la Vira Descompuesta, que se extiende hacia la derecha y acaba en un pequeño rellano. Esta es la primera posibilidad de salir del Nevero por la derecha y tiene que ser atravesado imprescindiblemente, ya que si no lo hacemos será imposible llegar a la Travesía de los Dioses. Luego continuaremos veinte metros en horizontal hacia la derecha hasta el comienzo de una fisura difícil (V) de roca mala, que mide cuarenta metros de altura. Ahí se encuentra el comienzo de la Travesía de los Dioses (III), que conduce hacia la Araña. Ascensión por la Araña (manteniéndose en el centro sobre un abombamiento) hacia su límite superior izquierdo, allí donde comienza un corredor bien visible y característico. (Este corredor es, contando desde la izquierda, el segundo que vemos. ¡Atención: el primer corredor acaba en la arista!). En este característico corredor ascenderemos un largo de cuerda hasta llegar a un resalte de roca negra de 15 metros de altura situado en el lado derecho. Luego ascenderemos por ese resalte cóncavo (pitón, V), sobre el que la canal pierde inclinación. En ese punto no hay que subir hacia la izquierda (¡atención: es una vía sin salida!), sino hacia la derecha en ligero arco, dos largos de cuerda por el corredor principal hasta el comienzo de una fisura de cuarzo blanco. Siguiendo esta fisura avanzaremos hasta un desplome (cuarenta metros). A la altura del desplome (IV+), atravesaremos sobre placas de roca planas hacia la izquierda hasta entrar en una canal poco profunda. Subiremos esta canal unos ocho metros. Reunión. Ahora no hay que ascender en línea recta, sino hacia la izquierda unos diez metros hasta una repisa bien visible. Desde allí, corto descenso en rápel en diagonal hacia la izquierda hasta una vira situada al comienzo de una canal vertical (agua o hielo). Por esa canal vertical subiremos cuatro largos de cuerda, primero vertical y luego menos inclinado hasta una arista poco pronunciada. Tomando por la derecha de esta arista subiremos cuatro largos de cuerda sobre rocas estratificadas (pueden estar cubiertas de hielo) hasta llegar al final de las rocas (arista) que constituyen el límite con la pared noreste. Allí nos mantendremos en diagonal hacia la derecha en dirección a la Arista

Mittellegi, y pasando por ésta nos dirigiremos hacia la cima.

La valoración de la dificultad se refiere a la forma de las rocas propiamente dichas y no ha tenido en cuenta las condiciones de tiempo en cada momento.

Aconsejamos encarecidamente dejar colocada en la Travesía Hinterstoisser la cuerda de cuarenta metros para el caso de una eventual retirada y regreso.

## Accidentes mortales en la pared norte del Eiger

*(Lista del servicio de rescate del Club Alpino Suizo)*

1	Karl Mehringer	Alemania	1935	21-25 de agosto
2	Max Sedelmayr	Alemania	1935	21-25 de agosto
3	Willy Angerer	Austria	1936	18-25 de julio
4	Edi Rainer	Austria	1936	18-25 de julio
5	Andreas Hinterstoisser	Alemania	1936	18-25 de julio
6	Toni Kurz	Alemania	1936	18-25 de julio
7	Mario Menti	Italia	1938	21 de junio
8	Bartolo Sandra	Italia	1938	21 de junio
9	Paul Körber	Alemania	1953	26-28 de julio
10	Roland Voss	Alemania	1953	26-28 de julio
11	Karl Heinz Gonda	Alemania	1953	20-22 de agosto
12	Ueli Wyss	Suiza	1953	20-22 de agosto
13	Walter Moosmüller	Alemania	1956	8 de agosto
14	Dieter Sähnel	Alemania	1956	8 de agosto
15	Stefano Longhi	Italia	1953	3-11 de agosto
16	Franz Mayer (en el descenso)	Alemania	1957	3-11 de agosto
17	Günther Nothdurft (en el desc.)	Alemania	1957	3-11 de agosto
18	Adolf Mayr	Austria	1961	27-28 de agosto
19	Barry Brewster	Inglaterra	1962	24-26 de agosto
20	Adolf Derungs	Suiza	1962	31 de julio
21	Diether Marchart	Austria	1962	27 de agosto
22	Tom Carruthers	Inglaterra	1962	30 de agosto
23	Egon Moderegger	Austria	1962	30 de agosto
24	Alberto Rabadá	España	1963	11-15 de agosto
25	Ernesto Navarro	España	1963	11-15 de agosto
26	Tsuneaki Watabe	Japón	1965	19-22 de agosto
27	John Harlin	E.E.U.U	1966	22 de marzo
28	Roland Travellini <sup>[10]</sup>	Francia	1967	marzo
29	Fritz Eske	RDA	1967	21 de junio
30	Günther Kalkbrenner	RDA	1967	21 de junio
31	Kurt Richter	RDA	1967	21 de junio

32	Günther Warmuth	RDA	1967	21 de junio
33	Hans Herzel (en el descenso)	Austria	1967	12-15 de agosto
34	Kurt Reichardt (en el descenso)	Austria	1967	12-15 de agosto
35	Martin Weiss	Austria	1969	3 de agosto
36	Angelo Ursella	Italia	1970	19 de julio
37	Masaru Miyagawa	Japón	1972	1 de agosto
38	Furukawa Masahiro	Japón	1972	1 de agosto
39	David Ambros	Inglaterra	1974	13 de agosto
40	Kurt Star (en el descenso)	Austria	1976	20 de julio
41	Jiri Pechous	Checoslovaquia	1978	2 de mayo
42	Jiri Slegl	Checoslovaquia	1978	2 de mayo
43	Ueda Susumu	Japón	1981	26 de agosto
44	Neale Gibbons	Inglaterra	1981	1 de septiembre
45	Thomas Rösli	Suiza	1985	28 de septiembre
46	Kim Won Kyum	Corea	1986	23 de diciembre
47	Bea Jong Soon <sup>[11]</sup>	Corea	1986	23 de diciembre
48	Andreas Müller	Alemania	1987	31 de agosto
49	Ulrich Unseld	Alemania	1987	31 de agosto
50	Boris Ziljak <sup>[12]</sup>	Yugoslavia	1987	15 de agosto
51	Slawomir Maczynski	Polonia	1988	10 de marzo
52	Heo Jong Haeng	Corea	1988	30 de julio
53	Milan Jolic	Yugoslavia	1988	21 de agosto
54	Joze Vidmar	Yugoslavia	1991	5 de junio
55	Juan Carlos de Vega	España	1993	24 de julio
56	San Jun Joon	Corea del Sur	1995	30 de junio



HEINRICH HARRER. Nació en Carinthia (Austria) en 1912, y estudió en la Universidad de Graz, donde destacó en Geografía y en atletismo. En 1936 participó en el equipo olímpico austríaco de esquí y en 1937 ganó el Campeonato Mundial Universitario de Eslalon. Fue miembro de la cordada que en 1938 realizó la primera ascensión a la pared norte del Eiger. En *La Araña Blanca* narra la historia de aquella gesta, así como los intentos anteriores y las actividades posteriores en la llamada «Pared Asesina».

Harrer alcanzó gran popularidad como autor de *Siete años en el Tíbet*, que se ha convertido en un clásico de la literatura de viajes, y ha sido traducido a 50 idiomas. Desde 1997 Harrer ha sido objeto de duras críticas a raíz del descubrimiento de su pertenencia al partido nazi. Actualmente vive retirado en Liechtenstein.

# Notas

[1] En alemán, *Mordwand*, pared asesina, *Nordwand*, pared norte (N. del E.). <<

[2] El hecho de que los guías de montaña, por motivos humanitarios, harían todo lo posible por salvar la vida de los alpinistas en peligro, no sólo fue proclamado por el diputado Brawand, sino que también ha podido comprobarse en la realidad. (Nota del autor). <<

[3] Editorial Desnivel, 2002 <<

[4] Con posterioridad a la edición alemana de este libro, Anderl Heckmair falleció, en febrero de 2005, a la edad de 98 años. (N. del E.). <<

[5] Editorial Desnivel, 2002 <<

[6] Este récord a día de hoy ya ha sido superado holgadamente. Destaca la hazaña del 4 de febrero de 2008 en la que el Suizo Ueli Steck realiza la ascensión en 2 horas y 47 minutos, de la cual se puede ver un video que se localiza fácilmente en internet buscando "Eiger" y "Ueli Steck". Hay incluso otra reseña con un tiempo menor (2h 28m por Dani Arnold), pero esta presenta una serie de ventajas con respecto al récord de Ueli Steck: Ueli Steck escaló en libre la vía entera, mientras que Dani Arnold no pasó en libre por la travesía Hinterstoisser y también se ayudó con una cuerda fija en un destrepe entre las Quartzriss y las Fisuras de Salida; Arnold adelantó a otras cordadas y la huella hecha le permitió ir más deprisa; por último, Arnold comenzó a contar el tiempo en la salida de verano, en la primera repisa. (Nota del Editor Digital)

<<

[7] Primeras ascensiones de los diferentes «Hörnli»:

- Pt. 3043: primera superación en descenso el 2 de septiembre de 1887, Sir S. King con los guías A. Supersaxo y L. Zurbriggen, por el sudoeste.
- Pt. 3043: primera ascensión, el 6 de agosto de 1927, S. Matsukata, S. Uramatsu (ambos de Japón), con los guías E. Steuri y S. Brawand.
- Pt. 3003: primera ascensión por el sudoeste, el 4 de septiembre de 1903, por G. Hasler y J. von Almen. Primera ascensión por el noreste el 6 de agosto de 1927, por S. Matsukata, S. Uramatsu con los guías E. Steuri y S. Brawand.
- Pt. 2926: primera ascensión, el 6 de septiembre de 1903, por G. Hasler y J. von Almen.
- Pt. 2866: primera ascensión, el 11 de septiembre de 1903, por G. Hasler y J. von Almen.
- Pts. entre 2866 y 2706: primera ascensión, el 11 de septiembre de 1903, por G. Hasler y J. von Almen.
- Pt. 2706 (consecutiva a Pt. 2710): cima norte: primera ascensión, el 23 de agosto de 1900, por H. J. Heard, E. B. Rodway con los guías P Brawand y P Almer. Cima sur: primera ascensión, el 23 de agosto de 1900, por H. J. Heard, E. B. Rodway, con los guías P Y H. Brawand.

<<

[8] A partir de 1968 no se indica el orden numérico de las diferentes escaladas, ya que con el tiempo las numerosas actividades en de la Pared Norte del Eiger dejaron de ser cuantificables correctamente. (Nota del autor). <<

[9] A partir de 1989 he podido completar esta crónica con ayuda de las informaciones obtenidas del Servicio de Salvamento del Club Alpino Suizo. (Nota del autor). <<

[10] Probablemente desaparecido en la Pared del Norte del Eiger. <<

[11] Sigue desaparecido. <<

[12] Probablemente desaparecido en la Pared del Norte del Eiger. Se encontró su tienda de campaña. <<